

RAQUEL BARCO

LA RAZA NUMERO

4

TRES PERÍODOS DIFERENTES
Y UN SOLO OBJETIVO A TRAVÉS
DE LAS DISTINTAS CIVILIZACIONES.
¿DÓNDE SE ESCONDE LA CLAVE
DE NUESTRA EXISTENCIA?

Lectulandia

La vida de Eve Swan y Abel Simmons se cruza por segunda vez cuando el padre de Abel es asesinado y en uno de sus bolsillos aparece la foto de Eve. Abel desoye los consejos de Nick Parker, el teniente encargado del caso y decide investigar por su cuenta. Para ello necesitará la ayuda de la mujer que lo odia por considerarlo el responsable de haber pasado cinco años en la cárcel. Pero Peter, escondía más secretos en el sótano de su casa: documentación y fotografías que les dan a entender que todo es mucho más complejo de lo que parece a simple vista.

Muertes sin resolver, leyendas y mitos sobre la Atlántida e Hiperbórea; mapas tan ancestrales como el Piri Reis o el Oronteus Fineus; civilizaciones perdidas y dos antiquísimos objetos que han sido buscados a lo largo de la historia, serán sólo una mínima parte de las numerosas piezas del puzle que deberán encajar para resolver la razón de su existencia y la de todo el planeta.

La supervivencia de la cuarta raza está en juego. La cuenta atrás ha comenzado...

Lectulandia

Raquel Barco

La raza número 4

ePUB v1.0

NitoStrad 24.04.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *La raza número 4*

Autor: Raquel Barco

Fecha de publicación del original: abril 2011

Editor original: NitoStrad (v1.0)

ePub base v2.0

Vivimos en la superficie de nuestro ser

Williams James

PRIMERA PARTE

El cristal

Introducción

RETIRO Interior

—**H**emos estado retrasando esta reunión, es cierto. Yo mismo me he cuestionado en varias ocasiones si hacía o no lo correcto. No obstante, mi respuesta sigue siendo negativa. —Adama miró a cada uno de los treinta y un maestros que, atentos, lo escuchaban dispuestos en círculo. Antes de continuar, sus ojos descansaron un momento sobre el trono que seguía desocupado—. Nuestros hermanos...

—¡No los llames así! ¡Han perdido todo aquello que los acercaba a nosotros! —lo interrumpió Jeth.

La atención del resto se desvió hacia él, mientras un murmullo se elevaba. Consciente de que su comportamiento estaba siendo irreverente, carraspeó y moderó el tono de voz:

—Adama, mira en qué se han convertido y admítelo. Han olvidado todo lo que les enseñamos y han ignorado aquello sobre lo que fueron advertidos. De ningún modo pueden compararse con sus antecesores. No queda ni un ápice de fe en ellos.

—Te equivocas —rebatió Adama—. Es cierto que algunos han caído en desgracia, muchos llevados por la curiosidad.

—Llevados por la codicia, querrás decir —le corrigió el otro.

—Sería un necio si negara que también la codicia ha sido un factor determinante y que nuestro enemigo ha sabido sacar partido de ello. Pero no podemos condenarlos a todos por el mismo delito. No seríamos justos. —La mayoría de los presentes asintieron—. Como tampoco lo sería olvidar que la raza original se autodestruyó por motivos análogos.

—En eso tengo que darte la razón —dijo Mahynga, sentado a su izquierda—. Sin embargo, incluso durante el conflicto bélico, los orionitas jamás destrozaron su mundo. Supieron vivir en armonía con la naturaleza. Lamentablemente, no podemos decir lo mismo de los que se hacen llamar «humanos». Los panditas ya no pueden hacer nada para frenar las heridas que están provocando al planeta, no les queda energía. La misma tierra se revela: terremotos que causan tsunamis en varios puntos geográficos con escaso intervalo de tiempo; volcanes en erupción después de permanecer dormidos durante milenios... Además todo esto también pone en peligro nuestra situación. —Su rostro mostraba la grave preocupación que sentía—. Me han llegado noticias de que el último desprendimiento de hielo polar ha ocurrido muy cerca de una de las puertas principales.

—Es nuestro deber. —Adama atendió a su derecha—. Así se pactó y es necesario cumplirlo antes de que ya no quede nada que salvar para empezar de nuevo. —Mahytma siempre hablaba con la sabiduría de quien podía ver los acontecimientos futuros.

Adama cerró los ojos un instante, tratando de ordenar sus pensamientos. El resto de los presentes guardaron silencio, esperando a que el rey se pronunciara.

Los maestros, además de Mahynga y Mahytma, tenían razón, lo sabía. No podía dar la espalda a las evidencias. Con estos, que constituían el cuarto ensayo, había puesto mucho más empeño y hasta, en alguna ocasión, se arriesgó a presentarse ante ellos para ofrecerles algo en lo que pudieran creer. Desgraciadamente, había llegado el tiempo en que ni siquiera la fe lograba ya hacerlos reaccionar. Al menos no a quienes podían cambiar las cosas. Todavía quedaban almas puras, estaba seguro de ello, pero cada vez eran más los descreídos que terminaban por dejarse llevar y acababan siendo presas fáciles de la oscuridad.

Por más que lamentara la situación, una parte de él era consciente de que aquel error pasado, el secreto que guardaba con celo y le impedía ser imparcial, pesaba en ese momento más de lo que estaba dispuesto a admitir. Apretó los puños con fuerza maldiciendo una vez más su torpeza y el momento en que ocurrió. Solo quedaba esperar que el plan trazado entonces para subsanar aquella equivocación funcionara. Esta vez la humanidad contaría con un Guardián más poderoso.

—Está bien —dijo antes de volver a abrir los ojos y mirar directamente a los treinta y uno—. Tenéis mi aprobación. Aun así, debo recordaros que les queda una oportunidad.

—Lo sabemos, *mânava*.^[1] La piedra *Chintamani* fue enviada al exterior en el plazo dictado, cuando se designó al Elegido.

Adama asintió y, tras oír el repiqueteo de puños sobre el mármol blanco de los tronos, que demostraba la aprobación del laudo, abandonó el cónclave para dirigirse hacia sus aposentos privados, seguido de sus auxiliares.

—No os necesitaré por el momento. Debo hablar con mi antecesor.

Los hermanos gemelos asintieron con reverencia antes de marcharse mientras lanzaban disimuladas miradas al Goro Mayor, quien ya esperaba a la entrada de la cueva sagrada.

Penetró en la caverna, donde reposaba el cuerpo embalsamado del Padre de Todos en su gran féretro de piedra negra. Al entrar, la porción de suelo más próxima a las paredes se iluminó con el dorado resplandor de pequeñas llamas. Solo entonces el Goro Mayor se adelantó y se colocó junto a él. Adama asintió y aquel que tenía el poder de comunicarse con las almas de los difuntos retiró el velo negro con el que siempre se cubría, y reveló su calavera de ojos chispeantes y lengua indiscreta.

Adama se acercó al sarcófago abierto y extendió las manos sobre él. Las llamas

brillaron con más intensidad y propagaron su luz por las paredes formando misteriosos símbolos. Irdin: el lenguaje sagrado de los dioses. Infinitas banderolas de luz blanca casi transparente comenzaron a emerger del cuerpo de su antecesor, hasta que se vio rodeado por ellas.

En ese momento, sintió la conexión con las almas de todos los seres que habitaban la Tierra.

Eve miró disimuladamente a su alrededor. La estancia era muy ostentosa, desde el suelo de mosaico hasta las paredes cubiertas por impagables obras de arte. Incluso el cortinaje, de pesado terciopelo azul a juego con los cojines, hablaba de la riqueza de su dueña. A la espalda de esta, un gran piano negro de cola, acompañado por un violonchelo apoyado en una hermosa silla del siglo XVI, amueblaba el espacio frente a los ventanales. Pudo ver un comedor, una sala de estar, una biblioteca...

La señora de la mansión Blasky era una dama ya entrada en años a la que el tiempo había tratado muy bien. Lógico, habiendo disfrutado de una vida llena de comodidades. Al menos era lo que podía deducirse de todo cuanto contemplaba.

Sentada en el enorme sofá blanco que formaba la pieza principal del tresillo, enderezó la espalda cuanto pudo y miró directamente a su entrevistadora, tratando de sacudirse, de ese modo, la sensación de insignificancia que sentía. Mortificada por el vestido que había comprado en una tienda de saldos, se humedeció los labios nerviosamente.

—Espero que mis preguntas no la incomoden, Eve —dijo la señora al notar su involuntario movimiento.

—¡Oh, no! Claro que no. Entiendo que usted quiera estar segura de a qué clase de persona contrata. Pero no ha de tener cuidado conmigo. Si algo me define, es la responsabilidad.

Así era. Precisamente ese rasgo de su personalidad, además de la honradez, fue el que le había complicado la vida en el pasado.

—He leído el informe que me ha enviado la agencia y puede sentirse muy orgullosa. Sus referencias son magníficas.

—Bueno, solo cumplo con mi trabajo —sonrió con timidez.

—No obstante... —Eve volvió a reaccionar con un gesto involuntario, encogiendo los hombros como esperando recibir el golpe de gracia que la mandaría directa a la calle—, me gusta conocerles personalmente antes de decidir.

Poco a poco dejó escapar el aire que había retenido durante unos segundos de un modo inconsciente. Por un momento pensó que la mujer había estado investigando más allá del informe. Ese pedazo de papel arrojaba poca luz sobre los pasados de las empleadas de la agencia de limpieza, por eso los escogió.

—¿Eve?

—Sí, claro. Naturalmente —respondió con rapidez—. Veo muy normal que quiera conocernos en persona. Después de todo, dicen que la cara es el espejo del

alma.

La mujer sonrió complacida y se levantó. Eve hizo lo propio y aceptó la mano que esta le tendía, estrechándola mientras sonreía.

—En ese caso, la llamaré para darle mi respuesta, sea positiva o no.

—De acuerdo. Esperaré su llamada.

—Deje que la acompañe hasta la salida —se ofreció la señora.

—No quiero robarle más tiempo, señora Blasky, pero como usted guste.

Caminaron hacia la salida. Al igual que hizo cuando entró, sus ojos no pudieron evitar pasearse por una gran estantería repleta de objetos extrañísimos y antiguos, supuso: piedras pulidas de diferentes tamaños que presentaban grabados similares a los aztecas; rollos de pergamino de apariencia desgastada; lo que parecía ser un conjunto de bolas metálicas acanaladas; pedazos de roca con jeroglíficos ininteligibles; discos de piedra con enigmáticos símbolos... Se fijó especialmente en un objeto enmarcado que rompía por completo la antiquísima armonía del lugar: una bandera de fondo verde donde aparecía, en tono dorado, la estrella de David. Dentro había dos letras mayúsculas, y la rodeaba el tronco de una enorme serpiente cuyas cola y fauces terminaban en el sello de una esvástica; sobre esta, había otro sello que no había visto nunca y que era parecido a un tres con una especie de cola y una media luna envolviendo un sol sobre ella. Bajo todos aquellos símbolos, una leyenda: «No hay religión más elevada que la verdad».

—¿Le gusta? —preguntó la señora Blasky a su lado—. He notado que también la miró al entrar.

—Me resulta extraña. Nunca he visto una bandera similar. ¿De qué es?

—No tengo ni la más remota idea —rio—. Heredé todo esto hace muchos años, junto con la casa, cuando murió una tía mía, un pariente lejano. Según dicen, siempre ha pertenecido a la familia, pero ninguno de mis allegados ha sabido explicarme su significado.

Eve continuó andando hacia la puerta. No sería bueno que la señora se llevara la impresión de que ella era una entrometida.

—Gracias por todo, señora Blasky.

—De nada, Eve. La llamaré.

Asintió con una amable sonrisa y caminó por el empedrado del jardín hasta abandonar el terreno que rodeaba la mansión.

Repasó mentalmente la entrevista. La posibilidad de que los clientes de la agencia de limpieza indagaran más allá del informe era muy remota, pero, aun así, ese miedo la acompañaba cada vez que aspiraba a un nuevo empleo. A esas alturas, necesitaba ser realista y aceptar que a nadie, y menos a la gente de clase acomodada, le gustaba que una exconvicta deambulara por su casa libremente.

Palabras como «convicta» o «prisión» causaban una reacción instantánea en las

personas. Todo el mundo las asociaba automáticamente con delitos de sangre o con robos a mano armada y olvidaban, por ejemplo, otros tipos de crímenes por los que también podías terminar con tus huesos en la cárcel, como la extorsión o la estafa. Por no mencionar la posibilidad de ser una víctima del sistema.

Sí, de acuerdo, era evidente que errores como el de encarcelar a alguien inocente no se cometían habitualmente, pero es que ese era su caso. Ahora tenía que lidiar con ese estigma social que la acompañaría durante toda su vida y, además, debía buscar un medio para ganarse el pan que nada tuviera que ver con su profesión. Ese camino le estaba vedado por completo, no solo por la sentencia dictada durante el proceso judicial, sino también porque aquellos malnacidos se habían encargado de desacreditarla profesionalmente, y tenían el poder suficiente para complicarle la vida. Por eso era mucho mejor pasar inadvertida. Tenía suficiente con haber perdido cuanto poseía: su casa, su pareja..., todo.

Aunque habían pasado algo más de cinco años, le bastaba cerrar los ojos para volver a ver la escena: la sala del juzgado, los rostros de aquellas ratas de cloaca vestidas de Armani y el diablo de toga negra que, sin ningún tipo de escrúpulo, usó las artimañas que la jurisprudencia le permitía para arrancarle todo lo que había logrado a base de arduo trabajo.

Después llegó el momento en que Bill, el hombre al que amaba, le comunicó la urgencia de vender la casa. Sus ingresos eran muy bajos, por lo que se veía incapaz de hacer frente a la hipoteca y a los gastos. Con todo el dolor de su corazón tuvo que claudicar sabiendo que no solo perdía la propiedad de sus sueños y por la que tanto se había esforzado, sino que no obtendría ningún tipo de beneficio con la venta. Poco tiempo después, las visitas de Bill también fueron espaciándose, hasta que acabaron por interrumpirse. Cierta día recibió una carta de su puño y letra:

Lo siento, Eve, pero incluso a mi círculo profesional ha llegado la noticia de cuál es tu situación. Comprende que es difícil tratar con ese tipo de gente y que corro el riesgo de que me cierren las puertas. Sabes que para mi investigación es fundamental esa red de contactos, no puedo permitirme perderlos, es mi futuro, todo por lo que he luchado, tú lo sabes, así que...

Punto final. Su relación quedó saldada por completo.

Se tranquilizó al llegar a la parada del autobús que la llevaría al pequeño piso de alquiler que, apenas, podía pagar. El transporte no se demoró y validó el billete sin que el conductor reparase en ella, cosa que agradeció en silencio.

Se acomodó en el primer asiento libre que encontró y calculó cuánto tardaría en llegar. Aún era temprano, por lo que tenía tiempo de lavarle la cara al apartamento y salir a comprar. Después comería e iría a trabajar durante toda la tarde antes de volver a casa y caer rendida sobre la cama. Quedar agotada al terminar el día era lo mejor que podía pasarle, ya que le impedía pensar demasiado una vez que se recluía entre

aquellas cuatro paredes que no se acostumbraba a llamar hogar.

Pensó de nuevo en la señora Blasky. Si conseguía ese trabajo, quizá, después de unos meses de ahorro, podría alquilar algo mejor. No se parecería ni remotamente a lo que perdió, claro, pero seguramente podría buscar piso en un barrio más agradable.

Abel Simmons volvió a revisar el expediente que le habían colocado sobre la mesa quince minutos antes. Cuentas bancarias, planos de varias construcciones, listas de socios... Definitivamente no le gustaba en absoluto. Aquel tipo de asuntos siempre guardaban sorpresas y, generalmente, solían ser desagradables.

Sin levantar la cabeza, echó un rápido vistazo al asociado principal y más veterano del bufete, Harold Redform, quien, muy tieso a pesar de la edad e impecablemente vestido con un traje gris marengo de raya diplomática, no le quitaba el ojo de encima, sin duda tratando de evaluar su reacción. Se le antojó que había gato encerrado.

—Con esto poco puedo hacer, Harold. Me falta información —dijo cerrando la carpeta, que no ofrecía ni un solo dato del procedimiento.

—La tendrás, por supuesto. Pero primero quiero asegurarme de que llevarás el caso.

—Ni siquiera me has dicho quién es el cliente.

Harold hizo una mueca que no le pasó inadvertida y tras enlazar las manos a la espalda caminó por el despacho tratando de encontrar la mejor forma de encarar la tormenta que se avecinaba.

—¿Harold?

—Está bien, Abel. No hay una manera suave de decirlo. Industrias Kaine.

—¿Qué? ¡Ni hablar! No pienso aceptar —dijo deslizando el expediente hasta el borde de la mesa con un solo dedo.

Harold continuó con su paseo, sin inmutarse ante la negativa. Abel dedicó su atención a otros asuntos que colgaban del pequeño archivador de ruedas junto a la ventana. Cogió el primero de estos y lo colocó frente a él, sabiendo de antemano que Harold no tardaría en volver al ataque.

Tal como esperaba, después de unos segundos rompió su silencio:

—Son unos de nuestros mejores clientes y quieren al mejor abogado.

—Pásaselo a Marcia, ella lo hará magníficamente —respondió sin mirarle.

—No lo entiendes, Abel. Han pedido que seas tú.

—Inventa una excusa. No voy a hacerlo.

—Mira —Harold se acercó de nuevo al escritorio, se inclinó sobre él y colocó las manos a ambos lados del expediente para lograr que lo mirase—, piensa en ello, consúltalo con la almohada si lo deseas, pero no quieren a nadie más que a ti. Les dejaste impresionados con tu intervención en aquel asunto de hace cinco años.

Abel resopló mientras negaba con la cabeza. Echó el cuerpo hacia atrás mirándolo

directamente a los ojos y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Son unos estafadores y sabe Dios qué más.

—Pero tienen mucho dinero, y tal como están las cosas no podemos permitirnos decepcionar a un cliente como este. ¿Quieres que se vuelva a repetir lo que pasó a mediados del pasado año? ¿A cuántos empleados tendremos que despedir esta vez?

—Eso es chantaje, Harold, y está penado por la ley.

—Vamos, muchacho. Solo es un caso, tampoco es para tanto.

Abel se levantó. Ya era suficiente tener a Harold en su oficina acosándolo con aquel asunto. No iba a aguantar que le hablara desde aquella posición de superioridad. Negarse frente a frente le dejaría claro que no había posibilidad alguna de transigir.

—Desde que dejé el turno de oficio, me prometí que sería yo y únicamente yo quien eligiera mis casos. Ya tuve bastante en esa época, cuando les sacaba las castañas del fuego a maltratadores, asesinos, violadores... No, gracias. La primera vez piqué porque aún ignoraba cuáles eran las verdaderas intenciones de esos criminales. Pero ahora los conozco. No los defenderé otra vez.

—¡Por Dios, Abel! No puedes comparar a Industrias Kaine con esa calaña.

—¡Lo son, Harold! Más sofisticados, si quieres, pero, en el fondo, son iguales.

—Todo el mundo tiene derecho a una defensa.

—Que los defienda otro. Yo ya cumplí mi cupo. Y ahora, si me disculpas, tengo trabajo —concluyó, y abrió la puerta invitándolo a que se marchara.

Harold se encaminó hacia él. Antes de salir, se detuvo a su lado.

—Te tengo en alta consideración, Abel, y este bufete te debe muchos triunfos, por eso se te conceden ciertos privilegios. Pero no olvides que, en todo caso, soy yo quien tiene la última palabra.

Abel cerró la puerta conteniendo las ganas de hacerlo con la furia que recorría sus venas en aquel momento. Volvió hasta su mesa y se sentó para tratar de retomar el trabajo. Había plazos que cumplir y recursos que presentar, además debía estudiar un procedimiento para la vista oral que tendría al día siguiente. Ajustó la luz del flexo y dispuso, ordenadamente sobre la mesa, todo el material que necesitaba. Intentó concentrarse, pero transcurridos cinco minutos de pasar las hojas del expediente sin ton ni son, lo cerró de un golpe y giró el sillón, dando la espalda al escritorio.

Industrias Kaine era un grupo de pequeñas compañías inversoras y de construcción extremadamente bien relacionado. Se dedicaban básicamente a la creación de apartamentos de lujo y de áreas de recreo para la *jet-set*; eso convertía a la empresa en poderosa y económicamente rentable. Sobre todo operaban constituyendo sociedades con constructoras más pequeñas que, a la larga, terminaban absorbiendo. Poco después de que llevaran a cabo una de aquellas operaciones, tuvo que defenderlos en un caso más que complicado.

Cuando el expediente cayó en sus manos, se encontró, por un lado, con que la compañía había sido acusada de asesinato, y por el otro, con que esta había interpuesto una demanda por robo contra una mujer que trabajó en una de aquellas empresas, la misma que estaba involucrada en el asunto del crimen.

Respecto al primer asunto, logró que el procedimiento quedara sobreesido por falta de pruebas concluyentes. Aunque para ser sincero consigo mismo, encontró en las declaraciones ciertas discrepancias obviadas y sin explicación. Pero él no era el juez, así que no era él quien debía impartir justicia.

La sentencia del segundo caso, también les fue favorable. Todo acabó con el ingreso en prisión de la acusada.

Recordó de nuevo aquellos ojos tristes de la mujer y la impotencia que pudo leer en la tensión de su cuello cuando aportaba las pruebas que Industrias Kaine le había procurado. Para colmo de males, el abogado de oficio que le tocó en suerte era un joven sin demasiada experiencia, recién salido de la universidad. Un vistazo le bastó para saber que el caso le venía demasiado grande.

En aquellas fechas, necesitaba lograr el reconocimiento para hacerse con el puesto que ahora tenía, y lo obtuvo. Las felicitaciones y la oferta de ascenso por parte de Redform y Asociados llegaron con rapidez.

Aun así y aunque con el paso del tiempo se había ido atenuando, no se pudo deshacer del todo de la sensación de que ejerció de acusación representando a quienes debieron ser los inculpados. Sobre todo desde que, días más tarde, repasando la carpeta antes de enviarla al archivo definitivo, encontró un descuadre en fechas y balances, increíblemente bien oculto, que desmentía parte de la imputación de robo.

Todos aquellos años se había dicho a sí mismo que hizo el trabajo por el que le pagaron. Pero jamás logró convencerse de si prevaleció la justicia, tal como se suponía que era su deber.

El timbre del teléfono lo sacó de sus cavilaciones y volvió a encarar el escritorio para coger el auricular.

—¿Sí?

—Señor Simmons, tiene una llamada de su padre —dijo la secretaria.

Abel arrugó el ceño, hacía meses que no sabía nada de él. Suponía que estaba preparando una de aquellas raras expediciones que organizaba.

—Gracias, Susan, pásamela.

—Enseguida.

—¿Papá? —contestó cuando sintió el cambio de línea y un molesto sonido de fondo.

—Abel, ¿me oyes?

—Sí, ¿dónde estás? Hay muchísimo ruido.

—En un teléfono público.

—¿Y el móvil que te regalé hace unos meses? ¿Lo has perdido?

—No, no —titubeó un instante antes de continuar—. Abel, escúchame bien. Necesito que nos encontremos esta noche —pidió con ansiedad.

—¿Te ocurre algo? —La preocupación hizo que olvidara cualquier otro problema.

—Nada, hijo. Tú solo acude esta noche en cuanto salgas de la oficina. Ven directamente aquí, donde sabes que me encontrarás. No hables con nadie ni digas hacia a donde te diriges.

—¿Qué demonios pasa? ¿Te has metido en algún lío?

—¡Haz lo que te pido, Abel! —La orden no admitía réplica posible.

—De acuerdo. Pero, ¿estás bien?

—Sí, sí. No faltes. No des rodeos ni menciones esto a ningún compañero. Te lo explicaré todo cuando nos veamos, ahora tengo que dejarte. Ten cuidado. —Sin más, cortó la comunicación.

Abel dejó el auricular con el corazón en la garganta. Fue incapaz de volver a concentrarse en nada. Repasó la conversación tratando de encontrar algo que se le hubiera escapado.

Solo una vez había visto a su padre en aquel estado de agitación. Y eso bastaba para que sintiera que el desasosiego lo invadía. Una única noche a partir de la cual su relación cambió radicalmente. La noche del fatídico accidente que se llevó la vida de su madre.

Eve empujó nuevamente el carro del hipermercado, tras dejar caer sobre él una mirada evaluadora. ¿Lograría cargar con todo aquello? Desde luego no el camino entero hasta el apartamento. Tendría que utilizar otra vez el transporte público y ya sería la tercera aquel día, con lo que debería adelantar la compra de otro billete multiviajes antes de lo previsto. Todo eran gastos y más gastos.

Miró la hora. Apenas quedaban cinco minutos para que cerraran el establecimiento, tendría que acelerar si quería terminar la compra. No había sido buena idea cambiar los planes que hizo por la mañana y dejarla para el último momento del día. Pero no pudo decir que no a la agencia cuando le solicitaron que fuera un par de horas antes a la oficina en la que limpiaba. Tenía que estar a bien con ellos, quizá necesitara un favor en el futuro.

Sin apenas detenerse, cogió al vuelo una bolsa de pan de molde y continuó hasta llegar a las grandes neveras que contenían los alimentos ultracongelados. Buscó el pescado y comparó precios. No tuvo en cuenta la calidad, y se decantó por el más económico. A esas alturas, su monedero no entendía de marcas ni paladares.

Dejó el carro a un lado para no estorbar al resto de los clientes y levantó la puerta horizontal, no sin esfuerzo. Inclinandose, sumergió medio cuerpo en el congelador para alcanzar el producto seleccionado. Cuando rozaba la caja con los dedos, recibió un golpe en la cadera que hizo resbalar su cintura sobre el borde, varios centímetros.

—¡Eh! —exclamó.

Asustada, recuperó el equilibrio y se irguió tan rápidamente como pudo, buscando qué había originado aquel empujón. Solo acertó a ver una porción de tela roja brillante que desaparecía tras la última estantería.

—¡A ver si tienes más cuidado! —gritó, con la piel del rostro colorada por el enfado.

Aún con el incidente ocupándole los pensamientos se dirigió hacia la línea de caja. La empleada apenas levantaba la mirada del lector de códigos de barra por el que pasaba los productos, uno tras otro. Miró el reloj. Suponía que aquella joven estaba tan deseosa de marcharse a casa como ella, así que no la incordió con la molestia de tener que averiguar quién se paseaba por los pasillos atropellando a la gente.

Le llegó el turno y, con paciencia, fue colocando cada uno de los alimentos en la cinta. Nada de pequeños pecados fuera de presupuesto. Un vaso de agua era un mal sustituto del refresco de cola que tanto echaba de menos, pero así debería ser durante mucho tiempo.

—Cada día hay más gamberros en las calles —se quejaba una mujer que acababa de llegar a la caja con un paquete de arroz entre las manos—. En el aparcamiento, he tenido que esquivar a un sinvergüenza para que no se me llevara por delante con sus patines —explicó.

Eve echó un disimulado vistazo a la señora. Ya la había visto en otras ocasiones, era una cliente asidua, como ella, y pensó en si debía apoyarla explicando su propia experiencia de hacía escasos minutos. No, mejor que no. Eso solo llevaría a establecer una conversación que podría continuar fuera del supermercado, e incluso convertirse, a la larga, en algo habitual y terminar compartiendo tazas y penurias en una cafetería cercana.

—Joven —atacó de nuevo, llamando la atención de la cajera, quien apenas le dedicó una mirada—, ¿acaso este establecimiento no dispone de seguridad? —La chica se limitó a encogerse de hombros—. Pues si no lo tienen, deberían contratar al menos a una persona. Ya no solo por la tranquilidad de los clientes, también por la suya propia. Haría bien en exigirlo.

—Serán cincuenta libras con sesenta peniques —dijo la cajera al terminar.

—¿Sesenta peniques? Algo ha debido subir de precio...

La muchacha se encogió de hombros otra vez mientras Eve rebuscaba en el monedero.

Imposible. La lista de la compra era la misma todas las semanas. Había descubierto que respetando un menú diario evitaba gastar más de lo necesario. No obstante, aquel día se había incrementado debido a la necesidad de comprar cosas como sal o azúcar. Ingredientes que ya tuvo en cuenta a la hora de calcular el precio

de la compra. El problema es que para no caer en la tentación de adquirir artículos que no fueran indispensables, jamás llevaba encima una cantidad de dinero que superara el total de lo previsto.

Suspiró mientras trataba de decidir de qué prescindir.

—Quítame esto —pidió mientras devolvía una bolsa con cebollas.

—Está bien. Cincuenta libras justas.

Después de recibir la cuenta, dedicó su atención a guardar los alimentos en un par de bolsas de tela plegables que siempre llevaba en el bolso. Mientas tanto, la charlatana señora hacía lo propio con el paquete de arroz.

—¿Necesita ayuda? —le preguntó al pasar a su lado.

—No, gracias. Puedo arreglármelas sola —sonrió, pero de aquella forma que impedía al interlocutor continuar con ningún otro ofrecimiento ni comentario.

La mujer correspondió al gesto y continuó su camino. Eve terminó de acomodar toda la compra y sopesó las bolsas. Resistirían, pero tal como había supuesto, tendría que usar el transporte público para volver a casa.

La noche cerrada la recibió a la salida del local acompañada de un frío viento que la tornaba desahacible por completo. Unas pocas farolas repartidas a lo ancho y largo del aparcamiento arrojaban una luz pobre sobre el área. La parada del autobús no estaba lejos, únicamente tenía que atravesarlo y cruzar la calle. Encogió un poco el cuerpo refugiándose en el calor de la bufanda con la que se envolvía el cuello y emprendió el camino.

Cuando hubo recorrido casi la mitad, recordó que no había tenido la precaución de sacar la tarjeta multiviajes para guardarla en un lugar más accesible. ¡Maldita sea! Miró a ambos lados del desierto aparcamiento y se paró, dejando las bolsas en el suelo, una a cada lado de su cuerpo. Una vez que tuvo las manos libres, levantó la solapa de su bandolera y, sujetándola para que no volviera a cerrarse, sacó el monedero con la mano libre.

En ese momento, un borrón amarillo brillante se cruzó en su camino. Pasó frente a ella y le rozó las manos. Sintió el momento justo en que el monedero se le escapó de los dedos, haciendo una doble pirueta en el aire a escasos centímetros de su rostro, para después precipitarse hacia el suelo. Eve se agachó rápidamente intentando atraparlo antes de que tocara el asfalto mientras gritaba improperios al agresor, ignorante de que a su espalda un nuevo atacante se cernía sobre ella.

Sintió el pinchazo en el cuello, pero antes de lanzar un puño hacia atrás, el individuo ya se deslizaba sobre sus patines alejándose para reunirse con el primero.

Eve lo reconoció, por el color rojo de su cazadora, como el gamberro que la había empujado en el supermercado. Lo observó a conciencia todo cuanto le permitía la tenue iluminación del lugar, tratando de memorizar detalles para poder dar una buena descripción a las fuerzas de seguridad. Alto y desgarbado; rostro delgado, como de

adolescente; pelirrojo con la melena algo larga y ensortijada. Con poca maña debido al miedo que atenazaba sus músculos y entorpecía sus movimientos, sumergió la mano de nuevo en el bolso y se hizo con el teléfono móvil a tientas.

—¡Malditos hijos de puta! —gritó mientras marcaba el número de la Policía—. ¿Qué me habéis hecho? ¿Qué me has inyectado?

El tipo de la cazadora roja la obsequió con una sonrisa espeluznante, de dientes demasiado grandes para considerarlos normales. Su sangre se heló cuando este le mostró una jeringa a la que, inmediatamente, colocó el protector de plástico antes de guardarla entre las ropas. Un golpe sordo indicó que el teléfono le había resbalado de la mano y caído sobre el bolso abierto. También sus piernas, aún flexionadas, le fallaron por el terror y se desplomó en el suelo, de rodillas junto a las bolsas de la compra, sin poder apartar los ojos de los dos extraños. Sus pupilas refulgieron levemente en la oscuridad, antes de dar la vuelta y desaparecer en la negrura de la noche.

—Policía, ¿dígame? —contestaron.

Sin embargo, Eve, paralizada por un pánico enraizado en lo más profundo de sus huesos, fue incapaz de moverse.

Tenemos la tierra llamada Bernini, en el océano Atlántico [...] Es la parte más elevada que quedó sobre las olas de un continente que una vez fue grande, sobre el cual la civilización ahora existente en el mundo encontró gran parte de lo que utilizaría para alcanzar tal civilización.

Edgar Cayce Lectura sobre Bimini (1926).

Una porción de ella aún puede ser descubierta bajo el lodo de años y el agua del mar, cerca de lo que se conoce como Bimini, cerca de la costa de Florida. Y Poseidia estará entre las primeras partes de la Atlántida que se levante de nuevo. Esperadla en el sesenta y ocho o sesenta y nueve. ¡No está muy lejos!

Edgar Cayce Lectura sobre Bimini (1940).

2 de septiembre de 1968 Bahamas. Océano Atlántico

Joseph aún no podía creérselo, aunque había sido testigo directo, allí, a tres brazas submarinas de profundidad.

Miró a los ojos azules de Dimitri y se fundieron en un silencioso abrazo; después volvieron a mirarse, sonrientes. Las palabras se le antojaron vanas, sin el peso que deberían llevar para expresar la felicidad que sentían por el objetivo alcanzado. Así habían permanecido durante todo el trayecto hasta la pequeña oficina terrestre, en silencio. Un silencio que lo decía todo entre ellos. Tantos años de esfuerzo, tantos otros de ilusiones que muchas veces temieron perder minados por la desesperanza. Ahora podían mirar atrás con la certeza de saberse vencedores en la batalla.

Otra vez una palmada en la espalda antes de separarse para que cada uno por su lado pudiera tomarse el tiempo que necesitaban y regocijarse en solitario.

Una vez en un entorno repleto de estanterías donde se apilaban libros, aparatos electrónicos y de medición, entre otros enseres, Joseph tomó asiento frente a la mesa de trabajo. De alguna parte le llegaron notas musicales de una melodía de Bob Dylan e inconscientemente siguió el ritmo con un pie.

Sobre la superficie del escritorio estaban esparcidos, todavía, diferentes documentos que había estado repasando antes de la última salida. Paseó la mirada sobre ellos y se detuvo en la descripción que Adams y Brush les facilitaron en el pasado sobre el primer gran descubrimiento: «Detectado cerca de Andros. Algo parecido a una construcción rectangular. Como cimientos de un edificio sumergido».

Y debajo unas notas que incluían latitud y longitud, de su puño y letra, fechadas varios meses después: «Área Pine Key. Construcción rectangular cubierta por algas y plantas marinas, muy cerca de la superficie del agua y dividida en varias secciones. Las murallas podrían estar bajo la arena submarina; el pavimento, si existe, todavía no lo hemos descubierto».

Fotografías, fichas, datos del oceanógrafo..., años de trabajo que finalmente se veían recompensados.

Sin poder controlar el impulso de hacer partícipes de la alegría a los dos pilotos veteranos que durante un vuelo comercial los pusieron sobre la pista que los llevaría directos al descubrimiento que lo embargaba de emoción en ese momento, descolgó el teléfono y marcó.

—Lo hemos conseguido —dijo modulando la voz una vez que Robert Brush estuvo al otro lado de la línea—. La prueba está ahí, imposible de ignorar. Dimitri y yo pensamos que puede ser una ruta ceremonial que lleva a algún lugar especial.

Sonrió al recibir las felicitaciones correspondientes.

—No, aún no —contestó a su pregunta—. No hemos podido, la emoción es demasiado grande. Ahora mismo soy incapaz de pensar con claridad. Pero lo haremos en breve, creo firmemente que encontraremos más pruebas. ¡Oh, Robert, tendrías que verla, es preciosa! Estoy casi seguro de que podría estar relacionada con las antiguas culturas sudamericanas, solo ellos conocían el misterio y eran capaces de transportar y colocar esos inmensos bloques de piedra. Mayol está conmocionado, dice que jamás ha sido testigo de tanta belleza. ¡Imagínate! Él que conoce tan bien nuestras costas.

Brush tampoco podía contener la emoción, contagiado por las palabras del biólogo marino.

—Claro que puedes decírselo a Trigg, pensaba llamarlo, pero me harás un gran favor si lo haces tú mismo. Aún no lo he asimilado del todo. Necesito unas horas. Volveré a llamarte.

Joseph colgó el aparato y suspiró profundamente aún con la sonrisa dibujada en el rostro, recostándose en el respaldo. Cerró los ojos y evocó con facilidad la imagen de lo que había bautizado como «La carretera de Bimini». La estructura se mantenía impasible, perdurable y armoniosa bajo ingentes metros cúbicos de agua. Estaba teñida del color azul del mar, el gris de las enormes piedras, salpicado por el verdor de las algas. Se extendía aproximadamente un kilómetro. Lisas, rectangulares y poligonales de diverso tamaño y grosor, alineadas todas ellas formando un hermoso camino. En apariencia, un camino hecho de almohadones.

De nuevo, barrió con la mirada los documentos apilados. Cogió al azar un diario donde, después del descubrimiento de la construcción rectangular, y llevados sin duda por la envidia malsana, algunos, que hasta el momento había considerado

colegas, se dedicaron a descalificar el hallazgo. Esgrimieron argumentos como que podía tratarse de un fortín levantado por los conquistadores españoles, pero no pudieron explicar por qué se encontraba bajo el agua. Otros dijeron que podía ser una especie de trampa para pescar, pero ¿para qué construir algo tan magnífico con una finalidad tan prosaica?

Se preguntó qué demonios harían ahora, cuando este nuevo hallazgo saliera a la luz.

Cruzó los brazos sobre el pecho y cerró los ojos de nuevo con una amplia sonrisa en los labios. No quería pensar en nada relacionado con la prensa en aquel momento. Ya lo haría más tarde, con tranquilidad, sin que el lastre del viejo resentimiento afectara al modo en que ofrecería la noticia a los medios.

Con rostro de rasgos enjutos y piel cetrina, quien ejercía como correo en aquella parte del mundo entró en la habitación del hotel. Lo habían llamado. Su cara afilada, con marcadas ojeras y una nariz prominente, mostraba un profundo ceño que auguraba malas noticias. No obstante, en cuanto lo localizó junto a una de las ventanas que ofrecían una hermosa panorámica de la costa, este se relajó un poco.

—Espero que su viaje hasta aquí haya sido agradable —dijo llamando su atención.

—No ha estado mal.

—No sé si hubiera sido mejor hacerle partícipe de la noticia por teléfono.

—Prefiero tratar esto en persona. Si es de tanta importancia como asegura...

—Sin duda lo es. Compruébelo usted mismo. Las lecturas de Cayce concuerdan perfectamente —dijo acercándole el diario de aquella misma mañana. Al hacerlo, el sello de su solapa, consistente en tres círculos concéntricos, captó la luz y brilló.

Repasó las noticias de cabecera, entre las que destacaba el lanzamiento de la sonda lunar soviética *Zond 5*. Trató de esconder una retorcida sonrisa de satisfacción. Pero sus ojos se movieron con rapidez buscando información de otra índole.

El titular que anunciaba el descubrimiento ya era, de por sí, revelador, pero no le dio demasiada importancia. Los periodistas siempre tendían a exagerarlo todo con tal de captar la atención del lector. Continuó leyendo:

Las piedras más grandes, tienen una longitud de unos tres a cinco metros — explica el doctor Valentine—, están colocadas a intervalos a lo ancho de las avenidas situadas en forma paralela mientras las más pequeñas forman pavimentos tipo mosaico y cubren secciones más amplias. La avenida más larga está constituida por una serie doble, interrumpida por dos expansiones que contienen piedras lisas muy grandes, sujetas en los extremos por piezas verticales que recuerdan los dólmenes de Europa occidental.

Dobló el diario y se lo metió bajo el brazo.

—No le importa que me lo quede, ¿verdad? —preguntó, aunque en realidad no

era más que una mera formalidad.

—Es todo suyo.

—Gracias. Manténgame informado de cualquier cosa que crea interesante.

—Sin duda —respondió el visitante, que giró sobre sí mismo para emprender la marcha.

Antes de abrir la puerta, lo observó titubear y volver la mirada hacia él.

—¿Debo tomar alguna medida?

—En absoluto. No se preocupe, yo me hago cargo. Pero manténgase alerta. Es posible que vuelva a necesitar de sus servicios. Naturalmente..., por el mismo precio.

—Por supuesto —asintió el hombre antes de desaparecer, sin poder esconder un rictus de avaricia en la mirada.

Cuando de nuevo pudo disfrutar de su soledad, abrió el periódico y releyó el artículo con placer, dejando que la emoción lo embargara por entero. Al terminar, sus manos se abrieron y las hojas cayeron silenciosas al espectacular suelo de mármol azul turquesa de la *suite* presidencial. El mismo azul del océano de aquellas costas tropicales. Con los ojos cerrados, caminó sin problemas atravesando lentamente la habitación, rememorando con detalle los pasos efectuados sobre el pavimento rocoso que aquel día aparecía en una borrosa fotografía de las noticias. Solo que, en su memoria, los enormes bloques no estaban cubiertos por el agua ni las algas. Recordó aquellos días en los que pensó que conseguiría cuanto deseaba, hasta que Adama lo destruyó.

Cerró los puños con violencia y de ellos emergió una nimia parte de energía que fluctuó y recorrió la atmósfera de la estancia, haciendo tintinear cristales y porcelana. Con los párpados aún bajos tomó un vaso ancho donde vertió una medida de whisky. Lo paladeó antes de dar cuenta de un trago, sintiendo cómo ardía la carne mortal de su garganta. Aquel ambarino y aromático licor era uno de los grandes placeres del planeta que habían creado sus frágiles habitantes.

Solo entonces se permitió volver a afrontar la realidad. Bajo las espesas hileras de pestañas negras un intenso brillo rojo iluminó sus pupilas por un instante tan breve que cualquiera lo hubiera atribuido a una alucinación.

«Valentine», pensó. Uno de los designados por Adama. No podía tocarlo, pero sí tentarlo. Incluso podía ponerle las cosas difíciles para obligarlo a verlo todo desde otra perspectiva. En cualquier caso, había hecho bien manteniéndolo vigilado. Los designados no siempre lograban sus objetivos, pero andaban cerca de ellos. Rondando lo que aquellos estúpidos engreídos que aún quedaban entre las filas corrompidas de la hermandad llamaban la «verdad primigenia».

Los designados... De un modo u otro llevaban el objetivo impreso en su destino desde el momento del nacimiento, como la meta que podía cambiar el sentido de sus vidas. Ese ideal los arrastraba, aunque no fueran conscientes de ello. Unos lo

abandonaban a medio trayecto, otros ni siquiera lo emprendían por miedo o debido a prioridades mejor definidas.

Dejó el vaso sobre el aparador y regresó sobre sus pasos para coger su sombrero.

—Bien, veamos las ganas y el empeño que vas a poner en ello. Ya me has mostrado el lugar, pero seré yo quien se haga con el cristal.

La sugerencia de que antiguos habitantes de la región realizaron esas edificaciones suena absurdo. El hombre americano, según las tesis, no existía aún en la época en que el doctor Valentine sitúa la construcción arquitectónica. Según él, su origen se remonta a hace miles de años.

¿Cuántos meses habían pasado desde que se publicó la primera noticia en los diarios? ¿Seis? ¿Siete? ¿Diez? Y aún seguía encontrando artículos donde se le desprestigiaba de forma encarnizada. No solo el descubrimiento; las acusaciones e insultos velados también eran extensivos a su persona. Iracundo, soltó la revista sobre la pequeña mesa de té con lo que provocó que la lámpara bailoteara peligrosamente.

Tomó entre sus manos la revista *Argosy*, donde también el arqueólogo marino Robert Marx publicaba un artículo en el que explicaba que el geólogo Carl Holm albergaba «pequeñas dudas» sobre que los bloques fueran cortados por el hombre.

«Hallazgo fortuito» o «Capricho natural» eran, entre muchas, definiciones con las que también se habían referido a su descubrimiento. Pandilla de descreídos. ¿Cómo se atrevían a poner en duda algo que hablaba a simple vista de su autenticidad? ¿Capricho natural? ¡Malditos fueran! ¿Acaso se pensaba lo mismo cuando se descubría una nueva vía romana en Europa?

Lameculos todos ellos. Estaba seguro de que intentaban quitarse al mayor competidor de en medio para poder meter las manos en su yacimiento. Así funcionaban las cosas desde siempre. Alguien encontraba algo o daba con alguna genial idea y otros trataban de robarla a toda costa. Pasaba a todos los niveles, incluso en el académico.

—Deberías calmarte —le recomendó Julia mientras continuaba con su revoloteo incesante por toda la casa.

—Y tú deberías dejar ya lo que sea que estés haciendo. Es la tercera vez que mueves de lugar esas flores.

Ella lo miró con inquina durante un segundo antes de recordar la tensión nerviosa que su marido sufría desde hacía demasiado tiempo. Suavizó un poco el semblante, pero no cometió el error de tratar de discutir con él sobre su forma de contestarle. Joseph no era un mal hombre y estaba segura que pronto rectificaría su conducta.

Unos golpes en la puerta anunciaron la llegada de la visita que esperaba. Julia sonrió mientras se encaminaba hacia la cocina, confiaba en que Dimitri mejorara el humor de su marido. Joseph se levantó del sillón donde había estado apostado los últimos minutos y, de camino a la entrada, apagó el televisor al que no había prestado

atención, demasiado encerrado en sus propios pensamientos.

—Adelante —dijo palmeándole el hombro al pasar.

El rostro de Rebikoff ofrecía poco más o menos la misma expresión que la de Valentine, como una fotocopia de las ofuscadas emociones que lo embargaban, pero Dimitri sabía sobrellevarlo. Como antropólogo había jugado aquella misma partida en otras ocasiones.

—¿Cómo van los preparativos?

—Todo está en marcha. La infraestructura, los equipos y las medidas de seguridad están controlados. Estoy ultimando detalles para coordinar los grupos de técnicos. Ya tenemos patrón, jefe de buceo y los arqueólogos submarinos que estarán bajo mi cargo.

—¿Qué crees que ocurrirá ahora? —A pesar de las buenas noticias que traía Dimitri, Joseph no dejaba de verlo todo de forma negativa.

—Es difícil saberlo con exactitud. —Dimitri observó el gesto de derrota en la postura de su compañero—. Vamos, Joseph, no te des por vencido —intentó animarlo—. Ya sabes cómo funciona esto, no es la primera vez que nos enfrentamos a algo similar.

—Sí, lo sé. Pero, ¿de qué ha servido demostrarles que teníamos razón si, en lugar de interesarse por el asunto, no cejan en verter basura y mentiras?

—Tú y yo sabemos con certeza que esas arenas esconden secretos aún por desvelar. Eso debería bastarte, ¿no? Están ahí para que los encontremos.

Joseph, que había vuelto a ocupar el mismo sillón, dejó descansar la cabeza sobre su mano mientras trataba de reunir energías para continuar.

—Hola, Dimitri —saludó Julia, que apareció desde el interior de la casa y se acercó a los dos hombres.

—Hola, Julia. Estás más hermosa cada día que pasa —respondió Rebikoff, que acompañó el piropo con un afectuoso beso en la mejilla de la mujer.

—Gracias, querido. Pero siéntate, por favor. No puedo permitir que el mal humor de mi marido se traduzca en una fea falta de hospitalidad con los amigos. —Mientras tomaba asiento, Dimitri sonrió por la forma en que la esposa de Valentine trataba de hacer reaccionar a su marido—. ¿Deseas tomar algo?

—No, gracias, Julia. No se lo tengas en cuenta —dijo refiriéndose a los modales de Joseph, y acompañó las palabras con un guiño cómplice.

—¡Oh, no lo hago! Pero está bien que recuerde que sobre el nivel del mar también hay una vida a la que debe prestar atención.

—Lo siento, Julia, pero ahora mismo... —intentó disculparse Joseph, sabía que en los últimos meses no había sido precisamente un esposo modelo—. Te compensaré.

El gesto de derrota que mostraba enterneció a Julia, que se acercó a él con cariño

y acarició su rostro con verdadera devoción. Quizá no había sido el mejor momento para atacarlo de aquella forma.

—Ya hablaremos sobre ello, ¿quieres? —dijo mientras cerraba los ojos al recibir un fugaz beso de su marido—. Os dejaré solos.

Nuevos golpes en la puerta los alertaron sobre la llegada de dos visitantes más que se sumarían a la reunión. Dimitri se apresuró a hacerlos entrar y Joseph se irguió al ver la amplia sonrisa que mostraban sus rostros. Incapaz de volver a sentarse, esperó con el corazón a punto de estallarle en el pecho a que ambos pilotos se dignaran a hablar.

—¡Los tenemos! —anunciaron a un tiempo.

—¡Fantástico! —exclamó Dimitri mientras palmeaba la espalda de Joseph, quien ya comenzaba a vislumbrar un atisbo de esperanza que hasta el momento se le había antojado inexistente.

—No ha sido fácil, creedme. Pero hoy por hoy podemos decir que la MARS existe legalmente.

Dimitri fue el primero en abrazar a Trigg y Brush con la efusividad que merecía la noticia. Joseph aún tardó unos minutos en reaccionar.

La Marine Archaeology Research Society, la última jugada que había ideado Dimitri, tratando de obtener los permisos necesarios para comenzar la excavación, ya era una realidad. Buscarían en las entrañas del manto marino, donde estaban enterrados esos bloques pétreos, encontrarían la verdad y se la mostrarían al mundo.

Apretó los puños a los costados, sintiendo como una renovada determinación se apoderaba de él. Durante aquellos largos meses habían estado preparándolo todo, señalizando puntos y cartografiando el fondo, documentando fotográficamente cada centímetro del yacimiento, delimitándolo en pequeñas áreas para después referenciar y localizar los objetos o fósiles que pudieran encontrar. Únicamente restaba la utilización de la manga de succión para retirar los sedimentos y limpiar los restos. Una vez que tuvieran esos permisos nada se interpondría entre ellos y su destino.

Echó un vistazo sobre su hombro y vio a Julia, que le sonreía apoyada en el marco de la puerta. Le lanzó un beso y sus labios se curvaron en una sonrisa antes de unirse a la celebración con sus compañeros.

Lamar University. Dos años después

David Zink miró de soslayo al enigmático caballero ataviado con un traje de envidiable factura que estaba sentado en uno de los butacones frente a su mesa de trabajo. Incluso después de plantear aquella propuesta, que solo podía calificar de insólita, permanecía absolutamente relajado, con los codos apoyados con tranquilidad en los reposabrazos mientras jugaba a darle vueltas a su sombrero y dejaba que una

de sus piernas pivotara rítmicamente en el aire cruzada sobre la otra.

—Si no he entendido mal —recapituló mientras volvía a mirarlo y se mesaba el cabello de la nuca, intentando comprender las motivaciones de aquel tipo—, pretende que viaje a Florida para conocer al doctor Manson Valentine, que colabore con él y su asociación, además de terminar con el trabajo que empezó y, después, dejarlo a un lado cuando encontremos el objeto que usted busca, ¿no es así?

—En efecto, así es. Y, como le he dicho, correré con los gastos, tanto de su viaje y su estancia como de las expediciones que crea conveniente hacer —repitió a la vez que le lanzaba fugaces miradas sin apartar demasiado la atención de su juego con el sombrero—. Todo esto además de sus honorarios y una suculenta gratificación cuando me entregue ese objeto.

—¿Y por qué no habla usted mismo con Valentine? Estoy seguro de que se mostraría inmensamente agradecido con su ayuda, sobre todo si, como dice, hace más de tres años que no les dejan fondear.

—El porqué no es de su incumbencia —respondió contundente. Al fin el sombrero dejó de girar entre sus dedos y se levantó del asiento como quien dispone de todo el tiempo del mundo, listo para encaminarse hacia la salida—. Mire, señor Zink, le estoy ofreciendo una oportunidad de oro para que deje esta... —hizo un mohín— existencia anodina. Usted nació para algo más que estar encerrado entre las cuatro paredes de esta oficinucha. Acepte mi oferta y le prometo que pondré ante usted algo que ni siquiera puede imaginar.

Caminó hacia la puerta con parsimonia y miró a Zink, quien, aún inquieto, no paraba de cambiar la postura de sus brazos, dejándolos reposar, ora laxos, ora cruzándolos sobre el pecho, incapaz de apartar los ojos de la documentación que le había dejado sobre la mesa.

—Espero su llamada —dijo y cerró tras de sí con una sonrisa de triunfo esbozada en los labios.

Convencer a Zink había sido muy sencillo. Como a cualquiera de aquellos humanos. Solo era necesario ponerles frente a los ojos lo que deseaban, como el que cuelga la zanahoria delante del pollino para que camine. Eran tan simples que se conformaban con la quimera de quizá poder alcanzarlo.

Y si no funcionaba, siempre quedaba el recurso de enviar a alguno de los suyos para encargarse de él. Pero sabía que no sería necesario llegar a ese extremo. Eso complicaba las cosas; una vez que el humano era poseído no volvía a ser él mismo y se le desenmascaraba fácilmente. Cuando eso sucedía no quedaba más remedio que retirarlo de circulación. Una lástima, pero a aquellas alturas no podía cometer errores. Estaba demasiado cerca del cristal como para dejarlo escapar por culpa de una nimiedad.

De todos modos, si Zink no se decidía, existían otros a los que podía tentar con

facilidad. Otros que probablemente no tendrían tantos escrúpulos. «Asuntos como la ética o la moral entre los humanos siempre juegan a mi favor», pensó mientras encendía un cigarrillo y aspiraba por la boquilla profundamente. La historia de su civilización y los errores de Adama lo confirmaban.

Abel miró por enésima vez las manecillas del reloj de pulsera. Si no fuera porque veía moverse el segundero, habría jurado que las agujas estaban pintadas en la esfera. El panorama desde la ventana había dejado de ser interesante y alternaba vistazos a la puerta, al techo y al reloj, incapaz de concentrarse en el trabajo. Con la cabeza entre las manos y los codos apoyados sobre el escritorio, repasó de nuevo la conversación con su padre tratando de averiguar qué era lo que tanto lo asustaba. Pero había sido tan corta que solo podía extraer dos cosas: problemas y miedo.

Se dejó caer contra el respaldo del sillón, aprisionando los reposabrazos con sus manos, como si de ese modo pudiera mantener a raya la ansiedad que sentía. Entre las muchas veces que trató de encontrar algún tipo de mensaje oculto en las palabras que le dijera y otras tantas que había tratado de comunicarse con él, recibiendo únicamente el mensaje de terminal inactivo, se había filtrado el sonido del inusual parloteo de Harold desde el pasillo. Lo que solo podía responder a una cosa: esperaba cruzarse de nuevo con él para volver a insistir en el asunto de Industrias Kaine. Vio acertada su suposición cuando en aquel momento, a escasos dos minutos de que concluyera la jornada laboral, volvió a la carga, adelantándose a su salida.

Suspiró antes de abandonar su asiento. Cerró con llave el archivador y los cajones de la mesa, tomó la americana del perchero y se hizo con el maletín. «No hables con nadie ni digas hacia dónde te diriges», recordó el tono perentorio con que había recalcado la frase y un escalofrío le recorrió la espalda. Recompuso el traje frente a la puerta, tratando de sacudirse la desagradable sensación y abrió. Clavando la vista al frente después de cerrar, comenzó a caminar directo hacia la salida.

—¡Abel! —Oyó cuando ya alcanzaba su meta—. Abel, espera un momento, por favor.

—Harold tengo mucha prisa.

—No lo dudo. Pero me quiero disculpar por mi salida de tono de hace un rato.

—Tranquilo, ya lo he olvidado —mintió.

—Y, por supuesto, te pido que reconsideres tu postura.

Abel sopesó en una milésima de segundo qué responder. Si seguía negándose Harold lo retrasaría y no podía permitírselo.

—Solo te prometo que lo consultaré con la almohada —resolvió mientras hacía el ademán de continuar su camino, pero Harold lo sujetó por el brazo impidiéndoselo.

—Naturalmente te estaría muy agradecido y quizá considerara llevar a la asamblea de socios tu candidatura como mi sucesor —susurró muy cerca de su oído.

Abel se separó un poco y lo miró con escepticismo directamente a los ojos—. Ya estoy muy mayor para el estrés que supone esta oficina y, sinceramente, dudo que encuentre a nadie mejor que tú para sucederme. —Aquello apestaba a soborno y no pudo menos que preguntarse qué más había tras la petición de Industrias Kaine.

—No creo que a Charles le parezca una buena idea.

—Por mucho que me duela admitirlo —dijo soltándolo al fin—, mi hijo no está hecho para esta profesión. Le sobra ambición, pero le faltan agallas.

—Debo irme, Harold. Me esperan.

—Claro. No te entretengo más. Que tengas una buena noche. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Abel continuó caminando hacia la salida mientras escuchaba cómo Harold pedía a su secretaria que no le pasara visitas, pues debía realizar una llamada importante. Ese hecho, junto con el nuevo intento por hacerle cambiar de idea sobre el asunto de Industrias Kaine, era una prueba irrefutable acerca de lo mucho que pesaba en Harold la necesidad de que aceptara el caso. Y dudaba seriamente de que, después de aceptarlo, Harold cumpliera con la oferta de ascenso. Cuidaba de su negocio mejor que de su propio hijo. Ser fiel a su palabra supondría para él perder el grado de poder que ostentaba, pues le cedería a alguien ajeno a su familia la gestión casi completa del bufete. Únicamente quedaría su apellido. Por lo tanto, pensó, se había marcado un farol o..., razonó más profundamente, tenía como objetivo lograr un cargo superior al que ya poseía.

Por no hablar de qué modo se lo tomaría Charles, su hijo.

Como si sus palabras tuvieran el poder de conjurarlo, el interesado apareció por su izquierda, frente a él. Impecablemente vestido con un traje sastre color chocolate que conjuntaba a la perfección con la camisa en tono crema y una corbata bronce, no tuvo la consideración de esperar a que él saliera para entrar, por lo que Abel retrocedió un paso. Lo saludó con un educado cabeceo mientras que el recién llegado apenas le dedicó una altiva mirada de un azul profundo. Prefirió no hacer conjeturas acerca de si conocía las intenciones de su padre y continuó el camino hacia el coche. Debía darse prisa.

Desactivó el sistema de alarma y dejó la americana en el asiento trasero, junto al maletín, antes de sentarse al volante. En un acto mecánico encendió la radio tras arrancar el motor:

—El volcán Eyjafjalla, ubicado ciento veinte kilómetros al sureste de la capital islandesa, Reikiavik, sigue arrojando cenizas a la atmósfera en una enorme nube de varios kilómetros de extensión. Su actividad no muestra indicios de que vaya a detenerse. La ceniza seguirá dispersándose por los cielos europeos, lo que pone en grave peligro el tráfico aéreo. Para hablar sobre ello tenemos con nosotros al experto vulcanólogo Yuri Clark. Buenas tardes, Yuri, ¿qué puede explicarnos del Eyjafjalla?

¿Durante cuánto tiempo cree que continuará activo?

—Buenas noches. Pues Islandia se halla entre dos fallas abisales en la dorsal mesoatlántica. Toda ella es un inmenso volcán que se ha ido elevando a fuerza de acumular lava durante los últimos veinte millones de años. Vivimos sobre balsas de roca tibia a la deriva en un inmenso mar de magma ígneo —explicó el científico—. Aún no nos hacemos a la idea de que estamos sobre una estrecha capa de piedra flotante. Este es un planeta vivo, está caliente y se mueve.

—¿Podríamos decir entonces que aún no nos hallamos fuera de peligro?

—De momento no podemos anticipar ningún pronóstico.

—Gracias, Yuri. Bien, ya lo han oído, después de esta intervención y de las últimas noticias acerca del vertido de crudo en las costas de México, muy cerca de Florida, nos preguntamos: ¿qué será lo próximo? Desde hace aproximadamente un año nuestro planeta está dando señales inequívocas de que algo sucede, algo que hace que el ser humano tiemble y se pregunte: ¿lo habremos llevado a su límite? ¿Qué vendrá a continuación? ¿Un nuevo diluvio universal, quizá?

Abel apagó la radio. No necesitaba más noticias catastrofistas, ya tenía suficiente con el problema que se le venía encima. No recordaba ni un solo momento de su vida en el que su padre dejara de hablar precisamente de cosas como la que acababa de escuchar.

Su padre... ¿En qué lío estaría metido?

Peter Simmons era un hombre de largos silencios. Con una profesión que jamás pudo ejercer, lo recordaba siempre encerrado en una de las habitaciones de la casa acondicionada como despacho, con las narices metidas dentro de un libro. Según decía: «Hay que estudiar bien el pasado para comprender el presente». Las pocas horas que pasaba fuera de aquellas cuatro paredes apenas intercambiaba unas cuantas frases con su madre y con él. Frases que se repetían día tras día como: «¿Qué hay para cenar?», «¿Qué tal hoy el colegio?». Y una vez cada dos o tres meses: «La semana que viene me ausentaré durante un par de días».

En alguna ocasión estuvo a punto de preguntarle acerca de aquellos viajes, ya que su trabajo no los requería, pero cuando iba a hacerlo, su madre se limitaba a mirarlo a los ojos, asentía y, después de dedicarle una sonrisa, continuaba con lo que fuera que estuviera haciendo, mientras Peter desaparecía de la estancia y la pregunta se quedaba sin formular. Cuando era un niño, apenas prestó atención a esa extraña forma de actuar entre ellos; sin embargo, entrando ya en la preadolescencia, comenzó a hacerse preguntas. Hasta la noche en que toda su vida se volvió del revés...

Al ir acercándose a la nave donde sabía que encontraría a su padre, le fue imposible no aferrar el volante con más fuerza de la necesaria. Acudían a su mente recuerdos de los tres años en que, para verlo, tenía que desplazarse hasta la penitenciaría de la ciudad.

—Ha sido un placer volver a verte, Schlange. Espero que podamos repetir la experiencia más a menudo.

—Desde luego —estrechó la mano del eminente geólogo—. Nos encontraremos el próximo año, tengo intención de asistir al congreso.

—Maravilloso. No obstante espero que me tengas informado del desarrollo de esa investigación que tienes entre manos.

—No lo dudes. En cuanto obtenga las pruebas que estoy buscando, te lo comunicaré. Siempre es de agradecer que alguien tan respetado como tú avale estos trabajos, Joseph.

—Estaré encantado de ayudar al vástago de Frederick. Lamenté mucho su muerte, fue un gran profesional.

—Gracias.

—¡No dejes de llamarme para lo que necesites! —ofreció Joseph, mientras ya se alejaba.

—¡Lo haré! —Se despidió alzando una mano en su dirección.

Volvió a penetrar en el edificio, que tenía forma de catedral. Alzó la vista y disfrutó dejándola vagar por la cúpula acristalada, que formaba el techo de la sala, y la estructura que imitaba la arquitectura gótica medieval en el uso de la terracota. El Museo de Historia Natural de Londres ya había cerrado sus puertas al público hacía horas y sus solitarios pasos resonaron sobre las pulidas losas oscuras. Se paró a medio camino y, girando lentamente sobre sí mismo, admiró cada una de las exposiciones, desde los dinosaurios hasta las aves y los mamíferos. La satisfacción afloró a su rostro en forma de sonrisa autocomplaciente.

Echó un vistazo al reloj, comprobando que era más tarde de lo calculado. Hora de refugiarse en casa, pensó. Después de su charla con Joseph le apetecía volver a repasar las notas sobre el último congreso al que asistió, en julio de 2005.

Se encaminó hacia el sótano para acceder al área de investigación del museo, donde había dejado su maletín, mientras recordaba con claridad aquellos días pasados bajo el sol de la isla griega de Milo, gozando de la brisa mediterránea y de las bondades de un magnífico caldo cretense, enfrascado en el trabajo (junto con el resto de los participantes) de elaborar la lista con los veinticuatro criterios que sirvieran para la calificación de las hipótesis sobre la Atlántida. Discurrir entre los datos ofrecidos por Platón en sus diálogos, los extraídos de los diferentes estudios geológicos y los hallazgos relacionados con el continente perdido mientras compartía todos aquellos informes con eminentes colegas fue todo un placer.

Pero aún quedaba mucho por hacer hasta volver a encontrarse con los más de cien científicos llegados de los cinco continentes, en las próximas jornadas de estudio que estaban organizando. Tenía suficiente tiempo por delante, tiempo que emplearía en terminar de ligar la información obtenida por su padre junto con la que él mismo

había logrado recabar.

Una vez estuvo frente a su escritorio, cogió el *The Sun* y ojeó la portada. Anunciaba el descubrimiento de lo que parecía la estructura de una ciudad; incluía una fotografía realizada por el programa Google Earth con las coordenadas 31°24'21.38 norte y 24°24'22.70 oeste. Conocía ese lugar concreto: Great Meteor East, en la llanura Abisal de Madeira, a unos 5.300 o 5.400 metros bajo las aguas del océano Atlántico. Noticias como aquella siempre fueron presentadas al público como la posibilidad de estar ante el descubrimiento más importante de la historia. Sin embargo, no había que ser muy versado en Atlantis para saber, por ejemplo, que ni las medidas de la supuesta ciudad ni su orientación coincidían con las descritas por Platón. Ni siquiera los canales que se apreciaban en la imagen concordaban con los datos que ofreció el sabio griego en el *Critias*. Metió el diario en el maletín con cierto desdén, volvió sobre sus pasos y se dirigió a la salida.

Estaba seguro de que él sí lograría dar con las respuestas a aquellas incógnitas gracias a otros datos que tenía en su poder. También disponía de una fotografía digital de la zona que pretendía estudiar. Y, a diferencia de la ofrecida por un jodido programa informático y un avisado periodista, en la suya se distinguía con claridad la imagen de dos estructuras rectangulares y de otro par en forma de círculos concéntricos.

Su padre había dedicado toda la vida a demostrar que la acrópolis de la Atlántida había estado en las marismas de Hinojos, en el sur de España. Esa hipótesis había sido planteada ya anteriormente por tres españoles entre 1673 y 1919. Frederick tomó el relevo unos cuantos años después, allá por 1930, cuando aún era el joven aprendiz y ayudante de uno de los más renombrados investigadores alemanes de su tiempo: Richard Hennig.

Demostraría que las estructuras apreciadas por Wickboldt en las fotos del satélite que le habían sido legadas eran reales, no meras ilusiones ópticas originadas por las sombras y los restos de los paleocanales naturales de ríos o viejas corrientes. El templo de Poseidón y el templo de Cleito y Poseidón estaban allí y él los encontraría.

Ya en la salida de servicio, saludó cortésmente a los guardias de seguridad que sabía que se encontraban tras las cámaras instaladas sobre ella y esperó la señal auditiva que indicaba la apertura de la puerta. El chasquido no se hizo esperar y salió al exterior con un nuevo gesto de agradecimiento.

El viento frío le golpeó en el rostro sin piedad, pero las expectativas futuras no permitieron que el clima le avinagrara el humor. Caminó ligero, rodeando la imponente construcción neogótica victoriana, dejando escapar la mirada hacia la negra y brumosa cuenca del Támesis.

—Schlange. —La llamada le llegó seguida de unos siseos y buscó entre las sombras su procedencia—. Aquí.

Acertó a distinguir un par de siluetas sumergidas en la oscuridad y se acercó sin poder reprimir la inquietud que crecía en su interior. Una desazón que conocía demasiado bien. Hacía años que lo habían dejado en paz. Prácticamente los tenía olvidados. Pero, al parecer, no había sido recíproco.

—¿Qué queréis? —preguntó sin llegar a reunirse del todo con ellos.

—Acércate, hombre.

—Desde aquí os oigo perfectamente.

—Él quiere verte.

Aquellas palabras resonaron en su mente y produjeron en su interior una conocida sensación de opresión en el pecho.

—Ya hice mi parte —se defendió.

—Opina que no has terminado con tu cometido.

—¡Tampoco él ha cumplido lo pactado! —Los dos visitantes miraron a su alrededor como dando a entender que su afirmación no era del todo cierta—. Sí, tengo una parte de lo que prometió, pero no todo, así que estamos en paz.

—No sé si eres arrogante o simplemente un necio, Schlange. —Sonrió con aquella mueca espeluznante que compartían todos—. Estás advertido. Más vale que tengas cuidado, soldadito valiente. Acude a él y quizá vivas lo suficiente para disfrutar de lo que has conseguido.

La soledad volvió a rodearlo, pero, esta vez, la seguridad que lo arropaba al salir del museo se había desvanecido. El desamparo y la angustia tomaron el relevo de sus emociones. No podía pasar por aquello de nuevo. No lo necesitaba. Podría alcanzar lo que anhelaba por sus propios medios.

Huiría. Lo mejor era desaparecer por un tiempo, hasta que lo olvidaran. Se instalaría en otra ciudad. Desde allí, continuaría con la investigación y mantendría el contacto con el resto de los científicos. Contempló el museo por última vez. Lo echaría de menos. Pero no había tiempo para arrepentimientos ni despedidas o explicaciones. Esa misma noche lo prepararía todo y tomaría el primer vuelo que saliera de la isla. Después, una vez que estuviera instalado donde quiera que fuera, notificaría la urgencia de su dimisión.

Eve miró a su alrededor por enésima vez. El aspecto de la sala era todo lo deprimente que cabía esperar. En la esquina más alejada un joven, bajo la influencia del alcohol, se aferraba a la papelería tratando de contener las ganas de arrojar el contenido de su estómago. A la derecha de este, tirada en el suelo, una chica con la ropa embarrada, a la que no pudo ver sus facciones, sollozaba con el rostro escondido tras las manos y algunos mechones de pelo rubio pajizo. Al otro extremo, una mujer abrazaba a un niño de unos siete años; las pieles de ambos presentaban moratones en diferentes grados de curación. Aquella última visión le hizo tensarse de ira y contuvo las ganas de salir a buscar al desalmado hijo de perra que les infringió el daño.

Rebuscó en las bolsas de la compra, haciendo memoria sobre si llevaría alguna golosina que dar al pequeño. Recordó que unos días antes, tras terminar la última limpieza en equipo de una fábrica de chucherías, les obsequiaron con unos chicles. Extrajo uno de su bolso y se lo ofreció al pequeño. El niño lo aceptó tras una mirada fugaz a su madre, quien asintió.

—Gracias —dijo ella con una media sonrisa.

—No es nada.

Le hubiera gustado decirle un montón de cosas. Aconsejarle que nunca más permitiera ese abuso, pero sabía que serían solo palabras que ya debía haber escuchado muchas veces, a juzgar por la variedad de tonalidades —del amarillento al azulado más oscuro— que tenía en las zonas donde había recibido los golpes.

La mujer acarició el pelo del pequeño, que escondía el rostro en su pecho.

—Jamás dejo que se acerque a él, pero esta vez, llegué demasiado tarde. —Una lágrima escapó de los enrojecidos ojos.

—Entiendo lo que debes de estar sufriendo. Por él —añadió aludiendo al niño—. Pero tú no eres la culpable.

—Eve Swan —llamaron desde la puerta.

—Soy yo.

—Pase, por favor.

—¿Podrían atenderles primero a ellos? —preguntó señalando a la madre y su hijo.

—Si no le importa esperar más... —El oficial se encogió de hombros.

—No. No me importa.

—Está bien. Pasen, por favor —aceptó el policía.

—Muchas gracias —dijo la mujer, quien ya se levantaba con el pequeño en brazos.

—No tiene por qué darlas.

Después de todo ya estaba acostumbrada a ese ambiente asfixiante lleno de acompañantes indeseados. Pero no era lugar para un niño. El crío ya tendría suficientes malos recuerdos el resto de su vida para que añadieran otro, si podía evitarse...

Acomodando de nuevo sus cosas, se cruzó de piernas y clavó la mirada en el sucio suelo. Había pasado algunas horas en el hospital esperando los resultados de los análisis de sangre que le hicieron para averiguar qué era lo que le habían inyectado sus asaltantes. Nada, había dicho el enfermero. Su sangre estaba totalmente limpia, lo cual no dejaba de ser tranquilizador. Sin embargo, no podía dejar de preguntarse la razón del atropello y del consecuente pinchazo. El mundo estaba completamente loco. No hacía más que repetírsele una y otra vez, quizá de esa forma lograra olvidar la siniestra sonrisa que le dedicaron aquellos dos tipos antes de desaparecer en la

oscuridad.

Un terrible sopor la invadió. Su reloj marcaba aproximadamente las ocho. A esa hora generalmente estaba a punto de irse a dormir. Eso en un día normal. El despertador no perdonaba. Pero al presente había que añadir el incidente. Y los nervios sufridos comenzaban a pasarle factura, pensó mientras se arrebujaba en el abrigo y dejaba que la cabeza reposara hacia atrás en los azulejos.

Pocos minutos después, un nuevo personaje de los que ampara la noche hizo su aparición en la sala de la comisaría y tomó asiento frente a Eve. Vestido con una larga gabardina negra, cruzó las piernas en la misma dirección en que ella las mantenía, con lo que durante un momento las puntas de sus zapatos se rozaron. Quizás eso fue lo que la instó a mirarlo.

Lo repasó de pies a cabeza y, durante el recorrido, un gran sello de oro con dos círculos concéntricos llamó su atención. Siguió su cuerpo hasta llegar al rostro. Mantenía la cabeza gacha, por lo que fue imposible distinguir ningún rasgo. Satisfecha su curiosidad a medias, se dedicó entonces a observar de nuevo a la muchacha que continuaba en la misma postura, sentada en el suelo con la espalda apoyada en la pared, escondiendo la cara tras las manos y sollozando.

—Psss. —La llamada procedía del misterioso individuo y la atendió volviendo a mirar hacia él—. Prepárate, Eve. Ha llegado la hora.

—¿Quién es usted? ¿Cómo sabe mi nombre? —exigió intentando ver parte de su rostro.

El tipo levantó entonces la cabeza y le clavó unos enormes ojos azules que despedían luz, una luz que aumentó de intensidad hasta tornarse casi cegadora, amenazante. Como si deseara engullirla.

El golpe en la cabeza debido al respingo la despertó. El asiento frente a ella permanecía vacío. Tampoco la chica ni el borracho estaban ya en la sala. Miró de nuevo su reloj y comprobó que había pasado más de una hora. ¡Dios, se había quedado dormida! Había sido un jodido sueño. Su corazón aún bombeaba a toda velocidad y la respiración acelerada le arrancaba sonoros jadeos. Se llevó la mano al pecho tratando de calmarse.

Sí, el mundo definitivamente estaba loco. Y esa locura parecía contagiosa.

No tuvo demasiados problemas para dejar aparcado el coche a unos cincuenta metros de su destino. Aquella zona era un polígono enorme de grandes almacenes y altos edificios de cristales reflectantes que albergaban oficinas. A esa hora, alejada ya de la jornada laboral, permanecían ciegos y silenciosos. Enormes camiones dormían en filas ordenadas, aparcados cerca de las empresas a las que pertenecían.

Se encaminaba hacia la puerta de entrada a la nave donde trabajaba su padre cuando lo vio salir. Peter manipuló la llave en la cerradura, asegurándola con eficacia. Abel alzó la mano para saludarlo. En el momento en que le devolvía el saludo, algo

hizo que se encogiera súbitamente. Se llevó una mano al pecho y cayó al suelo. El estómago de Abel se cerró al instante y comenzó a correr hacia él a toda velocidad.

—¡Papá! —gritó lleno de angustia.

Sus rodillas se clavaron en la acera junto al cuerpo inmóvil de Peter. Lo recorrió con la mirada buscando el motivo de la brusca caída. Los ojos se le abrieron sin medida al retirar la americana y descubrir el impacto de bala en el pecho, justo en el corazón.

—¡Dios mío! —Sus manos volaron hacia allí para taponar la herida y se impregnaron con la sangre que ya manchaba la camisa extendiéndose con rapidez—. ¡Papá! ¡No! ¡No, no, no!

Presionó con toda la fuerza de la que era capaz, mientras buscaba enloquecido el móvil y con movimientos erráticos marcaba el número de emergencias. A la par que sentía que contestaban al otro lado, el sonido de sirenas rompió el silencio con efecto atronador, impidiéndole escuchar con claridad qué decían.

—¡Oiga! ¡Necesito una ambulancia, por favor! ¡Es urgente! ¡Si! ¡Un disparo! ¡En el pecho! —Las sirenas siguieron aumentando de volumen.

—¡Hable más alto, por favor! ¿Dónde debemos enviarla?

—¿Oiga? ¿Me están escuchando? ¡Socorro! —gritó desesperado, tratando de hacerse oír por encima de aquel estruendo.

Abandonó el teléfono y comenzó a realizar la maniobra cardiopulmonar mientras rezaba a todos los dioses que conocía para que salvaran la vida de su padre.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco —contó antes de volver a insuflar aire a sus pulmones.

—Vamos, apártese. —Dos pares de manos lo sujetaron por los brazos tirando de él con fuerza, alejándolo de Peter.

Sentado en la acera, a escasos pasos, sin saber muy bien qué ocurría, vio cómo los dos hombres se hacían cargo de él: uno le aplicó el balón de ventilación manual, mientras el otro lo reemplazaba en el masaje cardiaco y taponaba la herida. No supo cuando se extinguió el estridente sonido de las sirenas ni de dónde habían salido aquellos tipos. Miró hacia la furgoneta y el coche de la Policía que habían detenido su carrera allí mismo. Las luces azules y rojas giraban con rapidez, capturando su mirada y vaciando su mente. El latido de su corazón le tronaba en los oídos y cualquier otro sonido le llegó amortiguado, lejano y hueco.

La aparición de un tercer hombre, tan alto y fornido que su caminar se le antojó desgarrado, logró desenganchar su mirada del hipnótico giro de los haces de luz. Este se acercó y esperó de pie junto a los paramédicos, que quedaron empequeñecidos por su estatura. Pasados unos minutos, el que se había encargado de la ventilación tomó el pulso de su padre y miró al recién llegado negando con la cabeza.

—¿Hora de la muerte?

—Veinte horas, treinta y dos minutos.

—¿Quién es? —preguntó con una inclinación de cabeza hacia Abel.

—No lo sabemos. Estaba aquí, con el fallecido. Estaba tratando de reanimarlo.

Abel observó que el hombre se aproximaba hasta él. Sus pasos resonaron cadenciosos, convocando el terrible pasado que hubiera deseado desterrar de la memoria para fingir que jamás había existido. Su mente retrocedió varios años, cuando cuatro hombres vestidos de uniforme, acompañados por el juez, se llevaban detenido a su confeso padre y realizaban el levantamiento de otro cadáver; el de su madre: «Tranquilo. Muchacho. Todo irá bien».

—Mi nombre es Nick Parker. Teniente Nick Parker —se presentó esperando que respondiera de alguna manera—. ¿Se encuentra bien? —preguntó mientras se agachaba a su lado.

—¡Parker! ¡Ese tío está en estado de *shock*!

El hombre lo miró entre la preocupación y el fastidio. Se irguió y lo ayudó a levantarse.

—Vamos. Tendrá que acompañarme a comisaría.

En tierra atlante, en la época de la creación de fuerzas eléctricas, que tenían relación con la transportación de aparatos de un lugar a otro, tomando fotografías a distancia, leyendo inscripción de muros aún a distancia, venciendo la misma gravedad, preparación del cristal, el terrible cristal poderoso; mucho de esto motivó la destrucción.

Edgar Cayce

Lectura sobre el cristal (1934).

BAHAMAS. 1970

Ray Brown hojeaba la última revista de variedades que uno de los visitantes le trajo para amenizar el tiempo de su convalecencia. Gracias a Dios, la algarabía ya había cesado con la marcha de amigos y familiares que pasaron por allí a ver qué tal se encontraba y sus emociones descansaban después de una buena dosis de mimos, cariños y parabienes. Estaba muy agradecido al comprobar la cantidad de personas que se preocupaban por su salud; sin embargo, necesitaba unos minutos de relax para la introspección que precisaba: valorar y conjeturar sobre la experiencia vivida.

Al compás del paso de las páginas, la mente voló, independiente, a aquella zona del Caribe, que algunos llamaban el Triángulo del Diablo, donde había sufrido el accidente por el que se encontraba hospitalizado.

Aquel cementerio de barcos perdidos era su lugar habitual de trabajo. Junto con el equipo humano que siempre lo acompañaba, día tras día se sumergía en él para encontrar algún nuevo tesoro de los galeones españoles naufragados. En formación de escuadras ante el miedo a ser asaltados por los piratas que surcaban aquellas aguas en busca de presas y de regreso a España, cargados con doblones, especias y ricos tejidos para llevar la quinta del rey a Castilla como diezmo de los virreyes y gobernadores asentados en el Nuevo Mundo, jamás llegaron a su destino. La Flota de la Plata, así los llamaron. Lamentablemente para ellos y afortunadamente para Ray, la zona que ahora inspeccionaban estaba plagada de arrecifes y era azotada por fuertes temporales.

Pero también en la actualidad era un lugar muy transitado por barcos, transportes marinos que llevaban a los turistas de una isla a otra. Y tanto él como el resto de su equipo sabían que trabajaban en una zona con un alto riesgo de accidentes.

Habían pasado apenas veinticuatro horas desde que se encontraba sumergido realizando las exploraciones cotidianas.

Le encantaba su trabajo, disfrutaba de cada segundo que pasaba inmerso en las

aguas del océano atlántico, rodeado de la quietud y el silencio, y, sin embargo, tan acompañado de la vida submarina. Concentrado en su labor, no percibió el avance de una embarcación de pasajeros que se cernió sobre él con rapidez, hasta que fue demasiado tarde. Vio con espanto las hélices que se acercaban hendiendo el agua y el pánico se apoderó de su cuerpo, atenazándole los músculos. Logró esquivarlas, pero en su alocada huida para no ser destrozado por las mortales aspas, no pudo evitar el casco de una lancha que lo golpeó con fuerza. El impacto lo sumergió unos quince metros.

La misma sensación de sosiego que lo embargó una vez superado el pánico se apoderó de su cuerpo extendido en la camilla, como si su espíritu abandonara la materia física que lo mantenía recluido, mientras revivía el momento. No respiraba, ni lo necesitaba. Podía ver, oír y sentir, pero de un modo incorpóreo. Miró hacia abajo y observó un pequeño pez brillante. Intrigado por el fulgor de los colores de sus escamas, sintió cómo algo dentro de él se centraba en aquella gama de tonalidades anaranjadas. De alguna forma que le fue imposible entender, presumió que el pececillo le hablaba: «Hola, sé quién eres». Simplemente ese hecho debió indicarle que no se encontraba en sus cabales. Tendría que haber vuelto a sentir el miedo que había expulsado de sí hacía solo unos minutos; sin embargo, solo le trajo tranquilidad. Permitió que todo cuanto lo rodeaba conectara con él, aceptando la comunión con las diversas formas de vida que plagaban las aguas. Dejó que las suaves corrientes lo acunaran, llevándolo en volandas, meciéndolo de un lado a otro, en un auténtico estado de paz absoluta. Solo cuando acertó a entrever lo que debía ser su cuerpo en el fondo, sobre la arena profunda, notó como una fuerza externa tiraba de él hacia la superficie.

—¡Ha muerto! ¡Oh, Dios mío! ¡Está muerto! —repetían una vez fuera del agua...

Aún le costaba respirar. Cada vez que trataba de llenar sus pulmones sentía el dolor en el pecho producido por las placas del desfibrilador.

No quería cargar con la culpa a nadie y no cesaba de preguntarse por qué no revisó personalmente las medidas de seguridad. Sin embargo, hacerse ese tipo de preguntas a esas alturas tampoco solucionaba nada. Lo pasado, pasado estaba.

Desde entonces veía la vida de otro modo. Los colores parecían brillar con más intensidad y el aire le traía el perfume de las plantas en flor. Había oído decir a quienes estuvieron cercanos a la muerte que la vuelta a la vida cambiaba por completo la percepción que se tenía de esta. Ahora sabía que tal afirmación guardaba mucho de verdad. Y podía notar en su interior que algo muy significativo estaba por llegar.

En algún lugar había leído que las personas morían una vez cumplido su objetivo en la vida. No sabía el porqué, pero desde que despertó en la camilla, podía asegurar que aquella experiencia tenía un propósito. Estaba seguro de que únicamente fue la

preparación que necesitaba para enfrentarse a lo que se avecinaba. La excitación de la anticipación le provocaba hormigueo en la yema de los dedos y, el deseo de reponerse lo suficiente para volver a embarcarse, extendía la picazón por toda su piel. El lugar donde sabía que encontraría aquello para lo que estaba destinado se dibujó frente a él con un azul profundo y cegó cualquier visión real de cuanto lo rodeaba.

Julia se acercó a Joseph, quien llevaba prácticamente una hora de pie, apoyado en la balaustrada con la mirada perdida en el horizonte. La pequeña y acogedora terraza, que siempre les servía para el esparcimiento después de un agotador día de trabajo, en aquel momento no conseguía proporcionar la inyección de ánimo y solaz que su marido necesitaba. Preocupada, como lo había estado durante los últimos días, le rodeó la cintura para mostrarle su apoyo.

—Dimitri ha llamado —le dijo para arrancarle alguna reacción.

Joseph no sintió la necesidad de responderle inmediatamente. Sus labios permanecieron cerrados durante unos segundos más. Julia se colocó frente a él y abriéndose paso a la fuerza entre sus brazos se colgó de su cuello. Lo observó con ternura. El vaivén de emociones, sufridas en tan pocos años, había dejado en su rostro una huella indeleble en forma de pequeñas arrugas de alegría y otras de gran tristeza. La satisfacción y el orgullo, así como la desesperanza, los nervios y la cólera que anticipaban el estado de abandono en el que ahora se encontraba, habían horadado la piel morena del hombre al que tanto amaba.

—Deberías hablar con él, ya que no lo haces conmigo.

Los ojos de Joseph se desviaron del horizonte incierto para descansar sobre los de su esposa. Agotados y sin brillo, confirmaron la falta de recriminación en sus palabras.

—Julia... —empezó con desgana.

—Sí, ya sé —lo cortó antes de que terminara con la frase de disculpa que escondía un «no quiero hablar sobre ello»—. Pero tampoco te hace ningún bien seguir de este modo. Por lo menos piensa en retomar tu trabajo en el museo —aconsejó—. Creo que eso lograría que dejases a un lado ese hastío que te envenena el humor.

Joseph buscó las manos de ella y se las llevó a los labios para besarlas. A continuación, sin soltarla, la condujo hasta los sillones de mimbre.

—Los llamé esta misma mañana —le dijo—. Por ellos he sabido del nuevo descubrimiento.

—¿Qué descubrimiento?

—John Gifford, el geólogo de la Sociedad de Exploración Científica y Arqueológica, ha descubierto una nueva carretera. La han bautizado como «Proctor».

—¿Y aún tienen la poca vergüenza de decir que...? —El tono de Julia no dejaba

lugar a dudas sobre su incredulidad.

—Sí. Supongo que la llamada de Dimitri se debe a lo mismo. Y comprende que, después de que se vendiera del modo en que lo hizo, no me queden ganas de hablar con él.

Julia comprobó el dolor que esto le causaba por la fina línea que formaron sus labios al terminar.

—Dimitri es un buen amigo —trató de animarlo—. No puedes culparlo por aceptar un contrato de trabajo que da de comer a su familia.

—Y no lo culpo por eso. Pero precisamente por nuestra amistad, debería habérmelo dicho, en vez de ocultarlo de esa forma. Después de todo ahora trabaja para los que nos arrebataron el control sobre nuestro descubrimiento.

—Pero el descubrimiento sigue siendo vuestro.

—¿Y de qué sirve si no podemos trabajar en él? ¡Dime! ¿De qué demonios sirve si no puedo demostrar mi teoría? ¿Qué pasará si otro lo consigue? ¿Dónde quedará mi nombre?

—¿Eso es todo lo que te preocupa? ¿Tu prestigio?

Valentine cerró los puños sobre las rodillas. ¿Cómo explicarle la impotencia que sentía? Había puesto tanto empeño y agotado tantas esperanzas en aquel proyecto que ya no le quedaban fuerzas para afrontar lo que sucedía con positividad y resignación. Su mismo interior se revelaba cada vez que pensaba que otro, que no era él, terminaría el trabajo por el que tanto había luchado.

—Sabes que he sacrificado mucho en este proyecto —trató de hacerle entender mientras fruncía el ceño.

—Sí, lo sé. Pero no sacrifiques también tu felicidad y la mía.

Joseph relajó la frente, apartó los ojos y los clavó en el suelo, en señal de abatimiento. Quizá, como en otras ocasiones, había subestimado a Julia. Sin necesidad de conocer todos los datos que él manejaba, ella había logrado entrever la raíz del problema y el sucesivo obstáculo que presentaba. Al darse cuenta de que volvía a equivocarse con su esposa, hundió la cabeza entre los hombros; derrotado.

—Lo siento, amor mío —murmuró sin encontrar el valor para mirarla.

Julia, enternecida, se arrodilló ante él, levantó su mentón con una suave caricia y lo miró a los ojos.

—Haz esa llamada, Joseph. Hay que buscar la oportunidad si esta no se presenta sola.

El médico, tras estudiar concienzudamente el informe final, aseguró que no quedaría ningún tipo de secuela del accidente. Pero habían pasado pocos días desde que Ray recibiera el alta en el hospital. Probablemente por eso, los compañeros observaban su trajín por la embarcación, preparando la inminente inmersión. Más de uno trató de convencerlo para que abandonara su empeño de retomar el trabajo

cuanto antes. Ray los despedía con una sonrisa que acompañaba a un brillo especial en los ojos y con palabras tranquilizadoras: no se arriesgaría más de lo necesario.

Dentro de sí aún burbujeaba, con fuerza, la sensación que no le abandonó ni un instante mientras permaneció postrado en la blanca camilla: la revelación que serpenteaba en su piel y que se aferraba con fuerza a su instinto de cazatesoros.

Revisaba el correcto funcionamiento de las válvulas y el reloj de las botellas de aire comprimido cuando una potente ráfaga hizo volcar las aletas que ya estaban colocadas en pirámide frente a él.

—Ese cúmulo de nubes oscuras anuncia tormenta, Ray —le informó el capitán de la embarcación señalando al cielo.

—Se han formado rápido —observó con seriedad mientras acusaba un mayor movimiento del navío—, hace un momento solo eran pequeños algodones blancos. ¿Por qué no consultas la previsión meteorológica?

—De acuerdo.

Jackson desapareció dentro de la cabina y Ray volvió a clavar la mirada en las nubes que, empujadas por el viento, crecían en volumen y adquirirían velozmente un tono gris plomizo. Se encogió de hombros pensando en los caprichos de aquel clima tropical mientras volvía a prestar atención al equipamiento.

Apenas pasados un par de minutos comenzó a llover copiosamente. La marejada cobró fuerza y golpeó con saña el casco de la nave por babor y estribor. Un relámpago cruzó el cielo sobre ellos y el trueno retumbó en sus oídos como si una bomba hubiera estallado bajo sus pies.

—¡Esto tiene mala pinta! —anunció Jackson.

—¿Qué han dicho en puerto sobre las predicciones? —preguntó Ray a voz en grito.

—¡Ha sido imposible recibir nada! ¡Lo he intentado varias veces! ¡Pero la carga eléctrica de la tormenta interfiere en la radio!

—¡Recogedlo todo! —ordenó al resto de los hombres.

Con cierto enfado infantil por no poder sumergirse como deseaba, Ray guardó en una bolsa de red gafas y aletas antes de coger las botellas para ponerlas a buen recaudo y volver a la cabina.

—La tormenta cada vez es más fuerte y no sabemos cuánto durará. Volvemos a casa —dijo al capitán.

Como para contravenir la orden de regreso, una enorme ola impactó contra ellos y le hizo perder pie; su cuerpo se precipitó al interior del habitáculo llevado por la violencia del movimiento.

—Creo que no es muy buena idea —recapacitó—. Tendremos que hacerle frente. Es más seguro que volver a puerto.

—Tú mandas, Jackson.

—Asegurad cualquier cosa que os quede sobre cubierta. Ya sabes dónde encontrar herrajes y cuerda suficiente.

—Hecho.

—Y, Brown... —lo llamó—. Ten cuidado. —Ray le guiñó un ojo antes de ponerse manos a la obra.

La repentina oscuridad y la densa cortina de lluvia apenas dejaban ver más allá de dos metros. El barco zozobraba. Avanzar por la cubierta, resbaladiza y en continuo movimiento, era un ejercicio terriblemente peligroso. El enfurecido oleaje arremetía sin tregua, descargando contra el casco su poderío ancestral, imponiendo su voluntad al timón, haciéndolos sentir como marionetas de trapo en manos de un enrabiado niño titán.

Una vez que los hombres estuvieron a cubierto, se limitó a esperar, como el resto. No había posibilidad de hacer nada más, solo rezar para que la pericia y la experiencia de Jackson fueran suficientes contra la bravura del océano.

Si a Ray le quedaba alguna esperanza de que amainara el temporal, las perdió cuando, pasada la medianoche, la lluvia torrencial seguía cayendo sobre ellos y el oleaje continuaba azotando la embarcación. La tempestad no les daba un respiro. No obstante, por la misma razón por la que se había animado a volver al trabajo con premura, no sintió temor alguno. Mientras sus compañeros alzaban oraciones rogando piedad por sus vidas, Ray solo deseó serenidad para sus hombres y para el capitán del barco. Pero Dios parecía igual de ensordecido que ellos por los incesantes truenos.

Al despuntar el alba, la fuerte borrasca comenzó a retirarse a la misma velocidad con la que se había formado horas antes. Sin pegar ojo en toda la noche, los hombres suspiraron con alivio cuando la luz del sol penetró entre las nubes e incidió en las aguas cada vez más calmas. Finalmente, se dibujó un paisaje tan hermoso como tranquilizador.

Cuando los demás hubieron abandonado la cabina para disfrutar de tan merecidas vistas, quedándose a solas con el capitán, Ray comentó:

—Bien, revisaremos el instrumental. Es posible que hayamos perdido herramientas. Ahora sí podremos volver a casa sin problemas. La noche ha sido demasiado larga y azarosa. Necesitan descansar antes de una nueva jornada en el mar —añadió refiriéndose al equipo.

Jackson no prestó atención a las palabras de Brown; absorto, daba golpecitos con una uña sobre el cristal que cubría la brújula del cuadro de mandos.

—¿Qué ocurre?

No contestó, se limitó a palmearse los bolsillos antes de rebuscar en uno de ellos para extraer algo que observó con incredulidad.

—¿Qué pasa, Tom? —Preocupado, se acercó al capitán.

Clavó los ojos en el pequeño compás magnético que sostenía entre los dedos y, fascinado, comprobó como la aguja giraba alocada a toda velocidad.

—Había oído hablar de cosas así, pero jamás lo había contemplado —murmuró Jackson, cautivado.

Ray echó un vistazo al compás de marcaciones: también estaba inutilizado. No tardaron en verificar que ningún aparato magnético funcionaba correctamente.

—¿Cómo volveremos?

Jackson se acercó a uno de los altillos y sacó un par de tomos de los nueve que conformaban el *The United States Coast Pilot*.

—Solo necesito localizar una referencia para situarme y usar el derrotero —contestó alzando levemente uno de los libros de cartas náuticas.

Ray asintió y salió para unirse al resto de los hombres. Apiñados a popa, algo había atraído la atención del grupo. Se encaminó hacia allí preguntándose qué nueva sorpresa le depararía aquella extraña mañana. Buscó un hueco por donde colarse y quedó estupefacto ante el panorama que se extendía ante sus ojos.

Una ciudad.

¿Una ciudad sumergida? Ignoraba donde se encontraban, pero en ese momento no le importó. Para entonces, el mar estaba en calma. Bajo la línea de flotación, a no demasiada profundidad, podían verse detalles de las construcciones, como una amplia zona despejada de la ciudad sumergida. De nuevo el ansia por realizar la inmersión se apoderó de él.

La tormenta que los había conducido hasta allí no pudo ser fortuita, pensó. Todo obedecía a un plan. El gran plan que determinaba su destino.

—Lo sabía —dijo para sí.

Emocionado, corrió de nuevo a la cabina.

—¡Jackson! —gritó incluso antes de llegar—. Olvida la idea de volver. Nos quedamos. Echa el ancla.

—Pero... —comentó el capitán rodeado de mapas.

—No hay peros, Tom. Ven, tienes que verlo. Es fantástico.

Animado por el brillo que mostraban los ojos del submarinista, Jackson lo siguió para quedar extasiado ante aquella visión.

—Por el amor de Dios... —murmuró.

Todo el equipo se miró a los ojos con reverencial silencio y en cada uno de los integrantes podía adivinarse el nombre que pugnaba por salir de entre sus labios y que ninguno se atrevía a pronunciar. No fue necesario hablar para que todos, sin excepción, comenzaran los preparativos para la inmersión. Cinco de ellos, incluido Ray, se dispusieron a cruzar la frontera que separaba el mundo terrestre del marino. Las carreras y las prisas se apoderaron de la cubierta, como si el hallazgo fuera un espejismo. Una ilusión que temían que se esfumara una vez que tiraran la barca

auxiliar al mar.

A la velocidad del rayo tomó la bolsa donde había guardado gafas, aletas y tuba, se hizo con uno de los cinturones de plomos y lo llevó todo hasta la red sujeta a la polea para bajarlo a la barca. Después fue en busca de las botellas de aire comprimido. Al cogerlas, el amarillo chillón contrastó con el negro del traje de neopreno que aún llevaba a medio poner, colgando de la parte superior de su cintura. Dejándolas también en la red, comprobó que el manómetro funcionaba correctamente, abriendo los grifos. Miró el reloj profundímetro y aseguró un puñal, enfundado en un pequeño cinturón, a su muslo izquierdo. Después volvió a la cabina.

—Haz todo lo que esté en tus manos para marcar este lugar en el mapa, Tom. Es necesario que podamos encontrarlo de nuevo —dijo mientras el capitán lo ayudaba a enfundarse completamente el traje y se ajustaba el chaleco antes de comprobar la capacidad de la botellita auxiliar.

—Haré lo imposible —asintió con vehemencia.

Después de obtener esa promesa se dirigió hacia la borda para acceder a la pequeña embarcación que ya flotaba junto al barco con todo el equipo. Al descender experimentó una sensación que jamás había tenido: la certeza de que encontraría aquello para lo que había sido elegido. Como si un antiquísimo poder lo hubiera designado como el único ser viviente que lograría alcanzar: lo oculto durante eones al resto de los mortales. Sin embargo, la excitación que minutos atrás lo embargó, había desaparecido. Una aplastante serenidad había ganado terreno en su interior, extendiéndose con rapidez, otorgándole temple y una fe que sintió crecer con férrea determinación.

Abel dio otro sorbo al humeante café que pusieron entre sus manos mientras el teniente acababa la conversación telefónica que mantenía. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que aquel hombre se le presentó como el teniente Parker. Tampoco importaba. El transcurrir de los minutos, las horas..., todo había quedado en un segundo plano.

—Por la herida, yo también he calculado un calibre veintidós. Sí, desde la azotea del edificio de enfrente —decía—. Gracias. Espero tu informe —se despidió antes de colgar y dirigirse a él—. El cuerpo ya se encuentra en las dependencias del Departamento de Investigación Forense. Dentro de unos minutos traerán las pertenencias de su padre, pero sabe que no podré entregárselas —informó.

—Sí lo sé, gracias —murmuró sin apartar la mirada del vaso térmico.

Aventurar los ojos más allá hubiera supuesto volver a enfrentarse con la sangre que manchaba su ropa. La sangre de su padre.

—Además, tengo que pedirle que no abandone la ciudad. Como es el único testigo, es probable que el juez solicite su declaración. Bueno, usted es abogado, sabe cómo va esto.

—Sí.

Parker repasó el atestado para ver si necesitaba algún dato más y aprovechar la presencia de Abel para obtenerlo. Sin embargo, aunque debería estar acostumbrado a tratar con los familiares de las víctimas, sentía muy cercano el dolor y la indefensión que abrumaban a aquel hombre. Había consultado la ficha policial correspondiente a Peter Simmons en los archivos informáticos. Pocos eran los que podían superar el asesinato de una madre y, esta, era la segunda vez que Abel se enfrentaba a algo tan horrendo como la muerte de un progenitor.

—Sé que no sirve de mucho, pero lamento lo ocurrido.

—Gracias.

Por fin reunió el valor necesario para mirar al teniente y dejar el vaso, ya vacío, sobre una esquina de su mesa. El escritorio, que para un hombre corriente era amplio y alto, para el teniente era una simple mesa de trabajo ordinaria más bien pequeña.

—Me encargaré de que reciba la ayuda profesional que necesite.

—No será necesario —respondió levantándose.

—Perdone que insista —volvió al ataque mientras se pasaba una mano por la frente tratando de aliviar el cansancio—, pero le aconsejo que no la desestime tan a la ligera.

Se disponía a rechazar el consejo nuevamente cuando un oficial golpeó ligeramente en la puerta. Atravesó la pequeña habitación de dos zancadas y dejó sobre la mesa un sobre marrón.

—Gracias, Brian.

El tipo respondió con un ademán, para quitarle importancia, y desapareció.

Parker tomó el sobre y lo abrió dejando caer una cartera marrón, un encendedor con las iniciales grabadas, un manojito de llaves pequeñas y una fotografía con un extraño símbolo circular en la parte trasera.

—¿Conoce a esta mujer? —preguntó el teniente.

Abel aún mantenía clavados los ojos en aquel encendedor. Aunque remotamente lejano, recordaba el momento exacto en que lo encargó como regalo de cumpleaños para su padre. Tenían programado un viaje a Florencia. Como historiador y amante de la filosofía deseaba conocer la tierra que vio nacer al gran Leon Battista Alberti, decía. Pocos días después, ya de vuelta en casa, ese mismo hombre de sonrisa fácil, que lo había colmado de explicaciones entusiastas que llenaban sus ojos de un brillo especial, encañonó a su madre y le disparó a bocajarro sin pestañear.

—Señor Simmons —insistió el policía—, ¿conoce a esta mujer? —repitió la pregunta entregándole la bolsita de pruebas que contenía la foto.

Abel posó la mirada con pereza en la imagen que Parker le mostraba y su mente se sacudió al instante. El pulso comenzó a martillar, insistente, en sus sienes. En la fotografía aparecía el rostro de una persona a la que jamás pensó que volvería a ver. ¿Por qué tenía su padre una foto de la mujer que metió en la cárcel cinco años atrás? Aunque un poco más joven que entonces, Eve Swan lo miraba serenamente con sus inocentes ojos color avellana. Demasiadas preguntas se agolparon tras las cejas de Abel, que sin saber qué demonios hacer, optó por mentir. Evitó tomar la fotografía entre los dedos para que Parker no notara su nerviosismo.

—No.

—¿Está seguro? —El teniente lo miró con suspicacia sosteniendo aún el plástico entre los dedos.

Si había alguna relación entre Eve y su padre, él tenía que enterarse primero. No deseaba ver cómo el Departamento de Policía le daba a la mujer la oportunidad de inventar una historia verosímil o de negar que se conocían. Si calculaba bien, no había pasado demasiado tiempo desde que Eve cumpliera la condena. Así que, como cualquiera en su situación, haría lo posible para no verse involucrada de nuevo en algún asunto que pudiera complicarle la vida. A él, no podría mentirle. Además, ¿qué pasaría con Parker cuando descubriera el hilo conductor que unía la historia de Eve con la suya? ¿Pensaría que la mujer era la culpable de la muerte de Peter para cumplir alguna clase de venganza contra él? Desde luego cabía esa posibilidad, pero tampoco podía dejar que siguieran una línea equivocada. Permitir que la investigación se

perdiera en el tiempo solo traería complicaciones y, como bien sabía, desapariciones o extravíos de las pruebas que sí podrían conducir hasta el verdadero asesino.

Debía ser un poco más convincente si quería que lo creyese. Carraspeó para aclarar la voz y lo miró a los ojos.

—Sí, estoy seguro. No la conozco —volvió a mentir mientras trataba de recordar la dirección que constaba en el expediente de Industrias Kaine.

—Está bien. —Parker pareció darse por vencido y volvió a introducir la foto en el sobre junto con todo lo demás—. Puede marcharse, pero esté localizable. Y recuerde no abandonar la ciudad.

—Claro —respondió adelantándose para estrecharle la mano.

Después, abandonó la oficina con la seguridad de que el teniente no le quitaba los ojos de encima.

Nick volvió a tomar asiento. El ambiente se había tornado extraño, perdida la cordialidad del principio. Desde el momento en que Abel clavó los ojos en aquella fotografía, tuvo la seguridad de que le ocultaba información y eso no le gustaba en absoluto. No había nada en el mundo que le molestara más que los testigos pensar que estaban más capacitados que los profesionales para resolver asesinatos, pues lo único que conseguían con eso era entorpecer el proceso. Podía entender la impotencia que sentían desde el instante en que perdían a un ser querido y la necesidad de respuestas para las preguntas que se hacían insistentemente acerca del crimen. Sin embargo, no podía tolerar que se metieran en problemas y que perjudicaran el procedimiento, entorpeciendo y complicando el caso más simple. Y apostaba a que, Abel Simmons, le causaría más de un dolor de cabeza.

De nuevo sola, deambulando por la calle en dirección a su casa, consultó la hora calculando las pocas que le quedaban para dormir. No obstante, se sintió mucho más tranquila por interponer la denuncia. Esos gamberros debían pagar por lo que fuera que le habían hecho. Porque, aparte de darle un susto de muerte, ¿qué más habían hecho? Dedicó unos minutos a reflexionar sobre cuáles podían ser las causas del ataque. Minutos que no arrojaron respuestas. Se encogió de hombros mentalmente, pero con cierta reticencia a causa del miedo que todavía corría por sus venas. Esto hizo que observara con más detenimiento las sombras y recovecos que se encontraba en el camino, con su nivel de alerta puesto al máximo. La noche albergaba todo tipo de peligros. Aunque, como bien sabía, no todos los criminales usaban la oscuridad para ocultarse.

Apretó el paso mientras despotricaba contra las autoridades y las empresas de transporte por no poner una parada de autobús más cercana al barrio donde vivía. No es que la zona fuera especialmente conflictiva; esa fue una de las razones que pesó en la balanza a la hora de elegirla. Sin embargo, la más próxima se hallaba a unas buenas cinco manzanas.

Efectuó el último giro para enfilear su calle. Unos quinientos metros, interrumpidos por dos intersecciones, la separaban de la seguridad que proporcionaba una puerta cerrada con llave.

A veinte metros del primer cruce, decidió que sería mucho más prudente separarse de la pared y caminar cerca de la calzada. De esa forma, dispondría de más oportunidades para escapar en caso de que intentaran acorralarla. Lamentó, con cierto grado de irritación, tener que volver a ser tan sumamente cauta, le recordaba demasiado los años pasados en prisión, donde cada movimiento y cada palabra debían ser sopesados concienzudamente para no verse metida en algún problema. De todos modos, había tomado la precaución de llevar el teléfono móvil en uno de los accesibles bolsillos del abrigo.

Siguió caminando y superó el cruce sin incidentes. Pronto estaría en casa y podría relajarse antes de irse a dormir para encarar con energía el día siguiente. Esperaba que la entrevista de aquella mañana tuviera un resultado positivo. Si conseguía el trabajo, obtendría ingresos más elevados y un horario favorable. No le gustaban las aventuras y en los últimos años había tenido más de las recomendables. Solo quería una vida monótona, sin sobresaltos. De esas en las que sabías perfectamente qué iba a pasar en la hora, el día, o la semana siguiente.

Apenas hubo recorrido la mitad del tramo para llegar a casa cuando un ruido le erizó la piel: un sonido como de ruedas, a su espalda, rascando las losas de la acera por la que caminaba. Aceleró el paso, apretando con fuerza el teléfono entre los dedos, dispuesta a usarlo, en caso necesario, para llamar a la Policía.

Reuniendo valor, echó un vistazo hacia atrás. Su peor pesadilla se hizo realidad cuando vio que uno de los agresores del aparcamiento del supermercado la perseguía montado en aquel endiablado monopatín.

Comenzó a correr, pero el peso de las bolsas le dificultaba la huida. El instinto de supervivencia le exigía que las desechara para escapar lo más rápido que le permitieran las piernas; sin embargo, se oponía la irracional necesidad de conservar las pertenencias que tanto le costaba adquirir. Cedió al gesto involuntario de repartir el peso entre ambas manos y volvió a introducir el móvil en el bolsillo a la carrera.

Se detuvo en seco cuando vio aparecer al segundo gamberro en su camino. El tipo esbozó una sádica sonrisa. Parado en el siguiente cruce, se interponía entre ella y la seguridad de su hogar, donde podría dar la alarma a otros vecinos y a la Policía. El corazón amenazaba con salirse por la boca mientras un profundo terror se adueñaba de todo su ser. Obligándose a reaccionar viró hacia la derecha y siguió corriendo, atravesando la calzada para alcanzar la calle adyacente, esta vez sí, abandonando la valiosa carga.

Mientras botes y paquetes se estrellaban contra el suelo, esparciendo su contenido por el negro pavimento, Eve forzaba las piernas al máximo para alejarse de sus

perseguidores cuanto le fuera posible. Sin embargo, ellos contaban con la ventaja de las ruedas y acortaban la distancia con angustiosa rapidez.

—¡Socorro! —gritó.

Más adelante, un vehículo frenó bruscamente, arrancando un estridente chillido a las ruedas que se deslizaron unos metros sobre la carretera. El conductor emergió de su interior y, sin perder tiempo, corrió como alma que llevara el diablo hacia ella.

—¡Hágase a un lado, Eve!

Conmocionada y sin saber quién era ese hombre que venía en su ayuda, pegó la espalda a la pared más cercana. Su salvador siguió corriendo hacia el primero de los malhechores, al que, aprovechando la inercia que le proporcionaba el monopatín, asestó un tremendo rodillazo en el estómago. El juguete rodó disparado varios metros más en línea recta, mientras que el cuerpo del gamberro caía al suelo estrepitosamente. Aun así, para evitar que volviera a levantarse, le propinó una formidable patada en las costillas. El segundo agresor ya había alcanzado el lugar y encontró como bienvenida un duro puño que se tiñó de sangre al impactarle en pleno rostro. También terminó en el suelo, aunque corrió diferente suerte, pues fue una de sus rodillas la que sufrió la descarga de todo el peso y la fuerza del hombre.

Sin detenerse a contemplar su obra, giró en redondo y caminó con rapidez hasta ella, la sujetó por el brazo y la condujo al coche sin mediar palabra.

Eve reunió coraje para mirarlo cuando se sintió lo bastante lejos y a salvo. A pesar de la certeza de que le había salvado la vida, un calor abrasador creció en su interior nacido del odio más profundo: el mismo pelo castaño oscuro, las cejas pobladas y los ojos grises; la nariz recta y aquella mueca de prepotencia en los mentirosos labios.

—¡Tú! —exclamó colérica al reconocer al protagonista de sus pesadillas. El abogado que le había robado la libertad.

—No es necesario que me dé las gracias —dijo sin ánimo de espolear aún más su enfado.

—¡Pare el coche! ¡Ahora!

—No.

—¡He dicho que pare! —exigió. Esta vez Abel no respondió, se limitó a seguir mirando al frente mientras conducía—. ¡Quiero bajar! ¡Esto es un secuestro! ¡No quiero ir con usted! ¡Pare el coche de una condenada vez! —gritó de nuevo mientras le aporreaba el brazo y el torso con rabia.

Abel frenó un poco antes de volver a acelerar, evitando colisionar con los vehículos aparcados. En ese momento, Eve intentó abrir la puerta para abandonar el coche en marcha.

—¡Joder! ¡Estese quieta! ¡Conseguirá que tengamos un accidente! —bramó tratando de mantener la dirección y sujetar a la mujer, obligándola a cerrar la puerta

—. ¡Lo siento, pero no puedo dejar que se vaya!

El sonido del cierre centralizado hizo hervir la sangre aún más en las venas de Eve, que rugió con furia. Extrajo el teléfono móvil para llamar a la Policía tal como pensaba hacer momentos antes.

Abel tensó el freno de mano y Eve creyó que la dejaría marchar. Nada más lejos de eso, el hombre forcejeó con ella hasta lograr sujetarla por las manos, quitarle el teléfono e inmovilizarla con una cinta adhesiva que debió de salir del mismísimo Infierno.

—¡Es usted peor que esos dos hijos de perra! —espetó ella.

—Usted se lo ha buscado. Cuando se tranquilice, la soltaré.

Ante la imposibilidad de hacer nada más, Eve aprovechó el momento en que la miraba a la cara para escupirle. Abel sacó un pañuelo de su bolsillo y se limpió, aunque Eve no pudo verlo pues mantuvo el rostro girado hacia la ventanilla. El hombre emitió un profundo suspiro y volvió a poner en marcha el vehículo.

—No quiero hacerle ningún daño. Solo quiero que hablemos.

—¿Qué pasa? ¿Ha metido a todos los inocentes que conoce en la cárcel y no tiene con quién hablar? Pues llame al teléfono de la esperanza y déjeme marchar —respondió sin mirarlo.

—Esta tarde han asesinado a mi padre —explicó.

—¿Y quiere cargarme el muerto esta vez o desea que le ayude a buscar al culpable? ¿Ya no cree en esa justicia que se inventa haciendo malabarismos con las leyes y que le da de comer? ¿O es algo mucho más depravado y el gran defensor de la ley necesita a alguien al que haya jodido para usarlo como paño de lágrimas?

—Mi padre llevaba una foto suya, Eve. Y quiero saber por qué.

Nick salió de su despacho dándole vueltas al caso. El sexto sentido que muchas veces lo había ayudado a resolver asuntos de relevante complejidad le advertía de que este era uno de esos: especialmente complicados. No podía dejar que ni un solo cabo escapara a su control. Maldijo entre dientes y los dos oficiales que aún seguían trabajando en la oficina lo saludaron.

—Brian —se dirigió al nuevo—, ordena que un agente de paisano se sitúe cerca del edificio donde vive Abel Simmons. No ha solicitado protección, pero lo mantendremos bajo vigilancia. No sabemos con qué clase de asesino estamos tratando.

—A la orden, mi teniente.

—Después márchese, es tarde. Mañana habrá tiempo de solicitar la orden para registrar la casa de la víctima. Quizás allí encontremos alguna pista —añadió dirigiéndose a la salida sin esperar respuesta.

Aquella noche la oscuridad y el frío, en estrecha alianza, envolvían la ciudad. El invierno estaba siendo uno de los más crudos que recordaba. Sin embargo, eso no

desanimaba a los criminales que, empujados por diferentes motivaciones, continuaban sembrando el terror entre los ciudadanos. Además, debido a la crisis que parecía haber echado raíces en la economía mundial, todo se veía agravado por el aumento de robos, muchas veces fruto de la necesidad y la desesperación.

Nick se abrochó a conciencia la gabardina, alzándole el cuello y se caló el sombrero antes de encender un cigarrillo y observar cómo la primera voluta de humo se desvanecía en el aire. Después, emprendió la vuelta al hogar aún enfrascado en la entrevista con Abel Simmons.

Si retener a Eve en el coche fue difícil, conseguir que entrara en la casa fue una increíble proeza. Tuvo que apelar a toda su paciencia y fuerza para sacarla del automóvil. Peor fue bregar con las ganas de combatir de la mujer cuando quiso cerrar la puerta de la entrada. A pesar de su corta estatura y la extrema delgadez presentó mucha resistencia. Una vez que estuvieron dentro, la empujó sin miramientos hacia el sofá y la obligó a sentarse. Eve cabeceó un par de veces para apartarse el ondulado cabello oscuro de la cara y clavó en él una mirada envenenada de color tostado. La tensión endurecía el óvalo de su rostro y la cólera mantenía encendidas sus mejillas en contraste con la blancura del resto de la piel.

—¡Lo siento! —se disculpó—. Si colaborara un poco, todo sería mucho más fácil y no tendría que tratarla de esa forma.

—¡Vete a la mierda, maldito hijo de puta! —exclamó ella—. En cuanto pueda llamaré a la Policía y terminaré con tu carrera, ¿me oyes? Pagarás por esto, irás a la cárcel y sufrirás en tu piel todo por lo que he pasado. Con la diferencia de que tú sí lo merecerás.

Abel se giró, incapaz de seguir mirando el rostro de la mujer. El peso de la mala conciencia lo golpeó justo en el pecho y apretó los dientes con impotencia. Se llevó las manos al pelo, hundiendo los dedos hasta la raíz y mesándolo hacia atrás, tomando aire y dejándolo escapar en forma de un prolongado suspiro. Eve no desaprovechó la oportunidad de volver a atacarlo y se levantó todo lo rápido que le permitieron sus manos atadas para empujarlo con violencia, antes de echar a correr hacia la salida. Pero cuando ya había alcanzado el pomo, Abel la rodeó con los brazos y volvió a llevarla hacia dentro, en un vergonzoso bailoteo que ponía a prueba ambas voluntades. Abrió la puerta del despacho de su padre y la empujó dentro; arrastró el pequeño mueble del recibidor frente a ella, para impedir que la abriera. Jamás entendió por qué era contraincendios, imaginó que por la gran cantidad de papel que almacenaba allí. Fuese cual fuese la razón, en aquel momento dio las gracias silenciosamente.

—¡Cabrón! —oyó colarse el insulto entre los golpes que propinaba a la pulida madera.

—¡Maldita sea, Eve! ¡No soy un criminal! ¡No quiero hacerte daño! ¡Si te

calmaras y me permitieras hablar, todo sería mucho más fácil! —dijo intentando hacerse oír por encima del estruendo que formaba la mujer. Dio las gracias al Cielo porque la casa de su padre se encontrara bastante apartada del resto—. ¡Únicamente quiero mantener una conversación civilizada contigo! ¡Nada más! ¡Después podrás marcharte!

De pronto dejó de escuchar los golpes. Quizá la reiterada promesa de dejarla marchar la había hecho entrar en razón, por fin. Los nervios no eran buenos amigos de la razón. Cuando ya sopesaba la posibilidad de apartar el mueble y abrir la puerta, el sonido del arrastre de algo pesado y cristales rotos lo alarmó. Después, silencio.

—¿Eve? ¿Qué estás haciendo? —preguntó, pegando el rostro a la puerta—. ¿Eve?

De nuevo se inició una sucesión de golpes, esta vez rítmicos, como si estuviera tratando de abrirse camino a través de algo. Esa mujer era la personificación de la testarudez más absurda. Con el ceño fruncido, desplazó el mueble para no entorpecer el recorrido de la puerta y, colándose por el hueco, comprobó el origen del golpeteo. Eve se las había arreglado para cortar la cinta adhesiva que la mantenía maniatada y romper el cristal de la ventana; en ese momento, trataba de hacer lo mismo con la persiana, para poder escapar. Con los brazos en jarras, observó la vehemencia con que clavaba un abrecartas, que había cogido del escritorio de su padre, en las lamas, agujereándolas. Suponiendo la cólera que la embargaría cuando descubriera las rejas, agarró un cojín para escudarse, previniendo un posible ataque.

Su conjetura se vio confirmada tras unos golpes más, cuando Eve dio con uno de los barrotes.

—¡No! ¡No puede ser! —gritó fuera de sí, incrustando el abrecartas violentamente en la persiana—. ¿Quién demonios es el tarado que pone rejas en su propia casa?

—Mi padre —respondió Abel alzando el cojín para recibirla.

Sin embargo, contra todo pronóstico, Eve no se abalanzó sobre él. Atónito vio cómo se derrumbaba en el suelo, vencida, como una marioneta al terminar su función. Un aluvión de emociones se precipitaron en el interior de Abel: había ganado la batalla y, sin embargo, no sentía el triunfo, sino el acre sabor de la culpa. Esa misma mañana, tras la discusión con Harold, finalmente la había admitido, después de muchos años de obviarla. Pero era mucho más sencillo soportar las consecuencias de sus errores sin ser testigo de ellas. En ese momento, al ver a Eve derrotada, sin energías para continuar luchando, se sintió el ser más ruin que pisaba la Tierra. Sobre todo porque aún la necesitaba. El veneno de las picaduras que el insecto de la duda había inoculado en sus venas requería respuestas.

Caminó hacia ella, abandonando el improvisado escudo, preguntándose cuál sería la forma adecuada de dirigirse a una persona que había sufrido tanto injustamente. En la sala del tribunal era fácil aparcar los sentimientos, dejar a un lado todo cuanto no

estuviera reflejado en la ley, desligar el corazón de la mente vistiéndola con el negro de la toga.

Se agachó junto a ella y, al primer respingón de Eve, bajó la vista aceptando y mostrando su vergüenza.

—Sé que has sufrido mucho y comprendo que me culpes por ello. También sé que no tengo derecho a retenerte. Pero lo único que te puedo ofrecer en este momento es una disculpa y rogar que me escuches. Después, yo mismo te llevaré a casa —dijo tendiéndole una mano.

—¿Por qué? —preguntó ella. Abel la miró sin comprender—. ¿Por qué quieres hablar conmigo? Yo no sé quién es tu padre. ¿En qué crees que podré ayudarte?

Abel se levantó y volvió a tenderle una mano para ayudarla. Eve, sin aceptarla, se puso en pie por sus propios medios.

—Él... —se explicó Abel mientras buscaba una foto de Peter Simmons entre las que decoraban el despacho— llevaba una fotografía tuya.

—Creo recordar que mi rostro apareció en los periódicos. Me hiciste famosa —apuntó con sarcasmo.

—No era un recorte —explicó eludiendo la pulla. Por fin encontró una imagen de su padre—. Mira, no es reciente pero servirá. Se llamaba Peter Simmons, por si el nombre te dice algo.

Eve tomó la fotografía en blanco y negro y la miró con atención durante unos segundos. En ella, el rostro de un hombre entrado en la cincuentena, con el pelo invadido por las canas y unos ojos claros y bondadosos, sonreía tímidamente a la cámara. No compartía rasgo alguno con Abel, a excepción quizá del color del iris.

—No te parece mucho a él —advirtió—. Lo siento, pero no lo conozco —añadió devolviéndosela.

—Está bien, tenía que intentarlo.

Abel dejó la fotografía sobre el escritorio y apoyó las manos en el borde, hundiendo la cabeza entre los hombros.

Eve no supo qué hacer. Durante muchos años había odiado a ese hombre. En los momentos más duros vividos en la prisión fantaseó con la idea de vengarse. Sin embargo, ahora que lo tenía tan cerca, viéndolo derrumbado y con la reciente muerte de su padre sobre la espalda, empezaba a disolverse en su interior la necesidad de hacerle daño. No era el perdón lo que la golpeó con fuerza, se dijo a sí misma, no podía perdonarle, pues aún arrastraba el lastre que le había colgado en el pasado, pero tampoco iba a encontrar satisfacción en cebarse con su dolor.

—Deberías emplear el tiempo y las energías en cuidar de tu madre —aventuró.

—Ella también murió.

La dureza de una verdad desconocida hasta el momento para ella la encontró con la guardia completamente baja. Solo los humanos eran tan ciegos como para no ver

más allá de sus propias narices, pensó. Tan orgullosos como para creer que solo uno mismo es el punto de mira de todas las desgracias.

—Yo... lo siento —acertó a decir con la entereza suficiente para que él no notara su flaqueza.

Abel reunió fuerzas para mirar de frente a la persona en quien había puesto la esperanza de encontrar una razón, una pista, cualquier cosa, algo que tornara un poco más real la utópica idea de encontrar al culpable del asesinato de Peter. Pero el destino no podía ser tan retorcido como para que ella, la mujer que había pagado el coste de su propia soberbia, le ofreciera el hilo conductor que lo podía guiar hasta la resolución del enigma.

—Supongo que... —comenzó alzando el mentón, pero no terminó la frase, sus ojos quedaron prendidos en algún punto de la librería.

—¿Qué?

—Un momento —dijo sacudiéndose al instante el sentimiento de derrota, para rodear el escritorio con tal rapidez que algunos objetos cayeron al suelo. Abel se abalanzó sobre un volumen de lomos nacarados, lo extrajo con cierta dificultad y se lo entregó—. ¿Te dice algo esto?

El libro era un ejemplar encuadernado en piel blanca, muy usado y suave, sobre la que rezaba el título impreso con letras doradas: «Las aventuras de Arthur Gordon Pym», de Edgar Allan Poe.

—No. Creo que no lo he leído —dijo.

—No el libro. ¡Esto! —dijo señalando un símbolo grabado en la parte baja del lomo.

Eve miró el extraño diseño que representaba un círculo dentro de otro. Su memoria intentó capturar algo semejante a un recuerdo que la eludía. ¿Qué demonios era eso? Juraría haberlo visto en otro lugar, pero ¿dónde? Se devanó los sesos tratando de encontrar la respuesta, hasta que, alucinada, recordó el sueño que tuvo mientras esperaba en comisaría. El anillo, se dijo. El anillo del tipo... No. No podía ser. Aquello era de locos. Era imposible que tuviera algo que ver. Se negaba a reconocer que... ¿Cómo iba a decirle que lo había visto en un sueño? ¡Por el amor de Dios!

—Lo siento no... —dijo tendiéndoselo, pero Abel no hizo ademán de cogerlo.

—¡Yo sí lo he visto! ¡En el reverso de tu fotografía!

—¿Cómo?

—Cuando Parker sacó del sobre las pertenencias de mi padre —explicó—, vi ese símbolo en la parte trasera de tu foto.

—¿Qué sobre? ¿Quién es Parker?

—El sobre con las pertenencias que mi padre llevaba encima en el momento que lo asesinaron —repitió—. Las tienen como pruebas en comisaría. Parker es el

teniente encargado del caso. Ha de tener un significado, Eve. Tiene que haber una razón para que la tuviera y para que este símbolo también se encuentre aquí, en su despacho.

Ella empezó a retroceder. Oír la palabra «asesinato» y pensar en la posibilidad de que su nombre se viera de alguna forma involucrado reactivó su necesidad de huir. Flashes de los últimos cinco años vividos la asaltaron sin control. No. Ahora que estaba libre y trataba de salir a flote de toda aquella pesadilla no volvería a acercarse a nada que pudiera hundirla de nuevo.

—No —dijo dando voz a lo que sentía mientras alargaba el brazo para devolverle el volumen.

—¿No?

—No. No quiero saber nada de esto. Mira, no conocía a tu padre y no sé qué mierda significan esos círculos, así que déjame en paz. Quiero irme a casa, seguir con mi jodida vida, ¿me entiendes? Devuélveme el teléfono y olvídate de mí —dijo lanzando el libro al aire para que lo atrapara.

Cuando el ejemplar aterrizó en las manos de Abel, un papel salió volando de su escondite entre las hojas. Ambos siguieron el vuelo con la mirada, sin atreverse a asirlo y a la vez bregando contra el furtivo deseo de conocer su contenido. La pequeña nota se posó en la superficie de un buró cercano, como si volviera al lugar donde fue creada.

Abel la recogió despacio. Escrita tiempo atrás con la caligrafía de su difunto padre, leyó:

—Julio Verne. Segunda estantería. Número cinco.

—¿Qué significa eso? —preguntó Eve sin poder evitarlo.

—Aún no lo sé —respondió Abel girando sobre sí mismo para encarar las librerías.

Sus ojos viajaron raudos hasta la segunda estantería, en busca de la colección de Julio Verne. Se acercó y pasó el dedo índice con sumo cuidado sobre los ejemplares. Al llegar a *Veinte mil leguas de viaje submarino*, notó un hueco que no existía entre los centenares de libros que se alineaban uno tras otro. Extrajo el inmediatamente contiguo y, poniéndose de puntillas, introdujo la mano en el espacio vacío.

—Aquí hay algo. Es como... una palanca... pequeña.

—Oye —llamó su atención Eve—, no sé si quiero saber nada más. Lamento lo de tu padre, en serio. Pero si no te importa, preferiría llamar a un taxi para largarme a casa.

—¿Tienes miedo?

—¿Que si tengo miedo? ¡Pues claro que sí! También tú lo tendrías si después de salir de la cárcel te vieras arrastrado a otro embolado que no te incumbe. No quiero más problemas aparte de controlar el gasto diario, ¿comprendes?

—La que parece no comprender eres tú. Ya estás metida en esto, te guste o no. Parker tiene la fotografía y, aunque no le dije quién eras ni que te conocía, es cuestión de tiempo que dé contigo.

—Pues mejor será cuanto menos sepa.

—Eso no va a mejorar tu posición..., y lo sabes. Esa condena... pesará en tu contra. —Abel persistía en el intento por accionar la palanca. Se oyó un chasquido y la primera estantería se desplazó unos centímetros—. ¡Al fin!

Los sistemas mediante los cuales los atlantes fabricaban y obtenían energía serán hallados en la parte sumergida del continente, que se encuentra parcialmente cerca de Florida, concretamente en Bimini, donde se halla uno de los templos.

Edgar Cayce.

Lectura sobre el cristal (1940).

—Ayúdame, Jacques —pidió Ray indicándole las botellas de aire comprimido.

Se colocó de espaldas a él para facilitarle el acceso, mientras se ceñía el arnés. Los cuatro hombres que lo acompañarían en la inmersión esperaban sentados en la borda. Todos conocían el procedimiento y tenían la atención puesta en las profundidades que pronto explorarían. Ya con las aletas colocadas, dio las gracias de nuevo a Jacques cuando recibió las gafas y la tuba de manos de este. Escupió en el cristal y repartió la saliva por toda la superficie, frotando para evitar que se empañaran, antes de ajustárselas. Sopló la bitrística y dejó que colgara suelta sobre el pecho.

Había llegado el momento de volver al mundo submarino. Su mundo. Se dejó caer hacia atrás, dando una voltereta, en el agua. Como siempre y debido al peso, Ray dejó el cuerpo laxo mientras se sumergía unos metros antes de aletear un par de veces para volver a la superficie y mostrarles el pulgar en señal de conformidad.

Jacques ya había preparado la boya de señalización. Todo estaba listo.

Con un golpe de riñones emprendió lo que entendía como el viaje hacia su destino, mientras se colocaba la bitrística en la boca y soplabla con fuerza para expulsar el agua del circuito. A unos diez metros de profundidad, se pellizcó la nariz soplando fuerte para superar el primer bache que ejercía la presión. Ni siquiera tenía que mirar las tablillas de profundidad, el instinto y la experiencia lo guiaban.

Mientras esperaba unos segundos hasta que el abotargamiento inicial desapareciera, percibió que, paradójicamente, el agua allí era más clara que en la superficie. Aleteó unos metros más y giró la cabeza hacia donde incidía la luz del sol, buscando una prueba que contradijera la locura de aquella visión. Sin embargo, otra vendría que dejaría a la primera en el olvido. Metros más abajo, vio algo semejante a una forma piramidal que brillaba como un espejo. En ese mismo momento, abandonó la idea de seguir al submarinista que le precedía y buceó hacia allí, atraído por lo que veían sus ojos.

Ciertamente, el agua se aclaraba a medida que ganaba profundidad. Había

descendido unos cuarenta metros y ante él se alzaba una increíble construcción. Tal como supuso, era una pirámide. De ella quedaban al descubierto alrededor de treinta metros, el resto permanecía sepultado bajo la arena del fondo, por lo que le fue imposible calcular la totalidad de su altura real. La superficie era lisa, sin escalonamientos ni relieves, solo piedras perfectamente pulidas y sin el menor rastro de algas o crustáceos que se hubieran adherido a ellas. El color blanco de la masa pétreo correspondía al lunar, el mismo blanco cerúleo o plateado del satélite. Ray nadó en torno a la cúspide, contemplando perplejo la perfección y delicadeza con la que estaba realizada, imaginando la magnífica imagen que debía ofrecer antes de haber sido tragada por el mar. Debió de parecer una joya brillando al sol y absolutamente fascinante a la claridad de la luna. Un panorama espectacular de portentosa magnificencia.

No sabía exactamente cuántas vueltas había dado a la pirámide, absorto en su admiración, cuando, a unos diez o doce metros de la cumbre, observó un detalle que antes le había pasado desapercibido. No había puerta, ni nada que pudiera abrirse; sin embargo, la hendidura formaba un corto túnel que se adentraba en el maravilloso monumento.

Debatiéndose entre la turbación y la increíble atracción que sentía, titubeó unos segundos sin decidir entre las dos opciones por tomar: volver a la superficie o continuar explorando aquella manifestación divina que se alzaba ante él. Aunque debía admitir que se había sentido preparado desde antes de sumergirse. Era consciente de que algo grande acontecería: allí estaba. No podía ni quería darle la espalda.

Respiró pausadamente, se santiguó y, resuelto, aleteó hasta colarse por la abertura. Ese era su destino, allí se encontraba la razón de su existencia.

Todo se encontraba limpio, aun ocupado por el agua. Ni un grano de arena, ni algas, ni polvo de plancton, nada se había colado por aquella abertura. El túnel terminó en una cámara brillantemente iluminada, sin que fuera visible la fuente de la que manaba la luz. Como si de un gran santuario se tratara, varios asientos estaban dispuestos en círculo rodeando un tabernáculo. El más alto de los tronos parecía reservado al individuo de más jerarquía. Del ara se alzaban dos manos de bronce, cuyas palmas parecían de oro y sostenían una esfera de cristal. Sobre ella, un cilindro de unos ocho centímetros de diámetro, en cuyo extremo estaba engastada una piedra roja como una punta de lanza, descendía de la bóveda piramidal. La esfera despedía una intensa luminosidad propia y radiante que atrapó irremisiblemente su mirada en el instante en que posó los ojos sobre ella.

El corazón comenzó a latirle aceleradamente. Sin saber cómo, tuvo la certeza de que debía tomarla. No podía volver a la superficie sin ella. Ese era el motivo por el que se encontraba allí. Por esa esfera cristalina había superado el accidente semanas

atrás y le había sido revelado el paradero de la pirámide. Solo a él.

Se acercó un poco más al altar y la observó con veneración. Su pulso se calmó y experimentó una gran paz interior, pero, embutidas en los guantes, las manos le ardían por tocarla. Sintió una suerte de extraña y ancestral llamada que lo conminaba a cogerla. Con cautela y devoción la envolvió con los dedos y trató de hacerse con ella, pero la esfera no se movió de su lugar. Decidido, tiró con más determinación hasta que consiguió sacarla del soporte y la levantó frente al rostro. Era sencillamente perfecta en forma y pureza.

Un escalofrío entre placentero y amenazante lo recorrió de pies a cabeza: «Has venido y ya tienes lo que viniste a buscar. Ahora vete y no vuelvas jamás».

El pánico al escuchar aquella voz en su mente lo hizo recular y se le escapó el regulador de entre los labios al no poder controlar el grito. Sacudió la cabeza tratando de expulsar a la entidad que lo había invadido, sin conseguirlo. Debido a la premura por alejarse, las bombonas chocaron contra una de las paredes de la gran sala.

Necesitaba respirar y, sin remedio, algo de agua le entró por los orificios de la nariz. Debía conservar la calma, se dijo. Rápidamente guardó la esfera en la red que colgaba del cinturón, tomó la bitrámica y volvió a metérsela en la boca, soplando de nuevo para limpiar el conducto. Buscó dentro de sí la entereza suficiente para realizar un par de lentas inspiraciones y volver a llenar de aire los pulmones.

Tenía que salir de allí, tal como le había sido advertido, y se dirigió hacia el estrecho túnel por el que había entrado.

Florida. 1975

Apoyado en la pared contigua, Ray observó el ir y venir de varios grupos de personas que, de forma controlada, iban pasando frente a la esfera de cristal para observarla de cerca. Custodiada por una pareja de guardias, reposaba sobre un precioso soporte metálico, iluminado por un foco de luz suave. Frente a él ya estaba preparado el escenario y las sillas que más tarde ocuparían los invitados. Todo parecía marchar bien; sin embargo, no pudo sacudirse de encima la sensación de que observaban todos sus movimientos.

—Buenas noches, señor Brown —oyó a su lado.

—Buenas noches —respondió algo sobresaltado y, encarando al canoso hombrecillo, aceptó la mano que le tendía.

—Soy Christopher Lock, director de esta sala, y quiero darle las gracias personalmente por acceder a colaborar en esta exposición —añadió con una sonrisa que llegó a sus ojos.

—No tiene por qué darlas.

—Soy consciente de que durante estos últimos cinco años ha rechazado múltiples

ofertas, algunas muy succulentas. —Ray ofreció una tímida sonrisa como única respuesta—. Bien, cuando esté preparado, comenzaremos.

—Cuando guste —asintió levemente con la cabeza.

—De acuerdo. Acompañeme.

Siguió al director tras lanzar una última mirada a la pieza principal que se exhibía: redonda, transparente y perfecta. Ciertamente nunca antes aceptó mostrarla, un poco por el miedo a que le fuera confiscada y, otro poco, porque no deseaba revelar el lugar de procedencia. Recordó con pesar una mañana ya lejana cuando al levantarse descubrió que se la habían robado. La angustia lo acompañó durante todo el día. Acudió a la Policía, pero únicamente consiguió perder el tiempo rellenando formularios. Ya de noche, al regresar a casa, encontró la esfera en el mismo lugar donde siempre la dejaba. Prefirió no hacerse preguntas sobre lo ocurrido y tomó la decisión de aumentar las medidas de seguridad.

Sin embargo, el objeto no le había sido entregado para su disfrute personal. Desde el momento en que la tuvo entre las manos y escuchó aquella voz, supo que el cristal estaba destinado a un glorioso fin. Un objetivo divino. La humanidad entera debía conocer su existencia.

Aquel debate consigo mismo, entre lo que deseaba y lo que debía hacer, duró un par de años más. Hasta que decidió que lo mejor sería comenzar por una pequeña muestra, sin aglomeraciones, sin complicaciones, algo controlable.

Lock le indicó el lugar donde tomar asiento, sobre el entarimado desde el que realizaría la exposición. Él únicamente aportaría su presencia y, a la hora del debate, alguna que otra aclaración. Lock se dirigió al atril, recolocó sus anotaciones y golpeó suavemente el micrófono antes de hablar.

—Damas y caballeros, vamos a comenzar. Vayan tomando asiento, por favor.

Ray se removió inquieto en su silla intentando discernir en los ojos de los presentes las distintas percepciones que habían tenido al ver la esfera. Suspiró y trató de tranquilizarse.

—Quiero empezar agradeciendo a todos su asistencia y, cómo no, al señor Ray Brown por prestarnos este increíble hallazgo al que hemos efectuado varias pruebas que han arrojado resultados sorprendentes, ya que nos ha sido imposible encontrar paralelismo alguno con tecnologías terrestres, rompiendo así todos los esquemas establecidos.

»Nos encontramos ante un verdadero enigma. Un objeto fuera del tiempo. Este cristal nos puede recordar a las esferas utilizadas por los adivinos o a los espejos de obsidiana atribuidos a los mayas. Su transparencia evoca las aguas quietas en un recipiente, de los que servían para poder percibir el futuro y el pasado. Efectivamente, hemos constatado que posee poderes místicos.

»Al iniciar nuestro estudio, pudimos comprobar que uno de los efectos que

causaba el cristal a quien lo tocaba era entrar en un súbito estado alfa. Una vez pasado el trance, algunos individuos mencionaban haber visto pirámides, y otros un gran ojo humano que los miraba serenamente. También se registraron inexplicables curaciones de personas enfermas que solo podemos calificar como milagrosas.

»No obstante, después de aplicar procedimientos cognoscitivos de índole suprasensorial, aseguramos que sus facultades no radican únicamente en el poder de captación hipnótica. Posee además una asombrosa fuerza magnética que aumenta cuando se halla al descubierto. Los experimentos realizados con brújulas cerca del objeto han mostrado alteraciones de las agujas, direccionándolas hacia el lado contrario estando a dos pulgadas de distancia. Los metales son inmediatamente magnetizados una vez que entran en contacto directo con ella.

»Esta esfera, según explica el señor Brown, fue hallada de forma fortuita dentro de una pirámide sumergida en el océano, hace cinco años, después de que su barco se encontrara de pronto ante una violenta tormenta. Según sus palabras: muy cerca de la Gran Lengua del Océano, apuntando en línea recta hacia las islas Bari, a unos treinta kilómetros del borde de la fosa de la Lengua, entre Andros y Bimini. No desea dar más datos.

»El cristal en el que está realizada es cuarzo hialino, tal como indicó su invisibilidad al sumergirla en alcohol. La propiedad piezoeléctrica de este material es bien conocida. Muchos científicos han atribuido también capacidad para captar rayos al «gnomon» que sostenía el vértice del piramidió en las pirámides. Este solía tener grabado en su superficie «el ojo de Dios», como en el caso de la localizada en Dashur. Hemos tenido en cuenta tanto las fuerzas que parecen rodear y fluir de este cristal como su localización, y creemos que nos encontramos ante un extraordinario amplificador de energía, una especie de radiotransmisor y sintonizador de frecuencias cósmicas, potenciadas por la pirámide que lo cobijaba.

»Sin más, les dejo ahora con su descubridor, el señor Ray Brown, quien ha accedido a responder, muy amablemente, las preguntas que tengan a bien efectuar. Muchas gracias.

Los aplausos se sucedieron para despedir la intervención de Christopher Lock y darle la bienvenida. Lock le colocó el micrófono a la altura correcta y nervioso se enjugó el sudor del rostro con el pañuelo. Sin saber dónde colocar las manos, optó por dejarlas reposar sobre los bordes del atril.

—Buenas noches a todos —dijo tímidamente.

—Señor Brown —la primera pregunta vino de una mujer bien parecida, de pelo rubio y ojos profundamente negros—, el señor Lock nos ha explicado que durante los experimentos hubo personas que vieron otras pirámides. ¿Cree que puede haber más esferas de cristal como esa en la zona? ¿Más pirámides?

Antes de que pudiera responder, la mujer echó un vistazo hacia atrás, mientras

parecía asentir, buscando la aprobación de alguien.

—No puedo responderle que sí con total seguridad, pues únicamente vi una. Y no había más esfera que esa dentro de ella.

—¿No ha vuelto a sumergirse en esa zona?

—No. A los cinco submarinistas que realizamos la inmersión aquella mañana se nos advirtió que no volviéramos.

—¿Quién los advirtió?

Ray tabaleó sobre el mueble rítmicamente. Ya había hablado de ello en otras ocasiones, siempre con gente de su entera confianza; hacerlo ante aquella numerosa concurrencia era harina de otro costal. Buscó entre los rostros de los que permanecían al fondo de la sala el de la persona hacia quien la mujer se había girado, pero no reconoció a nadie en particular.

—Una voz. En mi cabeza —respondió finalmente.

Lo que comenzó como un murmullo fue subiendo de volumen hasta convertirse en un verdadero vocerío: unos declaraban su incredulidad e incluso soltaban improperios acerca de su salud mental; otros se mostraban expectantes ante la confirmación de lo que ya habían oído en algún otro lugar. Ray lanzó una fugaz mirada consternada hacia Lock, quien, raudo, se levantó para ayudarlo.

—Por favor, damas y caballeros, les ruego que conserven la calma y sigan con sus preguntas de forma ordenada.

—¿Dónde está esa pirámide exactamente? ¿Hay alguien más que la haya buscado? —La pregunta se elevó por encima del resto de las voces.

—Existen recientes informes acerca de más pirámides sumergidas en ese área, como el del capitán Don Henry, quien se hallaba en su pesquero, intentando localizar grandes bancos de peces, cuando detectó en la pantalla del sónar una masa con los perfiles correspondientes a una pirámide de ciento cuarenta metros de altura —respondió el mismísimo Lock.

Esta explicación pareció conformar al público y el silencio volvió a adueñarse de la sala.

—Buenas noches, señor Brown —la voz era de un hombre que, apoyado en la pared del final, lo miraba de una forma que conseguía erizarle la piel—, me gustaría saber si esta esfera podría ser la mencionada por Cayce, la que llamó «Tuoai o piedra de fuego».

Muchos de los asistentes esperaron con expectación la respuesta de Ray.

Captó un sutil movimiento en la mujer rubia de antes, casi inapreciable, pero que no pasó desapercibido a los ojos del submarinista. Ese debía ser el individuo con el que había compartido aquel mensaje tácito.

—Lo siento, pero no tengo el placer de conocer a fondo el trabajo de Cayce.

Otras preguntas se sucedieron y Ray trató de responderlas de la mejor forma

posible sin entrar en demasiados detalles que podrían volver a soliviantar a los más incrédulos. O algo mucho peor. No podía contar que tres de sus compañeros, desoyendo la advertencia, volvieron a sumergirse en busca de más piezas y que jamás regresaron. No podía explicar que él ya fue testigo de una de aquellas curaciones milagrosas de las que Lock había hablado, viendo como la dolencia pasaba inmediatamente a la siguiente persona que tocaba la esfera, como si pudiera extraer o activar trastornos humanos a voluntad. Por ese motivo tuvo que mentir al asegurar que no conocía el trabajo de Cayce, pues afirmar que creía absolutamente haber encontrado el templo al que se refería en sus «lecturas» podía tener consecuencias imprevisibles que le sería imposible controlar.

Comprendía que la humanidad no estaba preparada para aceptar de buen grado aquella increíble tecnología y mucho menos su procedencia. La exposición y la forma en que el público reaccionó a la primera de las preguntas no hicieron más que confirmar sus temores.

Cuando todo terminó y los asistentes ya comenzaban a retirarse, Ray aprovechó el momento para acercarse de nuevo a la esfera y comprobar su buen estado.

—¡Brown! —lo llamó Lock—. ¡Venga, por favor!

Ray reparó en que el director de la sala estaba acompañado, y en amena charla, por el tipo extraño de la última fila y sopesó la posibilidad de eludir el encuentro. Buscó a la mujer rubia, pero no la encontró.

—¡Vamos, Brown! ¡Venga!

Caminó hasta ellos muy despacio, observando y memorizando los rasgos del hombre: de piel blanca y pelo negro como la noche más cerrada, exactamente igual que sus inquietos ojos, hundidos bajo un ceño prominente. Tenía una nariz aguileña y una mandíbula cuadrada perfectamente rasurada. Los labios pálidos, incluso en estado de reposo, parecían contener una irónica mueca.

—Ray Brown —dijo Lock—, quiero presentarle a nuestro benefactor, el señor Kaine.

—Un verdadero placer, señor Brown —dijo tendiendo una mano de cuidada manicura.

Su voz era dura y terriblemente fría, lo que aumentó la sensación de peligro que ya había percibido al observarlo. Ray respondió al saludo con toda la firmeza que pudo reunir.

—Lo mismo digo —contestó, con el tono que hubiera usado si pudiera hablar bajo el mar al enfrentarse a un gran tiburón blanco.

Kaine se quitó el sombrero al entrar en el coche. La exposición había sido muy interesante, aunque no se hablara de nada que no supiese ya. La entrevista con Brown sirvió para evaluarlo, para sopesar sus principios, su valor y, más tarde, planear el modo en que podría tentarlo.

Desde que supo del hallazgo de la esfera y de su descubridor, lo mantuvo bajo estrecha vigilancia. Esperaba el momento de hacerse con ella. En una ocasión casi lo consigue, si no hubiera sido por uno de aquellos «buenos para nada» de la Hermandad, aquellos que se hacían llamar a sí mismos Maestros Blancos.

Le hubiera gustado saber qué opinaba Adama sobre ese titulillo de tres al cuarto, pensó con una sardónica sonrisa. Resultaba muy molesto encontrarlos en cualquier parte y en los momentos más inoportunos. ¿Sería el mismísimo Adama quién los informaba?

No. Imposible. Su rival se sentía demasiado orgulloso de su casta para recurrir a un puñado de simples humanos. Sus conejillos de Indias. Cobayas que podían terminar sirviéndole a él.

En el asiento del copiloto la mujer rubia comenzaba a despertar del trance que le había inducido y miraba atontada a un lado y otro del automóvil. Kaine chascó los dedos y el sirviente que ocupaba el asiento posterior rodeó el cuello de la mujer, apretando sin compasión. Esta comenzó a pelear, pero el sicario permaneció impassible, asfixiándola hasta que dejó de luchar y la lasitud de la muerte reclamó su cuerpo. El asesino puso los ojos en blanco, extasiado de placer, mientras recibía la descarga de poder que le proporcionó el acto.

—¿Adónde, señor? —preguntó el conductor.

—Primero deshagámonos de esta inmundicia —respondió mirando apenas de reojo y con asco a la víctima—. Los humanos ni siquiera son capaces de morir con algo de dignidad.

Bajó del tren sin apresurarse. Quienes lo hacían llamaban la atención de otros pasajeros y no era lo que quería. Necesitaba pasar desapercibido. Por eso también había optado por no acarrear con un equipaje pesado. Llevaba lo imprescindible para pasar tres o cuatro días. Era mejor dar la impresión de que iba a realizar un sencillo y habitual viaje de negocios. Ya se encargaría de que le enviaran el resto de sus pertenencias más adelante, cuando estuviera instalado.

Cubrió sin dificultad la distancia del trasbordo entre las instalaciones ferroviarias y las del aeropuerto. Al cabo de escasos minutos se encontró deambulando por el amplio e iluminado vestíbulo de Heathrow, barriendo con la mirada los distintos mostradores de facturación, buscando el de la compañía British Airways. Echó un vistazo a la pantalla, donde confirmó que su vuelo a Gibraltar ya aparecía y esperó su turno en la fila con el billete electrónico a mano. No quería perder tiempo.

Sentía todavía el pánico latiendo en las venas. Aún retumbaban en sus oídos las palabras de aquellos dos indeseables a las afueras del museo: «Él quiere verte». Pero lo había logrado. Consiguió escapar. O al menos estaba a pocos minutos de hacerlo. En apenas tres horas sus pies estarían en tierras inglesas, pero a muchos kilómetros de distancia. Una vez en Gibraltar, buscaría un medio rápido de transporte a Cádiz. Allí alquilaría una habitación hasta activar sus contactos y comenzar el trabajo de investigación con el que llevaba soñando tantos años. Por el momento no había ocurrido ningún contratiempo. Cuando a lo sumo quedaban un par de personas delante para que la guapa azafata lo atendiera, se permitió una sutil sonrisa de triunfo.

En el trajín de extraer el pasaporte rozó involuntariamente la chaqueta del individuo que esperaba delante. Este comenzó a girarse.

—Lo siento —se disculpó, pero cuando lo miró a los ojos el terror se apoderó de él y borró de un plumazo la efímera sensación de victoria.

Un negro profundo cubría todo el globo ocular y los rasgos ya no eran humanos, sino más bien los de alguna especie de monstruo salido del Averno. Su corazón se aceleró más a la vez que aquel engendro del demonio curvaba los labios en una mueca, un remedo de sonrisa, mostrando la misma negrura perversa en las encías y unos dientes demasiado puntiagudos para ser normales. Hasta su piel tenía una apariencia mórbida. Seguía teniendo una lejana apariencia humana, pero era un espejismo, una imagen creada para disfrazar un cuerpo privado de alma.

Dos pasos involuntarios consiguieron que chocara con la persona que tenía justo detrás.

—¡Oiga!

—Lo... lo siento —balbuceó perdiendo de vista, por un momento, la espeluznante visión del que le precedía.

Volvió a mirarlo, pero este ya se había girado como si nada hubiera sucedido. No obstante, la terrible impresión no se disipó. Sin saber qué hacer, buscó una salida a aquella encerrona. Miró al mostrador contiguo, donde la fila de personas había menguado hasta desaparecer. Apenas avanzó dos pasos hacia allí cuando el joven que lo atendía clavó en él dos ojos de igual negrura y carentes de humanidad. Su pulso se paró por un instante antes de retornar con fuerza abrumadora. Aterrado buscó a alguien que lo ayudara, que diera muestras de estar viendo lo mismo, aunque sabía que era inútil. Solo él era el blanco. Únicamente lo querían a él.

Cogió el asa larga de su *trolley* y abandonó el lugar. Pero tomara el camino que tomara, buscando la oportunidad de huir, encontraba aquí y allá la oscuridad abismal de la mirada de un enviado, escudriñando, hambrienta y desalmada, esperando para atraparlo.

—Dios mío, ayúdame —murmuró.

Corrió. Corrió sorteando a las personas que se interponían en su camino, algunas veces tropezando con ellas, buscando un lugar por el que escabullirse. Cualquier cosa serviría, hasta un rincón donde esconderse el tiempo suficiente. Aunque en lo más hondo de sí mismo supo que no tenía escapatoria posible. El choque contra un carro repleto de equipajes hizo que perdiera el equilibrio y rodara por el suelo, pero no había tiempo para exponer excusas a quien empujaba el armatoste. Entre resbalones, más tropiezos y los insultos ininteligibles de los turistas, logró ponerse en pie, olvidando incluso su propia maleta y siguió corriendo. El aliento se le rompía en la garganta, escapando en sonoros jadeos. Enfiló un pasillo y se coló por la primera puerta que encontró. Se halló de pronto en los aseos. Incapaz de pensar más allá, buscó refugio tontamente en uno de los compartimentos privados, resollando aceleradamente. El sonido de la puerta abriéndose lo silenció bruscamente.

—Schlange.

Al oír su nombre pronunciado con aquel tono grave y atemorizador se encogió aún más sobre sí mismo, sus piernas se debilitaron y dejó la espalda deslizarse por la superficie de madera prensada que separaba los sanitarios, hasta quedar acurrucado. Era él. Él en persona. Había ido a buscarlo, pensó mientras todo su cuerpo comenzaba a temblar.

—Sal de ahí —dijo antes de añadir—: Vamos, ya ha amanecido y no tengo todo el día.

La cobardía que dominaba su mente le exigía obedecer, pero ni un solo músculo del cuerpo poseía un ápice de la energía necesaria para ponerse en movimiento. Cada una de sus fibras recordaba el atroz dolor sufrido hacía tiempo a manos de aquel

demonio y sus emisarios de la muerte.

—Si entro a buscarte, Schlange, será mucho peor. Sabes que igualmente mantendremos esa conversación, pero tendrás que arreglártelas para contestar entre gritos. ¿Eso es lo que quieres? ¿Echas de menos los viejos tiempos?

La puerta se abrió con lentitud dando paso a Schlange, quien, aterrado, buscó ocupar de inmediato el lugar más alejado posible de su interlocutor. Posó la mirada en una baldosa cualquiera del suelo. Quizá lo tomara como un gesto de respeto, como un vasallo ante su señor, como obediencia o simplemente de completa sumisión. No le importaba, ni le era posible controlar la ansiedad que sentía, por eso evitó mirar directamente a quien para él representaba el más absoluto horror.

—¿Intentabas escapar?

—No.

—¡No mientas! —exigió.

—Sí —se corrigió alzando las manos frente a su rostro, tratando así de protegerse de una posible agresión.

—Eso está mejor —dijo complacido. Aún con las pupilas clavadas en un punto al azar del suelo, observó de soslayo que sus pies se movieron unos centímetros, lo justo para acercar el rostro al espejo—. Deja de temblar, no tengo pensado matarte, al menos de momento. Antes debes cumplir con lo que pactamos.

—¿Cómo pretendes que haga nada con la perspectiva de la muerte al terminar? —preguntó aún con los brazos en alto. Sus temores se transformaron en palabras sin tener en cuenta las consecuencias.

—¿Ahora aparecen tus agallas? —La sorpresa era evidente por el tono, que, sin embargo, destilaba un acre sabor a sarcasmo—. Quizá, y solo quizá, quede satisfecho con tu trabajo y decida perdonarte la vida.

—Ese no fue el trato. —De nuevo su lengua lo traicionó y los temblores volvieron con más intensidad.

—¡Tampoco incluía tu huida ni tu negligencia a la hora de controlar a tu objetivo!

—Hice lo que me pediste —respondió con la voz afectada por el llanto.

—Solo una parte, no has acabado. Está de nuevo en la calle. Ya ha cumplido la condena y es libre. Así que vuelves a tener obligaciones.

—No sé qué esperas de esa mujer. No tiene otra meta en la vida que la tranquilidad. No podrás tentarla, no caerá en tus mentiras. No ambiciona más de lo que puede conseguir con su trabajo —intentó.

—No tengo que darte explicaciones, Schlange. No cometas el error de creer que tu posición te permite hacerme preguntas o sonsacar información que no te concierne. Cumple con tu deber. Eve Swan contactará contigo y desde luego ella es mucho más importante para mí que tú. No tendré reparo en deshacerme de ti si no eres de utilidad. ¿Está claro? —Lo miró de forma que deseó poder encogerse hasta

desaparecer.

—Sí —respondió contrito.

—Recoge tus cosas y vuelve a casa. Nos veremos. Pronto.

La noche ya se había retirado. Los primeros rayos de sol se colaron alegres por la rotura de las persianas. Sin embargo, el ambiente en la estancia no tenía nada de festivo.

La estantería desplazada ocultaba la abertura de acceso a unas oscuras escaleras que descendían hasta algún lugar desconocido. Nada podía verse desde allí arriba. Algo más de una hora había pasado desde que Abel encontrara el mecanismo y, todavía, seguían discutiendo si debían aventurarse para descubrir qué misterio se escondía allí.

Eve, atrincherada tras una mueca, mezcla de disgusto y determinación, se negaba a continuar y mucho menos a ser cómplice en aquella especie de intromisión consentida. Abel, con el ceño fruncido, miraba el vaivén de la pierna cruzada de Eve.

—Tenemos que hacerlo —repitió por enésima vez.

—No me incluyas —discrepó ella—. Lo que tengas, o no, que hacer es cosa tuya. Devuélveme el móvil. Quiero llamar a un taxi y largarme, olvidarme de esto y seguir con mi vida.

—¿Y los que te han atacado? ¿Cómo sabes que no volverán a intentarlo? Esta vez te encontré a tiempo, pero ¿qué crees que pasará si no estoy allí la próxima vez?

—¡Oh, vaya! ¡Esta sí que es buena! —Alzó las manos extendidas antes de volver a dejarlas caer sobre los muslos, enfatizando dramáticamente sus palabras—. ¿Qué coño te pasa? ¿Tienes algún tipo de complejo de superhéroe de pacotilla?

—¿De pacotilla? No espero que me des las gracias, pero tampoco es muy cortés por tu parte insultarme de esa forma después de salvarte la vida —recriminó cruzando los brazos sobre el pecho.

—¡No puedo saber qué querían! —Eve sabía que Abel tenía razón pero, antes que admitirlo frente a él, se tragaría la lengua.

—¡Oh, claro! ¡A lo mejor querían invitarte al cine! ¡O quizá llevarte a cenar! ¿Por qué no esperaste a preguntarles antes de salir corriendo?

Era imposible rebatir aquello. Además, seguir por ahí implicaba hablar demasiado de sí misma y de lo que le había pasado aquel día, algo que no quería explicarle. Sus problemas eran suyos y de nadie más. Discutir sobre ello no resolvería nada, así que prefirió cambiar de táctica.

—¿Y qué me dices de ti?

—¿Qué pasa conmigo?

—Me has secuestrado, maniatado y maltratado. Por no hablar de que ahora pretendes que me complique más la vida con algo que no me incumbe en absoluto.

—Ya te he explicado que no era mi intención. Solo quería hablar. Nada más.

—Claro, pero no aceptas un no por respuesta. —Y añadió solo para herirlo—: ¿Tratas de igual modo a las mujeres que se niegan a acostarse contigo?

—Está bien —respondió con evidente enfado. Metió una mano en el bolsillo y extrajo el teléfono para tirárselo sobre las piernas—. Ahí lo tienes. Puedes largarte. Ya me he disculpado. No tengo por qué tolerar más insultos.

Sin dedicarle una mirada más, Abel desapareció adentrándose tras la estantería. Eve aferró el móvil en un puño y se levantó del sillón recolocándose la ropa.

—No puedo decir que ha sido un placer —rezongó antes de encaminarse hacia la salida.

El sol ya extendía sus rayos traspasando los estrechos cristales esmerilados que adornaban la entrada, a ambos lados de la puerta, tiñendo de dorado las paredes blancas del vestíbulo. Sin haber visto demasiado de la casa, se encontró pensando, con cierta envidia, en que se parecía muchísimo a la que siempre había soñado tener. Una pequeña y acogedora donde echar raíces. Sin embargo y a pesar de su aparente belleza, sabía de la tragedia que la envolvía: sus propietarios muertos y, con ello, el único hijo convertido en huérfano. Un hijo que ahora descubría los secretos de su padre asesinado.

Expulsó a patadas el pensamiento de su cabeza. No podía permitirse sentir pena por él. En un par de horas debía incorporarse al trabajo, no podría dormir, a lo sumo darse una ducha rápida y salir con el tiempo justo. Gruñó masajeándose las muñecas y maldijo una vez más el nombre de Abel Simmons.

Cuando se disponía a abrir, ya con la mano en el pomo, una sombra creció tras los cristales. Pegó el cuerpo a la madera instintivamente, para evitar ser vista por quien figaba el interior a través de ellos. Le dio unos segundos de margen para ver si llamaba o solo se limitaba a inspeccionar lo que la escasa transparencia del cristal le permitía. Sin duda, la segunda opción sería la que traería los problemas. La sombra se alejó unos centímetros y no se movió. Eve tampoco. Controló la respiración, obligándose a tomar y soltar el aire despacio para no emitir sonido alguno que la delatara. Miró su móvil, calculando la posibilidad de telefonar a la Policía y descartándola al segundo siguiente. Demasiado arriesgado, podría oírla. También la vería si se movía de detrás de la frágil defensa que le proporcionaba la puerta.

El corazón se le subió a la garganta cuando un golpe seco rompió uno de los cristales y lo hizo añicos.

Su primer impulso fue huir, correr en dirección contraria, poner la máxima distancia entre ella y quien fuera que pretendía entrar. Pequeños golpes acabaron desprendiendo los pedazos puntiagudos que habían quedado adheridos al marco, antes de que una mano se introdujera por el hueco en busca del tirador. El aliento de Eve quedó atascado en el pecho.

Apenas podía ver algo más del individuo que su brazo, por lo que dedujo que

debía de estar con el torso pegado a la puerta. Lentamente, adelantó un pie, poniendo mucho cuidado en no pisar ni uno solo de los trozos de cristal desparramados por el suelo. Dio el paso y tragó para deshacer el nudo que sentía en la garganta a la vez que volvía a avanzar. Uno más y conseguiría colarse en el despacho. Quien fuera que deseaba entrar, solo tardaría un segundo más en girar el pomo. De puntillas, saltó de un pie al otro y alcanzó su meta. Una vez dentro, de dos rápidas zancadas se dirigió hacia la estantería por la que había desaparecido Abel. Debía alertarlo. Tras ella, sintió el rechinar de los cristales rotos del vestíbulo. Había entrado.

Penetró en la oscuridad del hueco y tiró de la estantería hacia ella para cerrarla, rezando todas las oraciones que conocía para que Abel supiera la forma de volver a abrirla desde el interior.

Pulsó una tecla del móvil, para que se iluminara y lo usó a modo de linterna. Así descubrió un pasamanos metálico que discurría junto a los escalones. Los bajó despacio, vigilando donde ponía cada pie para no caer.

—Abel —susurró—. Mierda —masculló mientras volvía a presionar una tecla cualquiera del teléfono—. Abel.

Continuó descendiendo sin poder divisar el final, que parecía llegar hasta el mismísimo Infierno. ¿Qué demonios era aquello? ¿Un búnker? Las paredes estaban revestidas de hormigón gris, como comprobó al acercar la luz, igual que la escalera. Alumbró hacia arriba, pero no alcanzó a ver el techo, aunque apostaba a que debía estar cruzado por enormes vigas que soportaban el peso. Comenzó a sentirse angustiada. Odiaba los espacios cerrados.

—Abel —intentó de nuevo sin alzar la voz demasiado.

Por fin, alcanzó a ver el final tres escalones más abajo y, a la derecha, el inicio de un pasillo que se prolongaba en sentido opuesto, paralelo a la pared ascendente que formaban las escaleras. Avanzó varios metros hasta dar con una gruesa puerta de acero entreabierta. Su pulso disminuyó levemente al percibir la tenue luz que se colaba por la abertura.

O bien Peter Simmons estaba metido en algo muy gordo, o su excentricidad rozaba la paranoia. La idea de que el asalto a la casa y su asesinato debían estar relacionados adquirió mucho más peso después de conocer la existencia de aquel pasadizo oculto.

—Abel —repitió en murmullos, abriendo la puerta lo suficiente para entrar.

—¡Joder, Eve! ¡Me has dado un susto de muerte! —exclamó a su lado, sobresaltado.

La mujer, con los ojos desorbitados, le tapó la boca para evitar que continuara gritando:

—Calla —exigió—. Alguien ha entrado en tu casa.

Las rectas cejas de Abel se juntaron sobre su nariz y se formaron arrugas entre

ellas. Asintió en señal de comprensión y Eve dejó caer la mano a un costado.

—¿Quién es? —preguntó también en susurros.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? No me quedé para recibirlo. Por la forma en que ha forzado la entrada dudo que venga para presentarte sus respetos por la muerte de tu padre.

—¿Y qué hacemos?

—Voy a llamar a la Policía —respondió mostrándole el teléfono, pensando ya cómo explicar su presencia en casa del abogado que ejerció de acusación durante el proceso que terminó con sus huesos en la cárcel. Se dispuso a marcar—. ¡Joder! No hay cobertura —dijo con tanta frustración por ello como por no poder expresar su enfado en voz alta—. ¿En qué mierda estaba metido tu padre, tío?

—Eso mismo me he preguntado desde el instante en que lo asesinaron —respondió con sequedad antes de dirigirse al escritorio del fondo.

La sala subterránea no era demasiado grande, pero tampoco tan pequeña como cabía esperar. De unos cincuenta metros cuadrados albergaba un par de escritorios encarados, uno de ellos con dos pilas de expedientes encima, como si hubiera sido usado recientemente; el otro, totalmente ordenado. A la izquierda un pequeño sofá de dos plazas invitaba a disfrutar del televisor de veinte pulgadas y del reproductor de vídeo instalados sobre un mueble auxiliar con ruedas. A la derecha había un armario archivador repleto de carpetas alineadas. Y, junto a este, una estantería con varias cintas de vídeo y álbumes de fotos bien etiquetados.

Abel tomó asiento frente al escritorio atestado de papeles y tecleó algo en un portátil. Supuso que era lo que había estado haciendo hasta que la oyó llegar.

—¿Qué hacemos con ese de ahí arriba?

—¿Te ha visto? —preguntó Abel alzando la mirada.

—No. Conseguí entrar en el despacho antes de que abriera la puerta; rompió uno de los cristales de la entrada. Después, cerré la estantería detrás de mí.

Abel pareció meditar la respuesta durante unos segundos.

—Entonces dudo que nos encuentre. Me he criado aquí y jamás imaginé que existiera esta habitación.

—¿Cómo saldremos? No sabemos si hay un mecanismo de apertura.

—Tiene que haberlo. Daremos con él —dijo volviendo a prestar atención al ordenador.

Eve se envaró, no demasiado conforme con aquella respuesta. Quería salir de allí, irse a casa y olvidarse de aquella noche de locos para siempre.

—Destrozaré la casa —aseguró.

—Lo sé. —Abel mordió las dos palabras con evidente rabia.

—Mira, tío, tú puedes tener todo el tiempo del mundo, pero yo debo entrar a trabajar en menos de dos horas.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo pretendes salir sin saber si aún sigue ahí nuestro visitante inesperado? Quizá... No. Quizá no. Lo más probable es que vaya armado. Entonces, ¿qué? ¿Nos turnamos para hacerle de diana? —preguntó harto del constante mal humor y las imposiciones de la mujer. Respiró hondo para calmarse y trató, nuevamente, de ponerse en su lugar—. Mira, Eve, también yo tengo obligaciones, pero no podemos arriesgarnos a salir sin saber qué quiere. Podríamos ponernos en peligro sin necesidad. Tú misma has vuelto, contra tu propia voluntad.

—¿Y qué tienes planeado? ¿Quedarnos aquí encerrados hasta que el desierto se convierta en un vergel? —dijo golpeándose las caderas antes de dejarse caer sobre el sofá y cruzar piernas y brazos en actitud infantil.

—Esperaremos un rato antes de subir para averiguar si se ha largado. Después yo mismo te llevaré al trabajo, ¿de acuerdo? Nos dará tiempo —respondió con firmeza. Abel esperó al menos un gesto de asentimiento, que no se produjo—. Joder, Eve, dame un respiro, intento llevar esto de la mejor forma posible, ¿vale?

—Odio los espacios cerrados —reconoció, y aunque trató de mantener un tono neutral, Abel percibió una pincelada de la ansiedad que debía de estar padeciendo.

La miró con preocupación. En cierto modo y sin querer echarse a la espalda la responsabilidad de su ingreso en prisión, no pudo menos que sentirse algo culpable. Después de todo, había sido él quien la impidió abandonar su coche cuando lo solicitó y quien la arrastró hasta allí por la fuerza. Contra esa afirmación no había justificación posible.

—Solo será un rato, ¿vale? —trató de animarla—. Después saldremos, te llevaré a donde quieras y ahí terminará todo, ¿de acuerdo?

—Sí.

Abel volvió a dedicar su atención al portátil.

Eve permaneció sentada, balanceando una pierna cruzada sobre la otra. Al cabo de varios minutos se sintió incómoda sin hacer nada, se levantó y se acercó al escritorio.

—¿Has encontrado algo?

—No. De momento, nada digno de mención. Todo lo que hay se refiere al trabajo de mi padre.

Caminó hacia el estante donde se alineaban las cintas y los álbumes de fotos y leyó las etiquetas.

—¡Oye, aquí hay una buena colección de vídeos sobre ti!

—¿Y qué tiene eso de extraño? —Abel se encogió de hombros.

—Supongo que nada. Los tiene de todas las edades —continuó—. Abel con un año, Abel con dos años, Abel en el colegio, Abel se gradúa... Debía quererte muchísimo.

Eve observó su gesto de dolor y sintió pena por él. Ella no sabía lo que era tener

una familia, pero sí algo semejante a un padre, pensó con nostalgia. Y también lo que suponía perderlo de aquella forma tan horrible. Esa herida jamás sanaba.

Nunca supo quién era su progenitor y de su madre solo sabía que murió en el parto. Conocer a Albert Grant había sido lo mejor que le sucedió en la vida. Fue el único hombre que no la abandonó ni cuando las cosas se pusieron difíciles. Ella era una joven recién salida del orfanato donde pasó toda su niñez y adolescencia. Albert confió en su potencial como trabajadora, desde el momento en que la contrató de secretaria para el proyecto que tenía entre manos: un complejo de recreo de alto *standing*. Eve había sido feliz durante todo ese tiempo, encargándose de la agenda y de mediar con proveedores y posibles clientes. Después de tantos años trabajando para él, conocía muy bien sus costumbres y gustos sencillos, incluso al punto de adelantarse a sus peticiones, hecho que Albert sabía agradecer. Llegó un momento en que su relación traspasó los límites de lo profesional y él acabó por confiarle que ella era la hija que siempre le hubiera gustado tener. Aquella revelación caló hondo en el corazón de Eve, pues ella le profesaba el cariño y respeto que debía tenerse por un padre.

El día que la llamaron para decirle que habían encontrado su cuerpo sin vida, abandonado en el arcén de una carretera, lloró dolorosa y desconsoladamente durante horas. Se sintió desamparada e impotente. Ahora, tenía marcado aquel día en su memoria como el disparo de salida que dio comienzo a su descenso, del Cielo al Infierno.

—Lo siento, no quería importunarte. Yo... lamento tu pérdida.

Hacía tiempo que no se permitía demostrar ni un solo gesto de debilidad frente a cualquier otro ser humano y se giró para encarar de nuevo la estantería mientras se rascaba la nuca tontamente.

—No importa. Gracias. —Sus palabras denotaron la tristeza que había mostrado su rostro.

Se produjo un silencio tenso mientras Abel la miraba y ella dejaba deslizar los ojos por la estantería, incómoda ante el escrutinio.

—Odio no hacer nada mientras otros trabajan —dijo para romper la tirantez del ambiente y desviar la atención hacia otro tema—. Así que, ya que estoy aquí... ¿qué puedo hacer para ayudarte? ¿Qué debo buscar? —Se frotó las manos lista para colaborar.

Abel había estado usando el buscador de archivos del sistema operativo, escribiendo palabras clave como el nombre de la mujer que tenía ante sí, sin obtener ningún resultado. Tampoco en las imágenes encontró alguna ni remotamente parecida al extraño símbolo que los había guiado hasta el subsuelo de la casa.

—La verdad es que no tengo ni idea —respondió echando el cuerpo hacia atrás y frotándose los ojos—. En el ordenador no he encontrado nada que arroje algo de luz.

No sé qué pensar. No entiendo nada. Por más que lo intento, no consigo imaginar en qué podría estar metido o por qué llevaba encima una fotografía tuya. Y ese símbolo... —Abel resopló—. Y a todo esto hay que sumarle este asalto a su casa, estoy seguro de que está relacionado.

—También yo lo he pensado —confesó—. Pero ¿quién conoce las motivaciones de los criminales? —Se encogió de hombros. Pensó en lo que le había sucedido a ella ese mismo día—. Por cierto, aún no te he dado las gracias por cómo me ayudaste esta noche —dijo—. Aunque después lo jodieras raptándome... Creo que por eso seguiré sin dártelas.

—Cuéntame, ¿qué pasó?

Abel la miraba, pero ella seguía haciendo como si inspeccionara la estantería.

—Es que es un poco increíble. Pensarás que estoy paranoica o algo así. No sé si quiero contártelo. De hecho, no sé si quiero pensar en ello.

—¿Hiciste algo que los provocara?

—¿Por quién me tomas? —Esta vez sí lo miró indignada—. ¡Ah! Olvidaba que tienes por norma desconfiar de la palabra de los inocentes.

—Creo que eso ya lo hemos hablado, Eve. Hacía mi trabajo —se defendió.

—¡Claro, y entre tus funciones se cuenta la de dejar en la calle a los verdaderos responsables de un crimen!

—¡Mira, solo quería ayudarte, pero está claro que te va más discutir!

—¡Has empezado tú! ¡No te he pedido ayuda! ¡Ni ahora ni anoche en la calle! ¡Ya había puesto la denuncia pertinente en la comisaría! ¡Los atraparán y se acabó! ¡Asunto zanjado! —exclamó.

Sin embargo, ni ella misma creía del todo sus propias palabras. En realidad aún no podía sacudirse completamente el miedo que había pasado y que sabía que volvería a surgir en cuanto tuviera que enfrentar la oscuridad de la noche en soledad.

—¡Un momento! ¿Cómo que ya habías puesto la denuncia? ¿Cuándo? —Los ojos de Abel se abrieron desmesuradamente—. ¿Te habían atacado antes?

—¡Sí! —contestó, pero no añadió nada más. Ya había hablado demasiado, llevada por la ira.

—¿Cuándo?

Eve no contestó, continuó de espaldas a él mientras se maldecía por haber abierto la boca más de la cuenta.

—¿Cuándo, Eve?

—¿Y eso qué más da? ¿Acaso estás pensando en representarme esta vez? ¿Quizá para enmendar lo que me hiciste? —volvió a atacarlo. Siempre hacía lo mismo cuando se sentía amenazada emocionalmente.

—No puedo creer que no lo mencionaras antes, sobre todo después de pensar, como yo, que tanto el asesinato de mi padre como este allanamiento a su casa están

vinculados a una misma circunstancia. ¿Y si también lo estuviera ese ataque hacia ti?

—¡Por el amor de Dios! —espetó. No quería ni pensar en esa posibilidad, y la cólera la ayudó a cerrar los ojos con eficacia ante algo tan terrorífico como lo que Abel sugería—. Lo que empiezo a pensar, después de ser víctima de tu atropello y de ver esta jodida habitación, es que tu padre debía de ser de esas personas que ven conspiraciones en cada rincón del planeta y que tú has heredado esa enfermedad.

—¡Olvidas la fotografía! —contraatacó poniéndose en pie—. Eso es lo que me hace pensar que todo está relacionado. Podrías estar en peligro sin saberlo, Eve.

—¡Maldita sea! ¡Tienes que hacerte mirar ese instinto protector que te ha dado de pronto! Yo que tú dejaría de ejercer de abogado, corres el riesgo de preocuparte demasiado por el bienestar de los que metes en la cárcel —chasqueó la lengua—. Demasiado trabajo para una sola persona.

—Y tú deberías dejar a un lado el pasado. Te impide ver la realidad del presente. Un presente que, si no llega a ser por este enfermo mental —dijo refiriéndose a sí mismo aludiendo a las palabras que ella había utilizado—, Dios sabe cómo hubiera terminado.

Eve se encaminó hacia la puerta, demasiado abrumada por la discusión y la probabilidad que Abel barajaba. Jamás había oído hablar de Peter Simmons hasta esa noche, en la que había sido atacada dos veces por los mismos gamberros y en la que su hijo aseguraba haber visto una fotografía suya entre las pertenencias del fallecido.

A su espalda, el hombre bullía de frustración. En un arrebato, rugió y descargó una fuerte patada a la estantería y un par de álbumes cayeron al suelo abiertos. En ellos había fotografías de selvas tropicales, profundas cuevas y hermosas cascadas.

—Fue esta tarde —declaró al fin Eve, sin mirarlo—. Al salir del supermercado. Me pincharon con una jeringa. Pero supongo que solo quisieron asustarme. Fui al hospital y los análisis han dado negativo en todo. Después puse la denuncia. De vuelta a casa pasó lo que ya sabes.

—¿Te pincharon? —repitió atónito.

—Sí, ya te lo he dicho, con una jeringa. Pero no me inyectaron nada, o al menos no han detectado ninguna sustancia.

—Y aún quieres quitarle importancia... No puedo creerlo. —Abel negaba con la cabeza, no sabía cómo calificar el comportamiento de Eve: si de locura o de estupidez.

—Debo continuar con mi vida —dijo, y pensó en explicarle las circunstancias en las que vivía, que su situación personal no admitía tomarse descansos ni aunque fueran obligados.

Necesitaba cada céntimo que ganaba para subsistir. Pero estaba segura de que Abel tomaría de nuevo sus palabras como un ataque. O quizás ella volvería a sentir el rencor bullir dentro de sí. En cualquier caso, prefirió callar.

Notó las cálidas manos de Abel sobre los hombros. Apenas recordaba lo que era sentirse respaldada o recibir un gesto amistoso que le indicara que no se hallaba sola para enfrentarse a lo que estuviera por venir. Sintió como si algo dentro de ella amenazara con rasgarse e inhaló profundamente mientras reprimía aquella sensación. No podía permitirselo. En el mundo no había lugar para los débiles. Solo contaba con su propia capacidad para enfrentarse al día a día y salir adelante si no quería acabar malparada o herida. Todos le habían fallado: Albert muriendo y Bill abandonándola cuando más lo necesitaba. No precisaba que Abel sintiera lástima por ella o creyera que debía pagar de ese modo su falta.

Se sacudió y él dejó caer las manos a los costados. No aceptaría aquel gesto, mucho menos si procedía del hombre que había protagonizado todas sus pesadillas. Hacerlo sería como traicionarse a sí misma y a los cinco años que tuvo que luchar para sobrevivir en aquel infierno enrejado.

—No creo que dar la espalda a lo que te ha sucedido sea lo más inteligente. No quieres mi ayuda, está bien. Pero al menos acude a la Policía para denunciar este nuevo ataque. Es más que probable que te pongan protección durante unos días. Habla con Nick Parker. Como te he dicho, es quien lleva el caso de mi padre. Él tiene esa fotografía tuya. Estoy seguro de que también conectará ambos sucesos.

Eve pensó un momento en lo que Abel le había explicado. Se dio la vuelta y lo miró a los ojos.

—No le dijiste a ese Parker quién era yo. Le mentiste.

—Lo sé. —Su mirada era clara y directa.

—Eso te traerá más problemas. Posiblemente un arresto por inmiscuirte en la investigación y ocultar información.

—Lo asumiré. —Abel escogió bien sus siguientes palabras. Comenzaba a conocer a Eve y supo que era mucho mejor darle una respuesta egoísta para que no pensara otra vez que la protegía e hiciera saltar nuevamente el resorte de la suspicacia de la que hacía gala—. Mi conciencia llevará mejor un arresto que el peso de una muerte.

Eve no pudo aguantar su mirada más tiempo y prefirió dejar caer la vista al suelo, donde los dos álbumes se habían desplomado. Evitó que él pudiera tomar aquello como un gesto de agradecimiento, agachándose para recogerlos. Al levantarse, vio una hilera de estrechas cajas blancas en el estante inferior. Era imposible verlas estando de pie, pues estaban hundidas hasta el fondo de la estantería. En todas había el nombre de alguien escrito con lápiz sobre una etiqueta blanca. Pero una de ellas llamó su atención, aquella en la que podía leerse: Swan, Eve.

Olvidando los álbumes por completo, la extrajo y pasó junto a Abel para dejarla en el escritorio vacío.

—¿Qué es eso? —quiso saber él, siguiéndola.

Eve no respondió y levantó la tapa para descubrir el contenido: algo más de dos decenas de fotografías suyas, en las que aparecía con diferentes edades. Las cogió para observarlas una a una, entre asombrada y terriblemente asustada. Todas habían sido tomadas en diferentes lugares y a cierta distancia. Imágenes robadas.

Abel volvió sobre sus pasos para examinar el lugar de donde Eve había sacado aquella caja y encontró las restantes; cinco más en total. Las apiló y las llevó también hasta el escritorio. Sus ojos volaron hacia el archivador de cuatro cajones. Intentó abrirlo, pero no lo consiguió: estaba cerrado y ninguna llave colgaba de la cerradura.

—¡Mierda!

La exclamación sacó a Eve de su inmovilidad. Entendió qué era lo que Abel se proponía. Tiró del cajón del escritorio, pero no había nada. Lo rodeó para acceder a la mesa contigua con igual resultado.

—No están aquí —dijo él, recordando las llaves que se hallaban en comisaría junto al resto de los efectos personales de su padre.

—No importa —contestó ella. Cogió un par de clips de un pequeño cubilete y los desdobló en el acto—. Albert perdía las llaves de su archivador continuamente —explicó más para sí que para que Abel la entendiera. Se acercó y los introdujo con maña en el ojo de la cerradura, manipulándola durante unos segundos hasta que logró abrirla—. Listo. ¡Oh! ¡Mierda! —exclamó llevándose el dedo corazón a los labios—. Me he cortado.

—Déjame ver —pidió Abel.

—No es nada. —Se encogió de hombros mientras succionaba la pequeña herida.

El primer cajón parecía vacío. No obstante, Abel introdujo la mano hasta el fondo y la pasó por toda la superficie para asegurarse: solo extrajo la tarjeta de una empresa de almacenajes con una serie de letras apuntadas en el reverso. En el siguiente encontró algunos mapas que dejó en la mesa junto a las fotografías de Eve. El tercer cajón contenía una carpeta con algunos artículos de viejos periódicos. En el último de ellos no parecía haber nada y Abel optó por sacarlo completamente. En efecto estaba vacío. Lo levantó para introducirlo de nuevo en la guía y, al hacerlo, Eve vio un pequeño papel sujeto a la parte trasera con cinta adhesiva. La despegó con cuidado, pero Abel se le adelantó antes de que pudiera desplegarla para leerla. Los ojos del hombre se humedecieron al instante al reconocer el texto y la letra de quien lo había escrito. Eve la rescató de entre los dedos masculinos. Con la misma pulcra e inclinada caligrafía que encontraron en la anterior nota escondida en el libro de Poe, podía leerse: «Por siempre y para siempre».

Ella lo miró interrogativamente, sin atreverse a pronunciar palabra.

—Es el epitafio que reza en la tumba de mi madre —explicó.

Eve prefirió permanecer en silencio. Nada que pudiera decir ayudaría ni mejoraría el estado en el que se encontraba Abel en ese momento. Lo observó mientras, con

aspecto derrotado, se encaminaba hacia el sofá, donde se derrumbó por completo. Seguidamente, lo cogió todo —fotografías, mapas, carpeta y tarjeta— y fue a sentarse junto a él. Pasaron varios minutos sin que ninguno de los dos dijera nada, ambos desconcertados en la marea de hallazgos que no parecían tener sentido y que, sin embargo, provocaban una vorágine de emociones enfrentadas.

—Nunca entendí el empeño que mostró por que se grabara esta frase en la lápida. Recuerdo que en cada visita me lo rogaba insistentemente, diciendo que era lo único que me pediría. —Hablabla sin mirar a ningún lado en particular, como si volviera a revivir el momento.

—¿No se encargó él del entierro?

—No. Estaba en prisión, cumpliendo condena —explicó—. Mató a mi madre. Fue un accidente. O eso me digo a mí mismo. Todos lo dicen; incluso el veredicto del tribunal.

—No pareces muy convencido. —Abel guardó silencio y Eve se removió, incómoda—. De todos modos, es extraño que te encuentres precisamente esa frase tras el último cajón.

—Sí.

Abel se incorporó de pronto, como si hubiera sufrido una potente descarga eléctrica.

—¡Sí! —repitió con fuerza.

Tomó del regazo de Eve toda la documentación para examinarla. Abrió uno de los mapas. En él se reproducía un enorme continente. Sobre las líneas que representaban la longitud podía leerse en grandes letras de imprenta: «Pangea». Los dos siguientes eran copias de otros más antiguos, o eso le pareció a Eve por el diseño de los dibujos y la grafía de las letras. También sobre ellos, pero a rotulador se especificaban nombres: Piris Reis y Oronteus Finaeus. El par restante era un mapa físico de Ecuador y otro político de Francia; en ambos había una cruz que señalaba un lugar concreto.

En la carpeta se reunían artículos de viejos periódicos, desde el *The Sun* al *New York Herald*. Por último tomó la tarjeta de la empresa de almacenaje y la hizo girar varias veces entre los dedos.

—Tenemos que ir allí.

—¿Dónde es allí?

—Al cementerio Brompton.

Eve lo miró sin comprender.

—Hace unos catorce años, el cementerio donde descansaba mi madre sufrió el ataque de un grupo de radicales católicos. Se negaban a que los difuntos pertenecientes a otras religiones estuvieran enterrados allí. Según me explicó mi padre, el mármol que tapaba el nicho se partió en dos, por lo que se trasladó el cuerpo

al Brompton y encargó uno nuevo.

—¿Tu madre no era cristiana?

—¿Tienes algún problema con eso?

—Por supuesto que no. En realidad yo tampoco lo soy, no he sido bautizada —añadió a modo de extraña disculpa—. De todas formas, ¿para qué trasladar el cuerpo? Hubiera bastado con cambiar la losa.

—Dijo algo así como que deseaba que descansara en la tierra. Acompáñame, Eve. Te lo ruego.

—Pero, ¿por qué al cementerio?

—Piénsalo. Si todo esto estaba aquí escondido es por alguna razón y, sin duda, la lápida de mi madre tiene algo que ver.

Eve ya no sabía qué pensar. Encontrar aquella cantidad de fotografías suyas ocultas en el refugio secreto de un hombre al que no conocía de nada resultaba sumamente inquietante, por no hablar de los dos indeseables que la habían atacado. Era como si la hubieran espiado durante toda su vida, pensó volviendo a pasarlas una a una. Quizá llegar al fondo de todo aquello arrojaría alguna respuesta a la ingente cantidad de preguntas que no cesaban de aumentar. Sabía que le sería imposible cerrar los ojos ante todo aquello y fingir que nada había ocurrido.

No obstante debía cumplir con sus obligaciones. No podía permitirse el lujo de perder su empleo o la posibilidad de trabajar en la mansión Blasky.

—También yo debo ir al despacho —añadió Abel como leyendo sus pensamientos.

—Está bien. Te acompañaré, pero en el momento en que yo decida abandonar, lo haré.

—Trato hecho.

San Pedro de Atacama. Chile. 2000

Una vez más pensó que aquel cargo le había tocado en suerte por llamarse González. En mala suerte.

Presuponían que debía dominar el español sencillamente por apellidarse González y tener rasgos latinos, que había heredado de su familia materna. No contaba que no hubiera conocido a ni uno solo de aquellos parientes, ni que su madre se trasladara al mismísimo corazón de New York al comunicarle el embarazo a su padre. Tampoco que apenas si le enseñara un puñado de frases en su idioma, frases que desde luego no lo ayudarían en su trabajo. Lo entendía, eso sí. Al escucharlo podía extraer gran parte de la información, pero hablarlo... Imposible.

No obstante no fue tan malo como cabía esperar y una vez que estuvo en el pueblo respiró tranquilo al comprobar que, gracias al turismo de la zona, sus habitantes podían comunicarse en inglés sin dificultad. No tuvo problemas para ultimar los detalles del alquiler de los todoterrenos y del avituallamiento necesario.

Llevaba toda la jornada en la habitación de hotel resguardado de los veintisiete grados que azotaban, durante el día, el altiplano de la II Región de Chile. Examinó una vez más los mapas y la ruta prevista. Tomarían la carretera doscientos once, que partía de allí mismo hasta su división hacia el paso de Jama y, desde allí, a Bolivia. Descansarían a orillas de la laguna Verde antes de emprender el ascenso al volcán Juriques, donde establecerían el campamento base, a unos cuatro mil setecientos metros sobre el nivel del mar, pero protegidos del viento. Allí esperarían al guía, que los acompañaría a través del paso transversal por la ladera del volcán. Solo iniciarían la marcha en dirección al estratovolcán Licancabur el día elegido para realizar la inmersión en el lago del mismísimo cráter.

Descansó la vista dejándola vagar a través del hueco de la ventana. Observó la enormidad de la cordillera andina, recortada contra el eterno cielo azul de aquel árido desierto que albergaba lugares con nombres tan dispares como laguna Blanca y Valle de la muerte. El silbido de un pastor de lanudas, que pacían la corta vegetación creciente en el pequeño oasis que conformaba el pueblo, lo sacó de su ensimismamiento.

Sus compañeros se hallaban visitando los alrededores, considerados como la capital arqueológica del país. Los había oído hablar de las orillas del río Loa y de las terrazas de cultivo precolombinas en las faldas de los cerros mientras dejaban a punto

los enseres de cada uno.

Centró de nuevo la vista en los documentos expuestos sobre la redonda mesa de madera. Uno de ellos era la copia de un informe fechado cinco años atrás sobre Henry García, un buzo que trabajó para Jacques Costeau, y su descubrimiento de una esfera de cristal en el fondo del pequeño lago en el que se sumergió, buscando batir un récord de buceo en alta montaña. No en vano, aquel lago era el sexto más alto del mundo.

Circulaban muchas leyendas en torno al descubrimiento de aquella esfera, entre ellas una le llamaba poderosamente la atención. Se contaba que allá por los años ochenta una bruja blanca vivía en San Pedro. Ella había comprado un gran cristal de cuarzo en Brasil y lo llevó a Suiza, donde lo pulieron y lo transformaron en una bola de cristal para sus trabajos de magia y sanaciones. Después trajo la esfera a Chile, donde decidió dejarla porque ya había cumplido su ciclo con ella. Era tiempo de que otra persona la tuviera. Para los incas las cimas de los cerros y volcanes eran lugares especialmente sagrados por la cercanía a su dios Inti, el sol; y el Licancabur era el lugar ideal para depositarla.

Un relato como poco rocambolesco por la improbabilidad de que una mujer de sesenta años de edad subiera al volcán sola, sin compañía ni ayuda. Además, la historia no cuadraba en absoluto con el misticismo antiguo que se le atribuía al objeto en cuestión.

Sonriendo aún por la imaginación de los aldeanos, contempló la copia de la única fotografía en color existente del objeto, tomada por la arqueóloga chilena Ana María Barón, descubridora de Tulum, una joya de la prehistoria indígena de tres mil años de antigüedad. En ella, aparecía García cubierto por el traje para inmersiones en bajas temperaturas sosteniendo en alto la transparente esfera. Repasó de nuevo los extractos de la entrevista que realizaron a la especialista.

Henry salió con algo brillando en sus manos, diciendo: «Mira lo que tengo para ti, Ana María». Noté que era una esfera perfecta. Cuando Henry se acercó con el cristal, sentí como si este me transmitiese una energía muy especial, que me hizo sentir muy bien; sentí incluso que el tiempo se detuvo y que de esa esfera salía energía que me liberó de todo lo malo que yo tenía. Entonces pedí a Henry que posara y le tomé una foto. Es prácticamente el único documento gráfico pues, al querer cruzar a la otra orilla para que el resto del equipo la filmara, dejó caer accidentalmente la esfera al salir el sol y sentir que se quemaba el guante. Inmediatamente se lanzó a buscarla pero no la volvió a encontrar.

Los ojos de González, como siempre que releía aquel fragmento de entrevista, quedaron trabados en un pasaje en particular:

Antes de involucrarme en la expedición, tuve una charla con un hombre de San Pedro. Un hombre mayor y sabio de las creencias andinas. Era una especie de

chamán. Me habló de la importancia de realizar una ceremonia para ir al volcán, de subir con humildad y que era necesario pedirle perdón, porque allí estaba el secreto para que todo saliera bien. Pienso que la aparición de la esfera fue un «regalo» del Licancabur.

¿Pedir perdón?

Nunca se consideró un hombre creyente, no entendía la cantidad de locuras que la gente hacía, justificándolas como «actos de fe». ¿En honor o dedicados a qué? ¿O para salvarse de qué? ¿De quién?

Ni siquiera los que se consideraban seguidores de un dogma se ponían de acuerdo.

En los últimos años, los avances en arqueología y religiones comparadas habían puesto de manifiesto que la mayor parte de los relatos e historias recogidas en el Antiguo Testamento eran viejos mitos sumerios, babilónicos o griegos, reescritos por los escribas hebreos con un fin muy concreto: el monoteísmo. Allí estaban las tablillas de escritura cuneiforme como las que contenían el llamado «Poema acadio de la creación»; la última parte del Avesta o libro sagrado del zoroastrismo, con su relato de cómo el malvado Arimán, en forma de serpiente, tentó a Meshia y Meshiané; los relatos sumerios como el de Enki y Ninhursag con su particular Edén, llamado, en este caso, Dilmun, donde no existía la muerte ni la enfermedad; o el mito babilónico: la epopeya de Gilgamesh con un Noé llamado Utnapishtim. Todos ellos se encontraban reproducidos en distintos pasajes del primer superventas de la humanidad titulado: la Biblia.

De igual forma que no creía en Dios tampoco lo hacía en el demonio, la personificación del Mal Supremo. Sorprendentemente solo la religión católica tenía en su haber un enemigo que representara la causa última del mal. Las religiones griegas y romanas no conocían al Diablo, entre los cuatrocientos dioses celtas no había lugar para el maligno y lo mismo sucedía en las religiones africanas no influenciadas por misioneros. Ni en el sintoísmo, el budismo o el taoísmo. Pero si Dios era el creador de todo, también tuvo que crear al diablo. Qué paradaja... Y, en cualquier caso, ¿por qué Dios no terminaba de una vez por todas con ese mal? ¿Acaso no era tal como predicaban el «todopoderoso»? El enfrentamiento entre el bien y el mal fue heredado de las leyendas judías que nacieron en el primer siglo antes de Cristo. Pero el judaísmo jamás sucumbió a la tentación de considerar sus leyendas como depósito obligatorio de su fe. Ese error únicamente lo cometió el cristianismo.

La gente se adhería a una cantidad enorme de creencias indemostrables, contactando con muertos, canalizando información llegada de otras dimensiones, haciendo interpretaciones libres de textos sagrados o prestándose a regresiones a otras vidas. Y es que el ser humano podía llegar a ser el peor de los demonios.

Pero allí estaba él, dispuesto a ascender a una cumbre de casi seis mil metros de altura para rescatar, del fondo de un lago, una esfera de cristal de la que se decía que transmitía una energía muy especial, según Baron. Y, por supuesto, según el benefactor de la expedición, quien había cubierto con creces y sin rechistar cualquier petición o necesidad del equipo, incluso los elevadísimos salarios solicitados, sin la necesidad de conocerlos en persona. Se había limitado a contactar con él y a proponerle el proyecto, dejándolo en disposición de elegir y organizarlo como quisiera, pagándole un precio exorbitante. ¿Quién podía resistirse a eso?

El sol comenzaba a declinar para dar paso al ocaso. Se frotó los ojos intentando aliviarlos de algo del cansancio acumulado. Era hora de tomar un bocado antes de retirarse a descansar. La jornada del día siguiente prometía ser agotadora. Recogió ordenadamente todos los documentos, seleccionó los que consideraba más importantes para la tarea y los guardó en una pequeña carpeta que llevaría en su mochila. Después, dispuso sobre la cama ropa de abrigo para combatir el frío de las horas nocturnas. Partirían mucho antes de que saliera el sol.

—La tenemos —comunicó en cuanto sintió que estaba en línea.

—Habéis sido muy rápidos. ¿Algún problema?

—Ninguno. Las escasas lluvias de este año han contribuido a que el lago haya perdido prácticamente la mitad de su volumen. Ha sido pan comido.

—Magnífico. —Estaba realmente satisfecho, pensó González.

—Los porteadores ya están esperando a que el equipo termine de recoger los enseres y, en cuanto sea posible, emprenderemos la vuelta al campamento base, donde deberemos permanecer al menos un día entero. He aprovechado el tiempo recogiendo algunas muestras de los emplazamientos indígenas que existen, espero que no le importe.

—De ningún modo. Ha cumplido con el cometido para el que le contraté. Solo le pido que no se retrasen en la vuelta. Esa esfera es muy importante y deseo ponerla a buen recaudo lo antes posible.

—No se preocupe, señor Kaine. Todo está programado. Tendrá el cristal a lo sumo dentro de tres días —informó mientras tomaba la perfecta esfera con la mano protegida por un fino guante para observarla.

—Le tomo la palabra. No deje de comunicarme cualquier asunto que considere relevante.

—Descuide —dijo antes de cortar la comunicación vía satélite.

Envolvió el objeto con sumo cuidado antes de guardarlo en una maleta de seguridad, para evitar cualquier accidente fortuito. La cerró e introdujo una combinación numérica que recordaría con facilidad.

—Todo está preparado, González. —La cabeza de Víctor, el químico de la expedición, asomó por la abertura de la tienda.

—De acuerdo, enseguida estaré listo.

Cerró la cremallera de la mochila para cargársela a la espalda y agarró la maleta negra, que contenía el cristal. Echó un último vistazo a su alrededor para comprobar que no olvidaba nada y salió al exterior.

Apenas habían necesitado una hora para localizar la esfera y empleado un par más en la recogida de muestras. Tanto Edmond —el geólogo—, Aaron —el biólogo para quien el buzo también extrajo algunas algas del lago—, como Nathalie —otra arqueóloga que les acompañaba— se mostraron encantados con las posibilidades de investigación que ofrecía el cráter. Estar allí no era algo que se presentara demasiadas veces en la vida, así que, en vista de la prontitud con que habían cumplido el cometido que los trajera hasta el volcán, no pudo negarse a la solicitud de trabajar en beneficio propio durante un poco más de tiempo.

Sonriendo ampliamente, González emprendió el regreso, soñando con un merecido descanso en las aguas termales de Puritama antes de abandonar aquellas hermosas tierras llenas de contrastes. Lamentó no haber podido disfrutar de los géiseres del Tatio. Quizás en otra ocasión, se dijo más como consuelo que como propósito futuro. Caminó con cuidado de no resbalar en las láminas de hielo diseminadas a lo largo de todo el trayecto.

—Sigán hasta la cumbre. —El especialista en montañismo esperó hasta que todos los integrantes del grupo estuvieron en marcha, para ascender los sesenta metros de la hendidura del cráter ayudados por una cuerda de seguridad. Todos excepto el buzo, que permanecería allí unas horas más para descomprimir, acompañado de un par de portadores—. Les prometo que el descenso será más rápido.

A media tarde ya se encontraban a mitad de camino del campamento. Las vistas desde allí eran espectaculares, si es que existía una palabra que les hiciera justicia. El blanco de los salares en contraste con el rojo de las tierras yermas y el azul del cielo, completamente despejado, componían un fastuoso paisaje polícromo.

El buen humor y la charla animada acompañaron a los caminantes durante todo el recorrido. El serpenteante sendero no presentaba demasiada dificultad. La temperatura también decidió bendecirles con unos agradables veinte grados y el viento no soplaba con excesiva energía. González prefirió caminar en soledad, disfrutando del panorama que pasaba ante sus ojos y en el que no había podido reparar cuando comenzaron la ascensión. Calculó que llegarían a su destino antes de que el sol se ocultara por completo detrás del horizonte.

No se equivocó. Efectivamente, pusieron pie en el emplazamiento antes de que oscureciera. Sin embargo, un mal presentimiento lo asaltó nada más reparar en la quietud del lugar.

—Qué extraño —dijo alguien a su espalda—. ¿Dónde están todos?

La figura del auxiliar médico emergió de una de las tiendas y se precipitó a la

carrera hasta la suya. Lucas, el médico responsable, corrió tras él, adelantando al grupo.

Los recién llegados se reunieron en el centro del campamento esperando que alguno de los dos hombres apareciera y les explicara qué sucedía. González prefirió acercarse a la tienda enfermería para preguntar.

—¿Qué problema hay?

—Fiebres. Pero aún se desconoce la causa.

Lo habitual en aquellas alturas era la deshidratación, el mareo o fuertes dolores de cabeza debido a la presión, pero habían sido muy cautos con la descompresión y, antes de la marcha, nadie había presentado indicio alguno de dichos síntomas.

—Puede ser algo que han ingerido.

—No —respondió el auxiliar—. Tanto el agua como los alimentos que han consumido son los que hemos traído desde el poblado. Los mismos con los que se ha preparado la comida del equipo y la de usted.

—¿Qué podemos hacer?

—Tengo la esperanza de que la bajada de temperaturas nocturnas alivie a los que están menos graves. Los sacaremos a la intemperie si es necesario. El frío impedirá que la fiebre continúe subiendo.

—A excepción de ti, ¿hay alguien más que no esté enfermo?

—No. Yo también lo estoy. He sido de los últimos y no he alcanzado los treinta y ocho —informó el auxiliar.

—Ahora puedes descansar, yo me encargaré —dijo Lucas.

—Te lo agradezco —respondió dejando caer los hombros; la máscara de actividad desapareció de su rostro y dejó ver el verdadero alcance de su indisposición.

—Has hecho un buen trabajo.

—Iré a la tienda donde está el resto. Les pedí que se reunieran todos allí para que me facilitaran la tarea.

—De acuerdo. Has hecho bien. Ve.

Lucas esperó hasta que el joven desapareció y miró a González con preocupación.

—Esto no pinta bien. Me ha dicho que todo empezó aproximadamente a media mañana. Algunos llevan demasiadas horas soportando fiebres de cuarenta grados. Hasta que no averigüe cuál es la causa, no puedo hacer más que evitar que la temperatura les aumente.

—Comprendo. No dejes de ponerme al corriente de cualquier cambio —dijo antes de dejarlo a solas con el trabajo.

—De acuerdo.

Salió al encuentro del resto, que aún esperaban fuera a que González les ampliara la poca información obtenida del agotado auxiliar. Todos compusieron cara de evidente inquietud al conocer los detalles. Respondió en la medida de sus

posibilidades las preguntas que realizaron y trató de calmarlos e invitarlos a que fueran a descansar. A regañadientes pero obligados por el agotamiento de la larga jornada, siguieron su recomendación una vez prometido que los avisaría en caso de ser necesaria más ayuda.

Los ánimos habían decaído por completo. Llegó la noche cerrada y el silencio se hizo dueño y señor del campamento, a excepción de algún que otro quejido de los enfermos. Tumbado en el catre, vestido y sobre el saco de dormir, González daba vueltas a la explicación de los médicos: «Todo empezó aproximadamente a media mañana». La frase se repetía una y otra vez en su mente, acompañada de las imágenes del buzo emergiendo del lago con la esfera entre las manos.

«Pedir perdón para que todo fuera bien». ¿Sería eso lo que habían hecho mal? ¡Imposible! ¿En qué estaba pensando? Enfadado consigo mismo por darle cuerda a aquella superstición se removi6, colocándose de lado y cruzó los brazos sobre el pecho.

No se atrevía a cerrar los ojos por miedo a quedarse dormido, pero el sueño era un enemigo difícil de combatir. Dejó que la mirada buscara a su antojo un punto sobre el que fijarse, mientras notaba como los músculos se relajaban hasta quedar laxos. Flotando entre la bruma de la modorra, sus párpados comenzaron a temblar, amenazando con perder la batalla por mantenerse abiertos. La pesadez se tornó más densa y difícil de soportar. La idea de una cabezada le pareció cada vez más irresistible. Después de todo, ¿en qué iba a poder ayudar él a los enfermos? Haría bien en descansar. El día siguiente prometía ser difícil e igualmente agotador.

Una música suave llegó hasta él, rica en acordes y dulce a los oídos, invitaba al sosiego; luego adquirió mayor volumen y consiguió arrancarlo del reposo. Recuperada la consciencia, la melodía fue desvaneciéndose poco a poco. Se incorporó, quedando sentado sobre el jergón, recriminándose el dejarse seducir por el sopor. Barrió la frente con la mano, presionando ambos ojos cerrados a un tiempo, intentando aclarar la mente. Achacó el sonido a los caprichos del aturdimiento sensorial que precedía al sueño profundo, como cuando alguna vez había oído su propio nombre pronunciado por los labios de nadie.

Ya había decidido que lo mejor era salir al exterior para despejarse cuando el fulgor de una luz atravesó la opaca lona de la tienda, pivotando juguetona sobre el lienzo gris oscuro. Salvando cualquier síntoma de cansancio, se levantó con la intención de averiguar quién merodeaba fuera. Pero no encontró a nadie, todo el campamento permanecía en completo silencio. Incluso los quejidos de los enfermos se habían acallado, sin duda algo más recuperados gracias al buen proceder del doctor.

Optó entonces por caminar: desentumecer los músculos le haría bien y despertaría la actividad en su cuerpo. De nuevo la inestable luz lo sorprendió, al caer sobre la tela

de la tienda a su lado. Giró la cabeza buscando el origen sin encontrarlo. Inquieto, oteó la oscuridad con el ceño fruncido y empezó a sentir las primeras señales de la irritación. Mascullando improperios volvió a encarar el camino, pero se quedó petrificado cuando casi tropieza contra una anciana que había aparecido de ninguna parte.

—¿Quién es usted? ¿De dónde ha salido?

La mujer lo miró de arriba abajo. Era alta y huesuda, vestida completamente de blanco. El rostro, carente de los rasgos característicos de los indígenas y enmarcado por una larga y abundante melena canosa, mostraba el paso de los años en los surcos de la piel. Los ojos, de un gris casi descolorido, eran inescrutables.

Con lentitud alzó una mano hacia a él, mostrándole la palma.

—He venido a devolver la esfera a su lugar. Dámela. —Su voz no mostraba signo alguno de debilidad. Sonaba como el de una mujer joven atrapada en el cuerpo anciano.

—¿Quién es usted para requerirla? Yo la he encontrado.

—No eres Elegido, ni Guardián. No puedes tenerla —respondió volviendo a ignorar la pregunta acerca de su identidad.

—¿Quién lo dice?

—Los Maestros Blancos, aquellos que hablan la lengua Vattan o Irdin, y el gran MelkiTsedec.

—Pues dile a tus maestros que la esfera es mía y no la entregaré.

—No debes contravenir su petición si no deseas que la ira de los Santos Panditas recaiga sobre ti y todos los que te acompañan.

—¿Acaso se atreve a amenazarme?

—No es amenaza cuando se avisa sobre la verdad de lo que acontecerá. Es una advertencia. Muchos de los tuyos ya han caído enfermos, el resto los seguirán, incluido tú, si no entregas el cristal.

—Lo entregaré, pero a quien ha financiado su búsqueda. A ningún otro, por muy maestro que sea. Me han pagado por realizar este trabajo y yo siempre cumplo mi cometido.

—Si la esfera llega a las manos del Oscuro será el primer paso para vuestro final. El de toda la cuarta raza.

—Vuelves a amenazarme.

—No es amenaza cuando se avisa sobre la verdad de lo que acontecerá —repitió antes de volverse para caminar alrededor de la tienda.

González la siguió, doblando a la derecha tras sus pasos. Pero la mujer había desaparecido del mismo modo en que llegó.

Debía reconocer que encontrar un café americano aún humeante sobre el escritorio, después de la noche pasada, era más que gratificante. Mientras se lo bebía, Abel no pudo dejar de pensar en que el detalle respondía únicamente a otra de las maniobras de Harold para forzarlo a aceptar la representación de Industrias Kaine. No necesitaba preguntarle a Susan, la secretaria, para verificar de quién había recibido la orden. En otras circunstancias probablemente no lo habría tomado, imponiendo su orgullo al deleite de saborear el oscuro brebaje. Sin embargo, el cansancio y la tensión soportada recibieron de buen grado la dosis extra de cafeína.

Podía, además, extraerse otra conclusión de aquel gesto engañosamente amable: Harold ya estaba en la oficina. Aquello hablaba por sí solo de lo que debía esperar a lo largo de la jornada laboral. Lo único que le extrañó fue no encontrarlo en la puerta nada más llegar.

Le extrañó, sí, pero desde luego lo agradeció infinitamente. Su cabeza era un enjambre rabioso de hipotéticas ideas que nada tenían que ver con su profesión. Supo que le sería muy difícil concentrarse en el trabajo y añadir, además, la persecución a la que lo sometería Harold, lo convertiría en un esfuerzo hercúleo.

Apenas había pasado una hora desde que salieran de la habitación secreta para contemplar los destrozos en todas las pertenencias de su padre. Quien sea que forzó la entrada, hizo un trabajo concienzudo. No había que ser muy listo para deducir que, lo que buscaba, debía de estar relacionado con lo que se ocultaba en el subterráneo. Y, como consecuencia, también su asesinato.

Mientras dejaba a Eve en las puertas de una residencia, casi palaciega, a las afueras de la ciudad y prometía volver a recogerla, trató de valorar las consecuencias de dar parte del asunto a la Policía. En caso de hacerlo tendría que ser muy cuidadoso sobre la información a proporcionar. No sería inteligente caer en el error de subestimar a Nick Parker. Por ese motivo, decidió esperar a tener la oportunidad de volver antes a la casa y eliminar cualquier rastro que Eve pudiera haber dejado.

Eve Swan. Si en el pasado esa mujer supuso un quebradero de cabeza para él, el calificativo en el presente tomaba un cariz demencial a tenor de lo sucedido. Como antes, al pensar en el esfuerzo físico que le esperaba para limpiar y ordenar aquella mansión, le fue imposible dejar de cavilar acerca de su implicación en el misterio y se sintió algo culpable. Después de todo, había sido muy clara al expresar su deseo de no verse involucrada. Al menos al principio. Después, por mucho que se empeñó en ocultarlo, el interés, la curiosidad y la necesidad de saber qué pintaba ella en todo

aquel lío, la espoleó tanto como a él. Al fin y al cabo eran su nombre y sus fotos las que aparecían continuamente relacionadas con aquello en lo que fuera que Peter estuviera metido.

Apoyó los codos sobre el escritorio y enterró el rostro en las manos al tiempo que se masajeaba los párpados. Realmente iba a ser un día duro.

Así lo encontró Harold al abrir la puerta sin llamar y acercarse hasta la mesa.

—Abel, por el amor de Dios, ¿qué haces aquí?

Lo miró sin comprender a qué se refería.

—Acabo de enterarme, debes estar... —continuó Harold muy afectado—. Muchacho, no sabes cuánto lo siento. Acepta mi más sentido pésame.

—Pero ¿cómo sabes...?

—El teniente Parker ha llamado. No habías llegado aún, así que yo mismo lo atendí —respondió antes de que pudiera terminar la pregunta.

—¿Parker?

—Sí. ¿Acaso no es el encargado de la investigación?

—Sí, pero...

—Me lo ha explicado todo. Sabes que admiro la entrega y la dedicación que siempre pones en tu trabajo, pero en estas circunstancias... En cuanto llegue Parker, quiero que te marches a casa a descansar. Tómate un par de días. Los clientes lo entenderán. Esto es fuerza mayor.

—Un momento, ¿qué significa eso de «en cuanto llegue Parker»? —Lo miró a los ojos con el ceño fruncido.

—Dijo que no habías ido a tu apartamento en toda la noche. También que ha intentado localizarte en el móvil sin conseguirlo. Por lo visto es muy urgente que hable contigo, así que me pidió que lo avisara en el caso de que pasaras por la oficina. Susan se ha encargado de hacerlo en cuanto has llegado. Supuse que te interesaría estar al tanto de cualquier nueva noticia acerca de la investigación. ¿He hecho mal?

—No, no. —Se levantó y caminó de un lado a otro mientras su cerebro funcionaba a toda velocidad. ¿Cómo demonios sabía Parker que no había ido a su apartamento? ¿Lo estaría vigilando? Y, en tal caso, ¿qué más sabría?—. Gracias, Harold.

—No hay de qué. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en mi caso. Pero ¿dónde has estado, chico? ¿Dónde has pasado la noche?

Abel carraspeó antes de contestar:

—Aquí y allá. En ningún lugar en particular —mintió—. No pude volver a casa, necesitaba...

—Quiero que sepas que puedes recurrir a mí siempre que lo necesites —dijo Harold posando una mano en su hombro—. Mi casa es tu casa.

—Gracias, pero no creo que sea necesario.

—En cualquier caso, sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras.

—Gracias de nuevo. No quiero parecer descortés, Harold, pero necesitaría estar solo unos minutos.

Tenía que pensar cómo encarar su entrevista con Parker.

—Lo entiendo, lo entiendo —dijo el otro dirigiéndose a la puerta—. Pero la soledad es la peor de las compañías.

—Lo recordaré —aseguró mientras le palmeaba la espalda sin otra intención que acelerar su partida.

—Es más —añadió antes de salir—, me gustaría que nos acompañaras esta noche a cenar. Mary estará encantada de verte de nuevo —ofreció.

Su hijo apareció al final del pasillo. Recordó la promesa de ascenso con la que había jugado sus cartas el día anterior.

—No creo que... —comenzó a declinar, advirtiéndole que Charles observaba, sin dejar de caminar hacia ellos, los cariñosos golpecitos que Harold le daba en el brazo.

—Insisto, muchacho. No es bueno que pases demasiado tiempo a solas en estos momentos. El aislamiento no te ayudará.

—Esta noche tengo cosas que hacer. En otra ocasión —respondió cabeceando hacia el recién llegado, quién pasó de largo camino del despacho de su padre, sin inmutarse.

—Está bien. Pediré que no te pasen llamadas.

—De acuerdo.

—Y avísame antes de marcharte —añadió ya enfilando el pasillo.

—Lo haré.

Abel cerró la puerta soltando el aire que retenía desde que supo de la inminente visita de Parker. Anduvo hasta el ventanal, echándose el cabello hacia atrás. Conjeturar acerca del objetivo de aquella reunión inesperada, sin saber con certeza qué clase de información barajaba el teniente, era una pérdida de tiempo. Y tiempo era lo que menos tenía.

Acudir al despacho respondía a una necesidad: volver a revisar los expedientes sobre el caso de Eve. Quizás allí encontrara alguna cosa, una conexión... Era una medida desesperada, ya que el nombre de su padre jamás le hubiera pasado desapercibido. Tenía que ponerse manos a la obra antes de que Parker llegara, pues Harold le había pedido que se marchara después. Si se quedaba, únicamente conseguiría espolear la curiosidad y el acoso de su jefe.

Abrió el maletín y cogió la llave del archivador para hacerse con la carpeta. Se dirigía a colocarla sobre la mesa, cuando la pequeña tecla de la llamada interna del teléfono se iluminó en rojo.

—¿Sí? —dijo apretando el botón.

—El teniente Nick Parker está aquí y desea verle.

—Un momento.

¿Cómo había llegado tan pronto? Maldiciendo, introdujo el expediente en el maletín antes de cerrarlo de un golpe. Si no podía estudiarlo allí, lo haría en su apartamento. Tendría que informar de su retirada para el control del archivo, pero estaba seguro de que Harold lo atribuiría a una posible aceptación del nuevo caso de Industrias Kaine y no se opondría.

—Gracias, Susan. Hazlo pasar.

Dejó el maletín en el suelo, junto a sus pies, para que el teniente no pudiera verlo y se sentó componiendo su mejor cara de póker para recibirlo.

Nick Parker entró en la estancia ocupando casi la totalidad del hueco de la puerta. Abel lo observó con detenimiento y el teniente pareció darse cuenta, quizá por ello le permitió hacerlo concediéndole tiempo, demorándose al cerrar la puerta sin darle la espalda del todo. Ocultaba su vestimenta bajo una larga y oscura gabardina que se dejó puesta, señal de que no pretendía alargar demasiado la visita. Entre las manos llevaba un sombrero a juego con el color de la prenda. El pelo veteado de blanco y el rostro, de marcadas ojeras y frente surcada de arrugas, le habló de un hombre cercano a la cincuentena al que posiblemente las cavilaciones y responsabilidades le robaban el sueño. Esbozó una breve sonrisa carente de humor antes de caminar hacia él de modo desmañado, como si no tuviera el dominio total de su cuerpo. Abel, poniéndose en pie, le señaló el asiento invitándolo a que lo ocupara.

—¿Cómo se encuentra hoy, señor Simmons? —preguntó.

Lo miró a los ojos, intentando adivinar si la pregunta era mera retórica o guardaba algún significado oculto.

—Mucho mejor, gracias.

—Debe estarlo cuando ha retomado tan rápidamente su actividad diaria —dijo sentándose—. Y la nocturna, si se me permite añadir.

—Necesito estar ocupado.

—La mejor fórmula para no pensar demasiado, ¿no es eso?

—Sí, así es.

—Además dispone usted de un despacho amplio y confortable. —La mirada viajó a su alrededor—. Es un buen lugar para pasar la noche —añadió terminando el recorrido en un amplio sofá de tres plazas que ocupaba la pared de la izquierda.

—¿Por qué no va al grano, Parker?

El teniente lo miró sorprendido por la entereza con la que manejaba la situación, sobre todo después de haber sido testigo de su lamentable estado emocional algo más de doce horas atrás.

—De acuerdo —aceptó encogiéndose de hombros y dejando el sombrero sobre el escritorio—. ¿Dónde ha pasado la noche, señor Simmons? —inquirió a bocajarro.

Abel dejó transcurrir un tiempo prudencial antes de dar una respuesta; si lo hacía

demasiado pronto, dejaría claro que su contestación estaba ensayada.

—En ningún lugar en particular. Deambulé por la ciudad.

—¿Toda la noche? —preguntó incrédulo arqueando una ceja.

—En efecto. Cuando salí de su despacho fui a mi apartamento a cambiarme de ropa. —Tuvo que hacer una pausa al recordar la sangre que manchaba la camisa que se quitó, la sangre de su padre. Respiró hondo y continuó—: Tardé unos treinta minutos, después volví a salir. Aún no he regresado.

—Debe estar agotado. Me sorprende que no haya solicitado un permiso en el trabajo. Después de todo, está en su derecho.

—Como ya le he dicho, necesito estar ocupado.

—Bien —respondió, y tomó de nuevo su sombrero entre los dedos—. Procure que esa ocupación no lo meta en problemas que no sepa manejar —añadió poniéndose en pie.

—Descuide. —Abel también se levantó.

—Y descanse. No me gustaría que nuestro próximo encuentro fuera en un hospital. —Parker se dirigió hacia la puerta, pero, tras dar un par de pasos, se giró nuevamente—. Por cierto, mientras duerme sería conveniente que pusiera a cargar la batería de su teléfono móvil. Me facilitaría enormemente el trabajo de localizarlo. Supongo que desea estar al tanto de los avances de la investigación.

—Por supuesto. ¿Han averiguado algo más? —preguntó como de pasada mientras lo acompañaba hasta la salida.

—Aún no. Pero esta tarde promete ser muy interesante.

—¿Una pista? —intentó.

—Es cuestión de pocas horas que reciba la orden de registro que he solicitado para entrar en la casa de su padre. Quizás allí encontremos alguna.

Los nervios atravesaron a Abel. Obligado a controlarlos, apretó la mandíbula con fuerza, hecho que no pasó desapercibido al entrenado ojo del teniente.

—¿Se encuentra usted bien?

Abel necesitó unos segundos para reponerse.

—Sí, claro —dijo—. Es solo que, ya sabe..., ese lugar me trae muchos recuerdos.

—Es natural. —Hizo una pausa antes de seguir hablando—: No se preocupe, me encargaré personalmente de supervisar la operación —dijo, mirándolo fijamente a los ojos.

—Es usted muy amable.

—Le llamaré —prometió antes de calarse el sombrero y marcharse.

Abel esperó, calculando el tiempo que Parker tardaría en abandonar el edificio. Anduvo alrededor de diez minutos de un lado para otro hasta que, sin pensarlo más, salió al exterior en busca de su vehículo, aparcado en el área reservada a los empleados de las distintas oficinas. Caminó a paso normal. Podía apostar el salario de

un año a que el teniente no era un tipo que dejara cabos sueltos y habría puesto a alguien para vigilarlo. Llegó al coche y lo abrió para colarse dentro. Demoró la partida hasta que localizó al agente de paisano tal como había supuesto. No podía marcharse de allí de aquella forma y provocar una persecución por la ciudad hasta que consiguiera esquivarlo. Tenía que pensar en algo que no lo alertara. Salir desde otro punto que el agente no esperara. Hacerlo sin que lo viera... Del aparcamiento subterráneo, por ejemplo...

Mientras pensaba en un plan a toda velocidad, sus ojos dieron con la tapa del salpicadero por la que se accedía al sistema eléctrico del automóvil. Abrió el maletín para extraer un abrecartas y la hizo saltar sin dificultad haciendo palanca. Metió la mano en el hueco y buscó la caja de los fusibles. Tiró del cable para desconectarla y volvió a colocar la tapa en su lugar. Después introdujo la llave y trató de arrancar. Como esperaba, el vehículo no respondió. Cerró el maletín y salió para volver sobre sus pasos, no sin antes asestar una patada de fingida frustración a uno de los neumáticos.

De nuevo en el despacho, golpeó la puerta de su jefe un par de veces con los nudillos.

—Adelante. —Harold se levantó de su mesa para recibirlo—. ¿Te marchas?

—Sí.

—Me alegra que sigas mi consejo, muchacho.

—Pero tengo que pedirle un pequeño favor.

—Desde luego, ¿qué puedo hacer por ti?

—Verá, mi coche se niega a arrancar y me preguntaba si sería tan amable de...

No acabó la frase, cuando Harold puso las llaves de su propio automóvil en sus manos.

—Solo prométeme que me lo devolverás antes de las ocho de esta noche. Lo necesito para volver a casa, y no puedo contar con Charles, porque se ha marchado ya.

—Gracias, Harold. A las ocho lo tendrá, sin falta.

El timbre de la puerta resonó en toda la mansión y la señora Blasky bajó deprisa por la escalera.

—Es la visita que esperaba. Lo recibiré en la biblioteca.

—De acuerdo, señora —respondió Eve, dirigiéndose ya hacia la entrada.

Sacudió un poco su uniforme, más por costumbre que por necesidad, y abrió. Tras ella, un caballero bien parecido, de intensos ojos azules, vestido con un traje de buena factura y brillantes zapatos, cabeceó con rictus serio antes de avanzar un par de pasos hacia el interior.

—Buenos días, vengo a ver a la señora Blasky —dijo.

—Lo está esperando —respondió Eve mientras cerraba sin dejar de observar que

el hombre admiraba la preciosa bandera verde y dorada. La misma con la que ella había quedado embelesada el día anterior—. Sígame, por favor —pidió.

—No hace mucho que trabaja aquí, ¿verdad? —comentó el caballero a su espalda.

—Hoy es mi primer día —respondió ya junto a la biblioteca.

—No ha podido ir a parar usted a mejor lugar. —El hombre le dedicó una suave sonrisa de blanquísimos dientes antes de entrar.

—¡Charles, querido! —exclamó la señora caminando hacia él con los brazos abiertos.

—Leonor —correspondió él aceptando el cariñoso gesto—. Siempre es un placer volver a verte.

—¡Oh, mírate! Estás fabuloso.

—Y tú tan magnífica como siempre.

—Adulador... —rio coqueta—. Pero ven, sentémonos. Tenemos que hablar de muchas cosas.

—Desde luego —respondió lanzando una breve mirada hacia Eve—. Pero creo que todo va sobre ruedas, ¿no es así?

Eve temía interrumpir, pero tenía que notificar que se marchaba, tras haber concluido su jornada. Si Abel cumplía con su palabra, ya debía de estar esperándola fuera. Sin saber muy bien cómo llamar la atención de la señora Blasky optó por carraspear.

—¿Sí, Eve?

—Si la señora no me necesita para nada más...

—No, gracias Eve. Puedes irte. Que tengas un buen fin de semana. ¡Por cierto, casi lo olvido! —exclamó—. El lunes a primera hora parto de viaje, estaré ausente durante toda la semana. Puedes venir o no, lo dejo a tu criterio. No obstante, recibirás igualmente tu mensualidad, como acordamos.

—De acuerdo, señora Blasky.

—Te veré a la vuelta.

—Bien. Que tenga buen viaje.

—Gracias, querida.

Eve apresuró los pasos hacia la habitación del servicio para cambiarse de ropa, se quitó el uniforme en tiempo récord y, ya con ropa de calle, se dirigió a la salida con la misma celeridad. A toda velocidad, pensó, igual que salieron por la mañana de la habitación secreta del señor Simmons, una vez que comprobaron que estaban solos.

Al otro lado de la calle un enorme coche negro tocó el claxon una vez, antes de que por su ventanilla emergiera el rostro de Abel. Eve miró una última vez hacia la mansión para encontrar a la dueña y a su invitado, que la observaban desde una ventana. La señora Blasky la saludó cordialmente con un movimiento de la mano.

Eve respondió al saludo y se encaminó hacia al coche.

—No sé si has hecho bien en venir, Charles —dijo Leonor Blasky a su acompañante—. Espero que no hayas dicho tu apellido a Eve. No creo que le hiciera gracia saber que soy amiga de un Redform.

—No lo hice.

—Bien. Pero, de todos modos, el Guardián —añadió cabeceando en dirección al coche— podría reconocerte muy fácilmente. —Se retiró de la ventana y arrastró a Charles con ella.

—Tienes razón, pero no podía perderme por nada del mundo la reunión entre él y la Elegida. Sobre todo después de la tensión que debo soportar en el despacho. Hoy es un gran día.

—Sí, lo es. Esperemos que pronto estemos celebrando otro mucho más grande.

—Menudo cochazo. Podías haberme raptado con este *glamour* —ironizó Eve observando los acabados de la tapicería y el salpicadero.

—No es mío. Es de mi jefe. Tuve que pedírselo prestado para evitar al agente que me ha puesto detrás el teniente Parker. Tengo que devolverlo antes de las ocho, así que debemos darnos prisa.

—¿Acaso eres sospechoso? Esto sí que es nuevo... —comentó Eve con sarcasmo teñido de satisfacción.

—Veo que te hace gracia.

—¿A ti no te la haría? Ponte en mi lugar, te aseguro unas cuantas horas de risas —le dedicó una sonrisa radiante.

—Supongo que no te hará tanta cuando sepas que esta tarde se dispone a registrar la casa de mi padre.

Efectivamente, el gracioso gesto se diluyó con rapidez de su rostro.

—¿Qué vamos a hacer?

—De momento seguir con lo que teníamos previsto: visitar la tumba de mi madre.

—¿Y las huellas? Las encontrarán. —El miedo había sustituido el tono jocosos de su voz.

—He pasado por la casa antes de venir a recogerte —dijo girando por la siguiente calle, Old Brompton Road, en dirección al cementerio—, para limpiar todo aquello que recordé que tocaste.

—¿Solo lo que yo toqué?

—Claro, sería muy raro si no encontraran huellas mías en casa de mi padre, ¿no crees? Sobre todo si solo sucede en una de las habitaciones. No imaginas lo difícil que resulta limpiar un lugar que otro ha estado destrozando sin que se note. Y con el tiempo justo.

—No sé si tengo que darte las gracias. Después de todo es culpa tuya que yo estuviera allí —comentó enfadada.

Abel prefirió no replicar. Tenía parte de razón. Continuó conduciendo hacia su destino. Cada cierto tiempo, lanzaba furtivas miradas a su acompañante. Ella prefirió dedicar el tiempo a mirar por la ventanilla de cristal tintado, absorta en sus propios pensamientos, de los cuales imaginó que algunos, si no todos, debían estar dedicados a él. Y no serían precisamente agradables.

Sin embargo, Eve no pensaba en Abel. O, al menos, no directamente. Sus elucubraciones iban por otros derroteros, más cercanos a una mezcla de miedo por las consecuencias que podía acarrearle seguir escarbando en el misterio de su posible relación con Peter Simmons; la indecisión que sentía acerca de querer, o no, saber de qué iba todo aquello; y, una profunda curiosidad que eclipsaba los anteriores planteamientos. Recordó que durante sus años de juventud, semirrecluida en las instalaciones del orfanato, se preguntó a menudo por qué no pudo gozar de una vida normal como tantas otras adolescentes: chicas a las que veía reír o llorar, de camino a sus centros de estudio, desde la pequeña ventana de la habitación. Qué terrible pecado cometieron ella o sus padres para que tuviera que sufrir aquella penitente soledad. En algunos momentos de extrema angustia llegó a odiarlas.

Del mismo modo, recordó el día en que vio a una muchacha normal llorar desconsolada porque su mejor amiga no la comprendía. Pensó que para sentirse así primero debía existir ese alguien, esa amiga que no la entendiera, eso implicaba una relación, una cercanía con alguien, con otra persona. ¡Cómo la envidió! Ojalá también hubiera tenido una amiga que la hiciera llorar.

Eve jamás se sintió así. Pero sí completamente invisible para el resto del mundo. Hasta que llegó Albert, por supuesto. Pero quizá por eso encontrar aquellas fotografías robadas la impactó tanto y, además, espoleaba su curiosidad como nada antes lo había conseguido. Después de todo, parecía que hubo alguien que se interesó por ella en aquellos años y eso la intrigaba. ¿Qué razón habría detrás de ese seguimiento continuado desde la distancia?

Abel agradeció a la buena fortuna el encontrar un lugar para aparcar en Eardley Crescent, no demasiado lejos de la entrada principal del cementerio. Consultó la hora y supo que los entrenamientos en el estadio del Chelsea F. C. aún no habían comenzado. Posiblemente ese hecho era el responsable de su suerte.

Durante el corto paseo hasta la puerta de hierro negra, el único sonido que se instaló entre ellos fue el crujir de sus pasos sobre el pavimento. Traspasaron el arco y enfilaron por la recta avenida flanqueada de tilos.

—Sigo sin comprender qué crees que vas a encontrar aquí que no hayas visto ya —comentó Eve rompiendo el silencio.

—He de confesar que he sido bastante descuidado a la hora de visitar la tumba de mi madre.

—¿Quieres decir que...?

—Que siempre he estado demasiado ocupado para venir desde que mi padre hizo el traslado del cuerpo.

—¿Siempre? —preguntó arrugando la nariz y dotando a la palabra del tonillo irónico al que ya estaba acostumbrándose.

—Y cuando no era así, buscaba alguna excusa. Sé dónde se encuentra, mi padre se encargó de hacérmelo saber. Es un dato que recuerdo continuamente desde el instante en que me lo comunicó, como si mi cerebro se encargara de atormentarme con ello. —Eve volvió a arrugar la nariz. Abel suspiró antes de explicarse—. Como te dije, la muerte de mi madre se atribuyó a un desgraciado accidente con un arma de fuego, pero... —Abel hizo una pausa.

—Pero...

—Pero yo estuve presente, Eve.

—Y dudas. —No era una pregunta.

—No sé qué pensar. Era un niño y ahora todo me resulta muy confuso. Además es algo muy doloroso para ponerte a escarbar en los recuerdos. De pronto pasé de tener una vida normal junto a mi familia a vivir en la casa de otros: una pareja sin hijos, amigos de mis padres. Me trataron muy bien, eso sí. Y Peter se aseguró de que recibieran cada mes los costes de manutención. Durante esos años ellos nunca me obligaron a visitar su tumba, incluso evitaban cualquier alusión sobre ese tema. Solo la llamada telefónica trimestral de mi padre me lo recordaba y, cada vez, durante la noche posterior a la conversación con él, sufría pesadillas horribles. A medida que fui creciendo aprendí a alejar cualquier pensamiento o situación que tuviera que ver con ello.

—Levantaste un muro para protegerte.

—Sí, es un símil muy correcto.

—Supongo que tampoco recuperaste una relación normal con tu padre.

—Supones bien. Tuve la posibilidad de volver a casa cuando cumplió la condena, pero no quise, y Peter tampoco insistió a cambio de recibir informes y visitas regulares. Decía que, aunque no viviéramos juntos, sí tenía derecho a estar al día sobre mis progresos en los estudios y asegurarse de que tenía todo cuanto pudiera necesitar. —Abel dejó de hablar unos segundos y arrugó el ceño—. El caso es que únicamente vi esa losa durante el entierro, cuando era un niño, y no sé si la nueva será idéntica a la anterior o no. —Negó con la cabeza, para no reírse de sí mismo—. No sé por qué te cuento todo esto.

—Quizá necesitabas hacerlo.

—¿Expiar mi pecado? —preguntó levantando una ceja.

Eve solo sonrió, pero ese pequeño gesto alivió un poco la opresión que se le había ido instalando en el pecho.

—Hemos llegado —anunció parándose junto a una cuidada tumba.

En contraste con las otras que llenaban la parte delantera del camposanto, allí las lápidas todavía no presentaban el deterioro del paso de los años. Pero, aun así, aquí y allá resaltaban aquellas a las que se les habían dado limpieza y esmerado lustre. Sin duda, la de Roxanne Simmons era visitada con regularidad y, a juzgar por la frescura del ramo de flores que reposaba sobre ella, no habían pasado demasiados días desde la última visita.

Eve permaneció apartada y en silencio, respetando los sentimientos de Abel, con la mirada clavada en el ángulo que formaban la piedra y la tierra. Pasado un rato, doblegándose a la necesidad de moverse para combatir el frío, se acercó a la piedra y leyó la famosa frase que les había traído hasta allí: «Por siempre y para siempre». Qué hermoso. Y qué trágico al mismo tiempo, dado el lugar donde estaba escrita, pensó. No eran palabras para grabarse a título póstumo, sino decirse en vida. Ese era uno de los grandes problemas de la humanidad, nunca se decía lo debido en el momento correcto. Repasó las hendiduras que formaban las letras con la yema de los dedos.

—¡Ay! Qué torpe —dijo al observar que la costra formada en el corte del dedo corazón había desaparecido, volviendo a brotar una gota de sangre.

La exclamación hizo que Abel reaccionara y se agachara junto a ella.

—Lo siento —balbuceó Eve, aún con el dedo entre los labios.

—No te disculpes. No es necesario.

Abel examinó la inscripción, pero sus ojos notaron algo más, unas pequeñas marcas bajo las letras P, R, S y M. Se colocó de rodillas frente a la lápida y acercó más el rostro tratando de distinguir en qué consistían.

—¿Qué es eso?

—Creo que son letras. Letras diminutas.

—¿Letras?

—Sí, pero son tan minúsculas que no puedo reconocer a simple vista cuáles son.

Abel dejó que Eve lo comprobara mientras abría el maletín y extraía una pequeña lupa del interior. Armado con ella volvió a acercarse a la lápida.

—Espera. ¿Qué te parece si apartamos esto? —sugirió Eve, señalando las flores—. Podríamos estropearlo.

—De acuerdo.

La mujer cogió por la base el pequeño recipiente provisto de un material verde y húmedo, que mantenía el ramo en buenas condiciones durante unos días, y lo colocó en un lugar donde no estorbara ni corriera el riesgo de volcarse: tras la lápida. Pero al hacerlo descubrió otra cosa que llamó su atención.

—¿Qué es esto? —preguntó con la vista clavada en algún lugar de la parte trasera—. Es extrañamente... No sé cómo calificarlo.

Abel se irguió al instante para rodear la losa, se arrodilló de nuevo y contempló la

extraña talla. En la esquina inferior derecha, había sido esculpido en círculo el abecedario al completo y, dentro de este, otro círculo mostraba de nuevo las letras, pero en total desorden.

—¿Sabes qué es? —volvió a preguntar Eve, que se llevó el dedo a la boca de nuevo. La herida, reabierta, le escocía por el contacto con la tierra que había quedado adherida a la vasija que contenía las flores.

No contestó inmediatamente, sus ojos fueron alternativamente del diseño al rostro de Eve, concretamente a aquel dedo que ella mantenía pegado a los labios. A su mente acudieron varias imágenes, a primera vista inconexas: las marcas del epitafio, la frase encontrada en la parte trasera de uno de los cajones del archivador, Eve con una gota de sangre en su dedo tras abrirlo, el archivador cerrado, las llaves de este entre los efectos personales de su padre, la foto de Eve, el encendedor, Florencia...

—Todo lo que llevaba encima... —murmuró—. Él lo sabía.

—¿Quién sabía qué? —preguntó levantándose para estirar las piernas.

—Mi padre lo sabía.

—Por el amor de Dios, Abel. ¿Qué sabía tu padre?

—Sabía que iba a morir.

—No digas tonterías. Lo asesinaron, ¿recuerdas? ¿Cómo demonios iba a saberlo?

—Florencia..., el disco de Alberti.

—¿Qué? —preguntó sin comprender, con los ojos fijos en la cara de Abel, que volvió a ponerse en pie.

Sin embargo no siguió con la explicación. Tomó lápiz y papel y, lupa en mano, se agachó junto a la frase y la copió anotando unas pequeñas letras bajo las señaladas. Después extrajo del maletín otra hoja, la pegó a la parte trasera de la lápida y pasó el lápiz sobre ella para hacer un calco del grabado.

—Ya hemos terminado aquí —anunció guardándolo todo y colocando las flores donde habían estado originalmente—. Vámonos.

—¿Así, sin más?

Abel ya había dado varios pasos, por lo que tuvo que correr un poco para alcanzarlo.

—El tiempo apremia, ¿recuerdas? Tengo que devolver el coche antes de las ocho y aún tenemos que ir a otro lugar.

—Déjame adivinar: el almacén de la tarjeta.

—Así es —respondió caminando deprisa.

—Creo que estás llevando esto demasiado lejos.

—Yo creo que en realidad estoy haciendo lo que debo. Lo que mi padre quería que hiciera.

—¿Meterte en problemas?

—No sé muy bien cómo explicártelo.

—¿Qué tal si empiezas por el principio?

—No, no es necesario. En el momento de morir llevaba encima una fotografía tuya: una mujer a la que supuestamente él no conocía de nada, pero yo sí. También portaba un juego de llaves que resultaron ser de un archivador que contenía, además de más fotografías tuyas, una serie de pistas que nos han traído hasta aquí. Es evidente que esas marcas significan algo o no habría razón alguna para haber sido grabadas. Y por último el mechero, un antiguo regalo que le hice durante nuestro último viaje juntos, cuando mi madre vivía. Un viaje a Florencia. Él quería que recordara precisamente eso: el grabado de la lápida es un disco de Alberti, abreviador apostólico del Renacimiento florentino. Mi padre era historiador y ese personaje era uno de sus preferidos. Aquellos días hablaba constantemente de su trabajo y de su vida. Ese disco es uno de los primeros sistemas de codificación que se conoce. —Miró a los ojos oscuros de la mujer y notó la tristeza que los invadía—. Quiere decirnos algo, Eve. Estoy seguro. Algo que sabía que solo yo comprendería. Y estoy convencido de que sabía perfectamente que iba a morir. Imagino que esperaba que los objetos llegaran a mí de algún modo. De otra manera, ¿qué sentido tendría que llevara únicamente eso encima, además de su identificación? Ni el reloj de pulsera regalo de su padre, al que daba cuerda religiosamente cada noche, ni el teléfono móvil que le regalé..., nada más que eso.

Eve lo escuchaba mientras él seguía hablando, dándole explicaciones acerca de cómo veía la sucesión de acontecimientos vividos. Abel continuó con la exposición acerca de las supuestas pistas y sus hallazgos, además de la posible relación entre ellos. Ni siquiera captó el momento en que el rostro de la mujer iba adquiriendo un tono cada vez más lívido. Si inicialmente la preocupación de Eve se había centrado en que la relacionaran de alguna forma con la muerte de Peter Simmons, en aquel momento y tras la diatriba de Abel, el caso pasaba de ser inquietante a aterrador.

—Toma —dijo Abel dejando el maletín sobre el regazo de Eve, una vez se resguardaron del frío dentro del coche—. Sujeta esto un momento.

Abel abrió el maletín, extrajo la hoja donde había calcado el disco y una navaja suiza. Observó un momento las muescas, decidiendo cuál debía escoger. Tiró de una de ellas para convertirla en una pequeña tijera y dedicó unos minutos a recortar los discos bajo la atenta mirada de Eve.

—Saca el otro folio y el lápiz —pidió.

Ella lo hizo y se lo entregó. Abel colocó los dos círculos perfectos con las series de letras sobre la superficie plana del maletín.

—Ahora fíjate bien.

Apoyó la hoja en el salpicadero y, con el lápiz en la mano, giró el disco interior hasta hacer coincidir la primera de las letras extraídas de las marcas con la «P». Guiado por aquellos círculos escribió algo y volvió a girarlos para hacer coincidir la

segunda letra colocándola bajo la «R». Y así continuó anotando, repitiéndolo dos veces más, guiado por las minúsculas letras grabadas.

Eve supo que había terminado de decodificar el presunto mensaje cuando el lápiz resbaló de sus dedos y se perdió bajo los asientos.

—¿Qué pone?

Abel no se movió. Ella estiró el cuello para poder ver lo que había garabateado bajo las veintidós letras del «Por siempre y para siempre». Claro y en mayúsculas había escrito:

«PROTEGER ELEGIDA EVE SWAN».

Mientras la Científica realizaba su trabajo entre aquel caos de objetos rotos y asientos destripados, Nick Parker prefirió salir afuera para respirar un poco de aire y no entorpecer la labor de los técnicos. La orden de registro lo había sorprendido llegando antes de lo esperado. Pero la verdadera sorpresa fue el panorama de devastación que encontraron al llegar: cristales de la puerta de entrada diseminados por todo el vestíbulo y un verdadero infierno de daños en toda la casa. Para Parker ya era una certeza que el señor Simmons estaba metido en algo gordo, solo restaba encontrar la prueba que lo certificara. Pero, ¿y el hijo? ¿Y Abel Simmons? ¿Habría sido tan estúpido como para tener algo que ver?

Nick sostuvo el teléfono ante sí un instante hasta que en la pantalla apareció el icono de «llamando».

—Al habla el agente Heat.

—Hola, Paul, ¿qué hay de nuestro hombre? —quiso saber.

—Su coche sigue en el aparcamiento y él dentro del edificio, señor. No ha vuelto a salir.

—Está bien. Infórmame de cualquier cosa. Dentro de una hora cerrarán las oficinas y saldrá. Quiero que lo sigas. No lo pierdas de vista.

—De acuerdo, señor.

Nick cortó la comunicación y volvió a guardar el móvil en el bolsillo de la gabardina.

—¡Eh! ¡Parker! —Bosco, el técnico de la Policía científica que estaba al mando de la operación, movía una mano mientras con la otra mantenía un teléfono pegado a su oreja.

Nick caminó hacia él captando solo las últimas palabras de la conversación: «busca al agente que llevó el caso de esa muerte».

—¿Qué pasa? —quiso saber Parker.

—Hemos encontrado dos huellas distintas, una en el pomo interior de la puerta y otra en el exterior, que no coinciden con las que ya hemos catalogado como las de Peter y Abel Simmons.

—Gran noticia, Bosco. —Palmeó la espalda del agente—. ¿Qué tenemos?

—Como imaginé que me harías esa pregunta, las he escaneado y enviado al departamento para que las cotejaran con la base de datos. Una de ellas, la que encontramos en la parte de fuera de la casa, es una huella parcial, pero el ordenador ha encontrado dos coincidencias: una hallada en el escenario de la muerte de Peter Simmons y otra en un caso de hace cinco años. La segunda huella es nítida y no cabe duda de que corresponde a una tal Eve Swan.

—Eve Swan... —repitió más para sí que para Bosco—. ¿De qué me suena ese nombre?

—Es posible que del caso de la muerte que te he mencionado antes. Ella fue la que denunció el asesinato.

Abel cogió la tarjeta de la empresa de almacenaje y la giró entre los dedos. Frente a ellos se alzaba una gran nave con el rótulo rojo idéntico al logo de la cartulina. En el reverso no quedaba ni rastro de las letras escritas al azar. Una vez descodificadas también con el disco de Alberti, había preferido borrarlas, así como destruir la hoja con la que descifró el epitafio de su madre. El resultado era una sola palabra: «Orión».

—¿Vienes? —preguntó a una conmocionada Eve, que había permanecido en tenso silencio—. No sé si debo dejarte aquí sola.

—¡Oye! —estalló al fin—. No te tomes esto como una responsabilidad ineludible. ¡Maldita sea! Durante más de treinta años no he necesitado que nadie cuide de mí y ahora, porque tu padre muerto dedicó los últimos años a diseñar no sé qué sistema de comunicación póstuma con su hijo, resulta que no voy a poder ni ir a mear sola. ¡Estáis todos locos!

Abel prefirió no entrar en otra batalla dialéctica, bajó un poco las ventanillas, cogió las llaves y salió del coche. Activó el sistema de alarma y el vehículo se cerró al instante con Eve dentro.

—Vuelvo enseguida. Procura no morder la tapicería —dijo antes de encaminarse hacia el almacén.

El mostrador de información estaba desatendido y tuvo que esperar unos minutos hasta que una joven rubia con los labios pintados de un rojo brillante a juego con el uniforme apareció por una puerta lateral. Compuso una sonrisa enorme y caminó rauda hacia él.

—Buenas tardes, mi nombre es Miriam. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes, Miriam. Soy Abel Simmons —dijo ofreciéndole su identificación—. Mi padre, Peter Simmons, me envía para que retire lo que tiene guardado.

—Un momento por favor —pidió la joven mientras tecleaba algo en el ordenador—. Sí, así es, una caja de seguridad con acceso restringido para usted y su padre.

¿Tiene la clave para acceder a ella?

—Sí.

—De acuerdo. Espere un momento y uno de nuestros guardias le acompañará — informó mientras presionaba una tecla de color verde en un panel lleno de ellas.

—Gracias.

Apenas pasaron unos segundos cuando un hombre vestido con el uniforme de una conocida empresa de seguridad apareció por la misma puerta por la que Miriam había hecho su entrada. Abel sonrió al reconocer los restos del carmín de la mujer en los enrojecidos labios.

—Por favor, Sam. Acompaña al señor Simmons a la C-125.

—Sígame, por favor.

Asintió y caminó tras los pasos de Sam, accediendo al interior del almacén. Atravesaron largos pasillos, pasando por al menos dos pares de puertas que daban acceso a otros corredores todos bien iluminados y provistos de cámaras. Llegaron hasta otra galería mucho más ancha con hileras de puertas metálicas a ambos lados. Sobre cada una de ellas, se veía una letra y un número pintados en negro, como pequeñas celdas o enormes taquillas. El guardia se paró junto a la C-125 y dio unas instrucciones a través de un micro que llevaba colgado del cinturón. Tras un segundo y un desagradable pitido, Sam tiró de la puerta y esta se abrió.

—Adelante. Tómese el tiempo que necesite. Cuando termine avíseme para que pueda abrirle.

—Está bien.

Abel entró en el reducido espacio y Sam cerró tras él. De inmediato una sensación de claustrofobia lo asaltó en aquella habitación extremadamente pequeña. Apenas tenía espacio para girar sobre sí mismo. Era imposible dar un solo paso en ninguna dirección. En el techo, una rejilla de ventilación proveía de aire el lugar. Frente a él, se encontraba una voluminosa caja fuerte con teclado y una pequeña pantalla donde el cursor blanco palpitaba sobre el fondo gris oscuro.

Con temblorosos dedos tecleó la palabra «Orión» y dudó un segundo antes de pulsar la tecla de envío. Tras el clic de apertura, la puerta de la caja se desplazó un centímetro del marco. Ya estaba hecho.

El corazón comenzó a bombearle con intensidad mientras alzaba la mano para acceder a las entrañas de aquella cosa. En el interior, un maletín gris metálico le dio la bienvenida, con el asa encarada hacia él, como invitándolo a que lo liberara de su prisión. Ayudándose de ambas manos, lo hizo deslizarse un poco hacia delante para poder abrirlo. El interior forrado de terciopelo azul oscuro, sobre el que había grabado en dorado aquel extraño símbolo circular, guardaba una perfecta esfera de cristal que brilló intensamente reflejando la luz que derrochaban los halógenos.

SEGUNDA PARTE

La piedra

Introducción

RETIRO Interior

Adama abandonó su morada de cristal, caminando despacio mientras dejaba atrás también la residencia de los Goros. Prefirió hacerlo solo, sin avisar de su marcha a ninguno de los dos auxiliares, aunque imaginó que Mahytma ya habría previsto la salida en el mismo instante en que tomó la decisión y compartido la información con su hermano Mahinga. No se ausentaría demasiado tiempo, pero deseaba que sus pensamientos, recuerdos y emociones fluyeran sin interferencias.

Paseó junto a las fuentes que proporcionaban agua caliente y fría a las villas cercanas y echó en falta los jardines que otrora, en el exterior, decoraron la acrópolis de Atlantis.

¡Qué hermosa y grande había sido!

Llana en su parte superior, su tamaño alcanzaba hasta el Erídano y el Iliso, e incluía en su interior la colina Pryx, con la colina Licabeto como límite del lado opuesto al Pnix. Campesinos y aldeanos vivían circundando la ladera exterior a fin de labrar la proximidad de los fecundos campos de cultivo, mientras que los guerreros se hallaban en la parte norte, alrededor de los templos. Existían casas de apariencia sencilla, mientras que otras destacaban por su belleza y colorido al haberse incluido, como material de revestimiento, el mosaico tricolor.

Los bosques proporcionaban abundante madera a los carpinteros, como sustento y cobijo a los animales que lo habitaban. Los pantanos, lagunas y ríos de buen caudal, así como las exuberantes montañas y llanuras fértiles, ofrecían lo mismo.

Durante muchas generaciones obedecieron las leyes divinas. Predominaba el pensamiento grandioso y puro sobre todos los demás, afrontaban los avatares inevitables desde la virtud que conjuga amabilidad y prudencia, minimizando las circunstancias presentes y sobrellevaban con facilidad, como una molestia, el peso del oro. El equívoco y la pérdida de autodomínio estaban ausentes en su cotidianidad, al no cultivarse ni el vicio ni la riqueza; la vía para tal diferencia nacía de la amistad unida a la virtud común. La honra de bienes externos era el medio por el cual se suscitaba la pérdida de la integridad de ánimo y la bondad de vida.

La prosperidad permaneció inalterada, tanto que incluso pensó que había logrado su propósito... Hasta llegado el momento en que su parte divina se agotó.

¿Dónde quedó la segunda raza?, se preguntó. Perdida en el tiempo. Destruída con fuego y agua a manos de los Goros, quienes poseían todas las fuerzas visibles e

invisibles de la Tierra y disponían a su antojo de la muerte y la vida de los hombres. Aquella tierra de esperanza y prosperidad terminó sepultada por la lava y hundida bajo el torrente de un diluvio como jamás se conoció. Al igual que lo fue la primera: Lemuria, el primer intento por restituir al maestro perdido.

Pero solo él sabía que algo más se había malogrado junto con Ática: parte de su propia alma.

Él fue el primero en detectar el momento en que la perversión y la procacidad sustituyeron a la virtud y se confundieron la perfección y la felicidad con la injusticia, la soberbia y el poder. Él fue el primero en ver cómo aquellos que habían nacido en la esperanza de «la verdad primera» degeneraban hasta tornarse seres envidiosos, traidores y belicosos. El mal que había azotado a sus orígenes los perseguía, enraizando en las entrañas y provocando dolor por el mero hecho de disfrutar con ello.

Cegado por terminar con él, decidió enfrentarse a la oscuridad, al mal que lograba oponerse a la bondad y la paz del espíritu. Era imposible esperar a restituir al Maestro para usar el sello de Orión. Su rival lo impedía una y otra vez. No era demasiado inteligente, pero sí extremadamente fuerte. Su negrura era densa y profunda como la misma antimateria. En un arrebato irracional ofreció un pedazo de sí mismo al caos oscuro y maléfico, confiando en que la divinidad de su alma fuera suficiente para proporcionarle el equilibrio que necesitaba.

Ese fue su gran error, llevado por el desatino, y supuso el inicio de una lucha que aún duraba, eones después.

Las tinieblas se replegaron sobre sí mismas, encogiéndose y retorciéndose. Se produjeron una serie de implosiones luminosas en su interior antes de expandirse de nuevo y explotar. No terminó con él, tampoco mermó en demasía su poder, sino que, como más tarde supo, le proporcionó el don de la transmutación.

Horrorizado ante lo que había hecho, prefirió callar y no hacer partícipe del resultado al resto del consejo. Él mismo se encargaría de guerrear contra aquella fuerza oscura que ahora podía tornarse en carne. Costase lo que costase.

Antes de comenzar el nuevo intento en un área que llamó Hiperbórea, consiguió convencer al resto de la necesidad de crear escuelas de sabiduría. Así nació la Hermandad, una suerte de mestizos, que habían logrado sobrevivir al último cataclismo, y cuyos miembros serían los emisarios encargados de llevar sus palabras a los nuevos humanos en los Retiros Intermedios.

De esa forma, la tercera raza logró avanzar como no lo había conseguido ninguna de sus antecesoras. Sorprendidos por cómo funcionaba y recuperada la esperanza, regalaron sabiduría que asimilaron rápidamente para formar una sociedad más próspera y generosa.

Sin embargo, el antiguo error volvió para cobrarse sus víctimas. Tardó más

tiempo, pues ya no era tan fuerte, pero tenía el poder de abarcar a más humanos a un tiempo.

Furioso consigo mismo por la estupidez cometida, inició, como último recurso, el proceso del cristal y la piedra. Les ofreció la última oportunidad para confirmar su fe y su virtud. Pero ya no escuchaban y de nuevo las enseñanzas cayeron en el olvido.

Frustrado y dolido después de haber depositado la esperanza en aquella nueva prueba que no consiguieron superar, accedió a los deseos del resto de los Maestros de negar Hiperbórea a la tercera raza y ocultarla en los confines de los hielos por los siglos de los siglos.

Pero algunos, los más puros, los más nobles de corazón, lograron sobrevivir, aunque dispersados a lo largo y ancho del planeta. Esto hizo que Adama recuperara la fe y, después de crear la cuarta raza, pensó en ofrecerles la sabiduría y los conocimientos necesarios para que ejercieran de guías.

No obstante, el libro del destino seguía augurando un futuro atroz.

La primera intención de ir al piso alquilado de Eve para dejarla allí quedó en agua de borrajas cuando, al pasar junto al edificio, observó a uno de los guardias de Parker apostado junto al portal. Ella, que había permanecido en silencio recluida dentro de sí misma desde que descodificó el mensaje oculto en el epitafio de su madre, lo miró con verdadero terror destilando por sus pupilas. Sin detenerse, se alejó de la zona, manteniendo la velocidad para no llamar la atención. Si la mujer necesitaba una prueba para creer en lo que Abel había empezado a vislumbrar unas horas antes, cuando la advirtió de que estaba en peligro, en ese momento supuso que no le cabía duda alguna. Lo estaba, corroborado por alguien que ya había sido asesinado. Aunque no sabía qué le preocupaba más: la posibilidad de que los asaltantes volvieran a atentar contra su vida, o que la Policía estuviera buscándola.

Tal era el caos que reinaba en su cabeza que ni siquiera se había parado aún a preguntarse por qué. El instinto primario de supervivencia solo le permitía pensar en salvar los obstáculos que se le presentaran en cada momento y bloqueaban cualquier otra posibilidad de reflexión.

Como para equilibrar la balanza, Abel trazó el siguiente paso que debían dar.

Sabía que el perro guardián de Parker aún estaría vigilando los alrededores del bufete, así que dejó primero a Eve, junto con el maletín plateado, en su propio apartamento, antes de conducir hasta allí. Estacionó el vehículo en el aparcamiento subterráneo y tomó el ascensor para devolver la llave a Harold, que estaba reunido aún siendo las ocho en punto. Susan se las entregaría. Después abandonó el edificio por la salida peatonal. Caminó despacio para dar tiempo al agotado agente, que cabeceaba adormilado dentro de su coche, a recomponerse. Sin embargo, el cansancio había hecho mella profunda en su resistencia y no se percató de que el pájaro abandonaba el nido.

Una idea se le ocurrió de pronto, traviesa y maliciosa, a la que no pudo resistirse, mientras sus pasos se dirigían ya hacia él.

—Buenas noches —lo saludó con vivacidad posando una mano sobre la ventanilla a medio abrir. El sobresalto del hombre, que lo miró aún bizqueando, fue realmente cómico—. Ya que está usted aquí, mi coche está estropeado y, como ambos sabemos, nos dirigimos al mismo lugar... ¿Qué le parece si me acerca a casa? —preguntó con una sonrisa de medio lado. El oficial compuso una mueca a caballo entre el fastidio y la vergüenza—. Así podrá decirle a Parker que ha llevado a cabo su trabajo con diligencia.

—Suba —respondió el hombre con brusquedad.

El trayecto junto al agente Paul Heat, como él mismo se presentó, fue rápido y silencioso. Transcurrido poco tiempo se encontró agradeciéndole el viaje y deseándole un feliz descanso. El oficial respondió con un gutural sonido que denotó su incomodidad.

Ya dentro del edificio, saludó con un cordial cabeceo al portero, quien respondió con un formal y automático: «buenas noches, señor Simmons». Rehusó utilizar el ascensor y subió las dos plantas a pie.

Encontró a Eve en la cocina, sentada en uno de los taburetes, con los codos apoyados en la repisa que hacía las veces de mesa. Su apartamento carecía de comedor o algo parecido a una sala de estar, ya que había destinado a despacho la estancia con más metros cuadrados. Y aunque disponía de un pequeño pero confortable sofá, además de un televisor, la mujer parecía no sentirse lo suficientemente cómoda para usarlos. La ausencia de saludo y la mirada taciturna le indicó que su ánimo no había mejorado un ápice.

Antes de que pudiera hablarle su teléfono móvil comenzó a sonar. Abel descolgó tras identificar, en la pequeña pantalla digital, quién llamaba.

—Buenas noches, teniente Parker. —El saludo alertó a Eve, quien corrió a su lado. Abel inclinó el teléfono unos grados para que pudiera escuchar la conversación.

—Buenas noches, señor Simmons.

—¿Alguna novedad?

—Pues supongo que el que el agente Heat ha llegado sin contratiempos no es noticia que desconozca. Pero sí hay novedades. Imagino que le interesará saber que la casa de su padre ha sido asaltada y registrada.

—¿Asaltada? ¿Qué quiere decir? —preguntó fingiendo consternación.

—Cuando llegamos esta tarde para realizar el registro que le mencioné, nos encontramos con la puerta forzada y múltiples destrozos por todas partes.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó.

—Cálmese. Daremos con el culpable. Ya hemos extraído una huella parcial que se corresponde con un caso de asesinato ocurrido hace cinco años.

—Me tranquiliza saber la rapidez con que trabajan.

—Y hablando de rapidez... ¿conoce a una mujer llamada Eve Swan?

Eve dio un respingo al oír su nombre.

—No —respondió sabiendo de antemano que Parker no lo creería.

Era una respuesta idiota, pero no podía ofrecerle otra.

—Pues debería, ya que usted ganó el caso que Industrias Kaine interpuso contra ella.

—No puedo recordar los nombres de todas las personas implicadas en los casos que he llevado a lo largo de mi vida profesional. Tenga en cuenta que los abogados

tratan con abogados, al margen de con el propio cliente.

—Entiendo —respondió.

Sin embargo, Abel tuvo la total seguridad de que Parker no le creía.

—¿Por qué me pregunta por ella? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Eve Swan es la mujer de la fotografía que llevaba su padre en el momento de morir y suya es la otra huella, extraída del pomo de la puerta.

—¿Intentó entrar?

—No. Intentó salir. Es la huella del pulgar de la mano derecha. La hemos hallado en el pomo interior y, por la posición, deduzco que se disponía a abrirla. Aún no hemos terminado el registro y quién sabe si localizaremos alguna más, pero tengo razones para pensar que esa mujer podría ser peligrosa. Así pues, en el caso de que intente acercarse a usted o note algo extraño, comuníquemelo de inmediato. La venganza puede ser un móvil.

—Así lo haré, descuide.

—Lo llamaré cuando tenga más datos. Mientras tanto, no se meta en líos —añadió antes de colgar.

Eve comenzó a pasearse de un lado para otro sin levantar la mirada del suelo murmurando algo ininteligible pero que sonaba realmente mal. Abel se pasó una mano por el cabello pensando en qué decirle para serenarla. Pero ella estalló antes de que se le ocurriera algo.

—¿Así es como piensas protegerme? ¡Me dijiste que habías limpiado todo!

—¡Maldita sea, Eve! ¡Olvidé que habías intentado marcharte! —explicó alzando las palmas de las manos—. Además, ¿cómo iba a saber yo que tocaste la puerta?

—¡Porque aún no gozo del don de atravesar paredes!

Abel caminó unos pasos y entró en el área acondicionada como cocina. Observó dos platos con emparedados cubiertos por un plástico transparente. Eve había preparado algo para ambos.

—Lo siento, ¿vale? Nunca he tenido que encubrir a nadie. Ya te dije que era muy difícil borrar únicamente tus huellas sin tocar nada más. Ten en cuenta que es importante que Parker dé con el verdadero delincuente. Además, nosotros jugamos con ventaja: sabemos qué está pasando.

—¿Y qué es lo que está pasando? Yo cada vez entiendo menos todo esto —dijo señalando los maletines.

—Bueno, al menos ya sabemos por qué mi padre llevaba una fotografía tuya: para avisarme de qué debía protegerte.

—¡Ja! —exclamó sin ganas—. Desde que anoche me raptaste solo me has traído problemas —añadió tiñendo su voz de resignación y cruzándose de brazos.

—Es mejor que continuemos con nuestra investigación. Parker jamás entenderá las pistas que dejó Peter, por lo que la única esperanza de demostrarle que eres

completamente inocente y de que yo descubra la identidad del asesino de mi padre es que sigamos como hasta ahora. Debemos estudiar el contenido de las carpetas y averiguar qué tiene que ver con nosotros esa extraña bola de cristal.

Sus miradas se concentraron precisamente en ese punto, el cuadrado maletín metálico que albergaba el objeto y que reposaba, cerrado y con un brillo helado, sobre el escritorio.

Ya en su despacho, Nick estudiaba el expediente de Eve Swan. Una mujer joven, criada en un orfanato, que había salido adelante a base de tenacidad y que terminó con sus huesos en la cárcel debido a una acusación de malversación de fondos. ¿Qué la habría llevado, después de lograr rehacer su vida desde cero, a verse involucrada en semejante delito? Las motivaciones de las personas para infringir la ley eran algo que la mayor parte de las veces lo sorprendía al concluir el caso.

Se levantó de la butaca y abrió la desnuda ventana antes de encender un cigarrillo. Seguía teniendo la sensación de que algo se le escapaba, pensó mientras expulsaba una voluta de humo.

Por un lado, no se creyó ni por un momento la excusa que había dado Abel Simmons con respecto a ella. Si cuando le mostró la fotografía ya tuvo la certeza de que mentía, después de la última conversación y de saber que no había pasado la noche en su apartamento, podía poner la mano en el fuego y no quemarse. Era evidente que estaba llevando a cabo su propia investigación paralela.

Y para más inri, estaba aquella huella parcial relacionada con otro asesinato. Como si su pensamiento lo hubiera conjurado, la puerta de su despacho se abrió de pronto.

—Teniente... —lo llamó su auxiliar, consiguiendo que se sobresaltara. El hombre sonrió con malicia al ver el cigarrillo en la mano de su superior—. ¿Infringiendo la ley? —preguntó achicando los ojos negros.

—Preocúpate por no infringirla tú. ¿Qué quieres, Brian?

—Supuse que le gustaría saber que el caso de asesinato corresponde a la muerte de Albert Grand, jefe de Eve Swan, y que esta inició un proceso contra Industrias Kaine pocos días antes de que ellos la acusaran de robar dinero a la compañía.

—¿Denuncias cruzadas?

—Eso parece, pero fue la mujer quien movió ficha primero.

—Comprendo. Si hubiera sido al contrario, entendería que la acusación de asesinato podría responder a una maniobra desesperada para encubrirse o desviar la atención legal, pero... siendo así... —Nick apuró el cigarrillo antes de apagarlo contra la pared exterior sacando la mano por la ventana. Allí había gato encerrado—. Mañana a primera hora quiero que te acerques al juzgado y solicites una copia íntegra de ambos procedimientos.

—A la orden, jefe.

—Ahora pásame toda la información que tengas sobre Albert Grand y esas Industrias Kaine.

—Enseguida.

—Y Brian...

—¿Sí, teniente?

—Como se te ocurra comentar que...

—Tranquilo. Le compraré un buen ambientador —dijo guiñándole un ojo mientras cerraba de nuevo la puerta.

Nick sonrió. Brian llevaba en la comisaría unos meses, pero ya había demostrado ser un buen policía. Le gustaba. Tal vez era porque pocos allí alcanzaban su altura y él se acercaba bastante, o porque también estaba próximo a los cuarenta y cinco. O quizá simplemente porque no participaba en los corrillos que se formaban cerca de la cafetera a media mañana. En cualquier caso, era un tipo peculiar, con aquella coleta recogién­dole el pelo largo, solitario como él y muy servicial.

Apenas pasados un par de minutos, Brian volvió con lo que le había pedido. Se puso inmediatamente a estudiarlo, buscando posibles individuos a los que interrogar acerca del asunto. El problema radicaba en que habían pasado ya cinco años y, cuando se trataba de un asesinato sin resolver, todo el mundo adolecía de una repentina amnesia.

No dejaba de darle vueltas a qué tendría que ver el padre del abogado que había intervenido en ambos procedimientos legales.

Mientras Eve llevaba los platos hasta el sofá, Abel aprovechó el momento para ocultar el expediente contra Industrias Kaine, consciente de que a ella no le gustaría encontrarlo. Así evitaría tener otra disputa aún más dura que la anterior. Ya buscaría el momento de echarle un vistazo. Cuando hubo vuelto, tiró de una mesita auxiliar y la puso frente a ellos buscando comodidad.

Extrajeron los mapas y volvieron a revisarlos. El primero, etiquetado con el nombre de Piris Reis, era hermoso y muy colorido. Representaba dos costas contrapuestas con un mar u océano que las separaba y por el que navegaban desde enormes barcos mercantes hasta pequeños veleros. No podían comprender las inscripciones, realizadas en otro idioma, semejante al árabe o al turco. Dos grandes rosas de los vientos mostraban los rumbos en el círculo del horizonte. Todo el documento estaba profusamente decorado con extraños humanoides, plantas, edificaciones y bellos animales dibujados con detalle.

El siguiente llevaba como título «Pangea». Mostraba una única y enorme masa de tierra en forma de C, rodeada por un extenso océano. Un continente que desconocían, pues en nada se parecía a los cinco consabidos.

El tercero de ellos, también con aspecto de ser la copia de un mapa muy antiguo, llevaba la leyenda de «Oronteus Finaeus» escrita con la pulcra y clara letra de Peter

Simmons. En este sí pudieron saber qué estaban mirando, por la inscripción «Circvlvs Antarcticvs».

—Vaya, una pista al fin —comentó Eve con ironía, mientras engullía el último de los bocadillos que había preparado para ella.

—No te desanimes. Cuando Parker puso ante mí los objetos que llevaba mi padre tampoco comprendí nada.

Eve chasqueó la lengua sonoramente.

—Mira, estos dos son actuales. Ecuador y Francia.

—¿Qué tendrán que ver?

—Pues de momento no tengo ni idea. Pero imagino que las cruces deben de ser lugares relevantes. Quizás eso sea un hilo del que tirar. Lástima no tener conexión a la Red en casa, para averiguar algo más. Estoy seguro de que todos deben tener alguna relación.

Eve miró de nuevo los dos que parecían más antiguos y sin poder evitarlo pensó en Bill. Probablemente él sí sabría qué era lo que tenían entre manos. Pero pensar en ponerse en contacto con él abría una herida que le costó demasiado cerrar en el pasado.

—¿Qué te parece si examinamos la carpeta? Quizá los artículos nos ayuden a comprender algo.

Eve se encogió de hombros y se la pasó. Abel apartó los platos ya vacíos y extendió los artículos sobre la mesa. Una vez que los tuvieron a la vista no fue difícil saber cuál era la temática general. Sus reacciones fueron muy distintas: el rostro de Abel hablaba de incredulidad y sorpresa; Eve no pudo más que dejar que las carcajadas se abrieran paso entre los labios.

—¡No puede ser! —exclamó entre risas nerviosas mientras se levantaba para dar rienda suelta a su hilaridad.

Abel dejó que el peso de su cuerpo cayera hacia atrás, derrumbándose sobre el respaldo del sofá. Clavó la vista en el techo mientras las manos permanecieron laxas sobre la tapicería.

—¡No puede ser! ¡No puede ser que estemos arriesgándolo todo por algo así! ¡Es de locos! —soltó Eve.

—Es imposible que mi padre creyera en la existencia de una civilización perdida —murmuró.

—¿Imposible? ¿Y eso lo dices de un hombre que tenía una habitación secreta subterránea en su casa?

—Bueno... —respondió Abel—, si hubiera encontrado alguna prueba irrefutable, es normal que quisiera ocultarlo. Sería el descubrimiento del siglo.

—Entonces, ¿qué sentido tendría ocultarlo? Estás diciendo tonterías. —La risa de Eve había desaparecido para tornarse en evidente enfado—. Además, ¿qué coño

tengo que ver yo con todo eso?

Abel no respondió. Permaneció pensativo durante unos minutos.

—Veamos, quizá no sea algo tan evidente —dijo con convicción.

—¿Qué quieres decir?

—Que sería de estúpidos tomarse tantas molestias para hacerme llegar esa esfera junto con el mensaje del epitafio y ahora dejarnos algo tan evidente como inverosímil.

Eve levantó las manos al cielo solo para volver a dejarlas caer. La palmada contra sus muslos sonó como un «acabáramos»:

—Todo esto es un absurdo desatino desde que empezó.

—Démosle el beneficio de la duda. Leámoslos, quizás haya más información oculta.

Eve puso los ojos en blanco antes de mirar de nuevo a Abel, quien esperaba una respuesta. La mujer hizo sonar de nuevo las palmas contra sus piernas, pero con menos fuerza que la vez anterior y volvió a sentarse junto a él, entonando esta vez un «tú ganas».

—De todos modos —añadió—, poco más tenemos que hacer, ¿no?

Para empezar Abel eligió unas declaraciones de un tal Edward Lanser realizadas al *Angeles Sunday Times* el 22 de mayo de 1932. Eve leyó, tratando de no demostrar demasiado interés.

En el texto, Lanser narraba una extraña experiencia ocurrida mientras viajaba en un tren con destino a Portland. Contaba que al pasar por la falda del monte Shasta, en California, vislumbró de repente una luz de esplendor extraordinario: «Percibí que el lado sur entero de la montaña estaba en llamas con una luz verde y roja muy extraña. Mi primera conjetura fue que era un fuego forestal, pero la ausencia de humo descartó la teoría. La luz se parecía al brillo de las velas romanas».

Aquella visión impactó tanto a Lanser, que empezó a investigarla. Sabía que el mismísimo Grupo Thule, antecesor de otra sociedad mucho más peligrosa, había estado allí hacía apenas una década. No obstante, las personas a las que entrevistó hablaban del tema con libertad y le contaron que existía una comunidad secreta que vivía en ese lugar y que esa luz se originaba en sus extraños rituales realizados a la puesta del sol, en la medianoche y al amanecer.

Al principio los habitantes de la montaña fueron tomados por indios, pero eran blancos y llevaban túnicas similares a las griegas o a las usadas por los monjes budistas, además de una cinta en la frente que les sujetaba el cabello. Los viejos contemporáneos de Shasta le dijeron que esa gente extraña visitó las ciudades colindantes en varias ocasiones para comprar sal, azufre y manteca de cerdo. Estas compras siempre eran pagadas con pepitas de oro, pero jamás excediendo el valor de los bienes comprados.

Supo que otra persona, antes que él, estudió el monte Shasta: el catedrático Edgar Lucin Larkin, director del observatorio Mt. Lowe. Declaró: «Su demostración con esa excelsa luz deja lejanos nuestros logros eléctricos modernos y me consume la curiosidad por saber cómo esa gente puede producir esos efectos asombrosos».

—¿Has sacado algo en claro? —preguntó Eve al terminar.

—No. Pero hay términos que no me son desconocidos, aunque no recuerdo del todo por qué. Probablemente mi padre me habló de ello en algún momento.

—Tendrás que hacer memoria.

—Quizá si continuamos recuerde algo más.

—Está bien —convino Eve, que se encogió de hombros sin mucha convicción.

El segundo artículo al que prestaron atención pertenecía a un *New York Herald* del año 1912, firmado por un tal Paul Schliemann, titulado: «Cómo encontré la Atlántida, fuente de toda civilización».

Una parte de él decía:

La Atlántida fue la región donde primero se elevó la humanidad desde el estado salvaje hasta una civilización más avanzada que la nuestra [...] Los dioses y las diosas de los antiguos griegos, los fenicios, hindús y escandinavos son simplemente los reyes, reinas y héroes de la Atlántida, y los hechos que se les atribuyen en la mitología son un confuso recuerdo de sucesos históricos reales.

El alfabeto fenicio, padre de todos los alfabetos europeos, derivó de un alfabeto atlante, que fue también transmitido a los mayas por los atlantes. Los símbolos y jeroglíficos de los egipcios y de los mayas provienen de la misma fuente, y así se explica su semejanza, demasiado grande para ser casual. La Atlántida fue el punto de partida de la familia indoeuropea de las naciones, así como también de los semitas, y probablemente de los turanios.

El artículo continuaba con la narración en primera persona de cómo Paul Schliemann, en 1906, a raíz de un sobre lacrado y una nota dejadas por su abuelo Heinrich Schliemann, siguió con la investigación ya iniciada.

En la nota, transcrita, podía leerse: «Rómpase el recipiente con cabeza de lechuga. Examínese el contenido, concierne a la Atlántida. Háganse investigaciones en el este de las ruinas del templo de Sais y en el cementerio del valle Chacuna». A continuación, el joven Schliemann abrió el sobre que contenía los pasos que debían seguirse y una considerable suma de dinero para cubrir los gastos.

El artículo también exponía uno de los documentos contenidos en el sobre:

Cuando en 1873 hice las excavaciones de las ruinas de Troya, en Hissarlik, y descubrí en la segunda ciudad el famoso «tesoro de Príamo», encontré entre ese tesoro un famoso jarrón de forma peculiar y de gran tamaño. Dentro de él se hallaban algunas piezas de alfarería, varias imágenes pequeñas de un metal peculiar, monedas del mismo metal y objetos hechos de hueso fosilizado. Algunos de estos objetos y el

jarrón de bronce tenían grabada una frase en jeroglíficos fenicios. La frase decía: «Del rey Cronos de la Atlántida».

Se explicaba también que Heinrich Schliemann descubrió años después una colección de piezas en el museo del Louvre, desenterradas en Tiahuanaco. Entre ellas, encontró algunas exactamente iguales a las que él había descubierto. Los análisis químicos demostraron que estaban elaboradas con los mismos materiales. Materiales que no existían en la antigua Fenicia ni en Centroamérica.

Paul rompió el jarrón con cabeza de lechuza, tal como indicaba la carta de su abuelo:

Dentro apareció un trozo de metal blanco, parecido a la plata, sobre el que estaban grabadas, en el anverso, extrañas figuras y una inscripción que no se parecía a ninguna de las vistas anteriormente. En el reverso y en fenicio antiguo podía leerse: «Emitido por el templo de las Paredes Transparentes».

Paul Schliemann encontró más de aquellas piezas de metal a lo largo de su investigación y llegó a la conclusión de que se habían usado como moneda de pago. Además, jeroglíficos y textos de los que se podía extraer que civilizaciones como la egipcia, micénica, centroamericana, sudamericana y la mediterránea tuvieron un origen común. Entre otras, se citaba una inscripción caldea, escrita dos mil años antes de Cristo en el templo budista de Lhasa:

Cuando la estrella Bal cayó en el lugar donde ahora solo hay mar y cielo, las Siete Ciudades con sus puertas de oro y templos transparentes temblaron y se estremecieron como las hojas de un árbol, movidos por la tormenta. Y he aquí que una oleada de fuego y de humo se elevó de los palacios; los gritos de agonía de la multitud llenaban el aire. Buscaron refugio en sus templos y ciudadelas, y el sabio Mu, el sacerdote de Ra-Mu se presentó y les dijo: «¿No os predije todo esto?».

Y los hombres y las mujeres, cubiertos de piedras preciosas y brillantes vestiduras, clamaron diciendo: «¡Mu, sálvanos!». Y Mu replicó: «Moriréis con vuestros esclavos y riquezas y de vuestras cenizas surgirán nuevas naciones. Si ellos se olvidan de que deben ser superiores, no por lo que adquieran sino por lo que dan, la misma suerte les tocará».

Las llamas y el humo ahogaron las palabras de Mu, y la tierra se hizo pedazos y se sumergió con sus habitantes en las profundidades.

Los siguientes textos no eran artículos en sí mismos. Parecían extractos de libros. Abel sujetó en la mano izquierda el firmado por John West, donde explicaba el descubrimiento de que la erosión de la esfinge en Giza respondía más a la provocada por una copiosa lluvia que a la originada por el viento y la arena del desierto. En la derecha sostuvo la copia de una hoja elegida al azar de un libro titulado: *Tihuanacu. La cuna del hombre americano*, de Arthur Posnansky. Mientras tanto, Eve achicaba los ojos frente a una fotografía que exponía el *The Sun* para ilustrar un artículo sobre

el hallazgo mediante Google Earth de una extraña estructura hundida.

—No sé por qué piensas que podemos sacar algo en limpio de todo esto —dijo mientras dejaba de nuevo el artículo sobre la mesa.

—Bueno —comenzó Abel, sin dejar de mirar los documentos uno tras otro—, de momento hay cierta relación entre ellos.

—¿Que hablan sobre un continente perdido? ¿La Atlántida? ¡Por Dios, Abel! Dices que llegar al fondo de este asunto es la única forma de librarnos del problema en el que estamos metidos, pero la verdad es que yo no veo luz al final del túnel.

—Tampoco la vimos cuando encontramos todo este material en el archivador; sin embargo, solo tuvimos que descifrar las pistas.

—¡Pero estaban más claras! —exclamó—. Mira esto. Aquí no hay letras que respondan a ningún disco mágico que nos revele frases, ni tarjetas, ni nada de nada.

—Quizá no sean necesarias.

—¿Y cómo explicaremos esto a la autoridad, eh? ¿Crees que ese teniente, o lo que sea, se va a prestar a escuchar estas tonterías o alguna teoría que se te ocurra para ligar la información?

—No es necesaria una teoría, Eve. Solo hay que prestar atención a lo que se lee. Mira, por ejemplo, el artículo de Schliemann en que cita Egipto y Tiahuanaco. El de John West se refiere a Giza y, sabemos por el título que, el de Posnansky, también trata sobre Tiahuanaco. Es evidente que mi padre intentaba decirme algo.

—Pero no puedes relacionar esos artículos con los mapas —dijo cruzándose de brazos.

El rostro de Bill volvió a dibujarse en la mente de Eve. ¿Y si él sí podía? ¿Qué excusa le quedaría entonces?

Agobiada por la presión y el sentirse nuevamente prisionera entre cuatro paredes se levantó otra vez y caminó hacia la cocina, donde examinó la nevera sabiéndose observada por Abel. Agua, solo agua mineral sin gas. ¿Qué clase de hombre no tenía una Coca-cola fresca a su disposición? Resoplando, cogió una botella y mientras giraba el tapón cerró la nevera con un golpe de rodilla.

—¿Y qué me dices de eso? —preguntó Abel señalándole el maletín que contenía la esfera—. No sabemos qué es ni a qué responde. Pero sin duda debe tener algún sentido en todo esto.

Eve terminó de tragar el agua con rapidez, dejó la botella sobre la repisa y caminó hacia la caja plateada, para extraer la esfera. La miró durante unos segundos con ojo crítico antes de contestar mientras la sostenía:

—Prueba a colocarla sobre los papeles, quizá funcione como una especie de ouija, o a lo mejor es solo una lupa que te revelará los misterios de la ciudad perdida —dijo decorando sus palabras con un tono enigmático de evidente burla que acompañó con extraños movimientos de las manos.

Dio un par de pasos hacia Abel y le lanzó el cristal al regazo. Él se encogió para amortiguar el impacto y miró con enfado a Eve antes de envolverla con su mano. De pronto la esfera se iluminó, adquiriendo cada vez más brillo. Eve soltó una maldición y Abel gritó de dolor. El cristal cayó de entre sus dedos, hasta quedar sobre el sofá, inerte de nuevo. Preocupada, Eve olvidó cualquier rencor que pudiera albergar hacia el hombre y corrió a auxiliarlo.

—¡Cielo santo! —exclamó al ver la quemadura en la palma—. Acompáñame, vamos.

Eve condujo a Abel hasta la cocina, donde lo obligó a colocar la mano bajo un buen chorro de agua fría.

—¿Y qué explicación damos a esto? —preguntó Abel.

Ella no contestó, ni siquiera encontró valor para mirarlo a la cara mientras repasaba los armarios y cajones.

—Encontrarás gasas en ese —indicó.

Mientras lo vendaba, Eve se refugió en el silencio y Abel se lo permitió. Un poco de paz no les vendría mal a ninguno de los dos, aunque hubiera pagado lo que fuera por saber qué cruzaba en ese momento por la testaruda cabeza de la mujer. No podía negar que estaba asustado, la reacción de la esfera, al contacto, debía tenerse en consideración. ¿Por qué Peter le haría llegar algo que lo hería? Eve la había sostenido sin problema alguno.

Eve...

La Elegida Eve Swan. Proteger a la Elegida.

¿Quizá solo ella podía cogerla sin sufrir las consecuencias? La pregunta hizo que la observara detenidamente. Y si fuera así, ¿qué destino le aguardaba? ¿Para qué demonios servía aquel cristal?

—¿Estás bien? ¿Duele menos? —preguntó ella, incómoda por cómo la estaba mirando.

—Sí. Gracias.

Eve esbozó una tímida sonrisa.

—¿Te convences ahora de que vale la pena que continuemos con esto?

No respondió. Caminó por la habitación, varios minutos, mientras lanzaba fugaces miradas al cristal.

—¿Qué ha pasado, Abel? ¿Qué es eso?

—No sé lo que es. Solo sé que a ti no te quemó.

—Eso no quiere decir que... —comenzó parándose frente a él con determinación.

—Lo sé, lo sé —la cortó—. Pero negar la evidencia sería de cretinos.

Ella dejó de mirarlo y reanudó su paseo.

—Durante toda mi vida he estado sola. Nunca le importé a nadie, a excepción de Albert, quizá, pero lo mataron. Trabajé duro para salir adelante y no creo en nada más

que en ese medio para lograrlo. Mi vida no ha sido fácil ni agradable. El paso por la prisión trajo consigo la pérdida de todo cuanto había ganado: una vida más o menos cómoda, una responsabilidad que me gustaba, a Bill...

—¿Te abandonó? —preguntó, deduciendo que Bill debía ser su pareja, marido o lo que fuera, en aquella época.

—Sí.

—Estoy seguro de que no te merecía —trató de animarla.

—Cuando salí de allí, me prometí que continuaría con ese mismo pensamiento: salir adelante. Volver a conseguir todo aquello que deseo por mis propios medios, sin pedir nada a nadie. Pero esta vez, sin preocuparme nada más que por mí misma. Las relaciones con los demás no son mi fuerte y, desde luego, solo me han traído dolor y complicaciones. —Abel iba a añadir algo, pero Eve no se lo permitió—. Debo confesarte que en la cárcel pensé más de una vez en urdir algo para vengarme de ti, por robarme todo cuanto me importaba. Pero ni siquiera cuando me obligaste a entrar por la fuerza en tu coche encontré el valor suficiente para hacerlo. Nunca tuve esa sangre fría ni esa vena aventurera. Si alguna vez, durante esos cinco años privados de libertad, me hubieran dicho que nos encontraríamos y que volverías mi vida del revés probablemente no lo hubiera creído, me habría parecido una locura. Pero aquí estoy. Albert me dijo en una ocasión que no se debía dar la espalda al destino, pues es un hijo de puta que puede darte una buena patada en el culo para ponerte de nuevo en el punto de partida, hasta que te sometas a su voluntad.

Dejó que Eve vomitara todo lo que llevaba dentro de sí y que no la dejaba continuar hacia delante. Esperó con paciencia a que encontrara la fortaleza para seguir con su confianza. No necesitó mirarla para saber que continuaba caminando, esta vez con más ímpetu, como tratando de reafirmarse en lo que estuviera pensando.

—Tengo que hacer una llamada —dijo resuelta. Abel permaneció en silencio—. ¿No vas a preguntarme a quién voy a llamar?

—¿Debo hacerlo? —arriesgó.

A cambio ella lo obsequió con una sonrisa y un extraño brillo en los ojos.

—Voy a llamar a Bill. Él puede ayudarnos con esos mapas.

No se le escapó el detalle de que Eve había usado el plural. Pero se abstuvo de mencionarlo.

—¿Estás segura de que quieres involucrarlo en esto?

—Es la única persona que conozco capaz de arrojar un poco de luz sobre este galimatías.

—¿Accederá?

—Me lo debe.

Bill se encontraba refugiado en el trabajo, como de costumbre, para evitar que la mente le jugara malas pasadas, sobre todo durante la noche, cuando la quietud de la

ciudad inspiraba las más terribles pesadillas. O, en su caso, los recuerdos.

No quería pensar en lo ocurrido hacía unas horas, por la mañana en el aeropuerto, cuando intentó salir del país. ¡Qué iluso fue al creer que lo conseguiría! Ese demonio, monstruo, o lo que sea que fuera, tenía ojos y oídos en todas partes. Las posibilidades de escapar eran nulas, debería haberlo sabido.

Y no solo el miedo al dolor conseguía anularlo por completo, era mucho más que eso. Era la sumisión, el hacerlo sentir menos que una simple colilla aplastada en el asfalto. Ese hijo de perra disfrutaba con ambas cosas. De nada servía que tuvieras una buena posición social, económica o de cualquier clase. Solo con mirarte tenías la completa seguridad de que la muerte más espantosa estaba a solo un simple chasquido de sus dedos.

La llamada entrante a su teléfono móvil hizo que el aparato vibrara sobre el cristal del escritorio. Lo miró dubitativo durante unos segundos. Tal como él había predicho, ella lo estaba llamando. ¡Maldita sea! Esperaba que Dios, en su grandísima misericordia, pudiera perdonarle algún día aquella traición, pues estaba seguro de que Eve no lo haría. Se tragó el nudo formado en la garganta en el momento en que habló con ella:

—¡Eve! ¡Qué encantadora sorpresa!

—Hola, Bill —dijo ella con una dureza desconocida.

—Me alegra escucharte. ¿Qué tal te van las cosas?

—Complicadas.

—¿Necesitas alguna cosa? ¿Dinero? ¿Un techo? Dime en qué puedo ayudarte, sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras.

—Eso no es del todo cierto, Bill. No obstante —continuó antes de que pudiera responderle para excusarse de alguna forma—, necesito tu ayuda profesional.

—Eso sí que es una novedad. Cuéntame, soy todo oído.

—Verás, un amigo y yo tenemos un par de mapas muy extraños. Nos gustaría que los vieras y nos dijeras qué son exactamente.

—Mapas extraños, ¿eh? No me das muchas pistas...

—Preferiría que nos reuniéramos, si no te importa. No quiero hablar del tema por teléfono.

—De acuerdo. No hay más que decir. ¿Cuándo quieres que nos veamos? ¿Mañana? ¿Pasado? —ofreció, con la esperanza de demorar el inicio de su vergüenza.

—Ahora.

—¿Ahora? ¿No te habrás metido en algún lío, verdad?

—Eso no te incumbe. Querías ayudarme, así que hazlo.

No le quedó más remedio que aceptar. Estaba escrito en su negro destino con la sangre infecta de aquel engendro. Anotó con rapidez la dirección y Eve se despidió

con un «te esperamos».

Después, antes de salir hacia allí, marcó el número del contestador donde debía dejar el mensaje. Lo hizo con mano temblorosa, con el corazón bombeándole con fuerza en el pecho y el desconsuelo corroyéndole el alma.

—Soy Schlange. Contacto efectivo. Me reúno con el objetivo.

Y abriendo un mueble cerrado con llave sacó una botella de panza redonda con un cuello muy largo; el cristal era de un color blanco como el de la leche, con cambiantes destellos irisados en su textura. En el interior había algo que se movía confusamente, algo así como una sombra y un fuego...

El diablo en la botella.

Robert Louis Stevenson (1891).

26 de abril de 1919

Hotel Las Cuatro Estaciones. Múnich

—No te arrepentirás —aseguró Karl Harrer al barón Von Seydlitz en un extremo de la habitación—. Esta alianza nos deparará grandes satisfacciones. El vínculo es fuerte y perseguimos los mismos ideales.

Después caminó hacia el grupo más numeroso para reunirse con Drexler.

—¿Qué ha dicho? —preguntó este con el mismo tono reservado—. ¿Ha aceptado?

—Sí.

—Magnífico.

—¿Has tenido alguna noticia más?

—No es momento para hablar de ello —respondió el cerrajero. Se acercó un poco más a su camarada y añadió confidencialmente—: Baste decir que esa bazofia tiene los días contados. La DAP es cada vez más fuerte.

El murmullo de conversaciones se acalló de pronto cuando en escena apareció el barón von Sebottendorff portando, entre las manos, un pequeño armario de madera bellamente decorado. Lo depositó con extremo cuidado sobre un pedestal blanco de mármol. Al girarse el emblema de la Orden brilló en la solapa de su chaqueta: una espada antepuesta a la rueda solar y, entre ambas, dos hojas de roble. Después se dirigió a los presentes:

—Hermanos, este sábado lo he querido dedicar únicamente a los que formamos parte del Círculo Interior, pues lo que debo explicaros y mostraros aún está muy lejos del entendimiento de nuestros «huéspedes». —Cuando al fin logró la atención de todos, continuó—: Una leyenda dice que Belial fue adorado por Sodoma e inclinó a sus habitantes a la homosexualidad, desobedeciendo así a Salomón. El juicioso rey lo castigó, junto a los demonios menores que lo servían, encerrándolo en un frasco y lo ocultó en un pozo cercano a Babilonia. —Sebottendorf hizo una pausa para dedicarla

a abrir las hermosas puertas talladas de par en par y mostrar el interior del compartimento, donde el blanco irisado de una pequeña botella encandiló a todos—. Dicen que poco más tarde fue encontrado por los babilonios y que estos quisieron dejarlo libre. Pero Belial prefirió ocultarse para evitar de nuevo la ira de un rey. Durante años se convirtió en el oráculo de aquellas gentes.

De nuevo el murmullo comenzó a extenderse entre los allí reunidos. Harrer y Drexler cruzaron una mirada antes de hacerla coincidir sobre la pequeña redoma.

—¡Consultemos el oráculo! —exigió alguien exponiendo en palabras los pensamientos de ambos conspiradores.

—Eso no es posible —se negó su dueño—. No es el momento adecuado, pues ya llegamos algo tarde. Según el calendario mágico de Croze y Orazi, el mes consagrado es efectivamente el de abril. No obstante —alzó las manos para evitar la interrupción—, el ritual de purificación indispensable dura treinta días y llegará a su punto culminante el día treinta, durante la *Walpurgisnacht*.

—Pero ¿cómo tener un poder así y no ponerlo a disposición de la causa?

—Se hará a su debido tiempo —explicó—. Entiendo que el fracaso de nuestros *freikorps* en Múnich aún está muy reciente y que apenas han pasado unos meses desde el registro sufrido en esta nuestra casa. —Hizo un gesto de pesadumbre dirigido a los hermanos Walterspiel—. Pero precisamente esas actividades nos han obligado a pasar a la clandestinidad. Al menos por ahora. Contamos con el periódico para mantener un contacto efectivo con los distintos grupos de fieles y tenemos nuestro grupo de seguridad constituido. Nos conviene ser cautos y no llamar la atención de esa guardia roja más de lo necesario.

Apenas había terminado de explicarse cuando unos disparos y el alarmante ruido de un disturbio lo interrumpieron. Las silenciosas miradas se cruzaron rápidamente por toda la estancia. Permanecieron atentos y en pie. Un nuevo disparo y gritos provenientes de la planta baja precedieron a la atropellada entrada de uno de los informantes en la sala.

—¡Rápido! ¡Los espartaquistas!

El revuelo aún fue más caótico. Los que estaban cerca de la puerta prácticamente arrollaron al vigilante que los había advertido del peligro; otros optaron por usar la ventana para escapar, pues ya podían oírse cerca los pasos de la guardia. Más disparos retumbaron en los oídos de los que quedaban y el pánico reinó por todas partes; lo que primaba era salvar la vida.

Sebottendorf cayó de costado, empujado por alguien que trataba de alcanzar una salida desesperadamente. Cuando pudo recuperarse, aterrorizado, vio como la marmórea peana sobre la que había depositado la urna de madera también caía. Se lanzó a por ella lo más rápido que pudo para cerrar las pequeñas compuertas e impedir que se estrellara contra el suelo, pero se le erizó el vello del cuerpo al

insinuarse un sonido de cristales rotos. Un enorme y denso nudo se le instaló en la garganta asfixiándolo y los músculos se le convirtieron en piedra. Paralizado por el horror de lo que ahora se agitaba encerrado entre la madera, pero carente ya del sello que lo mantenía controlado dentro de la botella, ni siquiera encontró el aliento suficiente para pedir auxilio.

Sin saber por quiénes ni de qué manera, se sintió arrastrado hacia una pequeña trampilla escondida bajo la alfombra en la parte trasera de la sala, aferrado tenazmente a la caja. Ni siquiera había pensado en aquella posibilidad. La oscuridad lo rodeó, impidiéndole ver el rostro de sus salvadores. Antes de pedirles que se identificaran, una ruda mano se cerró sobre sus labios.

—Ni se te ocurra respirar —le advirtió la voz de Karl Haushofer.

Una leyenda profunda de Oriente nos cuenta que los espíritus del poder del mal son mantenidos cautivos en la noche, sellada por la prudente mano de Dios. Hasta que la suerte, una vez por milenio, concede a un único pescador el poder de romper sus cadenas, si no vuelve inmediatamente a tirar al mar su botín. Para mi padre el destino ha hablado.

Dependió una vez de él devolver al demonio a su celda.

Mi padre ha quebrado el sello. No sintió el aliento del maligno. Ha dejado libre al demonio, vagando por el mundo.

Texto de Albrecht Haushofer, ejecutado por la Gestapo en 1945.

Múnich. Octubre 1919

«Es perfecto para albergarlo: nacido en el mes de abril, en la segunda quincena, con excepcionales cualidades para la oratoria y la frustración rugiendo en sus venas», le había dicho Drexler, pero Sebottendorff tenía serias dudas. Echó un vistazo a Karl Haushofer, quien, al parecer, estaba mucho más convencido.

Habían dejado al candidato charlando animadamente con Dietrich Eckart y Rudolf Hess, quienes quedaron extasiados ante sus palabras después de escucharlo en la cervecería *Sternecker*, durante uno de aquellos discursos secretos, cada vez más populares entre los militantes del partido. A las frases ya conocidas, como la mil veces repetida: «la Gran Guerra fue perdida a causa de la puñalada por la espalda propinada por los enemigos de la patria», él había añadido: «tal traición fue promovida por judíos, socialistas y comunistas para acabar con la gran nación alemana».

Hawshofer aún podía oírlo hablar sobre sus teorías acerca de la detestable Revolución bolchevique o esgrimir sus análisis sobre el régimen de partidos, que consideraba la base de todos los males.

También a él le había gustado oírlo. Mientras hablaba sentía cada palabra, cada

silencio, cada acento en su tono como propio. Pero la solución para el problema que llevaban a cuestas estaba muy lejos de ser ese pequeño cabo. Sin embargo, debía aceptar el hecho de que era imposible viajar a Iraq para obtener el sello preciso y obligar al ente a entrar en otra redoma.

De nuevo un escalofrío recorrió su cuerpo, como cada vez que rememoraba la noche en la que todo comenzó.

—Debemos pensar en aquellos que perdieron la vida —le recordó Rosenberg—. Estoy seguro de que tanto el príncipe Gustav como la baronesa von Westrup estarían de acuerdo con lo que nos proponemos. Ese demonio tiene la culpa de sus muertes y de cuanto ha ocurrido desde entonces. Es imperativo controlarlo. Además, una vez dentro de él, podremos consultarlo como oráculo.

—Habrá que aceptarlo como miembro.

—Con nombrarlo «huésped» bastará. No es necesario que lo sea de pleno derecho.

—Pero es imposible que jure la pureza de sangre hasta la tercera generación, Alfred.

—Tampoco la tuya está clara, Glauer —apuntó Haushofer, sabedor de sus verdaderos orígenes.

—No me llames así —siseó Sebotterdorff—. Mi título es tan válido como el de cualquier otro. Mi padre...

—Vamos, Adam, los dos sabemos que tu padre no era tal. Aunque el título que heredaste realmente viene del Medieval alemán, una adopción no proporciona la sangre auténtica para reivindicar esa pureza —escupió, enfadado.

—Si yo no me hubiera tomado la molestia de reconstruir la Orden y proveerla tanto de personal como de medios, si no hubiera sido quien aportara el apoyo económico para comprar el *Münchener Beobachter* para propagar la ideología, si no hubiera logrado la alianza con el exiliado Gobierno de Hoffman, no tendríais el poder político del que ahora disfrutáis. ¡Esta logia sobrevivió gracias a mí! —se defendió.

—¡Pero ahora se mantiene gracias a nosotros!

Por mucho que Sebotterdorff no estuviera de acuerdo con lo que iba a ocurrir dentro de pocos minutos, debía aceptar que no era posible otra salida. Más aún considerando que había perdido la cuenta de las amenazas de muerte anónimas recibidas desde la fatídica noche vivida en el hotel. Unas amenazas que se agravaron cuando los siete detenidos fueron ejecutados por los rojos. No calmó los ánimos la venganza perpetrada con la quema del cuartel general, ya que esta acción tampoco tuvo los resultados esperados.

Repasó una vez más el cuestionario completado por el postulante: herido de guerra en dos ocasiones; condecorado en cuatro, una de ellas con la cruz de hierro de primera clase... Únicamente quedaba el juramento de fidelidad y pronunciar las

palabras rituales que acudieron, una tras otra, a su mente: «Así como volvéis a estar entre nosotros, lo que estáis haciendo es regresar a vuestra comunidad. Reencontráis Thule. Con nosotros alcanzáis el imperio invisible y eterno de nuestros antepasados del norte».

—En poco tiempo ha conseguido llamar la atención de toda la DAP, incluso el grupo capitaneado por Grassinger lo escucha. Si a lo que es ahora añadimos la fuerza del Vril... —comentó Haushofer, conciliador.

—Estás hablando de algo que desconoces, Karl. No sabemos con seguridad si podremos controlarlo.

—Solo será cuestión de llevarlo por buen camino, de allanárselo. Piensa en lo que podría significar para el pueblo alemán. ¡Piensa en lo que podría significar para la raza aria! —repitió con más énfasis—. ¿Y si es la clave para que encontremos nuestros hogares originales? Belial es antiguo, mucho más de lo que cualquiera de nosotros podamos imaginar. Posee conocimientos con los que, probablemente, no podemos ni soñar. Piensa en ello, Adam. —Usó el nombre de pila de Sebottendorff para que lo sintiera más cercano—. Alcanzaremos la gloria al mostrarle a Alemania la cuna de su nacimiento y mucho más. Proporcionaremos a la raza la nobleza que le corresponde por derecho.

Sebottendorf levantó la cabeza al oír el sonido de la puerta interior cerrándose. Hess volvía entusiasmado de la charla y miró a sus tres compañeros con un brillo especial en sus ojos claros.

—Es perfecto. Como siempre he creído, el único que puede devolver a Alemania su gloria y grandeza es alguien con el carisma suficiente para no desdeñar el uso de los desfiles, de los eslóganes y de la demagogia. Un hombre del pueblo que, sin embargo, no tenga nada en común con la masa, dotado de la personalidad suficiente para no temer el derramamiento de sangre.

—Entonces la decisión está tomada. Debemos proceder —concluyó Haushofer.

Yo profetizo solemnemente que este hombre maldito precipitará nuestro Reich al abismo y hundirá nuestra nación en una miseria inconcebible. Las generaciones futuras os maldecirán en vuestra tumba por lo que habéis hecho.

General Ludendorff (1933).

8 de noviembre de 1923. Múnich

Mucho había pasado desde que le entregaron el cuerpo, aunque aquellos que se

consideraban sus guardianes no cejaban en su empeño de aleccionarlo con respecto a lo que debía o no debía hacer. Le resultaba muy molesto, pero lo toleraba porque servía a otros propósitos: hacerles creer que eran capaces de dominarlo. Únicamente tenía que repetir hasta el aburrimiento aquellas frases que condensaban los ideales del grupo de lunáticos a los que comandaba. A decir verdad, incluso le divertía ver cómo una gran masa de gente, que crecía día a día, enarbolaba su euforia hasta límites que no habría creído posible en los humanos. Entretanto aprovecharía el tiempo para diseñar con tranquilidad el plan que pondría en jaque a Adama.

¡La guerra! Qué hermoso concepto, pensó.

No podía imaginar un momento mejor para ocupar un cuerpo, si le hubiera sido posible elegir. Miró a su alrededor mientras marchaba junto a los rostros que lo habían acompañado durante los últimos cuatro años. Disfrutó imaginando las próximas revueltas urbanas y los ataques indiscriminados que podían estar fraguándose en cada oscuro rincón. Sintió el poder que le brindaban aquellos sentimientos y emociones, todo un festín para él. Ese era su alimento, la fuente de su fuerza: el sufrimiento y la exaltación de los más bajos instintos.

Qué curiosa era la naturaleza de aquellos seres. Después de todo, quizás el germen de los orionitas estaba predestinado a la autodestrucción y los decrepitos Maestros perseguían un objetivo inexistente. Si no estaba equivocado, la cuarta raza iba camino de sufrir el mismo destino que sus antecesoras. Pero, con esta caída, él disfrutaría muchísimo más.

Hasta el momento en que, por primera vez, vio el mundo a través de unos ojos humanos, hubo de conformarse con crear situaciones en las que padecieran envidia, celos, lujuria o cualquier otro de aquellos conceptos que Adama consideraba imperdonables. Era un ente sin forma ni voz. Hasta que gracias al enfrentamiento que el *mánava* propició, adquirió el don de poseer los cuerpos de su creación: su rebaño de pruebas.

Así, desde tiempo inmemorial, siempre que tuvo oportunidad, había ido saltando de uno a otro, hasta que alguien encontró la forma de retenerlo en aquella maldita prisión de cristal.

Pero de nuevo era libre. Libre y poderoso.

La transmutación fue muy sencilla. No le costó en absoluto sentirse cómodo con su nuevo traje de carne, piel y huesos. La conciencia de su anfitrión se plegó a sus deseos con una facilidad extraordinaria, quizá fuera descendiente de uno de tantos humanos a los que corrompió la última vez que caminó sobre la Tierra.

Según el cómputo terrestre habían transcurrido cuatro años desde entonces. Supo aprovechar bien el tiempo gracias a los conocimientos que obtuvo al tomar posesión del cuerpo. Sabía que se encontraba en una república presidida por un socialista, en la que el comunismo pisaba con fuerza; en un país donde la miseria campaba a sus

anchas. Además tenía plena conciencia de lo que, el hombrecillo que habitaba, había realizado hasta entonces y lo que hubiera deseado hacer, sus pensamientos, sus ideales, todo. Rodeado por un grupo que apoyaba con fervor cuanto este defendía y le facilitaba cualquier medio posible para hacerse oír, se sintió como un hambriento a quien ofrecen un banquete.

Por si esto fuera poco, recordó el momento en que, en una de aquellas reuniones a puerta cerrada, una tal Maria Orsitsch habló sobre el origen extraterrestre de la raza que ellos denominaban «aria». Desde luego estaba equivocada en cuanto a la estrella, pues señalaba Aldebarán en la constelación de Tauro, pero le sorprendió que hubieran llegado tan cerca de la verdad. Por no hablar de cómo habían llamado al grupo al que pertenecían: Thule. Reprimió una carcajada con dificultad. Podía imaginar la opinión de Adama a ese respecto: que gentes tan dispuestas a la destrucción se hubieran bautizado con el nombre de su queridísima y divina capital, creyéndose los descendientes y futuros herederos, debió ser un duro golpe para él. No obstante, tampoco le interesaba que esas ideas se propagaran entre sus filas, solo a él concernía el paradero de Thule y cómo llegar hasta ella, así que tendría que pensar alguna forma de eliminarlos.

Gracias a todo aquel favorable cúmulo de circunstancias que auguraban un exitoso futuro para sus planes, se encontraba en ese momento arropado por las SA y a punto de irrumpir en una cervecería llamada *Bürgerbräukeller*, donde el gobernador de Baviera pronunciaba un discurso.

Había llegado la hora de tomar el mando.

Ordenó el bloqueo de las salidas y con aire marcial entró por la puerta principal acompañado de sus inseparables Hermann, Alfred y Rudolf. Sumó los centímetros de una silla a su corta estatura y disparó al techo.

—¡La revolución nacional ha comenzado!

El timbre sonó apenas una hora después de la conversación con Bill. Eve, escondida tras el tabique de la cocina para no ser vista desde la puerta de entrada, se frotaba las manos con nerviosismo.

—Saldrá bien —le susurró Abel, guiñándole un ojo.

Miró la desnuda espalda masculina. Debía reconocer que era bastante inteligente y había pensado en un detalle que ella posiblemente hubiera pasado por alto: la vigilancia de la Policía. Si hubiese abierto la puerta vestido como estaba al llegar, el agente habría sospechado con toda probabilidad. Todo el mundo se ponía cómodo una vez en casa, hasta para recibir a un amigo.

—¿Sí? —preguntó mientras abría.

El oficial que había sustituido a Hite durante la noche, era joven y con cierto aspecto de novato. Debían de andar muy cortos de personal si encargaban aquella clase de trabajos a los recién salidos de la academia.

—Perdone que le moleste, pero este señor pregunta por usted.

Abel sonrió a Bill, como si lo conociera de toda la vida.

—Gracias, agente. Pasa, Bill, te estaba esperando —dijo.

—¿Qué le ha pasado en la mano? —quiso saber el muchacho, señalando la venda, cuando ya se disponía a cerrar.

Abel maldijo en silencio, sin que su rostro reflejara nada. Debía despedirlo antes de que Bill saludara a Eve y descubriera su treta.

—¡Oh!, nada importante. Malas relaciones con la cocina, ya sabe. Buenas noches, agente.

—Buenas noches, señor Simmons —respondió prácticamente a la puerta cerrada.

Abel se relajó contra la madera mientras le oía alejarse.

—¿Simmons? —repitió Bill, sorprendido mirando a Eve, que había salido de su escondite—. Ya decía yo que su cara me sonaba. ¿No es el abogado...?

—¡Chis! Calla, Bill —dijo ella—, no es momento para ese tipo de explicaciones.

El hombre se permitió lanzar una aguda mirada a Abel, que la obvió por completo. Colocándose de nuevo la camisa, se dirigió hasta el sofá y se dejó caer sobre él, entonces advirtió que Eve había tapado la esfera con uno de los cojines para impedir que Bill la viera e hiciese preguntas. Bien jugado, pensó. Pero de todos modos esas preguntas llegarían en cuanto el hombre empezara a encajar los datos.

—Bueno, ¿y para qué me habéis hecho venir si no? ¿A qué venía tanta urgencia? Por cierto, ¿a qué se debe la vigilancia policial? —preguntó primero a Abel para

después posar la mirada en ella.

Eve se tomó unos instantes antes de responderle. Habían transcurrido tres años desde que viera a Bill por última vez. Observándolo se preguntó si en su rostro se advertían los signos del paso del tiempo tanto como en el de su ex pareja. Aunque se notaba que le había ido bien económicamente por la calidad de la indumentaria que vestía, su porte antes recto y elegante, ahora se veía ligeramente encorvado y torpe. El cabello presentaba un leve tono grisáceo en las sienes que quizás en otro tipo de hombre fuera atractivo, pero no era su caso. Incluso el verde de los ojos había perdido intensidad.

—¿En qué lío te has metido ahora, Eve?

—Esa pregunta es ofensiva. Suena como si dieras por hecho que fui culpable de lo que ocurrió —respondió mientras acercaba un taburete de la cocina hasta la mesa auxiliar frente al sofá.

—No seas quisquillosa. Es solo una forma de hablar.

—Pues cámbiala —exigió ocupando el espacio vacío junto a Abel.

—Está bien. Está bien. Lo siento. —Se disculpó alzando las manos amistosamente y aceptando el asiento. Miró a Abel, quien observaba en silencio la discusión entre ambos—. Bill Schlange —se presentó ofreciendo la mano.

—Abel Simmons.

Estrechó su mano, de cuidada manicura. Tenía los dedos helados.

—¿En qué puedo ayudaros?

—¿Qué sabrías decirnos sobre este mapa? —preguntó Abel, que expuso sobre la mesa el titulado Pangea.

—El supercontinente —dijo al instante. Después pareció meditar la mejor forma de explicarse—. Es solo una teoría. Se cree que existió antes de que el desplazamiento de las placas tectónicas fragmentase la masa terrestre y la convirtiera en lo que ahora conocemos como los cinco continentes. Se estima que se formó hace aproximadamente unos trescientos millones de años.

—¿Se formó? ¿Quieres decir que antes estaban separados?

—Así es. Los científicos dicen haber reconstruido un predecesor llamado Pannotia. Y antes de ese, otro al que bautizaron como Rodinia. Y antes uno llamado Columbia. De hecho la deriva continental prosigue y hay quien afirma que nos dirigimos hacia una nueva fusión de continentes para formar «Última Pangea». Un patrón cíclico. Espeluznante, ¿verdad?

Eve puso los ojos en blanco y prefirió no decir nada.

—De acuerdo. —Abel recogió el mapa y lo sustituyó por la copia de uno de los antiguos, el que exhibía hermosos dibujos.

—Qué interesante. Tenéis una curiosa colección de mapas. ¿De dónde los habéis sacado? ¿Internet?

—No exactamente. ¿Qué es esto? —Preguntó sin querer dar explicaciones.

—El Piris Reis —respondió Bill.

—Eso ya lo sabemos. Lo pone aquí arriba, ¿ves? —apuntó Eve, sarcástica.

—¿Qué sabes sobre él? —preguntó Abel.

—Se llama así debido a quien lo dibujó: un almirante turco, que se basó en viejas cartas marinas según se cree. El original data de 1513. Si os fijáis —dijo señalando con los dedos—, parecen África, América del Sur y parte de la Antártida, que en la actualidad está cubierta por el hielo. Lo sorprendente es que en esa época la costa oriental de América del Sur aún no había sido cartografiada entera, ya que Colón únicamente exploró la zona de El Caribe.

—¿Cómo es posible entonces que la reprodujeran?

—Y no solamente eso. —Bill sonrió enigmáticamente, adoptando el papel de entendido en el tema que tanto le gustaba—. ¿Cómo es posible que la representaran con solo medio grado de margen de error si hasta 1735 los europeos no supieron calcular la latitud correctamente? Ahí está el gran misterio, amigos míos. La mayoría de los estudiosos creen que esos mapas, en los que se basó Reis, proceden de los tiempos de Alejandro Magno. No obstante, hay mucha controversia acerca de este documento y muchos investigadores, a lo largo de la historia, lo han calificado como falso. Existe otro al que, sin embargo, sí dan credibilidad.

—Déjanos adivinar —dijo Eve haciéndole una seña a Abel para que sacara el siguiente mapa.

Bill no pudo reprimir una carcajada.

—Pero ¿qué es esto? ¿Os habéis dedicado a coleccionarlos?

—Digamos que llegaron en el mismo paquete.

—En efecto, este es el Oronteus Finaeus. Es veinte años más viejo que el anterior, de 1531. Y, como su compañero, también fue copiado de otros documentos antiguos. Pero este sí goza de una buena reputación. —Se rio de su propio chiste—. Es un pedazo que representa la Antártida. Mirando con atención —dijo acercándose al mapa—, pueden verse montañas y ríos, lo que sugiere que, o bien fue visitada, o quienes lo trazaron disponían de una tecnología impensable en aquella época. La Antártida no fue descubierta hasta 1820 y solo hasta 1949 no se conoció su forma original. Si a todo esto unimos la exactitud con la que están hechos esos mapas, da lugar a pensar que existió un antiguo y poderoso pueblo navegante.

—Demasiados misterios —dijo Eve echándose hacia atrás.

—La historia está llena de ellos. Por ejemplo, puedes encontrar momificaciones, con técnicas diferentes, claro está, en el norte de África, en Asia y en América. Además, en algunas momias egipcias se ha encontrado nicotina y cocaína, naturales de Sudamérica. El alargamiento de orejas tan común entre polinesios, también lo es entre asiáticos y nativos americanos. O está el caso de los mayas, cuyos sacerdotes

tenían tablas para predecir los eclipses de sol y de luna, pero no conocieron nunca el principio de la rueda. Por un lado, podían visualizar la eternidad pensando en millones de años; pero, jamás aprendieron a pesar un saco de grano.

Eve y Abel cruzaron una mirada que no pasó inadvertida a Bill.

—¿Por qué tengo la sensación de que me ocultáis algo importante?

—¿Quizá porque es así?

La ceja arqueada de Eve no dejó lugar a dudas sobre la posición que prefería tomar con respecto a Bill, y Abel se alegró internamente por aquel respiro, al verse libre de los dardos envenados de la mujer. Después de todo parecía que existía otra diana a la que odiaba más.

—Vamos, chicos, de poca ayuda os puedo servir si no ponéis todas las cartas sobre la mesa —sonrió complaciente.

—Está bien —claudicó Abel después de mirarlos a ambos—. Quizá tú consigas sacar algo en claro.

—¿Estás seguro? —Eve lo sujetó por el brazo.

—Por probar... No tenemos nada que perder. Y parece muy puesto en el tema.

—De acuerdo.

Abel extrajo los dos mapas físicos de Francia y Ecuador, además de la carpeta de artículos. Se lo pasó todo a Bill, quien los ojeó por encima, pues ya conocía el contenido por los títulos, debido a sus propias investigaciones.

—Lo imaginaba. Civilizaciones desaparecidas y continentes perdidos —afirmó—. ¿Acaso no os han dicho que eso son cuentos de viejas? —Eve y Abel compartieron una mirada antes de volver a prestarle atención—. Es broma. He de confesar que yo mismo soy un entusiasta. Mi padre consagró buena parte de su vida a buscar la Atlántida. Pero de ti, Eve, no conocía esa faceta.

—¿La cárcel cambia a las personas? —ironizó alzando las cejas.

—¿Podrías decirnos qué relación hay entre esos mapas y estos artículos, además de lo evidente? —atajó Abel—. Por ejemplo, ¿qué es esto? —preguntó señalándole el extracto del libro sobre Tiahuanaco.

—Posnansky fue un gran investigador. Con el don de la paciencia, he de añadir. Este extracto pertenece a su último libro, de dos volúmenes. Lo publicó antes de morir y es un referente para la arqueología en general. Sin realizar ninguna excavación en esas ruinas hizo descubrimientos sorprendentes.

Bill explicó que los incas dijeron a los conquistadores españoles que Tiahuanaco no fue construida por ellos, sino que se hizo miles de años antes. Pero sin duda tuvo que ser erigida por una civilización muy avanzada, por la forma en que estaban ensamblados los bloques de piedra, usando grapas metálicas; por lo que debían de contar con algo parecido a una fundición móvil para verter el metal líquido, logrando que ni siquiera un alfiler pudiera colarse entre las juntas.

Descubrió además hace cien años que toda la ciudadela era un gran observatorio estelar tras comprobar que el primer día de primavera el sol salía por el centro del templo. Midió el ángulo de las piedras base y tras compararlo con las posiciones actuales de salida del sol, calculó que Tiahuanaco fue construida diecisiete mil años atrás. En ese tiempo, la inclinación del eje de la Tierra era ligeramente distinta y el sol habría salido directamente encima de las piedras angulares.

Les contó que la Ciudad de los Dioses, como también era conocida, parecía tener una total obsesión por la astronomía y la eternidad. En los equinoccios las pirámides escalonadas proyectaban sombras gigantes que las convertían en perfectos relojes para medir el tiempo.

—La pirámide es una construcción más extendida de lo que la gente piensa —comentó para finalizar.

—Quizá de ahí el artículo de West —añadió Eve.

—Lo dudo. Distintos pueblos las han erigido para enaltecer su culto a los dioses. Las puedes encontrar en América, África, Europa, Asia... La pirámide, el túmulo o la estupa, representan tres versiones de un mismo símbolo: la montaña sagrada.

—No entiendo nada. —Abel dejó caer la cabeza entre las palmas de las manos y se masajeó los párpados. La falta de sueño comenzaba a hacer estragos.

—El artículo de John West va por otro derrotero, aunque sin duda sí hay cierta relación en cuanto al conjunto de Giza se refiere —esto captó de nuevo el interés de la pareja—. Al igual que Tiahuanaco, Giza podría ser un observatorio a gran escala y, desde luego, otro enigma por su construcción: según historiadores arqueólogos y otros especialistas, solo se empleaban herramientas de cobre y no se conocía la polea. A principios de los noventa, West —continuó—, junto con otros investigadores, cuestionó la datación de la Esfinge. Como explica el artículo, cree que la erosión redondeada y ondulada se debe a la lluvia y no al viento. Pero no había agua así en tiempo de los faraones, por lo que la datación de West se remonta al 10500 a. C. Además Robert Baubal y Graham Hancock añadieron que la cabeza es desproporcionadamente pequeña para la envergadura del cuerpo, lo que indica que ha sido tallada más de una vez. Si a esto añadimos la forma de ese cuerpo, lo más probable es que en su origen tuviera cabeza de león. —Bill hizo una pausa dedicada a cavilar unos segundos—. El problema de esto es que West provocó la ira de los egiptólogos oficialistas y, a través del Gobierno de Egipto, lograron que prohibieran todo tipo de investigaciones a extranjeros que no contasen con su aprobación.

—¿Qué tiene eso que ver con el observatorio que has mencionado antes?

—Mucho en realidad. Hay quien afirma que la disposición de las pirámides de Giza se corresponde con el cinturón de Orión en el cielo del 10500 a. C. En ese momento y bajo ese mismo cielo, la Esfinge miraba a la constelación de Leo, su imagen en las estrellas.

Abel abrió los ojos desmesuradamente al escuchar las últimas palabras de Bill. «Orión», la clave de la caja fuerte que guardara la esfera de cristal. Afortunadamente, Bill atribuyó su estupor a lo que explicaba y no hizo preguntas.

—Realmente es asombroso y espeluznante a un tiempo, ¿verdad? Civilizaciones en distintos continentes que compartían tantas similitudes y todas sin explicación aparente: inmensas construcciones imperecederas y alineadas con las constelaciones, avanzados conocimientos matemáticos... De nuevo puede volver a pensarse en un poderoso pueblo navegante que extendió esos conocimientos por diversas costas tan lejanas entre sí.

—¿Los atlantes, como dice Schliemann? —Eve trataba de mantener una postura escéptica pero el tono de sus palabras la delataban.

—El artículo de Paul Schliemann es muy conocido. Todo aquel que haya sentido curiosidad o interés por la legendaria tierra que nos dio a conocer Platón seguro que lo ha leído alguna vez. La cuestión es que nadie ha visto jamás el ánfora ni la moneda que menciona. Además, no existe ningún Paul en el árbol genealógico de Heinrich Schliemann.

—¿Quieres decir que este artículo es ficticio? ¿Un fraude? —Abel no salía de su asombro.

—Lo que quiero decir es que en relación con este tipo de investigaciones se puede encontrar casi cualquier cosa. Han sido muchos los que se han apuntado a la moda de buscar la Atlántida y todos han deseado aportar su grano de arena. Algunos con razón o alguna prueba tangible y otros sencillamente viendo fantasmas donde no los había —hizo una pausa antes de continuar—. Cómo no, tampoco podemos olvidar a quienes han querido desviar la atención hacia otros puntos inventando historias que en realidad jamás existieron como las del almirante Bird, al que se le atribuyeron increíbles hazañas relacionadas con Hiperbórea, una vez que hubo muerto.

—¿Qué es Hiperbórea? —quiso saber Eve.

—En la mitología griega, una región situada al norte de Tracia. Su nombre en latín significa «más allá de Bóreas». Supuestamente está consagrada a Apolo. El gobierno estaba a cargo de los boréadas, descendientes y sucesores de Bóreas, el dios del viento griego. También era una civilización mítica con conocimientos como jamás hemos soñado; una raza de superhombres puros que desaparecieron por la congelación de su entorno. Para algunos, los nombres de Atlántida y de Hiperbórea serían sinónimos. Para otros, es la tierra que vio nacer a la raza aria. El gran problema de todo esto es la desaparición masiva de documentos.

—¿Cómo que desaparición? Además de inventarse historias, personajes y fabricar pruebas falsas, ¿también hacen desaparecer documentos? ¿De qué clase de profesionales estamos hablando?

—Ya te dije que esto no es un camino de rosas, Eve. Es un círculo prácticamente

hermético, muy reducido. No obstante, no me refería a ellos. Tened en cuenta que por ejemplo Akenatón, que gobernó Egipto hacia 1350 a. C., destruyó numerosos textos con el propósito de consolidar el culto a su dios único: Atón. O el caso de la biblioteca de Alejandría, una joya que fue víctima de ataques sucesivos desde el año 48 a. C., o el de la mismísima Inquisición con su *Índice de los libros prohibidos*, encargado por el papa Pablo IV. Por no hablarte de los nazis y su destrucción premeditada de libros, o de las bibliotecas perdidas durante guerras como la de Bosnia. Hay una larga lista de autores cuyas obras han sido perseguidas; desde la *Odisea* de Homero, desaconsejada lectura según algunos filósofos clásicos; hasta nuestros días, en pleno siglo XXI, con series como la de Harry Potter, de J. K. Rowling, condenada por diabólica en algunas comunidades religiosas.

Cuando Bill terminó de hablar, Abel y Eve permanecieron en silencio, cada cual ensimismado en sus propios pensamientos. El único sonido de la estancia procedía del exterior, amortiguado por las cuatro paredes. Abel seguía sin saber qué conclusión sacar de los documentos, a tenor de las explicaciones de Bill. Eve, en cambio, pensó que volvían más confusa aún la idea de lo que fuera que Peter les había querido decir. Civilizaciones desaparecidas, supercontinentes, construcciones megalíticas alineadas con las estrellas, investigadores que en realidad no existieron... Todo era demasiado estrambótico para concederle ni siquiera el beneficio de la duda. Y, sin embargo..., el conjunto apuntaba a una misma dirección de la que, se suponía, debían extraer una determinada información que les llevara a alguna parte.

—No sé si os he ayudado, me habéis dicho muy poco en lo concerniente a lo que buscáis o el porqué de todo esto —intentó, pero ninguno de los dos dio señales de responder—. Es difícil sacar nada en claro.

—Créeme, Bill. No te interesa saberlo —dijo Abel sin dejar de mirar los documentos esparcidos por la mesa.

—Todos estos datos son lo que los científicos llaman «anomalías». Hechos que no encajan en las teorías. Cuando algo no se ajusta a los esquemas formales establecidos, se tiende a eliminarlo. No se discute ni se enseña. Existen miles de ellos que separados no son más que meras rarezas sin explicación aparente, pero hay otros que si se relacionan por sus analogías en las formas, o ya sea por determinados acontecimientos o por las épocas en los que ocurrieron, originan nuevas hipótesis que cobran fuerza a medida que se indaga y se añaden más anomalías concordantes. Algunas llegan a adquirir tal peso que si se les otorgara la atención que merecen o algo de credibilidad podrían incluso desmontar la historia tal como la conocemos.

Bill observó los signos de cansancio en la pareja. ¿Qué habría entre ellos? Pensó en Eve, tan cambiada, pero en su esencia seguía siendo aún la misma mujer luchadora. Quizás el cambio se debiera a cierto toque de dureza o determinación en su mirada y en el conjunto de sus gestos. De todos modos, seguía preguntándose

cómo se podía llegar a tener una relación, de la clase que fuera, con el hombre que te había metido entre rejas. Abel era bien parecido, pero, si conocía algo a Eve, no cuadraba con el tipo de hombre que la atraía. Buscó entre ellos una señal de acercamiento o intimidad, esa que solo se daba entre una pareja sentimental. No encontró nada, ni una leve insinuación. Pero si no era una relación de esa índole, ¿qué los unía?

—Comprendo que es tarde y se os ve cansados —añadió Bill. El comentario hizo que Abel consultara su reloj—. Es demasiada información de una sola vez. Yo mismo llevo años estudiando todo cuanto encuentro y aún no he logrado extraer demasiado en claro.

—Tienes razón, es tarde. Y no queremos robarte más tiempo. Pero te estamos muy agradecidos.

—Bien, me marcho, pero déjame anotar lo de esos mapas de Francia y Ecuador. Consultaré qué relación pueden tener con lo demás. Si me das un número de teléfono donde localizarte, os mantendré informados —le dijo a Abel.

Bill apuntó los datos que necesitaba y se marchó tras prometer llamarlos a primera hora de la mañana. Solo cuando oyó cerrarse la puerta, Eve se relajó en el sofá. Realmente necesitar y tener enfrente al hombre que la había abandonado en una situación tan difícil no había sido agradable. Pero ya había pasado y dudaba de que sus vidas volvieran a cruzarse, a excepción de esa futura llamada telefónica. Al recostarse contra el respaldo algo duro se le clavó en los riñones. Volvió a erguirse y retiró el cojín que cubría la esfera de cristal.

—¡No! —exclamó Abel cuando los dedos de Eve casi la rozaban—. No la toques.

—Ya lo hice antes.

—Sí, pero después me quemó, ¿recuerdas? Ya es suficiente con un herido. Espera —pidió. Giró sobre sí mismo buscando el maletín. Lo cogió, lo llevó junto a Eve y lo dejó abierto—. Lo haremos así —dijo haciéndose con los dos cojines.

—Por Dios, Abel, eso es una solemne tontería —espetó Eve, apartándolo. Agarró la esfera sin problemas y la depositó dentro del maletín. Si no me quemó antes, no iba a hacerlo ahora.

—Quizá yo sea la única que pueda tocarla... —comenzó antes de darse cuenta que expresaba sus pensamientos en voz alta.

—A eso mismo me refería antes de que llamas a Bill. Explicaría que mi padre quisiera que te encontrara.

Eve no deseaba hablar de ese tema por el momento, era demasiado perturbador. Con un ademán cerró la maleta y Abel se encargó de asegurarla.

—Descanemos. Sin duda es lo mejor que podemos hacer por el momento. Puedes usar mi cama. Yo dormiré en el sofá —ofreció.

—Ni hablar —se negó Eve—. Si vas a tener que protegerme, te necesito en plena

forma.

Abel se dio cuenta enseguida de que por fin ella parecía aceptar cuanto estaba ocurriendo, aunque hubiera usado su particular forma de hacérselo saber. Le dedicó una sincera sonrisa de agradecimiento antes de encaminarse hacia el dormitorio.

—Buenas noches —dijeron a la vez.

Parker llegó a comisaría un poco más tarde de lo habitual. Apenas dirigió un saludo a su auxiliar antes de encerrarse en la oficina. Preparó un café bien cargado y, añadiéndole una pequeña cantidad de azúcar, lo removi6 sin prestarle demasiado interés. Como tantas otras noches, el sueño había tardado en aparecer, sin duda debido a la actividad que se desataba en su cabeza en cuanto la acercaba a una almohada. Muchas veces se había dicho a sí mismo que repasar datos antes de irse a dormir era como llevarse el trabajo a la cama. Probablemente le iría mucho mejor si en lugar de eso se llevara a una mujer, se dijo socarronamente. Pero aunque la necesidad lo había hecho recurrir a ellas esporádicamente, para todo un teniente de la Policía usar los servicios de una profesional no estaba muy bien visto y, para qué engañarse, no tenía tiempo que dedicar a una relación amorosa ni paciencia para soportarla. Su vida ya tenía el punto justo de complicaciones con las que podía batallar.

Además, al mantener una relación sentimental se adquirirían una serie de compromisos morales que generalmente llevaban a la disyuntiva entre «lo que debía hacer» y «lo que ella quería que hiciera». Y esto a una discusión interior sobre un abanico de posibilidades donde cada una de ellas llevaba el título «Y si...» terminado con un interrogante. La controversia llegaba cuando se tomaba el camino equivocado y las acciones no satisfacían a la otra persona o generaban otra clase de problema. Entonces, se iniciaba el proceso de conseguir el perdón compensando el daño.

Fuera del ámbito laboral, nunca había sentido una particular tendencia a justificar sus actos ni a indemnizar, de la forma que fuese, a quienes se hubieran visto implicados. Probablemente por ese motivo prefería no involucrar a nadie en su vida. Así no corría el riesgo de decepcionar.

No obstante, su modo de pensar no era la corriente habitual entre los seres humanos. El común de las personas prefería compartir la vida con otras: parejas, familias, amigos... Todo un caldo de cultivo para la autofrustración, lo cual llevaba a cometer muchas imprudencias.

Terminó el café de un trago justo cuando Brian asomaba la nariz por la puerta.

—¿Tiene un momento, jefe?

—Pasa. ¿Qué hay?

—Tengo los procedimientos judiciales de Eve Swan e Industrias Kaine, tal como pidió ayer.

—Perfecto. Tráelos y déjalos aquí —dijo despejando un lugar en la mesa. Brian

miró el espacio con ojo crítico—. ¿Ocurre algo?

—Creo que va a tener que reorganizar su mesa, jefe. Para que se haga una idea: uno de ellos se compone de tres tomos.

Nick se rascó la cabeza mientras se daba unos segundos para reubicar los documentos.

—Está bien. Dame unos minutos.

—Otra cosa, jefe. Tenemos otra denuncia realizada por Eve Swan la noche de anteayer.

—Parece que los problemas persiguen a esa mujer. ¿De qué se trata?

—Declara haber sufrido una agresión en el aparcamiento de un supermercado. Contiene informes médicos, aunque aún no he tenido tiempo de revisarlo todo.

—Bien, trae ese expediente también. Me ocuparé yo mismo.

Nick dedicó el tiempo a despejar la mesa de trabajo. El caso del asesinato de Peter Simmons prometía dedicación desde el mismo momento en que se produjo pero, desde luego, nunca imaginó que tanto. Aun así, no le importaba. Comenzaba a parecerle un reto personal descubrir la conexión entre la víctima y Eve Swan. No sabía exactamente por qué, pero se le antojaba que en esa relación radicaba la solución o al menos el origen de cuanto estaba ocurriendo.

Su instinto pocas veces se equivocaba.

Prisión de Landsberg. Múnich 20 de diciembre de 1924

Nueve meses. Nueve meses de castigo que podía haber sido cadena perpetua, es decir, la pérdida total de aquel cuerpo. Tener que velar por el buen estado de este ya era una preocupación estando en libertad, pero recluido se había tornado en una obsesión. Sentía cada latido como uno menos en la corta carrera hacia el final, como un reloj de arena sin depósito inferior. Como una cuenta atrás lenta y agónica, pues no había otra cosa a la que prestar atención.

Aquel era el inconveniente de ocupar un humano: su cuerpo se consumía con demasiada rapidez. Por otro lado, era la mejor forma y la más rápida para llegar al resto de ellos, como el lobo que se disfraza de cordero con la intención de infiltrarse en el redil antes de devorarlo.

Pero aquel tormento ya había terminado y ahora respiraba profundamente el helado aire libre. Le gustaba el frío. La necesidad del abrigo no dejaba de ser reconfortante para alguien que pasaba la mayor parte de la existencia sin forma corpórea.

De todos modos, creía haber aprovechado bien el tiempo. La necesidad de pensar en otra cosa que no fuera la putrefacción de su vestimenta carnal le llevó a repasar cada una de las circunstancias que desembocaron en su arresto y a ser juzgado por alta traición. ¿En qué se había equivocado? Quizás había subestimado un poco la respuesta contraria cuando decidió marchar contra el Gobierno de Baviera. Tal vez el grupo que lo arropaba no era aún suficientemente fuerte y poderoso.

Decidido a probar suerte de otro modo, pasó buena parte del encarcelamiento diseñando un plan. Uno más sibilino, más sutil, pero a la larga mucho más efectivo.

Al principio había pensado que con los humanos que lo rodeaban bastaría para alcanzar su objetivo. Pero tuvo la brillante idea de analizar detenidamente el modo de proceder de Adama. ¿Qué hacía él exactamente? Ir más allá. Llegar hasta el último de sus congéneres, sin excluir a uno solo de ellos.

Evidentemente no podía proceder del mismo modo, ya que sin antagonismo no existiría la destrucción que tanto anhelaba. Necesitaba tanto defensores como detractores. Y la ley del equilibrio que Adama preconizaba decía que el número y poder de los segundos guardaba relación directa con el de los primeros. De ese modo, mientras más afianzara su posición, atraería a rivales de mayor envergadura.

Eso requería un sustancial apoyo que aún no poseía. Pensó en esa sandez del

sufragio universal por el que la población elegía a sus representantes. Aunque ante ese aspecto era imposible la presión, si quería crear ese primer bando, el de los defensores, sin duda, el voto era el mejor modo de alcanzar el lugar que necesitaba. Después podría dar el siguiente paso: alzarse sobre el resto de sus competidores. Y más tarde hacer lo mismo con los dirigentes de otros países. ¡Sí! Una guerra a gran escala. Eso atraería la máxima atención de los Maestros del jodido Retiro Interior.

Para ello lo primero era perfeccionar su disfraz, mostrar a los potenciales votantes que estaba hecho de la misma pasta y que había vivido y sufrido las mismas penurias. Se adentró profundamente en los recuerdos y vivencias de su anfitrión: un sujeto rebelde y con un pasado difícil, huérfano y dotado para la pintura y el escenario; un humano más, que había sobrellevado su existencia, llena de privaciones a una temprana edad, como mejor había sabido o podido. En definitiva un tipo normal, uno más de aquellos a los que quería conquistar, aunque imbuido de soberbia y con varios grados de ambición por encima del resto, detalles que quizá fueran los responsables de que su transmutación hubiera sido tan sencilla.

Supo también, por mediación de sus recuerdos, que muchas de las ideas que había fraguado se debían a la lectura continua de libros, artículos y panfletos. ¿Sería ese el mejor modo de llegar a otros como él? Sin duda había sido el detonante para que cayera en manos de los que participaron aquella noche en el ritual, sus benefactores.

Optó entonces por dedicar el tiempo a escribir. Ofrecería al gran público una obra llena de sentimiento y dramatismo, pero a la vez que ensalzara su persona y lograra introducir una serie de ideas que calasen hondo en la población. Un volumen que pudiera ser leído e interpretado según lo que cada lector buscara en él: la imagen de un luchador para los que requerían esperanza, la de un inconformista para los rebeldes, un trabajador para los obreros, la de un niño que se había convertido en hombre a fuerza de valor para las madres... Resumiendo: un héroe hecho a sí mismo.

Una vez inoculado ese virus lacrimógeno en las almas de cuantos leyeran aquellas páginas, podía dedicarlas a exponer las ideas y los pensamientos que los llevara a imaginar un futuro glorioso y lleno de esperanza. Además de usarlas para crear también ese otro bando contrario, ese enemigo al que se debía derrotar y que llamaría la atención de otros mayores.

Unas ideas que le granjearían el éxito en su particular empresa.

Le ha llegado el tiempo de elegir: de estar con nosotros o contra nosotros. Mientras Hitler está limpiando la política, Hans Hörbiger barrerá las falsas ciencias. La doctrina del «hielo eterno» será un signo de la regeneración del pueblo alemán. ¡Vigile! ¡Pásese a nuestro lado antes de que sea demasiado tarde! Cuando hayamos ganado, usted y los de su ralea pedirán limosna en el arroyo.

Carta de Hans Hörbiger a sus colegas (1925).

6 de julio de 1933. Múnich

Antes de dirigirse a los oficiales presentes, ya conseguido su propósito en las urnas, observó la postura de quienes lo acompañaban, pues serían los responsables de obtener el totalitarismo que buscaba. El leal y diligente Hess, quien había demostrado en más de una ocasión que era capaz de cumplir cualquier orden que recibiera sin modificar, ni un milímetro, el gesto altanero que desmentían sus ojos. Carecía de dotes para el liderazgo, lo que lo convertía en el idóneo segundo al mando. Una vez obtenidos los poderes del Estado, lo nombró ministro, dejando a su cargo todas las carteras, excepto las de Guerra y Política Exterior.

Igual que el anterior, pero quizá con algo más de carácter, aunque no preocupante para sus planes, estaba Himmler. Era un tipo, cuando menos, extraño. Joven, con sus sempiternas gafas redondas que le otorgaban un aspecto de ratón de biblioteca. Su historia guardaba ciertas similitudes con la del cuerpo que él ocupaba: niño enfermizo y apocado, con pocas aptitudes para el ejercicio físico, pero muy dado al estudio sociológico que le había llevado a realizar una gran tesis sobre la sangre y la tierra. Además, como miembro de la logia Thule, sentía obsesión por lo oculto. Ahora que tenía el poder absoluto, era hora de buscar el modo de llegar hasta el mismo corazón de Adama y, Himmler, poseía la tenacidad suficiente para conseguirlo sin realizar demasiadas preguntas.

Por último estaba Göring, castrense hasta la médula, al que había nombrado ministro del Interior en la región de Prusia. A diferencia de los anteriores, se había ganado su simpatía sencillamente por lo que personificaba: la burguesía industrial. Tenía buenos contactos con la nobleza acaudalada. Gracias a él los representantes del poder económico presionaron al viejo y senil Hindenburg para que lo nombrara canciller. Debido a su enfermedad y al incendio provocado del *Reichstag*, lograr que firmara la Ley para la protección del pueblo y del Estado fue pan comido. Y Göring era además, junto con Himmler, uno de los presentes que esperaba con más interés las palabras que a continuación les dirigiría.

—La corriente de la revolución no se ha detenido, pero debe ser canalizada en el seguro curso de la evolución.

Así inició su discurso, en el que explicó lo que horas antes había estado planeando: desvincular a los suyos del antiguo brazo armado llamado SA.

Habían sido de gran ayuda en distintos momentos, pues eran magníficos en su trabajo de crear conflictos en las calles y de poner contra las cuerdas a quienes no

veían con buenos ojos su carrera hacia el poder. Filas repletas de excombatientes y otros individuos violentos que ya superaban en cientos de miles al ejército limitado por el Tratado de Versalles, muchos de ellos desencantados, creyéndose traicionados por el Gobierno alemán. Eran una fuerza muy peligrosa. Sobre todo uno de ellos, su jefe: Röhm.

Poseía la cualidad de líder y no temía contravenir órdenes o expresar su desacuerdo, detalles que convertían su colaboración en demasiado arriesgada. Al mando de las SA había logrado prestigio y cierta influencia política, esto le hizo creer que obtendría más poder pretendiendo reemplazar al ejército alemán. Incluso había llegado a pedirle que lo nombrara ministro de Defensa en detrimento de Werner von Blomberg. Pobre iluso, pensó. Blomberg no participaba en sus ideologías, pero representaba el punto de inflexión entre el Gobierno y los suyos.

Aunque ya obligara a Röhm a firmar un documento según el cual reconocía y acataba la supremacía del *Reichwehr*, anunciándole posteriormente que solo actuaría como fuerza auxiliar, buscó una solución definitiva al problema, un contrapeso para aquella balanza que la impidiera inclinarse hacia el lado contrario.

Expuso a los presentes sus inquietudes, siempre cuidando de expresarlas de modo que percibieran los hechos como un bien futuro para todos. Era necesaria la creación de unos nuevos cuerpos policiales, tres en concreto: uno secreto y encargado de la seguridad del Estado; otro de élite, que tuviera como misión demostrar a la población las bondades del régimen; y, por último, un servicio de seguridad que apoyaría a los primeros en sus operaciones. Las SA eran el pasado, un pasado glorioso sí, pero se debía dar el siguiente paso en la evolución, tal como había planteado al inicio de su discurso.

Más tarde ya se encargaría de deshacerse de aquel potencial obstáculo para sus planes.

Terminada la reunión, la mayoría de los presentes desaparecieron de la sala. Himmler se acercó a él sin dejar de mostrar un rostro afectado, pero indiscutiblemente satisfecho.

—Crearemos una orden guerrera cuyas aspiraciones se remonten a nuestros orígenes. Recuperaremos el contacto con las fuerzas originarias de la estirpe y con la civilización primordial.

Uno de los ayudantes entró para entregarle una nota personal, interrumpiendo durante unos pocos segundos la conversación.

—No me cabe la menor duda, camarada. Confío en ti para dirigir tan grandiosa obra —respondió, concedor de que conseguiría concluir su plan, por mediación de los hombres a los que instruiría, una vez que el cuerpo que ocupaba muriera. Únicamente cabía alentarle un poco, para que diera todo de sí.

Tras disculparse, se alejó unos pasos para leer el contenido de la breve misiva y

abandonó la estancia. Debía reunirse en privado con el informador que requería su presencia.

Tomó asiento tras un fastuoso escritorio de madera regalo de Troost, a quien había encargado la nueva sede de la Cancillería, pues consideraba que la actual era adecuada para una empresa jabonera, pero no servía como sede de un poderoso Reich. Dejó que las manos acariciaran la fría y pulida superficie sin llegar a abarcar toda la anchura. Sus ojos recorrieron también las grandes estanterías repletas de libros y los ajados cortinajes, quedando prendados en el tapiz que mostraba el símbolo elegido para representar su poder, un símbolo de buena suerte y prosperidad: la conocida y mil veces utilizada esvástica. En sus manos la magnanimidad de una maravillosa artesanía y, en su mente, el plan para renovar cuanto sus ojos registraban.

Unos discretos golpes en la puerta reclamaron su atención.

—Adelante.

El informador entró y cerró tras de sí. A continuación saludó marcialmente, cuadrándose con la mano alzada, y esperó. Solo cuando recibió permiso, se dirigió frente a él para dar parte de las novedades de su investigación.

—Hable. No tengo todo el día —lo urgió.

—Los rumores eran ciertos, Sebottendorff ha regresado desde Turquía. Ha intentado contactar con antiguos miembros de la logia para relanzar sus actividades y traído consigo un manuscrito titulado «Antes de que Hitler viniera». Pretende publicarlo. Según mis fuentes, se considera precursor de la causa.

—Desde luego conseguirá hacerlo —meditó—. Tiene muchos contactos en la prensa y en los periódicos. No obstante, tenemos que impedir que ese libro se distribuya. Solo vertería mentiras y basura que podría ponernos en entredicho. —Hizo una pausa. Tenía que terminar para siempre con esa amenaza, exactamente como había hecho, un par de meses atrás, con tantas otras obras escritas. Los libros eran un peligro, pues invitaban a reflexionar a las masas—. Hoy mismo emitiré la orden de arresto contra ese indeseable y proclamaré la prohibición de esa obra. Gracias, retírese —ordenó levantándose para responder al nuevo saludo.

Otra vez a solas decidió que ya era hora de poner en práctica el plan que evitaría cualquier nuevo intento para despojarlo de sus logros: proscribir los grupos esotéricos.

Era bien sabido que, de una forma u otra, todos los grupos, asociaciones y logias que se habían ido instalando en Alemania estaban en contacto entre sí. Desde los teosofistas hasta los francmasones, pasando por los últimos coletazos de la Alba Dorada y los rosacruces. Todos tenían que extinguirse. Únicamente él debía encontrar el camino a las entrañas de Agartha, sin que nadie pudiera siquiera imaginar que ese era su objetivo.

30 de junio de 1934. Múnich

—Todos fueron testigos de su ira. Dejemos que la falacia argumentativa del pueblo haga el resto. Necesitamos el apoyo del Ejército y jamás lo tendremos con ese Rey de las ametralladoras de Baviera declarando que matará a doce hombres por cada camisa marrón asesinado —le había dicho Himmler el día que le mostró el expediente de pruebas falsas que había elaborado contra Röhm.

Ese veterano de la Primera Guerra Mundial con su incontinencia verbal y prepotencia se había granjeado grandes enemigos entre los que fueran anteriores compañeros y aliados. Hess ya le había hecho partícipe de su irritación ante las continuas revelaciones en contra de la burocracia del partido. Göring también se había confesado preocupado por la violencia de las SA en Prusia. Y aunque Himmler jamás lo confirmó, era patente la envidia que sentía frente a la independencia del numeroso grupo armado liderado por Röhm.

Sin embargo, Röhm resultaba un mal necesario. El Ejército aún se encontraba bajo el control del presidente Hindenburg, ese viejo decrépito que se empeñaba en esquivar la muerte. Por eso, días antes, se desplazó hasta Neudeck para reunirse con él y con Blomberg, quien le reprochó nuevamente su permisividad con el jefe de las SA. Si no tomaba cartas en el asunto, Hindenburg declarararía la ley marcial y cedería el gobierno al Ejército.

Inadmisible, pensó furioso. Recordó que, mientras volvía de aquella reunión, había decidido que era hora de terminar con esa fantochada. Eliminaría a quienes se interponían en su camino, incluido el achacoso gobierno republicano y sus decadentes leyes. Era hora de empezar a buscar adversarios más poderosos. Había llegado el momento de hacer ruido para llamar su atención, y a la postre, también la de Adama. Usó el expediente que habían elaborado Himmler y su ayudante, presentándolo ante los principales oficiales de la *Schutzstaffel*. En él se mostraba cómo Röhm pretendía usar a las SA contra el Gobierno, vendiéndolos a Francia por doce millones de marcos. Asegurándose la cooperación del ejército, logró expulsarlo de la Liga de Oficiales Alemanes.

Lógicamente eso produciría la reacción adversa que esperaba: una represalia y un intento por reagrupar a sus leales.

Sonrió, seguro de cuanto estaba a punto de ocurrir, mientras abría las puertas del hotel *Hanselbauer* acompañado de un gran grupo de miembros de la SS y de la Policía. Horas antes ya había sembrado el germen del mal. Hizo arrestar al jefe de la Policía de Múnich por fracasar en mantener el orden durante los disturbios provocados por las SA, la noche anterior. Todo salía según lo previsto.

La redada se produjo sin demasiados incidentes y pronto entraron en la habitación, sorprendiendo a Röhm junto a dos detectives armados con sendas pistolas y los seguros quitados. Un registro más exhaustivo condujo a dos nuevos arrestos: el

de Breslau, líder de las SA, en comprometida intimidad con un joven soldado de dieciocho años.

Tuvo cuidado de componer un rostro que demostrara la rabia que se suponía que debía sentir:

—Esta es la peor traición de la historia —espetó frente al veterano de guerra.

Una vez abandonada la habitación miró su reloj. En aquellos momentos, otro gran número de líderes de las SA estaban siendo arrestados al bajar del tren que habían tomado para acudir a la reunión ordenada por Röhm. A la par, Göring impartía la orden de acción contra la Vicecancillería y que supondría el fin del molesto Papen, muchos otros políticos «buenos para nada» e incluso de antiguos miembros de la logia que podían suponer una amenaza para su secreto. Casi pudo reproducir el tono de su voz mientras pronunciaba la clave: «Colibrí».

13 de julio de 1934. Múnich

Carraspeó antes de continuar al micrófono que retransmitiría su voz para toda la nación.

—En esta hora yo era responsable de la suerte, así que me convertí en el juez supremo de la gente alemana. Di la orden de disparar a los cabecillas de esta traición y, además, di orden de cauterizar la carne cruda de las úlceras de los pozos envenenados de nuestra vida doméstica para permitir a la nación conocer que su existencia, la cual depende de su orden interno y su seguridad, no puede ser amenazada con impunidad por nadie. Y hacer saber que en el tiempo venidero, si alguien levanta su mano para golpear al Estado, la muerte será su premio.

Descalzo y con un pantalón de deporte como única vestimenta, Abel dejó su dormitorio haciendo el menor ruido posible. Nada más traspasar la puerta oyó la respiración regular y pausada de Eve, que aún dormía plácidamente. Cuando dejó el corto pasillo y su vista abarcó la amplitud del salón, comprobó que, efectivamente, la mujer se encontraba tumbada boca arriba en el pequeño sofá, abandonada al descanso: con la cabeza en equilibrio al borde de los mullidos cojines, un brazo caído hacia el suelo y el otro reposando sobre el pecho. Las piernas también descansaban cada una a su aire: una colgaba sobre un reposabrazos y la otra prácticamente encima del respaldo. Abel tuvo que reprimir la risa al compararla con alguien que hubiera caído del techo.

Con mucho sigilo caminó hasta el escritorio y recuperó la carpeta sobre el caso de asesinato contra Industrias Kaine, que había escondido de ella, rogando que nada se conjurara contra él para delatarlo. La abrió sobre la mesa y tomó asiento, dispuesto a repasar sus notas, las fotocopias del atestado y de las declaraciones.

Como abogado, Abel había basado su defensa en la falta de pruebas concluyentes que implicara a Industrias Kaine. Nada de lo hallado en la escena del crimen relacionaba a sus representados con el delito y cada uno de los acusados contaba con una coartada contrastada posteriormente. El caso quedó sobreeséido temporalmente hasta que la investigación arrojara más luz sobre el asunto. Y, dado que no era su obligación, tampoco se interesó sobre si la Policía había indagado más en aquel asesinato. Terminado el procedimiento, se dedicó a llevar la acusación contra Eve Swan.

No sabía muy bien qué debía buscar, ni si serviría para algo. De hecho, dudaba seriamente que hubiera cualquier cosa relevante. Era más una medida desesperada por hallar algún indicio que explicara la relación que pudieran tener Industrias Kaine, Eve Swan o Albert Grand con su padre.

Giró la cabeza para mirarla. Seguía en aquella extraña postura, sumida en el sueño. Pensó que un hombre que coleccionaba fotografías en las que aparecía Eve a lo largo de su vida y que la anunciaba como la Elegida tenía que haber seguido los casos en los que aparecía como parte. Sin embargo, jamás tuvo constancia de que Peter acudiera al juzgado o se interesara por el desarrollo de los pleitos. Únicamente el acostumbrado: «¿Cómo va el trabajo?», cada vez que se veían.

Según la documentación aportada, pocos días antes de la muerte de Albert Grant, Eve había retirado prácticamente todos los fondos de la pequeña empresa de

construcciones y los hizo desaparecer, sin duda con la esperanza de disfrutarlos más tarde. Industrias Kaine poseía un acuerdo, firmado ante notario por Albert Grant, en el que se pactaba la adhesión de su compañía al grupo, un documento que lo acreditaba y le daba el poder suficiente para reclamar daños y perjuicios. La indemnización solicitada equivalía exactamente a la mitad del capital que tenía la empresa en el momento de la firma. No era un montante demasiado elevado, pero sin duda inaccesible para el poder adquisitivo de la mujer. Eve se declaró insolvente para satisfacer esa deuda por completo, por lo que tampoco pudo pagar la multa. Sus bienes fueron embargados y tuvo que cumplir la pena de cinco años en prisión dictada por el juez.

—¿Regodeándote con tus logros?

Abel brincó de su asiento al tiempo que cerraba el expediente de un golpe que resonó en la memoria de Eve como la maza del juez.

—Estás levantada —constató.

—A tiempo de verte sacar brillo a tus medallas —dijo dándole la espalda para caminar hacia la cocina.

—Estás equivocada, Eve.

—¿Lo estoy? ¿Ahora también soltarás aquello de «esto no es lo que parece»? Vamos, Abel, no te he pillado revolcándote con tu amante, sino acariciando las bragas que le robaste.

—Puedo explicártelo —Abel abandonó el escritorio para seguirla.

—¿En serio no puedes ser un poco más original? —Lo miró mientras preparaba un café—. Creo que consultaré a Bill si esas frases pudieran ser herencia de aquellas civilizaciones perdidas, porque realmente es un misterio que todos los hombres uséis las mismas.

—Ya hemos hablado sobre este tema. Ese es mi trabajo —expuso.

—Claro. Y lo hiciste tan bien que tienes una copia en casa para seguir el modelo, ¿no?

—Quería revisar los documentos para ver si descubría algo que diera explicación a todo cuanto está ocurriendo.

—Eso te lo puedo decir yo: no hay nada —dijo encarándolo con la taza de café entre las manos—. ¿Ves? No tenías más que preguntarme.

—No podemos estar seguros, Eve. No hemos sacado demasiado en claro de esos mapas y artículos. Y aún no sabemos por qué mi padre te estuvo vigilando durante toda tu vida ni a qué se debe ese título de Elegida que te otorga —explicó tomando asiento en uno de los taburetes de la cocina pensando que Eve ocuparía el otro.

—Y crees que vas a encontrar una respuesta en esa mierda de procedimiento que me llevó a la cárcel.

Lo que más le hirió fue precisamente que Eve no formulaba una pregunta, sino

que pronunció la frase con un tono tan irónico que llegó a sentirse un completo imbécil.

No obstante, ella no había terminado de mostrarle su rechazo y, para continuar, eligió sentarse en el salón. Primero se dirigió hacia el sofá, para descartarlo al segundo siguiente al ver que Abel abandonaba la cocina. Caminó hasta el escritorio y se sentó en la butaca de trabajo. Dejó la taza de café a un lado y abrió el expediente.

—No debes hacer eso.

—¿Te vas a chivar?

Eve pasó hoja tras hoja, paseando la mirada sobre las letras sin dejarla descansar en ninguna en particular. No quería captar información suficiente que debilitara su aparente fortaleza y Abel pudiera aprovechar en su beneficio. No deseaba darle esa satisfacción. Podía entender sus motivos, pero le molestó profundamente que se lo ocultara.

Vencido, Abel se retiró a la cocina con la intención de imitar a Eve en el desayuno. Se preparó un café que le supo más amargo de lo habitual. Pasaron diez minutos sin que ella dijera una palabra, tampoco se oía ya el crujir de los folios. Levantó la cabeza para ver más allá de la taza vacía y allí estaba; de pie, mirándole con los brazos en jarras.

—¿Has terminado? —preguntó sin ganas.

—Apenas he entendido nada. Esa jerga de juristas que empleáis es realmente farragosa.

—No quise decirte nada para que no lo malinterpretaras o que te trajera malos recuerdos —se sinceró.

—Qué generoso. —El comentario vino acompañado por una mueca despectiva—. Y hablando de ese tipo de generosidad..., quiero irme a casa.

—No creo que sea una buena idea —dijo Abel tras pensárselo un momento.

—¡Necesito asearme! ¡Cambiar de ropa! —alegó sintiendo como la ira comenzaba a adueñarse de ella.

—Dame las llaves de tu casa y yo te traeré lo que necesites.

—Ni lo sueñes —siseó entre dientes girándose para coger su bolso y dirigirse a la puerta.

En menos de lo que dura un parpadeo, Abel abandonó la cocina a toda velocidad para llegar a tiempo de extender los brazos y empujar la puerta, impidiendo que Eve la abriera. El impacto con las palmas de las manos debería haberle producido un dolor terrible; sin embargo, apenas lo sintió. Eve había hecho un buen trabajo con el vendaje.

La mujer, atrapada entre la puerta y el cuerpo de Abel, se giró para fulminarlo con los ojos.

—No saldrás de aquí sin mí —dijo con sequedad—. No después de que te

atacaran dos veces en el mismo día y de que asaltaran la casa de mi padre. ¡Joder!, ni siquiera sabes qué coño vas a hacer. Cambias de opinión continuamente. Si tengo que protegerte, lo haré, incluso de ti misma.

Eve estaba demasiado furiosa como para escuchar qué decía y, con toda la fuerza que pudo reunir, empujó los brazos que Abel mantenía junto a sus hombros, encerrándola. Consiguió su objetivo y éstos salieron despedidos a ambos lados. Pero no contó con la fuerza ni el enfado de Abel, que la retuvo de nuevo sujetándola a la altura de los bíceps.

—Suéltame —exigió apretando los dientes, sintiendo las manos del hombre ciñendo sus brazos como férreos grilletes.

—¿Qué hiciste con el dinero, Eve? ¿Es posible que sea eso lo que buscan?

—He dicho que me sueltes.

—Responde a la pregunta. ¿Esos ataques pueden tener que ver con el dinero que retiraste de las cuentas de Albert Grant?

—Abel, por tercera vez, suéltame si no quieres convertirte en un eunuco.

La soltó, no por temor a su amenaza, sino porque sabía que Eve no daría su brazo a torcer hasta que no lo hiciera. Pero antes de darle la espalda otra vez, se encargó de cerrar la puerta con llave y la guardó en el bolsillo de su pantalón.

—Siento tener que encerrarte de nuevo. Sé que lo odias y puedo entenderlo. Pero estás mejor encerrada que muerta. El asesinato de Albert Grant sigue sin resolver y, hasta no saber cuál fue el móvil y teniendo en cuenta lo que te ocurrió anoche, tú también estás en peligro.

La tensión de su rostro se suavizó levemente al exponer el problema. Se giró y caminó hacia el centro del salón, antes de volverse para mirarlo. Aún seguía enfadada.

—Eso es una estupidez. Ya dije en el juicio que retiré el dinero por orden de Albert y que se lo entregué a él. Me pidió que guardara silencio y que no lo documentara. No sé que hizo después con esas cantidades.

—Pero al igual que el tribunal, no te creyó —Eve cruzó los brazos sobre el pecho y le obsequió con una mirada que decía a las claras un «gracias a ti»—, pues no hay pruebas de lo que dices, quizás esos criminales tampoco lo hagan. Tú tenías firma autorizada en ese banco, podías retirar dinero sin la orden previa de Albert.

—Albert me explicó no sé qué de una trampa. Estaba nervioso, alterado.

—¿Una trampa?

—Sí. Tiene que estar en mi declaración. Los acreedores con los que siempre se tiene que lidiar comenzaron a presionarle más de lo habitual, exigiendo pagos de los que contábamos con un acuerdo de aplazamiento. Albert llevaba años tratando siempre con ellos, se conocían y no había problema. Hasta entonces.

—Esa no es razón suficiente para actuar como lo hicisteis.

—¿Y qué coño se supone que debía hacer? —exclamó—. ¡Quería muchísimo a Albert, pero además era mi jefe! ¡Él ordenó y yo cumplí!

—¿Alguien más estaba al tanto?

—No, que yo sepa. Pero no puedo asegurarlo.

Esta vez le tocó el turno a Abel. Paseó de un lado a otro mientras se pasaba los dedos entre el cabello con nerviosismo. Al menos el corto interrogatorio había servido para apaciguar el espíritu combativo de la mujer. Quería creerla, pero, tal como había apuntado, no existían pruebas fiables que demostraran la veracidad de sus palabras. Y, para ser justos, tampoco que las desmintieran. Siguió inmerso en sus pensamientos, repasando los datos que tenía hasta el momento, para ver si le llevaban a alguna conclusión o se le había pasado algo por alto.

Hasta ese momento, aunque el día anterior Abel ya se deshizo de la camisa para recibir a Bill, Eve apenas había reparado en el torso masculino desnudo; se preguntó cuánto tiempo hacía que no contemplaba uno. Uno, además, tan bien formado como aquel.

—Deberías vestirme —comentó, refugiándose en la cocina.

Abel se encogió de hombros pero fue en busca de una camiseta, para evitar la posible incomodidad de la mujer, antes de reunirse con ella. Eso le hizo pensar en los motivos de Eve para ir a casa. La entendía, él también deseaba tomar una larga ducha.

—Entiendo que quieras asearte y ponerte ropa limpia. Podemos hacerlo, solo... Dame unos minutos para que pueda pensar en el cómo. Tanto mi edificio como el tuyo están bajo la vigilancia de Parker, lo que nos impide movernos con libertad.

—¿Movernos? ¿En plural?

—Ya te he dicho que no pienso dejarte sola. Los que te atacaron pueden estar también vigilando tu casa y aprovechar el momento en que te vean para aparecer por allí. No tenemos nada que perder siendo precavidos.

Eve no dijo nada más. Tenía parte de razón, pero prefirió callar antes que aceptarlo de viva voz.

Se produjo un silencio tenso que Abel aprovechó para fregar las tazas y los platos que habían usado, mientras seguía pensando en cómo salir del apartamento. Eve, más tranquila, se sentó en el sofá y ojeó de nuevo los mapas y los artículos.

Cuando el reloj marcó las nueve en punto de la mañana recibieron la llamada prometida de Bill.

—¿Qué hay? —respondió Abel, que se sentó en el sofá e inclinó el aparato para que ella también pudiera participar en la conversación.

—Creo que tengo la información que precisáis. Lo más probable es que la marca en el mapa de Francia corresponda a un lugar en la campiña, una aldea llamada Glozel situada a veintitrés kilómetros de Vichy.

—¿Qué hay allí? ¿Qué tiene de especial?

—El museo de Glozel. Es una propiedad creada y mantenida por la familia Fradín. En 1924, un joven de dieciséis años llamado Émile encontró un cráneo humano, algunas osamentas, vasijas de barro y tablillas grabadas mientras araba una porción de tierra de la zona que ahora se conoce como «Campo de los Muertos». Esto no sería nada excepcional, pues muchos yacimientos famosos hoy en día comenzaron de ese modo fortuito. Sin embargo, la aparición de las tablillas y de los objetos prehistóricos ponía en tela de juicio las teorías de la comunidad arqueológica del país.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Eve.

—Desde el momento del descubrimiento, varios arqueólogos e investigadores han pasado por las tierras de la familia Fradín con mejores o peores intenciones. Desde Benoit Clément, un curioso de esta ciencia, que fue expulsado al tratar de proclamarse genuino descubridor, hasta Joseph Louis Capitan, un prehistoriador del museo de Bellas Artes de París, quien al ver que no se le iba a permitir sacar provecho del hallazgo empezó a dudar de su autenticidad. Este trató de aprovecharse del trabajo de otro investigador, Antonin Morlet, quien, desde un principio, distinguió que no se trataba de cultura galorromana y publicó un librito donde explicaba sus hallazgos. Capitan intentó que Morlet renunciara a firmar aquella publicación y que colocara su reputado nombre en ella. Morlet se negó y Capitan, aprovechando la amistad que tenía con otros arqueólogos y haciéndoles ver que las piedras no se podían clasificar con los criterios ya establecidos, lanzó el rumor de que Émile había confeccionado las tablillas de barro.

»A finales de los años veinte, Capitan y un compañero del Gabinete de Antropología, Bégouen, crearon una comisión para excavar a puerta cerrada. Morlet no lo permitió y exigió la presencia de testigos. El hecho adquirió dimensiones nacionales cuando se pilló a una mujer, miembro del gabinete de Capitan, enterrando una pieza falsa con la intención de descalificar los hallazgos.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Fueron obligados a confesar, pero se atrevieron a emitir un informe donde, por unanimidad, daban por «no antiguos» los objetos glozelianos.

»Después de esto, otros doce profesionales se encargaron de estudiar la zona y emitieron un veredicto positivo en cuanto a la antigüedad; los dataron en el periodo neolítico. Pero de nuevo la envidia y el deseo de gloria hizo mella entre ellos y volvió a germinar la semilla de la discordia entre René Dussaud, quien aseguraba que la escritura tenía influencias fenicias y otro epigrafista, que afirmaba el origen occidental neolítico, es decir, más antiguo, comparándolo con otros objetos descubiertos en una gruta cercana a la población francesa de Puyravel y en Alvão, en Portugal.

»Dussaud denunció a Fradín por estafa al cobrar por ver los objetos. La Policía se incautó de las piezas y los campesinos fueron tratados como criminales. Émile fue

sometido a sesenta y tres horas de interrogatorio para lograr una confesión sobre la falsedad de los objetos. Se ordenó un informe totalmente tendencioso que, como es natural, arrojó un resultado de falsedad. Los gendarmes vigilaban a Émile tratando de sorprenderlo en flagrante delito. Pero no lo consiguieron y el caso quedó sobreesido por falta de pruebas.

—Es tranquilizador saber que esas cosas a veces funcionan en beneficio de los inocentes y que no sirven solo para dejar libres a los criminales —comentó Eve con aquel tonillo socarrón que Abel ya conocía.

—Pero no entiendo qué tiene que ver esto con el resto de los documentos —dijo Abel, obviando por completo a Eve.

—Te gustará saber que la escritura y las representaciones en los objetos y huesos de Glozel se ha comparado con las inscripciones descubiertas por una expedición portuguesa en el estado de Bahía en 1753, sobre un dintel que encontraron en una ciudad de piedra abandonada entre unas «montañas resplandecientes».

—¡El otro artículo! —exclamó Eve.

—En efecto, se parece muchísimo a la descripción que hace Lanser sobre su visión en Shasta. Pero hay un problema —añadió.

—¿Cuál?

—El documento donde se reflejan las palabras de ese grupo de portugueses, el llamado *Manuscrito 512*.

—Explícate —exigió Abel.

—Ese manuscrito se halla en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro. Su verdadero título es *Relación histórica de una oculta y gran población antiquísima, sin moradores, que se descubrió en el año 1753*, y está demostrado que es una falsificación. Los propios portugueses lo crearon para competir con otra ciudad mítica llena de riquezas, supuestamente ubicada entre Chile y Argentina, y que los españoles buscaron intensamente en la época colonial: la Ciudad de los Césares.

—Es decir, que no podemos dar credibilidad a ese dato —expuso Abel.

—Quizá no demasiada —concedió—, pero sí es cierto que la escritura de los objetos de Glozel y la fauna que aparece representada: renos, panteras y búfalos, entre otros, pertenecen a la cultura magdalenense, entre 15 y 10.000 años antes de Cristo, pues especialmente los renos ya se habían extinguido en Francia hacia esa época. Por lo que ahí sí podemos ver una relación con el periodo en el que se datan Tiahuanaco y Giza.

—Increíble —murmuró Eve.

—¿Y qué has averiguado del otro mapa? El de Ecuador —explicó.

—Pues la verdad, que esté relacionado con el tema, no demasiado, a excepción de una cueva.

—¿Una cueva? —Abel sintió como Eve se estremecía con solo nombrarla, sin

duda debido a su claustrofobia.

—Existen cuevas enormes —comentó Abel intentando calmarla tontamente—. Hay una en Francia de la que dicen que se podría construir seis veces la catedral de Notre Dame.

—¿Cómo sabes tanto de eso? —Eve lo miró a los ojos al preguntarle.

—Creo recordar que me lo comentó Harold en una ocasión. Su hijo es aficionado a la espeleología.

—¿Quién es Harold?

—Mi jefe —explicó.

—No entiendo cómo alguien se puede aficionar a lugares tan... —Trató de buscar un adjetivo que definiera el miedo que recorría sus venas con solo pensarlo. Un escalofrío fue la única respuesta que le brindó su cerebro.

—¿Qué hay en esa cueva, Bill? —quiso saber Abel.

—Aún estoy intentando reunir información sobre eso. Pero lo que he encontrado hasta ahora parece tener relación con todo lo demás. En el acta notarial levantada en ocasión de su descubrimiento en 1969, el explorador Juan Moricz hace constar que, leo textualmente: «... he descubierto valiosos objetos de gran valor cultural e histórico para la humanidad. Los objetos consisten especialmente en láminas metálicas que contienen probablemente el resumen de la historia de una civilización extinguida, de la cual no tenemos hasta la fecha el menor indicio...».

—Más civilizaciones perdidas —constató Abel.

—Eso parece, sí —corroboró Bill a través de la línea telefónica—. Como digo, de momento no tengo muchos más datos, pero seguiré investigando y os informaré de lo que averigüe.

—Muchas gracias, Bill. Nos eres de gran ayuda.

—No las merezco. Volveré a llamaros —dijo antes de colgar.

Nada más terminar la conversación con Bill, Eve se separó de Abel con un pequeño saltito, sobre su trasero, que la trasladó varios centímetros a la derecha, allí donde el sofá terminaba. Ya no había razón para que sus cuerpos estuvieran tan juntos. Y, además, aún seguía enfadada con él, se recordó.

Abel apoyó los codos en las rodillas y suspiró. Echó un vistazo a Eve solo para comprobar que se empecinaba en ignorarlo, limitándose a esperar el próximo movimiento. Chasqueó levemente la lengua con fastidio.

Aunque trataba de mantener la mirada lejos del hombre, el ángulo de visión le permitía seguir sus pasos, que en ese momento se dirigían hacia el pasillo donde debía estar su habitación. Pero antes de desaparecer completamente tras la pared, giró en redondo hacia ella y apoyó el hombro contra el marco mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Sería interesante, e incluso puede que provechoso, que intentaras confiar un

poco en mí —dijo—. Si he dicho que te llevaría a casa, lo haré. Solo déjame que piense en el mejor modo. —Eve giró el rostro hacia el lado contrario en un gesto infantil por demostrarle su enfado. Abel esperó a que se dignara brindarle una respuesta que no llegó—. Mira, Eve, te guste o no, ambos estamos metidos en esto y si colaboramos probablemente avanzaremos mucho más rápido que si nos ponemos zancadillas el uno al otro.

Ella continuó encerrada en su silencio y Abel retomó su camino hacia el dormitorio. Se detuvo cuando escuchó la voz de Eve:

—No tenemos ninguna garantía de lograr lo que te propones. Dices que el mejor modo de salvarnos —Eve levantó las manos formando unas comillas con los dedos— es llegar hasta el fondo del asunto, pero ¿de verdad crees que lo vamos a conseguir?

—Si no lo intentamos, no lo sabremos —respondió volviendo al salón.

—Y mientras tanto, ¿qué? ¿Seguimos huyendo de la Policía, comportándonos como si fuéramos delincuentes? ¿En qué crees que puede beneficiarme a mí eso? ¿Y si nos cogen? ¿Qué explicación les daremos? ¿Te has parado a pensarlo?

—Si podemos aportar pruebas...

—¿Qué pruebas? —Eve se había puesto en pie para ponerse frente a él—. ¿Una jodida bola de cristal? ¿Unos mapas? ¿La tumba de tu madre? Ya he pasado cinco años de mi vida recluida en una prisión, no deseo pasar el resto en un manicomio.

—Anoche estabas dispuesta a ayudarme. —Los hombros de la mujer cayeron como si llevara un gran peso. Abel caminó hacia ella—. Hablaste de no dar la espalda al destino, ¿recuerdas? Mencionaste unas palabras que siempre decía Albert.

La cabeza de la mujer cayó hacia delante ocultando su rostro; no quería mirarlo a los ojos. Abel la tomó por el mentón, para obligarla a que se enfrentara al presente sin olvidar su pasado.

—Era algo así como que si no lo hacías, volvías al punto de partida. ¿Y si el punto de partida comenzó hace cinco años en aquel tribunal? ¿Y si nos equivocamos...? —Ella lo obsequió con una mirada de reproche—. Está bien, me equivoqué —rectificó—. ¿Y si me equivoqué y fui yo quien le dio la espalda? Fíjate, aquí estamos, de nuevo al principio. Pueden parecer tonterías, es cierto. Pero por el motivo que fuese nuestro destino va de la mano. —Eve tardó largos segundos en contestar hasta que, por fin, puso los ojos en blanco y mostró un mohín de fastidio.

—¿Ahora viene cuando él se arrodilla y le regala flores para pedir perdón? —preguntó mirando hacia el techo y moviendo la cabeza de un lado a otro.

—No. —Abel la soltó y sonrió. Comenzaba a entender esa tendencia a la ironía que usaba para evitar derrumbarse—. Ahora viene cuando ella es razonable, aparta a un lado sus miedos y se muestra dispuesta a colaborar.

—Vale —dijo—, pero sigo necesitando ir a casa.

—De acuerdo. Aunque puedes usar mi ducha, si quieres —ofreció Abel

encaminándose él mismo hacia el aseo.

—Gracias, pero no me apetece tener que volver a ponerme la ropa sucia después, y la idea de usar calzoncillos tampoco me seduce.

—Te advierto que tengo algunos que te gustarían —bromeó.

—¿Con encaje? —Eve levantó una inquisitiva ceja, retándolo a que respondiera, pero el sonido del timbre los enmudeció.

Eve corrió a refugiarse en el pasillo, fuera de la vista de quien estuviera al otro lado de la puerta. Cuando estuvo lista, hizo una señal a Abel para que procediera. Al timbre le sucedieron unos golpes.

—Señor Simmons, soy Hite, ¿está usted bien? —El agente terminó la frase cuando Abel ya estaba abriendo la puerta.

—Perfectamente. ¿Desea algo?

—Imaginé que le gustaría saber que ha llegado el correo. Traté de que el cartero me lo entregara y subírselo yo mismo, pero se negó en rotundo.

—Gracias, agente Hite. Ahora mismo bajaré a buscarlo.

—Si lo desea, puedo acompañarlo. —La invitación sonaba demasiado a imposición.

Abel arrugó la frente. ¿Por qué se mostraba Hite tan interesado en echar un vistazo a su correo? ¿Hasta ese extremo llegaban las órdenes de Parker? Debía reconocer que no dejaba cabo suelto.

—Bien, ya que es usted tan amable... —Abel palpó el bolsillo donde tenía las llaves y cerró tras de sí.

El tiempo que generalmente tardaba el ascensor en llegar a la planta baja se eternizó. Abel prefirió no dar conversación al agente y este tampoco pareció muy interesado en ello. Se limitó a colocarse delante, dándole la espalda, frente a las puertas metálicas, como si esperara recibir alguna clase de agresión en cuanto se abrieran. Al hacerlo, dio un paso hacia un lado solo para observar el exterior. Fue un gesto muy estudiado, que probablemente le hubiera pasado desapercibido en cualquier otro momento. Después salió, ofreciéndole paso, colocando una mano en el sensor para evitar que se cerraran.

—Gracias —le dijo, encaminándose con rapidez hacia el estrecho pasillo donde estaban los buzones, junto a las escaleras que casi nadie usaba, antes de que Hite pudiera hacerlo.

Extrajo el manojó de llaves y se tomó su tiempo hasta localizar la que abría el pequeño bombín, mientras se percataba de la maniobra de su escolta, quien trataba, por todos los medios, de colarse hacia el otro lado al observar que las pequeñas puertas se abrían hacia él y no podría ver el contenido. Abel retrasó una pierna entorpeciéndole el paso y entreabrió la portezuela lo justo, guiñando un ojo al agente mientras asentía. Extrajo un par de sobres rápidamente, procurando no mostrarlos, y

volvió a cerrar con la misma celeridad.

—Gracias, agente Hite. Subiré por las escaleras —dijo dándole la espalda y abordando los escalones con energía.

—¿No usa el ascensor? —preguntó el policía sin ocultar su disgusto.

—¡Hay que hacer ejercicio! ¡Y solo son dos pisos! —gritó para que le oyera.

Encontró a Eve en el mismo lugar donde la dejó. En cuanto hubo cerrado la puerta, la mujer empezó a respirar con normalidad. Abel miró el remitente del primero de ellos y entonces fue él quien se quedó petrificado y sin respiración.

—¿Qué demonios pasa? —quiso saber ella.

Abel le tendió el sobre como respuesta. En él, con la misma letra refinada y clara de las notas que les llevaron hasta la habitación subterránea, en el remite rezaba el nombre de Peter Simmons y su dirección. Eve ni siquiera se atrevió a tocarlo.

—Creo que deberías ser tú quien lo abriera —le dijo sin apartar los ojos del sobre.

Abel tardó unos segundos en comprender las palabras de Eve. Su mente se negaba a funcionar, únicamente era capaz de sostener la carta entre los dedos. Sus ojos recayeron sobre el borde troquelado y como un autómatas tiró de una punta para rasgarlo. Eve dio un involuntario paso atrás.

Del interior, Abel extrajo dos estrechas y alargadas cartulinas y un papel cuadrado.

—¿Qué es? —preguntó al ver cómo los ojos del hombre se abrían desmesuradamente.

—Dos billetes de avión a Ecuador, expedidos por American Airlines. Para esta misma noche —dijo mostrándoselos—. Uno lleva tu nombre; el otro, el mío.

—Pero, ¿cómo...? —El aliento quedó atascado en su garganta.

Abel tampoco respondió a esa pregunta. Adelantó la mano en la que sostenía el papel cuadrado y lo giró frente al rostro de Eve. El diseño de los dos círculos concéntricos llenó su campo visual.

Parker levantó la vista de los sumarios solo para echar una ojeada a la última denuncia interpuesta por Eve Swan. En realidad ya la había leído, pero sus ojos fueron hacia las páginas que la componían como si fueran el punto y final de una historia. Nada más lejos de la realidad. Aquello no daba fin a nada, se dijo. Más bien era el punto y seguido de un relato inacabado.

Encendió un cigarrillo mientras miraba, esta vez, el cenicero relleno con arena aromática que le había proporcionado Brian y reprimió como pudo una carcajada. Ese muchacho sabía cómo ganarse al jefe, no cabía duda. Sin embargo, el hecho de comprarlo y entregárselo era como la aceptación de un acuerdo tácito de silencio con respecto a la infracción que estaba cometiendo. La jodida cadena de favores en las relaciones humanas, pensó. Por mucho que tratara de evitarla, se presentaba hasta en los más nimios detalles de la vida.

Sin saber cómo, se coló en su mente la relación entre Albert Grant y Eve Swan. Jefe y empleada. El mismo patrón.

Según el proceso del crimen sabía que Grant fue quien proporcionó trabajo y estabilidad a la mujer, una huérfana sin familia ni perspectivas de futuro. Y según la declaración de Swan, en el procedimiento por malversación, esta alegaba la petición de silencio de Grant al solicitarle que retirara los fondos de la cuenta y apuntaba al alarmante estado de nervios del sujeto. Ella lo hizo sin cuestionarlo. Otra cadena de favores, pero que se había cobrado una víctima. Bueno, en realidad dos: la vida de Grant y, por lo que sabía de las dificultades que encontraban los ex convictos, también la de Eve.

Recordó las palabras de Haidt, de su época de estudiante de Psicología: «Las emociones ejercen una poderosa influencia en los juicios morales, incluso cuando se activan por cuestiones no relacionadas con la moralidad». Su experiencia le decía que, la mayor parte de las veces, las emociones intensas llegaban a supeditar a la razón. De modo que, aunque evidentemente no había pruebas que demostraran las palabras de Eve ante el tribunal, Parker tendía a concederle un voto de confianza.

Así que únicamente quedaba un camino por explorar: si Albert Grant criaba malvas desde hacía años y daba credibilidad al testimonio de Eve Swan, solo un factor de aquella regla de tres quedaba por investigar: Industrias Kaine.

Y, para no olvidar nada, quedaba también un misterio: ¿qué relación existía entre Eve Swan y Peter Simmons?

Tendría que ir por partes. Obtener todas las piezas del puzle era requisito imprescindible para poder montarlo de forma correcta.

Separó el asiento de la mesa empujando con los pies y las ruedas de las patas hicieron el resto. Se levantó acusando cierto dolor muscular por llevar demasiado tiempo en la misma postura y caminó hacia la puerta.

—Brian —el auxiliar levantó la mirada de los papeles para atenderlo al instante—, quiero que me consigas una entrevista con Kaine.

—¿El magnate de Industrias Kaine? —preguntó, incrédulo.

—¿Algún problema?

—Ninguno. A la orden, jefe.

Parker sonrió a escondidas y volvió a encerrarse en su despacho. Quería tomar unas notas de cuanto había leído. El éxito en cualquier empresa solo se obtenía atendiendo a todos los pormenores.

En los siglos futuros, una hora vendrá en la que se descubrirá un gran secreto hundido en el océano: se encontrará la poderosa isla. Tetis revelará nuevamente la región, y Thule, a partir de entonces, no será ya el país de la extremidad de la Tierra.

Medea. Lucio Anneo Séneca

Septiembre de 1934. Múnich

Alfred escuchaba absorto las palabras de Otto Rahn, hombre de nariz prominente y, aunque joven, de acusadas entradas en el ralo cabello. Ya la primera vez que mantuvo una conversación con él, lo cautivó hasta el punto de adquirir un ejemplar de su libro *Cruzada contra el Grial*, publicado un año antes. Sus investigaciones en las grutas de Ariège lo fascinaron. Desde entonces, se reunían en casa, acomodados en un rincón especialmente acogedor, rodeados de cultura y obras de arte requisadas, a la luz del fuego del hogar, mientras dialogaban amistosamente e intercambiaban opiniones.

—Por eso estoy de acuerdo contigo en cuanto a esa batalla entre la luz y la oscuridad a la que te has referido —terminó Rahn.

Alfred removió brevemente su té antes de dar un sorbo, mientras pensaba en el mejor modo de exponer la siguiente idea a Rahn. Hacía poco que había sido elegido para dirigir la Oficina para la Promoción de la Literatura Alemana y la Federación Cultural Nacionalsocialista; sin embargo, su interés por el área de investigación de Rahn le hacía desear una estrecha colaboración.

—En efecto, todos los acontecimientos tienen un significado. Me inclino a pensar que el habernos conocido también lo tiene —dijo. Rahn sonrió asintiendo—. Con respecto a esa luz de la que hemos hablado, incluso los griegos conservaron el conocimiento de esa «Tierra de Sol Eterno». Según ellos se extendía «más allá del dios Bóreas».

—Supongo que te debes de referir a Hiperbórea, ¿no es así?

—En efecto.

—Piteas de Marsella, un sabio y navegante del siglo V antes de Cristo, también habló de una tierra cerca del Ártico cuyos pobladores le contaron acerca de otras situadas más al norte a la que llamaban «mar Sólido» y donde las noches duraban casi veinticuatro horas. —Rahn dejó su taza sobre la pequeña mesita de té—. Piteas la llamó Thule, como el grupo al que me dijiste que habías pertenecido.

—Sí, Thule; la tierra más distante. Situada precisamente en un extremo norte, cercano a Groenlandia o Islandia y de la cual tenemos razones para pensar que desciende nuestra gran raza. La patria ártica de los Vedas, cubierta por nieve y hielo, los arios tuvimos nuestro origen cerca del actual Polo Norte en la era paleolítica, si nos basamos en el Avesta, los libros más antiguos y sagrados de la humanidad. Evidentemente —Alfred también dejó reposar su té antes de continuar—, ese paraíso no siempre fue helado. Según Diodoro de Sicilia, el suelo de la isla era excelente y noble por su fertilidad. Y también Roger Verceel habla de la frondosidad de árboles gigantes en Groenlandia y el Spitzberg. Su congelación debió de producirse al cambiar el eje de rotación de la Tierra, desplazando los polos y tornando el clima desfavorable para la vida. Los habitantes, aquellos que sobrevivieron al cataclismo, tuvieron que emigrar hacia el sur.

—Eso me recuerda una noticia antigua —comentó Rahn, que arrugó la frente, intentando recordar—. Algo que ocurrió, más o menos, el año en que nació.

—Debes referirte al descubrimiento, cerca de las islas Aleutianas, de un ser primitivo congelado.

—Sí, eso es.

—Yo viví esa noticia con entusiasmo. Vino acompañada del descubrimiento casi paralelo de un animal: un mamut gigante también congelado. Esto recuperó otro descubrimiento anterior, si la memoria no me falla, de finales del siglo XIX, de otro animal de la misma especie. Al realizar la investigación pertinente encontraron plantas aún sin digerir en las entrañas de la bestia, plantas pertenecientes a un clima templado. Por entonces los científicos explicaron que la congelación debió producirse de forma muy rápida. —Alfred cambió la postura descruzando la pierna solo para proceder a cruzar la otra—. Por mucho que me cueste dar credibilidad a las palabras de esa bazofia judía, Einstein afirma que la enorme cantidad de hielo que rodea los polos puede tener un espesor de tres kilómetros. Si esas toneladas de hielo se formaran de un modo desproporcionado harían que toda la Tierra se sacudiese como una rueda con un enorme peso colocado en el borde. La vibración bastaría para que la corteza de la Tierra se moviera súbitamente. Esto tornaría zonas que habían sido templadas en árticas, en muy poco tiempo.

—Entiendo cuanto me explicas, pero no logro vislumbrar hacia donde te diriges.

Alfred sonrió, sabedor de que había conseguido despertar la curiosidad de su amigo por completo.

—Como muy bien aseguras tú mismo, las leyendas de pueblos paganos fueron asimiladas por el cristianismo y se transformaron luego en lo que sería la tradición del Santo Grial. —Rahn asintió—. Muchas veces, en esta misma casa, en estos mismos sillones, tal como hoy, hemos hablado de la posibilidad de que el Santo Grial fuera en su origen algo que después adoptaron las distintas tradiciones y religiones

otorgándole nombre, figura y significado.

—Te sigo —respondió Rahn ante la pausa de Rosenberg.

—Quiero que continúes con tu investigación, Otto, pero que lo hagas para la gloria de la raza aria. Encuentra el Grial, o Graal, para nosotros, nuestra enseñanza perdida.

—Me halagas, Alfred, pero no sé cómo...

—Yo mismo organizaré un encuentro con aquellos que deberán apoyarte en esta misión. Estoy seguro de que se sentirán tan esperanzados como yo.

Otto trató de explicar lo mejor que pudo su teoría acerca de la piedra Graal —la única ley válida para los arios— frente a los cinco hombres, que lo escuchaban atentos. Todos, a excepción de Rosenberg, trataban de no demostrar mediante gestos lo que pensaban, así que no podía hacerse una idea de si su exposición estaba siendo asimilada y entendida, y no para después recibir el apoyo que Alfred y él perseguían.

—El término *graus* se supone que tiene su origen en la lengua de oil, usada en el norte del Loira, en la Francia antigua. Se corresponde con el latín *gradalis*, que significa «plato hondo». Otra posibilidad es que venga de los términos del francés *greal* o *grasal*, del provenzal *grazal* o del catalán antiguo *gresal*, que significa «recipiente hueco». En cualquier caso, se asocia también al término *gorr* o «piedra preciosa», y a la palabra *al*, «fragmento», que en contracción corresponde a Grial. Así pues, podemos deducir que su verdadero significado es: «piedra preciosa grabada».

—Por lo que esto podría dar explicación al símbolo cristiano de la esmeralda desprendida de la frente de Lucifer cuando Dios lo expulsa de los Cielos —intervino Rosenberg, satisfecho.

—Interesante —aprobó Himmler.

Los otros tres hombres permanecieron en silencio, dos de ellos únicamente intercambiaron una mirada indescifrable que terminó coincidiendo en el tercero: este, que había hecho de la palabra «líder» su propio nombre, lo miraba intensamente y no abrió la boca en ningún momento. El silencio se extendió durante varios minutos hasta que por fin lo rompió.

—Y ¿por qué cree que podría localizarla en Francia?

Rahn se cuadró y respondió con diligencia:

—Por el estudio que he realizado de la obra de Wolfram von Eschenbach, mi *Führer*.

—Explíquese —exigió.

—Bien. Primero porque Wolfram, al buscador del Grial y rey del Grial, les da el nombre de Parzival, que significa «corte por el medio». Percavel es «bien cortado». La antigua palabra provenzal *trencavel* indica lo mismo. Es decir, que el vizconde Trencavel está representado en el poema como el mismísimo Parzival. —Carraspeó

—. En segundo lugar, porque Adelaida de Carcassonne y su hijo Trencavel eran parientes cercanos de la condesa Esclarmonde de Foix. Esta, como señora del castillo Montségur, era la señora del castillo del Grial Muntsalvatsche. Y, por último, porque el nombre de Muntsalvatsche significa, «monte salvaje». Si se toma como raíz la palabra francesa *sauvage*, veremos que viene del latín *silvaticus*: «bosque» —explicó—. En el dialecto de la zona «monte salvaje» corresponde a «*moun salvatgé*». Richard Wagner, compositor del *Parzival*, llama al castillo del Grial «Montsalvat», es decir, monte de Salvación, montaña del Reposo o monte Seguro: Montségur. —Otto se permitió una sutil sonrisa de autosuficiencia que no duró más que un parpadeo—. El estudio de la obra de Wolfram viene a hablarnos de una tradición y sabiduría primigenias, simbolizadas por la piedra Graal, el *lapsit exilis* o *lapis elixir*: la piedra filosofal alquímica. —Juntó sus manos tras la espalda tratando así de secar el nervioso sudor de las palmas—. Además, hace unos años ya estuve investigando en aquellas tierras y, aunque no conseguí encontrarlo, sí obtuve testimonios tan interesantes como el de un pastor del lugar. Me dijo que cuando todavía se mantenían en pie las murallas de Montségur, los Puros guardaron en ella el Santo Grial. El castillo estaba en peligro. Las huestes de Lucifer se encontraban ante sus murallas y ansiaban poseer el Grial para ponerlo en la diadema de su príncipe.

—Sin duda, locas fantasías de un anciano senil —rebatíó.

—El historiador Antonin Gadal es de mi misma opinión y sospecha que debe de encontrarse guardado en las cuevas del Sabarthés, o posiblemente en la de Ormolac, Fontanet o Lombrives —se defendió.

De nuevo el silencio extendió su opresivo manto entre los presentes. Otto lo sintió más tenso que el resto y buscó con la mirada los ojos de Alfred, tratando de encontrar algo del ánimo que sentía desfallecer. Era hora de ofrecer una posibilidad que no pudieran ignorar, algo que habían buscado desde los inicios de su aventura hacia el poder.

—Rahn cree que la piedra pagana llegó desde Persia, cuando cayó el legendario reino de Thule, la tierra de los hiperbóreos, la semilla originaria de nuestra estirpe. Aquellos que estaban en posesión de todos los secretos del mundo.

Tal como esperaba, las palabras de Rosenberg devolvieron un renovado interés por sus investigaciones.

—En el caso de que encontrara algo, ¿nos lo entregaría?

—Sí.

—Adelante entonces, puede proceder a organizar su expedición y proseguir sus estudios.

Salió a los jardines a pesar de que la temperatura ya no era agradable, pero sabía que el aire libre le sentaría bien a sus nervios. Caminó a buen ritmo, descargando en cada paso parte de la energía que sentía bullir dentro de sí. Esa fuerza no era buena

para el cuerpo humano que ocupaba, el cual, aunque aún no se evidenciaba físicamente, ya comenzaba el declive en su salud. Respiró hondo, llenando sus pulmones con el aire que creía pertenecerle. Todo cuando sus ojos abarcaban le pertenecía. Lo había ganado. Le gustaba el poder y lo disfrutaba con plenitud. Debía calmarse. En sus manos había millones de vidas, fieles ovejas que se dejaban guiar ciegamente y le conferían la capacidad de controlarlo todo. Ser líder significaba atraer a las masas y nadie las atraía como él. La gente necesitaba un miedo saludable, querían algo que temer, querían que alguien los asustase para volverlos terriblemente sumisos. El terror era algo absolutamente indispensable.

Nada escapaba a una decisión suya. Incluso se había encargado de que la futura camada de aquellos débiles y maleables seres fueran exactamente como él quería y se los instruyera desde su nacimiento en las leyes que él mismo impartía.

Cuando Rahn terminó su exposición prefirió abandonar la sala, necesitaba estar solo para dar rienda suelta a su inquietud. El delgaducho hombrecillo se acercaba demasiado a la verdad. Al menos teóricamente.

Aún no estaba seguro de si le gustaba o no dejar en sus manos tan importante búsqueda; sin embargo, tenía la certeza de no encontrar a esas alturas a otro mejor preparado para tamaña empresa. Intuía que no quedaba tiempo. Y debía reconocer que lo había encontrado muy atinado en sus hipótesis acerca de la verdadera entidad del Grial.

La piedra. Y no ese objeto venerado por el cristianismo, invención de mentes débiles que promulgaban dogmas inconsistentes y los imponían a la fuerza.

Él mismo había llegado a la conclusión de que solo podría encontrarse en una cueva, en el interior de alguna montaña, al igual que desde siempre los buscadores de tesoros se dirigieron al mar para localizar el cristal. Pero ¿y si Rahn era un Elegido? ¿Qué pasaría entonces? La incertidumbre sobre ese detalle era lo que conseguía exacerbarlo. Aunque la razón lógica y el porcentaje de probabilidades de que hubiera dado con uno y que ese uno, además, llegara hasta él de forma tan fortuita, era muy baja. Bajísima, se dijo. Casi inexistente.

El Graal. La piedra negra.

Relegó al olvido su otra inquietud: la fuga de Sebottendorff. Sintió cómo le ardían las manos solo de pensar en tocarla.

Había urdido todo aquel plan para atacar a Adama y colocarlo en una situación comprometida que no pudiera controlar, pero debía reconocer que obtener aquel objeto sí que llamaría definitivamente su atención. Si sus cálculos eran correctos incluso lo haría salir de su queridísimo hogar. Después, él se las ingeniaría para exponerlo al mundo y, desde luego, a los suyos. Le sería imposible escapar, soñó. O incluso era posible que cayera en la trampa de ofrecer su reino a quienes lo buscaban con tanto ahínco. Y estos llevarían la destrucción a su mismísimo corazón. Él se

encargaría de que ocurriera así.

Sí, dejaría que Rahn buscara el Graal para que se lo entregara. Después se desharía de su innecesaria y problemática presencia, fuera quien fuese realmente.

Marzo de 1939. Múnich

—¿Qué significa esto? —preguntó mirando a Himmler, Hess y Rosenberg alternativamente.

—La dimisión de Rahn.

—¿Dimisión? —repitió, alterado.

—Sí, la recibimos ayer mismo en las oficinas de la Ahnenerbe —respondió Himmler—. He de decir que estoy muy decepcionado con su proceder.

—¿Quién la entregó?

—Llegó con el correo ordinario.

—¿Algo más?

Hess miró a Rosenberg como buscando permiso para contar lo que le habían dicho en confianza. Este asintió, apesadumbrado.

—Conocemos la existencia de una carta enviada a un conocido suyo donde exponía su preocupación por la patria y se preguntaba en qué se había convertido.

—Intolerable —murmuró Himmler—. Pero ¿qué se podía esperar de alguien sin la pureza racial imprescindible para tan noble causa?

—Tú mismo recomendaste la lectura de su *Corte de Lucifer* a los tuyos, y le diste el valor de «transcendental evangelio». —atacó Rosenberg.

—Y tú lo trajiste hasta nosotros para que nos traicionara de esta deshonrosa forma —respondió con dureza.

Furioso, el líder golpeó la mesa con vigor antes de levantarse y abandonar la estancia. Himmler fue tras él. El portazo resonó en los oídos de los otros dos hombres, como un trueno antes de que comenzara la tormenta.

—¿Qué opinas de todo esto? —quiso saber Hess, que, de brazos cruzados, apoyó la espalda junto a la puerta. De ese modo evitarían sorpresas.

Rosenberg, cansado, volvió a tomar asiento.

—Sinceramente, no entiendo su ira. Después de todo, quien debería sentirse peor soy yo. Otto era mi amigo. Y, además, las expediciones que se iniciaron en el Tíbet tampoco han arrojado resultados. —Se encogió de hombros—. No lo he visto comportarse de esta forma por ello. —Hess se pasó una mano por el rostro, preocupado—. ¿Qué piensas?

—¿Recuerdas que en alguna ocasión ya te comenté que creía que se nos iba de las manos? —Alfred asintió—. Cada vez estoy más convencido de ello. ¿Puedo hacerte una confesión?

—Por supuesto.

—No hace mucho que vengo observándole un comportamiento muy extraño. Más del habitual. Creo que Belial está agotando la vida del cuerpo que le entregamos, que comienza a deteriorarse —explicó—. He visto cómo algunas veces pierde el norte por completo.

—Ha habido momentos en que yo también lo he perdido.

—No hablo de situaciones extremas en las que no sabes cómo actuar, sino de algo más drástico y alarmante. Creo que hay veces en que la verdadera conciencia del hombre se abre paso por unos pocos segundos. Entonces habla de suicidio, de terminar con una vida que no es suya —confesó.

—Eso... ¿ocurre a menudo?

—No. Esporádicamente.

—Entiendo.

Alfred apoyó el codo en el reposabrazos del sillón y dejó que la cabeza descansara en su mano, adoptando un gesto pensativo.

—Debemos hacer algo, Alfred.

Rosenberg se levantó y caminó hasta una de las ventanas, por la que escudriñó el exterior antes de mirarlo, alarmado.

—No creo que sea un buen lugar para buscar soluciones a ese problema, Rudolf. Ni siquiera para hablar sobre todo esto.

—¿Acaso hay un lugar seguro? Tú y yo hemos sido testigos de su poder.

—En cualquier caso, creo que debemos ser más cautos.

—Tengo miedo, Alfred. Si en una de esas ocasiones que recupera la lucidez consigue quitarse la vida, ¿quién crees que será su próximo objetivo? —Rosenberg abrió los ojos, al entender por fin la inquietud de su camarada y caminó hasta él—. Sebottendorff me lo advirtió.

—Dame tiempo, Rudolf. Buscaremos el sello.

—¿Y si no damos con él?

Alfred puso una mano sobre el hombro de Hess después de palmearle la espalda para infundirle ánimos.

—Salgamos de aquí.

Confianza. Esa era la palabra que había utilizado Abel. Su petición: confianza y colaboración. Con esos pensamientos llenándole la cabeza, sus ojos se trasladaron hasta el pasillo por el que había desaparecido. Podía oírlo trajinar en el dormitorio, preparando la maleta. Era más que evidente que pretendía utilizar el billete de avión que iba a su nombre, sin plantearse ninguna cuestión, sin pesar en la balanza de ventajas e inconvenientes, dispuesto a afrontar cualquier cosa, voluntariamente ciego a lo que le deparara el viaje. De pie, con las manos apoyadas en la fría encimera de mármol, intentó verlo como él. Pero para ella no era tan sencillo.

Confianza, sí. Pero ¿en qué?, ¿en quién? Su sentido práctico y conservador batallaba contra lo que conllevaba satisfacer esa petición.

Los hechos se habían sucedido tan rápido que apenas daba tiempo a asimilarlos todos. Tal como mencionara Abel, parecía que lo vivido hasta el momento hubiera formado parte de un plan misterioso que solo había servido para identificar las piezas que más tarde jugarían la partida. Pero, dando credibilidad a esa suposición, todavía se le ocurría una pregunta: ¿cuál representaba ella? ¿Un peón? ¿Un alfil, quizá?

Las fotografías escondidas en aquella especie de búnker; su nombre grabado en la tumba, revelado por la única persona que podría comprender las pistas que conducían a la clave para lograrlo y que era, a su vez, la última a la que hubiera deseado ver después de salir de aquel infierno; el hecho de poder tocar la esfera de cristal sin que esta la hiriera; el ataque doble de aquellos dos extravagantes tipos... Todo ello se arremolinaba, junto con la información que arrojaban los artículos y los mapas, para producirle el bloqueo mental en el que se encontraba. Las ideas y reflexiones giraban en un tornado que amenazaba con tragarse todo lo demás, incluida su propia cordura.

¿Qué quedaba de cuanto había imaginado para su futuro? ¿En qué y cómo cuadraba con lo que estaba viviendo o lo que quedaba por vivir? ¿Qué malvado duende se empeñaba en sabotear su rueda de la fortuna? ¿Acaso tendría que viajar para encontrar a las tres Moiras y torturarlas hasta que prometieran dejarla en paz?

La palabra confianza llevaba la misma peligrosa carga que fe. El problema radicaba en que ella había perdido la suya por el camino, muy atrás, casi al comienzo. No podía decir exactamente cuándo, aunque para ser justa reconocía que en un momento de su vida creyó recuperarla. Quizás eso es lo que peor llevaba: haberla recuperado para volver a perderla, pero en esa ocasión fue ella la que la dejó caer. Se podía vivir sin fe, seguir adelante dejándose llevar por la corriente, subsistiendo sin poner demasiado empeño en alcanzar metas. Si tenían que llegar, estas llegarían

igualmente. Quizá no con la misma calidad o en el menor tiempo posible, pero al menos no correría el riesgo de perder el alma durante el proceso. Esa había sido su máxima hasta el momento.

Sin embargo, Abel, un hombre que tampoco había disfrutado de una vida fácil, se permitía el lujo de continuar creyendo que existía. Alguien que tenía serias dudas acerca de lo que le habían hecho creer en cuanto al asesinato de su madre a manos del padre. No pensaba parar hasta averiguar qué otro secreto guardaba ese padre, también muerto a manos de otro individuo y que jamás ejerció como tal. Era capaz de llegar al fondo de un asunto por complicado y peligroso que fuera y, a la vez, anteponer la ley escrita a sus propios juicios morales, siempre que llevara una toga puesta. Estaba dispuesto a creer a pies juntillas cuanto se le presentaba e incluso a utilizar unos billetes de avión enviados por Dios sabía quién aludiendo a que alguien debía de estar ayudándolos. Ese hombre, esa rara mezcla de determinación, esperanza y optimismo, esperaba de ella algo que no estaba segura de poder ofrecer. Pero que, a un tiempo, suscitaba preguntas como: ¿era posible volver a creer sin correr riesgos?

—Imposible —murmuró sin darse cuenta que lo hacía en voz alta.

—¿Qué es imposible? —La pregunta llegó desde el salón.

Abel se esforzaba por cerrar la cremallera de una maleta pequeña que le estaba presentando serias dificultades.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente para ver que algo te preocupa tanto como para estar considerando nuestro viaje. Estaremos de vuelta dentro de tres o cuatro días. Puedes llamar al trabajo y decir que te ha surgido algo urgente, no sé, pensaremos en una excusa razonable.

—No es el trabajo lo que me preocupa. En realidad, la señora Blasky no se enterará de nada.

—Entonces, ¿piensas en cómo saldremos de aquí? —probó.

—No. No he pensado en ello.

Abel gesticuló haciéndole saber que si ese no era el problema, no comprendía cuál podía ser. Era muy cómico verlo arrodillarse sobre la *trolley* para forzarla a cerrarse.

—Olvídalo —dijo para ganar tiempo.

—Yo sí he estado pensando en la forma de salir, pero necesito saber si serías capaz de caminar por la cornisa un par de metros para llegar a la tubería general y bajar por ella.

—¿No hay otra opción?

—Descolgarte con una cuerda desde la ventana. De todas formas tendremos que usarla para hacerte llegar mi maleta —aclaró señalándola—. No puedo llevarla conmigo cuando salga, si no quiero tener problemas con Hite.

—Creo que optaré por la tubería.

—La cornisa tiene casi medio metro de ancho, así que no creo que tengas problemas. Solo una cosa: deberás hacerlo lo más rápidamente posible, para no llamar la atención de los viandantes.

—Claro..., solo eso —dijo con el sarcasmo acostumbrado.

Mientras Abel terminaba de reunir cuanto creía necesitar, Eve siguió con la mirada su deambular por el apartamento. Observó que usaba la mano herida sin dificultad, aun cuando la venda había perdido consistencia y corría el riesgo de levantarse la ampolla de piel quemada. Caminó hacia él.

—Ven, te arreglaré el vendaje.

Él alzó la mano un segundo, dejándola caer al siguiente y sonriéndole antes de volver a atender a la maleta para rodearla con un par de cuerdas.

—¡Oh!, no importa.

—Te harás daño si no la proteges debidamente.

—No tenemos tiempo para eso. Atendamos primero lo más urgente. Salir de aquí. ¿De acuerdo?

—Es tu pellejo —respondió ella encogiéndose de hombros.

Abel terminó de anudar el cordaje como creyó más conveniente, tirando con fuerza de los cabos varias veces para asegurarse de que estaban bien sujetos.

—Bien. Creo que así servirá. Vamos —dijo conduciéndola hasta su dormitorio—. Saldrás por aquella ventana.

La habitación de Abel, de blancas paredes, estaba decorada con un conjunto de cama individual, mesita de noche, galán y un armario en color wengué. La colcha y las cortinas eran de un verde llamativo y un cuadro abstracto de distintos tonos del mismo color y escasas pinceladas de rojo completaban la estancia. Sobre la cama, perfectamente hecha, descansaba un cojín del mismo tono de la madera.

—Tienes buen gusto —apreció.

Al volver la vista hacia él, comprobó que ya había abierto las hojas de la ventana por completo y se asomaba al exterior.

—No tendrás problemas para salir por aquí —le dijo cuando se acercó—, el alféizar es muy estrecho. Te ayudaré para que quedes de cara a la pared una vez que estés fuera. Es mejor así, para que después no tengas que dar ningún giro peligroso. Únicamente debes ir hacia la tubería y agarrarte a ella con ambas manos.

Eve dejó que sus ojos siguieran todo el recorrido hasta llegar a la acera, unos ocho metros más abajo y prefirió no hacer conjeturas que la pusieran más nerviosa de lo que estaba.

—¿Ves las abrazaderas que la sujetan a la pared? —Eve asintió—. Son lo suficientemente grandes para que puedas apoyar las puntas de los pies.

—Bien. Vale. De acuerdo —dijo para convencerse, agitando los brazos y dando

pequeños saltitos para liberar la tensión—. Puedo hacerlo.

—Cuando estés abajo, descolgaré la maleta.

Eve asintió mientras ponía las manos sobre el marco y comenzaba a levantar una pierna dispuesta a traspasar el tabique. Pero antes de que su pie se despegara diez centímetros del suelo, Abel la tomó por los hombros obligándola a mirarlo.

—Ten mucho cuidado. No podría perdonarme que te ocurriera algo.

—Bueno —respondió, sonriendo con una fingida picardía que no consiguió borrar del todo la preocupación que reflejaba su rostro—, no es la primera vez que juegas con mi vida. Si superaste el hecho de meterme en la cárcel, podrás soportar también eso.

Abel iba a responder a su pulla, pero, antes de que pudiera hacerlo, Eve le guiñó un ojo. Volvió a su posición anterior y la sujetó por un brazo para proporcionarle seguridad, hasta que todo su cuerpo descansó sobre la cornisa.

—Vamos allá.

Hizo resbalar el pie derecho varios centímetros hacia la derecha, después deslizó el brazo antes de mover el cuerpo hacia allí para descansar el peso y ganar el primer paso.

—Así vas muy bien —la animó Abel.

Eve prefirió no responder y concentrar todos los sentidos en lo que estaba haciendo. Calculó que necesitaría realizar la misma operación tres veces más para alcanzar la tubería y descender. Con las palmas de las manos pegadas al ladrillo visto y el tronco ligeramente inclinado hacia delante, repitió los pasos poco a poco, sin apresurarse más de lo necesario, asegurando cada tramo. Cuando el voladizo se terminó y pudo cogerse a la gris tubería, respiró profundamente y buscó a Abel con la esperanza de que un gesto suyo le infundiera valor.

Lo encontró aún asomado, con los dedos acusando la fuerza con la que agarraba el alféizar. Le devolvió la mirada mientras asentía con determinación.

—Puedes hacerlo —aseguró.

Volvió a prestar atención a sus pies, mientras pasaba el derecho para rodear la tubería con brazos y piernas. Torció los dedos de las manos con fuerza, aferrándose a la primera abrazadera. Después, doblando una de las rodillas hizo descender su cuerpo para localizar la siguiente un metro más abajo. Se aseguró de que el soporte sostendría el peso antes de dejarse caer, apoyándose firmemente sin aflojar ni un ápice los garfios que en ese instante formaban sus manos, hasta que volvió a la posición inicial. Sin pensarlo más, atacó el siguiente nivel, pero cuando pisó sobre la junta, los tornillos que la fijaban a la pared se soltaron y quedó sujeta únicamente por la parte izquierda. Su estómago dio un vuelco antes de que el corazón bombeara veloz en el pecho y los latidos sonaran atronadores en el interior de sus oídos. Tiró con fuerza de las manos, para volver a poner el cuerpo en vertical. Cuando se sintió

segura de nuevo, hasta donde la situación lo permitía, tragó el nudo que se le había formado en la garganta antes de encargarse de su agitada respiración. Inspiró profundamente por la nariz y soltó el aire por la boca, todo lo lentamente que fue capaz.

Sus ojos cobraron vida propia buscando alocadamente una sujeción alternativa. Dio con una gruesa manguera de la red eléctrica que abastecía cada apartamento. Asida a ella, Eve volvió a descender buscando a tientas el lado de la abrazadera que aún se mantenía atornillada a la pared. Cuando dio con él, utilizó las agarraderas de la manguera para apoyar el pie izquierdo y salvar el espacio. Repartido el peso entre ambos bajantes y una vez superado la mitad del recorrido, respiró pausadamente. Un tramo más y podría alcanzar el suelo de un salto.

Cuando finalmente las suelas de sus zapatillas se asentaron sobre la acera, las piernas y los brazos le temblaban. Dobló el cuerpo hasta reposar las manos en las rodillas y volvió a tomar aire, exhalando lentamente. Algo más recuperada alzó la cabeza para encontrarse a un Abel sonriente que le alzaba los pulgares en un mudo aplauso.

La maleta no tardó en aparecer y se preparó para recibirla. Abel dejó que cayera con rapidez, cuidando que Eve la cogiera sin problemas. En lugar de esperar a que deshiciera los nudos, el hombre tiró las cuerdas también hacia abajo antes de desaparecer y volver a emerger mostrándole su bolso.

Ella le hizo una señal para que lo dejara caer sin más. Era bastante ligero y podría cogerlo antes de que se estrellara. Abel asintió.

Con el bolso en su poder, esperó a que Abel se reuniera con ella mientras se afanaba por enrollar los cabos y los afianzaba a una de las asas para que no colgaran. Ya tendría tiempo de quitarlos él mientras ella tomaba esa ducha tan bien merecida.

—¿Vienes a tomar un café, Bill?

Oyó la pregunta a su espalda.

Paul, uno de los especialistas que trabajaba en el Departamento de Antropología del museo, esperaba en el vano de la puerta a que le respondiera.

—No, pero gracias. Tengo que terminar algunas cosas.

—De acuerdo. Hasta luego —se despidió.

A media mañana siempre existía un lapsus de tiempo en el que la mayoría del personal del museo se turnaba para descansar unos minutos. Por lo tanto, el ir y venir de gente se reducía considerablemente y era el momento idóneo para las gestiones privadas. En lo que a ese día se refería, tenía que realizar un par de llamadas telefónicas importantes.

Pensar en la primera lo excitaba positivamente. La investigación, o lo que fuera que hacían Eve y Abel, estaba íntimamente relacionada con la misma que él llevaba de forma secreta, ajena al museo. La búsqueda de antiguas y desaparecidas

civilizaciones era apasionante y estimulaba en él una insaciable necesidad de saber. La segunda llamada le provocaba temblor de piernas y un miedo que se apoderara de su mente hasta bloquearla.

Odiaba sentirse así, el terror lo volvía cobarde. Y precisamente esa cobardía unida a su vanidad no era un buen cóctel. Para acallar su conciencia se había repetido mil veces que aceptar el trato de Kaine tendría como recompensa un conocimiento que cambiaría por completo la concepción del mundo tal como se entendía. Aportaría verdades y una sabiduría que hasta el momento le habían sido negadas al ser humano. Pero en realidad, era su incansable búsqueda del reconocimiento lo que perseguía. Aceptó sin detenerse a evaluar los daños colaterales que podría provocar.

Solo el hecho de conocerlo y ser testigo de su poder lo emocionó, al principio; después lo horrorizó, cuando supo de las artimañas y los engaños de los que se valía para perseguir un fin que no compartía con nadie. Solo Kaine conocía la meta que se proponía conquistar.

Lo tentó, sabiendo en cada momento qué palabras usar y qué teclas debía tocar, como si, paradójicamente, su ética fuera un piano bien afinado. Le ofreció la recompensa con la que hasta el momento solo se había atrevido a soñar, mostrándole pruebas de que era capaz de cumplir lo que prometía: el descubrimiento de Atlantis, el origen más antiguo de la humanidad, y la existencia de una raza primaria que poseía poderes semejantes a los de los dioses. A cambio, él solo debería vigilar a una persona: Eve Swan.

Durante el tiempo que dedicó a conocerla, aprendió a tomar cariño a una mujer sencilla que disfrutaba de los pequeños placeres de la vida, como el olor de la hierba recién cortada o abandonarse a los últimos rayos de sol de principios de otoño. Una mujer responsable que dedicaba prácticamente todas las horas del día a solucionar los problemas de otros, ya fuera en la oficina o en casa, sin pedir nada a cambio. Que se sonrojaba y se emocionaba solo con recibir una palabra bonita. Una persona, que lo único que quería en la vida era gozar de lo ganado con su propio esfuerzo. Alguien tan diferente a él...

Para Kaine, convencerlo de que ese cariño pudiera ser amor fue tarea fácil desde el momento en que decidió que la mejor forma de tenerla completamente controlada era mediante el matrimonio. Sin embargo, pasados unos meses, cuando el día de la boda se acercaba, sintió que no solo se engañaba a sí mismo, sino que también afectaba la vida de una mujer a la que, aunque no amaba, sí apreciaba profundamente.

Eso lo llevó a rebelarse, pues en ninguna de las cláusulas del hipotético contrato, en el que ponía sus servicios a disposición de Kaine, se hablaba también de la venta de su alma.

En ese mismo instante conoció el suplicio más atroz y cómo era sentirse como un insignificante gusano coprófago. Solo entonces abrió los ojos a la brutal y espantosa

esencia del ser con el que había tratado, quien, a base de una tortura indescriptible y la promesa de algo peor que la muerte, lo hizo plegarse a sus exigencias.

Precisamente por eso tampoco podía estar seguro sobre la verdadera identidad de quien la acompañaba en aquellos momentos, ese abogado que consiguió meterla en prisión. Algo que, por otro lado, benefició muchísimo a Kaine ya que, recluida Eve, estaba por entero vigilada. Cabía la posibilidad de que tampoco su encarcelamiento fuera del todo fortuito, sino que lo hubiera orquestado aquel mismo ser perverso. Fuera como fuese, Abel Simmons volvía a formar parte de su destino.

Bill trató de engullir el tapón que sintió en el gástrico y se obligó a concentrarse en lo que tenía entre manos, sabiendo que la historia de Eve Swan no podría terminar bien.

Buscó el número del abogado en la agenda y pulsó el botón de llamada.

—¿Sí?

—Abel, soy Bill —respondió fingiendo una sonrisa—, creo que no andaba nada desencaminado en cuanto a la cueva de Ecuador. ¿Podríamos vernos?

—Eso va a ser muy difícil. De todos modos, gracias por tu ayuda, ya sabemos que es allí adonde debemos ir.

—¿Significa eso que vais a viajar? ¡No puedo creerlo!

—En efecto, saldremos de Heathrow dentro de unas pocas horas. No puedo explicarte los términos, pero...

—¿Sabéis acaso lo que os vais a encontrar allí? ¿Conocéis el lugar exacto al que debéis dirigiros? No tenéis ninguna clase de información, estaréis perdidos —adujo.

—Confiamos en que lo sabremos al llegar.

Bill no respondió. Su mente se afanaba barajando posibilidades.

—¿Bill? ¿Estás ahí?

—Sí. Sí. Bien. Haced lo que debáis. Esperaré en el aeropuerto a que lleguéis —le informó antes de cortar la comunicación.

Sin perder ni un segundo realizó la siguiente llamada. Tuvo que esperar cuatro tonos completos antes de que se oyera algo al otro lado de la línea telefónica.

—Adelante, Schlange.

—Tengo que hablar con Kaine.

—No se encuentra disponible en este momento.

—¡No lo entiendes! ¡Es muy urgente!

—Un momento. No cuelgues. —Se hizo el silencio durante un rato que se le hizo eterno—. Kaine no puede atenderte en este momento, pero me ha dado un mensaje: haz lo que debas si no quieres que él haga algo contigo. —Dicho eso su interlocutor soltó una abrupta carcajada—. Y, por la forma en que lo ha dicho, me da la impresión de que no se refiere a nada agradable.

Volvió a reírse.

Bill no se molestó en responderle y colgó de inmediato. Golpeó la mesa en un intento de descargar parte de su ira y recogió su abrigo con más ímpetu de lo normal, tanto que hizo tambalear el perchero de pie, antes de dirigirse al exterior.

—Si alguien pregunta por mí, di que volveré dentro de unos días. Tengo un asunto muy urgente que atender —le dijo a una de las becarias del departamento.

Ella se lo comunicaría al resto del personal.

Eve aspiró el olor a cerrado de su pequeño cuchitril. En circunstancias normales probablemente le hubiera asqueado, pero, en ese momento, le pareció el aroma más tranquilizador y reconfortante del mundo. Los pocos y desgastados colores que adornaban la estancia se le antojaron más alegres y brillantes. Como si nada importara demasiado, solo la vuelta a un lugar familiar. Sintió incluso algo de la huidiza seguridad que no había disfrutado en esos dos últimos días.

Un par de golpecitos en los cristales la avisó de que Abel deseaba entrar. Aprovechando la escasa vigilancia, decidieron que utilizaría la escalera exterior de incendios. Caminó hasta la ventana sin demasiadas prisas; después de todo, su ascenso nada tenía del peligro que ella había afrontado para salir de su apartamento.

—Has tardado —apuntó Abel cuando ella le abrió.

Eve se encogió de hombros, pero no contestó. Desde que sus pies descansaron sobre las baldosas de su casa, habían vuelto a ella todas y cada una de las razones que calificaban aquella aventura de auténtica locura.

Condujo al hombre hasta el modesto salón y le indicó dónde encontraría algo para comer.

—Siento no poder ofrecerte nada más, pero ya viste qué fue de mi compra semanal —se excusó recordando la fatídica noche.

—No importa. Prepararé algo para ambos mientras te das esa ducha.

—¡Oh, sí! Y te aseguro que la voy a prolongar más de lo que generalmente me permito —anunció anticipándose al deseado momento.

La risa de Abel le pareció sincera. Hacía mucho tiempo que no compartía una situación agradable con un hombre; casi había olvidado cómo sonaba una carcajada masculina o la sensación que provocaba en sus oídos.

—Disfrútala —le deseó—. Te la has ganado a pulso.

—No te quepa duda.

Abel se quedó en la estrecha cocina mientras ella fue hasta su dormitorio para recoger algo de ropa y una toalla limpia. Se la llevó hasta el rostro y aspiró su olor profundamente, mientras cerraba los ojos, rindiéndose al placer. Instantes más tarde, bajo el chorro caliente del agua, tuvo que reprimir un gemido para que no la oyera. La relajación de los músculos, le proporcionó un dulce dolor que llegó a ser grato. Enjabonarse el cabello mientras sus fosas nasales se llenaban con el olor floral del champú relajó sus nervios. El tratamiento jabonoso que aplicó a la piel la hizo desear

que el baño no terminara nunca y suspiró mientras las tensiones acumuladas desaparecían por el desagüe.

Cuando regresó al salón, Abel tenía preparados un par de platos combinados, con los cubiertos sobre la mesa y revisaba interesado los pocos libros de la estantería.

—Tu aseo debe de tener algo de mágico. Eres una mujer nueva —soltó Abel al girarse para retirar una de las sillas y ofrecerle asiento.

Eve observó que llevaba uno de los tomos entre las manos.

—Gracias —respondió— por el caballeroso detalle y por el piropo. Cuando olvido que eres el malnacido que me metió en la cárcel, admito que hasta resultas agradable.

—¿Va a ser siempre así? —preguntó dejando el libro sobre la mesa. Al ver que Eve no comprendía a qué se refería, la miró a los ojos y añadió—. Me refiero a cómo me tratas. Jamás vas a aceptar que cumplía con mi obligación y que no fui yo quien te juzgó, ¿verdad?

—Reconoce que es complicado. Pero, tranquilo, esta vez solo bromeaba —Abel pareció relajarse—. Además, nuestra relación no será tan larga como para que ese detalle sea un problema, ¿no te parece? —agregó mientras desdoblaba la servilleta para acomodarla sobre el regazo.

Él la miró intensamente unos segundos antes de introducir en su boca, lentamente, una patata frita y masticarla.

—Serías una buena abogada, Eve —dijo después de tragar—. Tienes el punto de frialdad que se necesita para ello.

—Gracias —respondió con una sonrisa falsa.

—Pero primero deberías deshacerte de ese toque despiadado que te echa a perder —añadió imitando el fingido gesto de la mujer.

Eve intensificó la sonrisa, adelantando el mentón y mostrando fieramente los dientes, después centró toda su atención en la comida. Hasta que probó el primer bocado, no cobró conciencia del hambre que tenía y atacó el siguiente con ganas.

Abel optó por tomarlo con más tranquilidad. Engulló un pedazo de beicon y abrió el libro. Eve lo reconoció como uno de los volúmenes de poesía que Albert le había regalado hacía años.

—Jamás hubiera pensado que te gustara la poesía.

—Es un regalo.

—¿Puedo preguntar de quién?

—Albert Grant —respondió—. Fue una noche que cené en su casa para celebrar el compromiso de matrimonio entre Bill y yo. El color rojo de las tapas, entre tantos y tantos libros como tenía de contabilidad y finanzas de color verde oscuro, llamó mi atención. —Eve se adentró en el recuerdo—. Es curioso, porque había estado allí en otras ocasiones y jamás reparé en él. Estaba hojeándolo, como tú hace un rato. Se

acercó, me lo quitó de las manos, lo abrió por esa página que hay marcada y leyó el poema. Después me lo regaló.

Abel fue a la página indicada y leyó en voz alta el poema de Francisco Luis Bernárdez:

Si para recobrar lo recobrado
debí perder primero lo perdido,
si para conseguir lo conseguido
tuve que soportar lo soportado.
Si para estar ahora enamorado
fue menester haber estado herido,
tengo por bien sufrido lo sufrido,
tengo por bien llorado lo llorado.
Porque después de todo he comprobado
que no se goza bien de lo gozado
sino después de haberlo padecido.
Porque después de todo he comprendido
por lo que el árbol tiene de florido
vive de lo que tiene sepultado.

—Hermoso y cierto. Somos el resultado de nuestras vivencias —añadió Abel, al terminar, en alusión a la última parte del poema—. Eve, ¿te encuentras bien?

No, no estaba bien. Volver a oír el poema la hizo profundizar en el recuerdo de Albert, imposibilitándole controlar las emociones.

—Discúlpame, por favor —pidió retirándose de la mesa.

Fue directa al aseo, donde se encerró para dar rienda suelta a las lágrimas que pugnaban por emerger. Muchas veces había llorado por Albert y sabía que otras tantas quedaban todavía. Echaba terriblemente de menos el cariño, la camaradería y el respeto mutuo que hicieron de su amistad y su relación laboral un verdadero cielo en la Tierra.

Ese poema resumía en un puñado de palabras su filosofía en vida: «Nunca se debe olvidar el ayer, Eve —decía siempre—, hay que tenerlo bien presente para poder saborear y afrontar con arrojo y esperanza el hoy y el mañana».

—Un nuevo tsunami originado en el Pacífico llega a las costas de Hawái, pero esta vez sin tener que lamentar pérdidas humanas. Según el Centro de Alertas, las olas alcanzaron un metro más de su nivel habitual. Posteriormente se canceló la alerta al llegar con menos intensidad; no obstante, se ha advertido de que pueden registrarse corrientes fuertes durante varias horas más. Y ahora pasamos a las noticias sobre economía...

El taxista bajó el volumen de la radio e inició la maniobra para acercar el vehículo a la acera.

—A este paso nos cargaremos el planeta —comentó girando la cabeza hacia ellos una vez que hubo parado el coche—. Serán cincuenta y cinco libras..., con las dos maletas.

Abel pagó al conductor. Se apearon para dirigirse a la parte posterior y extrajeron ambos bultos del maletero antes de caminar hacia la entrada del aeropuerto.

Eve continuaba taciturna. Se había pasado algo más de dos horas recluida en el aseo gimoteando, mientras él se devanaba los sesos pensando en qué podía hacer para animarla. Cuando salió de allí y comenzó a organizar su equipaje lo hizo en completo silencio. No le dirigió una simple mirada ni siquiera cuando le anunció que era hora de marchar.

Sus relaciones con las mujeres se limitaban a fiestas y algún escarceo amoroso, pero jamás se vio en la tesitura de sentirse obligado moralmente con una. No sabía cómo hacerlo ni cómo actuar. Y mucho menos con Eve, quien le parecía increíblemente compleja y susceptible. Podía lidiar con sus miedos, podía ayudarla a salir de un *shock*, como ya había hecho, pero aliviarle el dolor por la pérdida de un ser querido era algo para lo que no estaba preparado. Ni él era capaz de controlarse a sí mismo en esos momentos. Quizá por eso buscaba continuamente cualquier cosa que lo mantuviera ocupado.

—Dime cómo puedo ayudarte —le pidió una vez más.

—No puedes, pero te lo agradezco.

—Esa poesía...

—Esa poesía —repitió Eve, sin dejarlo terminar— es un canto a la esperanza, Abel. Envuelta en esta vorágine de enigmas, quiero pensar que el hecho de que llegara a tus manos precisamente ahora tiene algo de prodigioso. Como si Albert hubiera vuelto a hablarme a través de ti para recordarme que lo mejor de la vida es vivirla sin rencores ni miedos. Que lo pasado pasado está.

—Debió de ser una gran persona.

—Así es. Fue como un padre para mí.

Abel paró de caminar y Eve lo miró.

—Pues hagamos que, esté donde esté, se sienta orgulloso de ti una vez más —dijo tomándole las manos.

Por fin algo de luz acudió a los ojos color avellana de la mujer y sus labios se curvaron en el lejano reflejo de una tímida sonrisa.

—¡Chicos!

Ambos giraron el rostro buscando quien los llamaba. Tal como había prometido, allí estaba Bill y arrastraba tras él su equipaje, señal de que había decidido acompañarlos, aun cuando no existiera invitación previa de parte de ninguno de los

dos. Eve dirigió una mirada rápida a Abel que expresaba su incomodidad y se preguntaba si él tenía algo que ver con aquello.

—Dijo que vendría aquí, pero no comentó nada acerca de que pretendiera viajar con nosotros —explicó.

Bill llegó junto a ellos, por lo que Eve no pudo dar una réplica elocuente; a cambio, miró al interfecto componiendo el rictus sardónico que le era tan natural. Abel sonrió esperando la consiguiente pulla.

—Tantos años sin tener noticias tuyas y ahora te encuentro en los lugares más insospechados. Empiezo a pensar que tienes una peligrosa tendencia a adoptar las costumbres del perro del hortelano.

—Estás siendo injusta, Eve. Solo quiero ayudarlos.

—¿Solo? Te conozco y sé que careces de la vena altruista que haga creíbles esas palabras.

—Las personas cambian —se defendió. Como respuesta obtuvo una femenina ceja arqueada—. Mirad, no sé qué os traéis entre manos —usó el plural para apelar al juicio de Abel—, pero habéis recurrido a mis conocimientos sobre un tema que muy pocos especialistas se atreven a tratar. Puedo guiaros, puedo proporcionaros la información que desconocéis y que necesitáis. ¡Ni siquiera sabéis adónde os dirigís!

—En eso tiene razón —le dijo Abel a Eve, que aún miraba a Bill con enfado.

—¿Ya no te importa que el círculo de profesionales, al que aludías en aquella mierda de carta, te vuelva la espalda? ¡Qué interesante!

—Eve, por favor. No es el momento ni el lugar adecuado —respondió Bill, evidentemente incómodo.

Ella miró a ambos hombres alternativamente mientras esperaban su decisión. La hora de embarcar se acercaba rápidamente.

—¡Está bien! ¡Que venga! —exclamó al fin—. Pero no te inmiscuirás en nada. Solo responderás a las preguntas que te hagamos, ¿está claro? No quiero que conviertas esto en algo tuyo, porque no lo es —sentenció. Se cruzó de brazos y clavó la vista en otro lado, lejos de Bill.

—De acuerdo.

Abel suspiró profundamente y prefirió no especular en lo que tendría que soportar en compañía de aquellos dos gallos de pelea. De todos modos, si lo miraba positivamente, Eve tendría otro blanco para sus dardos. Sonrió, volvió a coger el asa de la maleta e invitó a Eve a caminar, posando una mano en su espalda y empujando suavemente.

—Apresurémonos si no queremos perder ese vuelo —dijo.

Parker miró a su alrededor tratando de no parecer impresionado por el lujo: suelos enmoquetados y techos a distintos niveles con sistema de climatización, paredes forradas con maderas nobles, una mesa inmensa del mismo material y flanqueada por

sillones individuales tapizados en piel blanca, pantalla de plasma y minibar perfectamente surtido. La sala de reuniones del hotel Athenaeum hablaba de riqueza, poder y ostentación, así como del nivel económico que gozaba quien la había reservado para la entrevista.

Se acercó hasta la ventana y se entretuvo mirando el tráfico de Picadilly y la belleza de Green Park extendiéndose al otro lado de la calle.

—Dispense, señor Parker. —Nick giró en redondo atendiendo a la joven ataviada con el uniforme negro del personal del hotel—. Hemos recibido una llamada del señor Kaine para que le informemos de que lamentablemente se retrasará unos minutos. Espera que sepa disculparle. ¿Desea tomar algo mientras?

—No, muchas gracias.

—Tiene a su disposición cualquier servicio del establecimiento. Solo tiene que avisarnos.

—Gracias.

La mujer cabeceó complaciente y se marchó con la misma discreción de la que había hecho gala al entrar. Nick volvió a centrar la vista en el exterior. Durante minutos divisó la gran cantidad de vehículos, de todo tipo, que realizaban su trayecto a aquellas horas, desde modestos utilitarios hasta grandes limusinas. Los peatones iban y venían. De algunos era fácil deducir que realizaban el camino habitualmente, ya que apenas prestaban atención a cuanto les rodeaba. Otros en cambio paseaban tranquilamente. Muchos, cámara en mano, parecían disfrutar de unos días de vacaciones en una de las ciudades más turísticas del mundo.

Un tipo vestido completamente de oscuro y portando un sombrero que dejaba su rostro en penumbra se encontraba de pie, apoyado en los negros barrotes que delimitaban el parque. Apenas se movía, con la mirada fija en algún punto indeterminado. De pronto, como si se supiera descubierto, miró directamente hacia Nick, antes de volver a desviar la mirada hacia el lado contrario.

—Señor Simmons, lamento el retraso.

Kaine por fin hacía su aparición en escena, pero Nick seguía con los ojos fijos en aquel extraño tipejo, quien, justo en ese momento, se puso rígido un instante y emprendió la marcha como si alguien, lejos del campo visual de Parker, se lo hubiera ordenado.

Solo entonces Nick atendió al recién llegado.

—No hay problema —respondió adelantando una mano para estrechar la del magnate.

Kaine ofrecía la misma imagen de supremacía que el entorno donde se encontraban. Su traje de más que evidente calidad, a juego con un peculiar sombrero que portaba en la mano, complementaba a la perfección los movimientos calculados y la postura estudiada. Apostaba a que incluso era de los que se aplicaba cada noche un

carísimo tratamiento facial para mantener la piel en óptimas condiciones. Y, lo más importante, seguro que no tendría inconveniente alguno en comprar a cualquier otro ser humano que sirviera a sus propósitos, cualesquiera que estos fueran.

—¿Nos sentamos? —invitó señalando los cómodos sillones.

—Como guste. —Nick carraspeó mientras tomaba posesión de uno de ellos—. Quiero agradecerle que haya encontrado un hueco para atenderme tan rápidamente.

—No tiene por qué. Es obligación del buen ciudadano facilitar el trabajo de los cuerpos de seguridad. Sin ustedes sería imposible vivir tranquilo. —La sonrisa tampoco era de las que infundían tranquilidad, sino tensa y más bien forzada.

—Bien, pues espero que la interrupción en sus quehaceres cotidianos sirva al menos para atrapar al malo.

—Usted dirá, ¿de qué se trata?

—¿Qué puede contarme sobre Albert Grant?

—Imagino que decir que sé que murió, no le servirá de mucha ayuda. Tuve el placer de coincidir con él en escasas ocasiones. Ya sabe cómo es esto de atender un grupo de empresas, hoy estas aquí y mañana en Pekín.

—Comprendo.

—Probablemente los directores de zona podrán contarle más sobre él. Concretamente Ryan, creo que le corresponde esta en concreto.

—Pero sin duda podrá explicarme qué tenía la pequeña compañía de Grant que pudiera interesar a Industrias Kaine.

—Grant compró un terreno costero que interesaba a Industrias Kaine para construir un establecimiento hotelero de lujo. Él tenía entre manos un proyecto muy interesante de complejo recreativo. Ambos objetivos no eran excluyentes, así que pudimos llegar a un acuerdo y firmamos un contrato.

—Sí, he visto una copia del documento. Se usó en el procedimiento que interpuso Industrias Kaine contra Eve Swan.

—Recuerdo vagamente ese tema, aunque no lo llevé personalmente, así que disculpe que no le sirva de mucha ayuda.

—Supongo que cada compañía le reporta un buen número de problemas al cabo del día.

—No puede hacerse una idea...

—Pero que se produzcan dos incidentes consecutivos de graves consecuencias con la misma empresa llamaría su atención.

—Supongo que se refiere al asesinato de Grant y a la demanda por malversación de fondos, ¿me equivoco?

Parker asintió.

—La verdad es que fue un duro varapalo afrontar ambas cosas. Pero la justicia hizo su trabajo y, aunque Industrias Kaine salió perdiendo, al menos la culpable del

robo terminó entre rejas.

—¿En qué fue perjudicada Industrias Kaine?

—Pues debido a que Grant murió, el contrato dejó de tener utilidad en cuanto al suelo por edificar. Fue una de las condiciones que impuso Grant. Industrias Kaine compraba su compañía al cincuenta por ciento, pero él mantenía los derechos sobre el total de los terrenos en ese proyecto en particular.

—Entiendo. —Parker permaneció en silencio unos minutos, reconstruyendo los hechos mentalmente.

Kaine echó un vistazo a su reloj de pulsera, un Hublot de esfera negra y factura insuperable.

—Se me hace tarde para la próxima cita —dijo poniéndose en pie—. Lamento tener que marcharme ya.

—Un momento más, señor Kaine. ¿Conoce usted a un hombre llamado Peter Simmons?

Kaine consideró la pregunta unos segundos antes de negar con la cabeza.

—Simmons es un apellido bastante corriente, pero no recuerdo a nadie llamado así —respondió mientras Nick también abandonaba su asiento.

—Entonces la teoría más acertada es la primera que he elaborado —comentó como de pasada, mientras dejaba reposar el peso sobre una pierna y miraba el suelo pensativo.

—¿Y cuál es esa teoría, señor Parker? —Kaine quería aparentar calma; sin embargo, el interés genuino, disfrazado de cortesía, en el tono de su voz y la urgencia de sus ojos buscándole el rostro no le pasaron desapercibidos al detective.

—No quiero ser el causante de un desbarajuste en su apretada agenda, señor Kaine, con una vez es suficiente —le dijo traviesamente mientras evaluaba las reacciones de su interlocutor.

—No se preocupe, yo le robé antes unos minutos con mi retraso. La educación me obliga a compensarlo.

—Creo que miente —dijo mirándolo a los ojos directamente.

—¿Cómo? —La sorpresa que reflejó el rostro de Kaine esa vez sí fue creíble.

—Que usted miente. No en cuanto a las formas, pero sí en el objetivo.

—¿Qué demonios quiere decir? —preguntó muy enfadado. Aunque fuera la emoción que seguía a la ofensa, esta no apareció por ningún lado.

—Usted asegura que el hecho de firmar un contrato con la compañía de Grant respondía a un interés común por un terreno y es muy posible que se lo hicieran creer así. Si recuerdo bien la valoración del terreno y el estudio de la posterior revalorización, una vez terminado el proyecto, sobrepasaba considerablemente el precio de la propia empresa de Albert Grant. Después de haber estudiado los documentos aportados en ambos procedimientos, concluyo que Industrias Kaine

jamás habría aceptado unas condiciones como las que Grant exigió. Sin embargo, firmaron, asegurándose únicamente el cincuenta por ciento de la pequeña constructora. Un mal negocio a menos que se tengan otros intereses ocultos. Lo único que se me escapa es la razón, pero lo averiguaré. —Procuró no mencionar la oportuna muerte de Albert Grant y las artimañas realizadas para conseguir quitar de en medio a su segunda de bordo, Eve Swan.

Kaine, incapaz de pronunciar palabra, apretaba la mandíbula con fuerza, según indicaba la tensión que demostraba su cuello. Nick sonrió interiormente, pues sabía que había dado en el clavo. Caminó despacio hacia la salida.

—De nuevo, gracias por su tiempo. Que tenga una buena noche —se despidió antes de cerrar.

10 de mayo de 1941. Augsburgo

Antes de entrar verificó que estaba en el lugar indicado: una antigua casa de piedra convertida en cervecería. Era una construcción de dos plantas, con una cubierta muy inclinada que evitaba la acumulación de nieve durante el invierno. En los bajos se albergaba el local y el piso superior se había remodelado para el alquiler de habitaciones. Las ventanas de madera, pintadas de un rojo apagado, se distribuían armoniosamente por la fachada y, bajo estas, una de las arcadas daba acceso a la calle posterior.

Tras pasó la entrada. El interior estaba poco concurrido, sin duda debido a que era temprano. Se dirigió hacia el fondo del establecimiento para entrar en una de las salas privadas y encontró a Rosenberg sentado junto a las ventanas.

—¿Alguna novedad? —quiso saber.

—No. Sigue en la completa inopia. ¿Estás seguro de lo que vas a hacer, Rudolf? —preguntó preocupado.

—Sí. Llevo planeando esto más de seis meses, no debes preocuparte. —Trató de demostrar una entereza que en realidad no sentía—. Hildegard me ha estado proporcionando datos sobre las condiciones meteorológicas de Gran Bretaña durante todo este tiempo y, además, me he hecho con las cartas de navegación aéreas más modernas. El avión que ha preparado Messerschmitt es muy rápido, incluso con las modificaciones para que cargue depósitos supletorios de combustible y el aparato de radio.

—Aun así, correrás un gran riesgo. —Alfred frunció el ceño—. Llevamos más de siete meses bombardeándolos. Están en constante alerta.

—Lo sé —admitió apesadumbrado—. Pero no se me ocurre otra salida. —Abandonó el asiento y comenzó a caminar, necesitaba desprenderse de aquella sensación de entumecimiento en las piernas—. El duque es de fiar, ¿no es cierto?

—Sí, llegaste a conocerlo durante los Juegos Olímpicos, ¿recuerdas? Hamilton es el Gran Maestro de la Logia Unida de Inglaterra. Si consigues hablar con él, estarás a salvo. De todos modos, las probabilidades...

—No quiero hacer cálculos, Alfred. Con mi conciencia tengo suficiente para perder el sueño. Creo que esta es la única decisión correcta que he tomado en mi vida y debo seguir adelante. —Alfred no dijo nada, comprendía la angustia que embargaba a su camarada—. ¿Te ocuparás de mi esposa? Ella tampoco sabe nada de todo esto.

—Hablas como si no fueras a volver.

—Ya he aceptado esa posibilidad. —Rudolf dejó de pasearse de un lado a otro y cerró los ojos por un momento—. De cualquier manera, Alfred —prosiguió volviendo a ocupar la silla—, si no logramos pararlo, la muerte es el destino que nos espera a todos. También tú has sido testigo de la última vez que pareció recobrar el dominio sobre sí mismo.

—¿Qué querría decir con «debemos darnos prisa»? Lo repetía una y otra vez.

—¿Qué más da? Ya nada importa. Todo ha dejado de tener sentido. Ni siquiera las inyecciones parecen hacerle efecto. Los ataques de ira son cada vez más habituales. Carece por completo de medida. Hundirá el país. Y a nosotros con él.

—Si te sirve de consuelo, no solo nosotros pensamos así. Me han llegado rumores de otra conspiración en su contra. Creo que intentarán matarlo.

—Si te has enterado de eso, es muy probable que también llegue a oídos de Himmler, así que no tendrán éxito. Ese perro faldero suyo está tan loco como él.

—Quizá podamos hablar con Göring —sugirió Alfred.

—¡No! No lo hagas. Cometerías un error. Göring no estaba presente la noche en la que todo comenzó. Nunca lo entendería.

—Esa noche...

—Ni la nombres —alzó una mano frente a Rosenberg—, no quiero recordarla. Necesito tener todos los sentidos puestos en el viaje y los recuerdos, los malos recuerdos, no son buenos compañeros de vuelo.

—Eres un gran piloto. Lo conseguirás.

Sin embargo, aunque dijo las palabras con la intención de animarlo, ambos eran conscientes de que solo un milagro, que no merecían, podría ayudar a que eso ocurriera.

Había despegado a las 17:45 del aeropuerto de la factoría Messerschmitt; es decir, llevaba cinco horas pilotando el Bf 110D. Hacía un buen rato ya que había empezado a sufrir los primeros síntomas de cansancio en los brazos y piernas. En otras ocasiones quizá no lo hubiera acusado tanto, pero la tensión que soportaba desde que marcó aquel día para su salida de Alemania acentuaba el padecimiento. En cuanto entró en el espacio aéreo de Gran Bretaña conectó la radio y, a fuerza de insistir, captó alguna que otra información de vital importancia, como que los observadores escoceses habían detectado su intrusión e iban a informar a la RAF.

En aquel momento, sobrevolaba la zona en la que debía de estar la pista de aterrizaje de la propiedad del duque, Dungavel. Calculó que apenas le quedaban entre cinco y siete minutos de combustible cuando vio unos pequeños haces de luz. Pero al perderlos por completo de vista, pensó que quizá su mente, agotada, le había jugado una mala pasada. Optó por continuar en dirección a la costa oeste para girar ciento ochenta grados y realizar una nueva pasada por el área en concreto.

Nada. Ni una sola señal que le indicara en qué lugar podía aterrizar.

Encomendándose a Dios, o a cualquier otra divinidad que escuchara sus ruegos, observó alarmado cómo el combustible se terminaba y el avión comenzaba a perder altura. Apagó el sistema de ignición, viéndose obligado a saltar en paracaídas por primera vez en su vida. Sin embargo, la presión del aire por la caída en picado le impidió siquiera despegar el cuerpo del asiento, como si una mano invisible lo empujara contra él. Desesperado recordó las palabras del general Von Greim: «La manera más fácil de saltar de un avión es darle la vuelta al aparato y dejarse caer». Invirtió el avión para librarse de la cabina y saltó en paracaídas. No obstante, al hacerlo la cola del avión le golpeó el tobillo, dañándose seriamente.

No podía ver tierra. La oscuridad se lo tragaba absolutamente todo y le era imposible distinguir un lugar despejado de arboleda hacia donde dirigirse. El avión se estrelló más allá, iluminando de pronto el cielo y el bosque, rasgando el silencio de la noche con una explosión atronadora antes de arder en una gran pira. Sus pies tocaron el suelo sin estar preparado para ello. Tumbado sobre la tierra, con medio cuerpo sobre un denso matorral y un pie inútil, luchó por deshacerse del paracaídas y llegar hasta un conjunto de árboles cercano, rezando para que esa transmisión de los escoceses hubiera llegado hasta Hamilton.

No fue el duque quien, transcurrida casi una hora, acudió en su auxilio, sino un campesino.

—¡Aquí! —exclamó al verlo mientras trataba de levantarse apoyándose en el tronco de un árbol.

—¿Está usted bien? —preguntó el hombre acercándose a él con cautela.

—Tengo destrozado el tobillo —explicó en un perfecto inglés.

—Mi nombre es David. David MacLean —se presentó el hombre receloso de acercarse.

—Alfred Horn —mintió—. Busco la casa del duque de Hamilton. Tengo que comunicar una importante noticia a la Royal Air Force. Estoy solo y voy desarmado.

Mostró que decía la verdad con respecto a lo último abriéndose el abrigo para que viera que no llevaba arma alguna.

Solo entonces caminó los pasos que restaban hasta colocarse a su lado y ofrecerle los hombros para que pudiera caminar.

—Ha elegido usted un mal día. Anoche fue una de las peores en cuanto a bombardeos y muchas personas todavía permanecen refugiadas por el miedo a que se repita.

—Supongo que por eso no están visibles las pistas de aterrizaje —dedujo.

—Sí.

—¿Conoce Dungavel? ¿Puede llevarme hasta allí?

—Creo que primero debería llevarle a mi casa, está cerca. Ese tobillo tiene mal

aspecto.

—Se lo agradezco de todo corazón.

—No hay de qué. En estos tiempos debemos ayudarnos unos a otros. Poco más nos queda que nuestra solidaridad hacia los heridos.

La casa de David era una pequeña construcción realizada en adobe, de una sola estancia. Limpia y acogedora, disponía de dormitorio, cocina y sala de estar, donde la radio era el único entretenimiento.

—¿Puedo ofrecerle un poco de té?

—Muchas gracias, pero no quiero importunarle. En cuanto me sea posible debo reemprender la marcha en busca del duque.

—Entiendo. Veamos ese tobillo entonces.

El buen campesino intentó sacarle la bota, pero la inflamación se lo impidió. Rudolf sugirió que la cortara. El tobillo, el pie y media pantorrilla estaban extremadamente hinchados y procedió a aplicarle al menos un vendaje consistente para que pudiera valerse por sí mismo hasta que recibiera atención de un profesional.

Apenas había terminado la cura cuando el sonido del motor de un coche llamó la atención de ambos. Pronto le siguieron unos golpes en la puerta.

Tres hombres ataviados con el uniforme de la Home Guard entraron y llenaron por completo el reducido espacio, apartaron a un lado al propietario de la casa y se dirigieron directamente a él.

—Identifíquese —exigieron con las manos sobre las culatas de sus armas.

—Soy oficial alemán —confesó, omitiendo su nombre para no alarmarlos más de lo debido—. Es urgente que me reúna con el duque de Hamilton.

—Dice llamarse Alfred Horn —apuntó el campesino queriendo ayudar.

—Acompáñenos.

Rudolf se levantó y probó de caminar un par de pasos. Miró hacia el hombre que lo había ayudado.

—Gracias por todo lo que ha hecho por mí —dijo antes de salir.

Lo condujeron en coche hasta un cuartel cercano al que se referían como Maryhill.

—Debo ver al duque de Hamilton, ¿entienden? Es una cuestión de vida o muerte —repitió varias veces, pues los guardias no respondían a sus protestas—. ¡Es de vital importancia! Soy oficial alemán —volvió a decir al oír que comunicaban a sus superiores que habían capturado al capitán Hord cumpliendo una misión especial—. Necesito hablar con él. Vengo en misión humanitaria.

Lo privaron del abrigo y vaciaron sus bolsillos antes de recluirlo en una habitación y marcharse. De nuevo en soledad y viendo que sus peticiones no serían atendidas aunque las acompañara de gritos, se sentó en el camastro y hundió el rostro entre las manos.

No fue consciente de que se había dormido hasta que despertó al escuchar que algo ocurría al otro lado de la puerta. Alguien había llegado con la mañana. No pasó mucho tiempo y tres hombres entraron para limitarse a observarlo de arriba abajo. A dos de ellos los conocía de la noche anterior, eran soldados de aquella guarnición. El tercero, ataviado con el uniforme británico de comodoro aéreo de la RAF, era al que esperaba. Lo reconoció por su delgadez, la gran sonrisa de dientes prominentes y sus movimientos nerviosos y amanerados.

—Nombre y graduación —exigió mientras se desprendía de los guantes y jugueteaba con ellos.

—Rudolf Hess. Lugarteniente y secretario personal del *Führer* —se presentó, usando su verdadero nombre y tratando de ponerse en pie sin tambalearse. Reprimió una mueca ante una dolorosa punzada del tobillo herido y añadió—: Nos conocimos hace cinco años, durante los Juegos Olímpicos de Berlín —dijo recordando el dato que le proporcionó Rosenberg durante su entrevista privada—. Señor, si me lo permite, necesito hablar con usted. A solas...

El duque pidió a quienes lo acompañaban que abandonaran la estancia.

—Está bien. Tome asiento, por favor —pidió teniendo en consideración el pie vendado del prisionero.

Caminó unos pasos que Hess siguió con la mirada y tomó una silla para sentarse frente a él. Cruzó una pierna sobre la otra y dejó los guantes reposar sobre el muslo. La fragancia de un fuerte perfume llegó hasta él y le saturó el olfato.

—Tiene usted muy mal aspecto. Quizá sea por eso por lo que no le recuerdo ahora mismo. No obstante, he estado revisando sus pertenencias y supongo que nadie que no fuera alemán llevaría en estos días una Leica y tarjetas del profesor Haushofer y su hijo. ¿Qué desea? ¿Qué ha venido a hacer aquí?

Solo entonces cayó en la cuenta de que no había pensado en ningún momento cómo empezar su exposición. Reflexionó sobre el modo de contar aquella historia que para los no iniciados podía parecer extremadamente rocambolesca.

—Verá —comenzó inseguro, debido a la naturaleza de lo que debía explicar—, necesito que escuche con atención y apelo a su posición como Gran Maestro para que crea todo lo que voy a contarle...

20 de abril de 1945. Múnich

Anduvo despacio, renqueante, por los angostos pasillos del búnker, de camino a una de sus salas privadas, donde se le había requerido. Algunos mandos lo saludaron al pasar, pero no se molestó en devolverles el gesto, ni era necesario ni tenía sentido hacerlo. Sus días como líder estaban llegando a su fin y lo sabía. Tendría que abandonar aquel cuerpo, maltrecho por el intento de asesinato que habían perpetrado

contra él y debilitado por el consumo de las energías vitales que su posesión provocaba. Era imprescindible hacerlo antes de que el corazón dejara de funcionar y, por supuesto, en circunstancias que le permitieran ocupar otro sano. Joven, a ser posible.

Además necesitaba volver a sentirse libre. Tener que pasar meses y meses encerrado bajo tierra se parecía demasiado a la prisión de cristal en la que había estado confinado anteriormente. A menudo acudía a la sala de juegos y paseaba de aquí para allá sin nada más que hacer que ver cómo pasaba el tiempo y descontarlo con cada latido. Sin embargo, no dejó de aprovechar toda oportunidad de seguir con su plan, enviando tropas de asalto y ordenando el ataque a divisiones por todos los medios disponibles, animándolos a continuar, haciéndoles creer que aún existía una oportunidad de vencer. Una victoria que jamás tuvieron posibilidad de alcanzar, pues el único objetivo perseguido era la guerra en sí misma. Incluso, para terminar de sembrar todo el mal que pudo y así hacer tambalearse el mismísimo centro espiritual de Adama, ordenó la destrucción de Alemania, argumentando la necesidad de privar al enemigo de botines de guerra.

Sonrió para sí mientras pensaba que había logrado su primer propósito: demostrarle a ese patán presuntuoso que sus criaturas eran tan débiles y miserables como para morir y matar con una simple orden suya.

Quizá no hubiera terminado con la cuarta raza, de momento, pero tenía la seguridad de haber plantado la semilla del desconcierto y la desconfianza entre alguno de los Maestros que tanto veneraban a su rey.

Lo único que podía lamentar era no haberse hecho con la piedra. Aquel jovenzuelo canijo y narigudo resultó ser tan peligroso como sospechó en principio. Probablemente un Elegido que descubrió la verdad. No obstante, por su aparición podía deducir que el regente se había visto obligado a poner a prueba a sus creaciones.

Y no sería la única vez. Podía apostar a que volverían a necesitar una señal que les hablara de la bondad y la entrega de los humanos. Solo tendría que esperar a que ocurriera. O, simplemente, forzarlo de nuevo, tal como ya hizo. Aunque con un objetivo distinto: apropiarse de esa maldita piedra, la piedra Chintamani: la llave de entrada a Agartha.

Entró en la sala, donde lo esperaban varios altos cargos, a excepción del traidor Hess.

—Feliz cumpleaños —vitorearon.

Después de la pobre y más bien triste celebración pensó que era el momento de anunciarles el dramático final, el de ellos desde luego. Carraspeó y compuso sus ropajes para la última actuación. El escenario le pertenecía.

—Yo era la última esperanza de Europa. Se ha mostrado insensible a mi encanto

y mi persuasión. Para poseerla tuve que recurrir a la violencia.

Todos los presentes aplaudieron sin saber muy bien por qué lo hacían. Él les indicó que no había terminado.

—La guerra está perdida. Voy a pegarme un tiro.

Si fue sorprendente ver que a la salida del aeropuerto los esperaba un hombre con sus nombres escritos en un pequeño cartel, saber que tenían una habitación reservada en un hotel de la ciudad todavía fue más perturbador. No obstante, el agotamiento y el *jet lag* no daban cuartel ni permitieron que rechazaran tal programación.

Aunque les hizo saber que únicamente tenía ordenado recoger a dos personas, no tuvo inconveniente en llevar también a Bill al centro de Guayaquil. A la pregunta sobre quién lo había contratado, simplemente aludió a que recibía las peticiones por teléfono y el pago directamente en una cuenta bancaria. Por experiencia no preguntaba nada, aparte del lugar y la hora de la recogida y adónde debía llevarlos.

—Descansen —les había dicho—, mañana a primera hora vendré a buscarlos para ir a Yuquianza.

Eso quería decir que apenas tendrían cuatro o cinco horas para dormir.

Bill consiguió habitación en el mismo hotel y todos se retiraron después de intercambiar un «hasta luego» que sonó agotado.

El trayecto a Yuquianza lo hicieron en un todoterreno. Los paisajes se sucedieron mientras en el coche reinaba el silencio. Bill dormitaba en el asiento delantero, con la cabeza inclinada hacia el pecho y siguiendo el ritmo de los vaivenes del vehículo, recordando a uno de aquellos perros decorativos que durante los años setenta se pusieron tan de moda. Abel repasaba una y otra vez la carpeta de documentos tratando de entender algo más entre aquella maraña de información. Eve prefirió deleitarse con el discurrir de pueblos, pequeñas ciudades y puertos de montaña por los que pasaron. También en el verdor tropical de sus tierras, las cuales se iban tornando más pluviales a medida que se adentraban en la irregular orografía.

Eve seguía preguntándose acerca de la identidad de quien estuviera tomándose la molestia de ayudarlos. No es que quisiera agradecerse, pero le preocupaba saber cuáles serían sus motivaciones. A primera vista podría pensarse que debía de ser alguien de la confianza de Peter Simmons, ya no solo por haberles remitido la carta con los billetes después de su muerte, sino porque también dejaba en sus manos la seguridad de Abel. ¿Qué padre no se preocuparía por ello? Pero, a decir verdad y teniendo en cuenta que pesaba en sus manos la muerte de su esposa, esa opción no le infundía tranquilidad. Por otro lado, estaba aquella oculta habitación entre los cimientos de la casa, sin olvidar que había sido registrada. ¿Y si quien envió la carta no era otro que el asaltante, con la intención de llevarlos a su terreno? Aquel viaje podía ser una trampa mortal.

Llegaron a la pequeña población, situada en la loma de una de las grandes montañas que formaban la cordillera del Cóndor, a mediodía, cuando sus estómagos ya amenazaban con cerrarse. Mirara hacia donde se mirase, el horizonte se perfilaba con las caprichosas siluetas de las formaciones rocosas que daban paso a la inmensidad del cielo, salpicado de nubes pero increíblemente azul. Era un paraje excepcional por su voluptuosa belleza natural, convenientemente alejada del mundo. Varias cabañas elípticas, con paredes de tablillas y techos contruidos a base de hojas de palmas estaban dispuestas en semicírculo. Las mujeres, unas vestidas con amplias telas de vivos colores y otras con ropa totalmente occidental, se afanaban en sus quehaceres diarios, mientras niños medio desnudos jugaban y lanzaban tímidas miradas a los recién llegados.

Eve aspiró el aroma de los bosques y la humedad que flotaba en el ambiente, llenando los pulmones con aquella pureza desconocida.

—Sígueme, los llevaré al alojamiento que hemos habilitado para ustedes. Les están esperando. No se preocupen por el equipaje, me encargaré de que lo lleven allí —dijo mientras asentía en dirección a dos indígenas de pecho descubierto que aguardaban a unos metros de ellos.

Los tres se miraron, pero no osaron hacer comentarios y se limitaron a seguir al guía. Entraron en una de las chozas. El interior carecía de tabiques, convirtiéndolo en un amplio espacio común. Un hombre de rasgos indios vestido completamente de verde les dio la bienvenida con un saludo casi marcial.

—Les hemos incorporado una mesa con sillas y tres camastros —apuntó el chófer señalando el suelo de tierra—, como nos pidieron. Este es Kirup, él los informará de todo cuanto necesiten saber y será quien los conduzca hasta la cueva. También les servirá de traductor.

—Un placer —saludaron.

—Bien, yo me marchó. Volveré a buscarlos dentro de dos días. Les dejo en buena compañía —se despidió el conductor.

—Gracias —respondió Abel mientras el hombre ya caminaba hacia la salida.

—¿Quién? —quiso saber Eve mirando directamente a Kirup—. ¿Quién les ha pedido nada? ¿Quién los ha contratado?

—Peter Simmons —respondió sin titubeos—. Se puso en contacto conmigo hará cosa de una semana. Pero habló de dos personas. —Sus ojos recayeron sobre Bill.

—Ha sido una incorporación de última hora —se excusó Abel—, espero que no sea un problema.

—No lo será. Bien, creo que lo primero que deben saber acerca de las gentes que viven aquí es que son los descendientes de aquellos a los que los españoles llamaron «jíbaros», pero no se les ocurra referirse a ellos de esa forma. Prefieren el término «shuar». Llevan una vida pacífica dedicada básicamente a la subsistencia. Son

grandes anfitriones, siempre que sepan respetarlos como es debido.

—A nadie le gusta que vengan a increparlo a su propia casa.

—Veo que lo comprende, señorita Swan.

Eve respondió del mismo modo al asentimiento de cabeza que hizo Kirup como muestra de respeto.

—Está bien, disfruten de su corta estancia aquí y descansen. Vendré a buscarlos esta noche para llevarlos hasta otro asentamiento shuara en La Unión. Allí pararemos un par de horas y emprenderemos la marcha para llegar a la cueva de los Tayos por la mañana. Traeré todo lo necesario, así que cuanto menos carga lleven, mucho mejor. La ruta es dura y piensen que deben tener fuerzas para volver. —Kirup comenzaba a alejarse cuando recordó algo y se volvió de nuevo hacia ellos—. Un consejo: no hablen sobre lo que pretenden hacer, ni siquiera entre ustedes. Esa cueva es un lugar sagrado para los shuaras.

La marcha de Kirup trajo la visita de dos mujeres que portaban cuencos con comida: básicamente tubérculos cocidos y algo de pescado. Comieron en silencio bajo la atenta mirada de ambas. Abel, Eve y Bill intercambiaron gestos cautos hasta que, una vez que hubieron terminado, se alejaron de la cabaña llevándose los cuencos vacíos.

—He llegado a pensar que igual nos regañaban si no nos lo terminábamos todo —comentó Abel de buen humor.

—Realmente tenían aspecto de matronas de armas tomar —acordó Bill.

—Bajad la voz, ¿queréis? No necesitamos más problemas. —Eve miró a ambos con el ceño fruncido—. ¿Qué habrá querido decir Kirup con que la cueva es sagrada para ellos?

—Pues eso precisamente, que es sagrada —explicó Bill—. Los shuaras fueron los primeros en explorar el sistema subterráneo de esta cordillera.

—¿Sistema? —Abel abrió los ojos como platos.

—Sí, existen más cuevas que rodean la de los Tayos. Pero ninguna tan inmensa.

—¿Y para qué la exploraban? ¿Qué pretendían encontrar?

—La visitaban cada mes de abril para recoger las crías de las aves que la habitan y dan nombre al lugar: los tayos. Y durante esas visitas encontraron gigantescas huellas sobre bloques de piedra que, por sus ángulos y proporciones, indicaban un origen artificial. Como siempre ocurre cuando se da con algo así, los investigadores y otros cazatesoros llegaron a estas tierras. Ya te dije por teléfono que fue Juan Moricz quien firmó el acta de su hallazgo. Pero la más sonada fue la organizada por Stanley Hall en 1976, quien quedó cautivado tras leer *El oro de los dioses*, de Erick Von Däniken, donde el autor, basándose en las fotografías y experiencias de Moricz, no solo inventó un cuento que poco tenía que ver con la realidad, sino que además afirmó haber entrado él mismo en aquellas cuevas. Hall contactó con Moricz y

consiguió una colaboración entre el Gobierno de Inglaterra y el de Ecuador. El gran bombazo mediático lo obtuvo al permitir el ingreso a filas del reconocido astronauta norteamericano Neil Armstrong.

»Durante treinta y cinco días mantuvieron el campamento base muy cercano a la cueva donde instalaron un generador de electricidad. Descendieron a diario a las profundidades de la tierra para desarrollar, siempre para la opinión pública, sus investigaciones geológicas y biológicas. Terminaron concluyendo que la cueva de los Tayos no tenía origen artificial y que no había indicios de trabajo humano. Todo era obra de la naturaleza... Muchos más han pisado ese subsuelo..., y siempre buscando lo mismo.

—¿Verificar el origen de las huellas? —preguntó inocentemente Abel.

—No. Encontrar la biblioteca dorada.

—Al fin algo con sentido —soltó Abel dando una estrepitosa palmada sobre la mesa a la vez que recostaba el cuerpo en el respaldo de la silla. Eve y Bill lo miraron poniendo en duda su salud mental—. La palabra biblioteca es algo que sí puedo relacionar con mi padre —explicó mirando a Eve.

—Verás... —comenzó Bill—. No conozco a tu padre, ni sé nada acerca de qué os trae aquí, pero dudo que ese mito se acerque siquiera a lo que tú entiendes como biblioteca.

—Explícate.

—Según la leyenda, son doradas planchas metálicas donde se copió parte del Registro Akáshico, el archivo matriz del planeta.

Abel y Eve dejaron ver en su rostro un gran interrogante.

—Veamos, para unos no es más que una charada inventada por la teósofa Annie Bésant. Akáshico viene del sánscrito «éter» y sería algo así como una memoria exhaustiva de todo lo ocurrido desde el principio de los tiempos. —Bill hizo una pausa mientras ordenaba las ideas—. Para otros, tiene que ver con la creencia de que el núcleo del planeta está compuesto por metal sólido, fundamentalmente de hierro, y es responsable del campo magnético terrestre, que haría las veces de cinta magnetofónica que graba los logros y las derrotas de la humanidad desde que pisó la Tierra por vez primera. Ni que decir tiene que nadie ha visto esas planchas, aunque muchos hablan de ellas.

—Supongo que en eso se basan los shuaras para tener la cueva como lugar sagrado —comentó Eve dejándose caer hacia atrás—. Podría entenderlo si realmente existiera algo tangible, algo visible.

—De eso se trata la fe, ¿no? ¿Cuántas religiones conoces que se basen en algo así? ¿A cuántos dioses conoces personalmente? De todos modos, Moricz, que gozaba del beneplácito de los shuaras, sí extrajo elementos en forma de pequeñas planchas de oro representando caracteres de un alfabeto desconocido, figuras antropomorfas,

astros, animales y... pirámides. Lamentablemente muchas se malograron en un incendio ocurrido en el museo de María Auxiliadora.

El silencio se impuso durante unos segundos, tratando de asimilar toda aquella información. Bill dejó su asiento, se alejó unos pasos con las manos en los bolsillos y caminó de un lado a otro, sumido totalmente en sus pensamientos.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Abel consiguiendo llamar su atención—. ¿Algo te inquieta?

—Cavilaba sobre las similitudes de este misterio con el que rodea a otra montaña muy alejada de estas tierras.

—¿Cuál? —preguntó Eve.

—La de Montserrat, en España. Está en la provincia de Barcelona. Es una montaña santa por la aparición de la imagen de la virgen patrona de la ciudad, pero rodeada de relatos sobre desapariciones, apariciones milagrosas y peregrinajes en busca de objetos sagrados. También hay muchos silencios acerca de lo que sea que guarde.

—¿A qué te refieres con silencios?

—Al igual que Kirup nos ha pedido que no hablemos sobre qué nos ha traído aquí, supongo que por miedo a represalias o algún intento por parte de los lugareños de impedirnoslo, también hubo quien guardó silencio acerca de las cuevas de Montserrat.

»En 1851, Joaquín Font, un doctor aficionado a la espeleología, oyó hablar de unas cuevas existentes en Montserrat que habían sido visitadas por algunas personas doscientos años atrás, pero que cayeron en el olvido. Posteriormente verificó la existencia de estas por unos grabados del interior realizados por Alexandre de Laborde. Decidió ir al monasterio y entrevistarse con el abad. Este aseguró no tener conocimiento alguno sobre las grutas. En Collbató, un pueblo cercano, Font habló con los habitantes, quienes le hablaron de una cueva llamada Forat del Salnitre. Conseguido su propósito de visitar la gruta, halló inscripciones que se remontaban al 1511, realizadas por frailes. Una en particular llamó su atención, fechada en 1654 y hecha por los monjes de Montserrat, lo cual certificaba que el abad le había mentado.

»Además, y también como en el caso de la cueva de los Tayos, una de las hipótesis más atractivas es que las cuevas de Montserrat pudieran estar unidas a otras muchas.

El silencio volvió a hacerse dueño de la estancia hasta que Abel se levantó de la silla y caminó hacia las maletas. Arrastró la suya junto a uno de los camastros.

—Deberíamos descansar, tal como nos ha sugerido Kirup —aconsejó mientras se tumbaba y cruzaba las manos bajo la cabeza—. Nos espera una dura noche y un día aún más duro.

Eve asintió y también dejó su asiento para ocupar el siguiente catre.

—¿Qué esperáis encontrar allí abajo? —preguntó Bill una vez que estuvo junto a ellos para que pudieran hablar sin alzar el tono.

—Ni idea —respondió Abel antes de que Eve pudiera soltar el impropio que ya asomaba a sus labios. No era momento de discusiones acaloradas.

—Está bien —añadió Bill dirigiéndose al jergón desocupado—, supongo que mañana saldremos de dudas.

Parker miró a través de la ventana por la que únicamente veía un pedazo de cielo ya oscurecido. Se levantó lentamente, recogió la gabardina y el sombrero del perchero con la misma calma, echó un último vistazo al despacho y cerró la puerta tras él. Era hora de marcharse.

La noche lo recibió con una fina llovizna a la que no prestó más atención que calarse el sombrero hasta las orejas y modificar el ala para evitar que el agua le cayera en los ojos. Caminó a paso normal. Su casa no estaba lejos y no tenía prisa en llegar. Después de estar encerrado tantas horas en comisaría un poco de libertad le sentaba de maravilla. No era demasiado tarde y consideró la posibilidad de entrar en uno de los pubs a tomar una cerveza y gozar de unos minutos de fútbol en pantalla grande, pero la descartó al ver que el local estaba lleno y siguió adelante.

Había pasado prácticamente todo el día revisando cada uno de los datos recabados, después de estudiar ambos procedimientos, y la investigación sin resolver sobre el asesinato de Albert Grant. Elaboró una lista con lo extraído de la entrevista al peculiar señor Kaine. Ordenó a Brian que dejara sobre la mesa las fotografías de las pertenencias de Peter Simmons y las del registro realizado en su casa. Agregó la denuncia del asalto sufrido por Eve Swan y el informe médico.

Y así seguía el escritorio: repleto de documentación. Algo parecido a cómo se encontraba su cabeza después de tratar de buscar hilos conductores que lo relacionaran todo.

Trató de despejar la mente. La mayor parte de las veces, después de darle descanso durante unas horas, la solución al enigma se revelaba con una facilidad pasmosa. Pero no lo conseguía. Una y otra vez volvía a repasar toda la información sin apenas percatarse de ello.

Quizá por eso tardó más de lo habitual en advertir que lo seguían. Continuó caminando sin alterar en lo más mínimo la postura o el ritmo. Torció la esquina en la siguiente intersección y empujó con fuerza la puerta de entrada al primer edificio que encontró. Esta no cedió y se apresuró en probar la siguiente. La providencia quiso que le diera la oportunidad de colarse dentro y, agazapado en la oscuridad, atisbó el exterior a la espera de que su perseguidor pasara por allí.

No se hizo esperar y un tipo vestido íntegramente de negro se paró justo frente a la puerta. No pudo verle las facciones, pero apostaba a que era el mismo que había visto el día anterior junto a Green Park. Parker se pegó a la pared cuando el

misterioso personaje giró el rostro hacia él. Cuando este volvió la cabeza hacia el otro lado, aprovechando la oportunidad, con rápidos movimientos salió y lo sujetó por la espalda, pasando un brazo alrededor de su cuello y clavándole la rodilla en los riñones.

—¿Quién te envía? ¿Por qué me sigues? —lo interrogó.

El tipo no soltó prenda. A cambio, se revolvió con una gran fuerza, que nada tenía que ver con su apariencia delgada y desgarbada, consiguiendo asestar un duro codazo en el estómago del detective, antes de echar a correr. Parker boqueó, doblado sobre sí mismo, mientras veía cómo se escapaba. Tomó aire cuanto pudo y se lanzó tras él, mientras echaba las manos a su axila y se hacía con el arma reglamentaria.

La oscuridad y la lluvia, que comenzó a caer con más fuerza, dificultaban la visibilidad. Apretó la carrera, forzando la máquina mientras recordaba cuantas veces se había prometido hacer ejercicio. El fugitivo cruzó la calzada para colarse por la siguiente calle, mucho más transitada. Esto obligó a Parker a esconder la pistola para no alarmar a los ciudadanos y evitar que cundiera el pánico. Sorteó con toda la rapidez de la que fue capaz a los peatones, tratando de ver algo por encima de sus cabezas, pero le fue imposible debido a la cantidad de paraguas abiertos.

Se había esfumado.

Maldijo con el corazón acelerado y la respiración agitada. No obstante, estaba seguro de que tendría otra oportunidad de vérselas con él. Había puesto a Kaine contra las cuerdas y, tal como dedujo durante la entrevista, no era de los que dejaban cabos sueltos. Aquella persecución no hacía sino corroborarlo.

Si a Eve le había parecido exuberante el paisaje visto desde el todoterreno que los llevó a Yuquianza, no tuvo palabras para definir cuanto la poca luz de la que disponían le permitió ver de la ruta hasta La Unión. Lamentó profundamente no poder gozar por completo de la visión que supondría contemplar aquellos ríos y cascadas que atravesaron, rodeados en todo momento del verdor del bosque y la roca de las montañas. Afortunadamente, Kirup captó el interés que la mujer mostraba y le ofreció algunas explicaciones sobre lo que estaba viendo para que pudiera formarse una idea más clara de su magnificencia. Sintió muy dentro de sí el bienestar que le proporcionaba beber de tan salvaje belleza, dándole una nueva dimensión a la palabra libertad y acentuando la insignificancia del ser humano. Podían levantar rascacielos, pero jamás compararse con la maravilla arquitectónica de la naturaleza que, caprichosa, creaba paisajes llenos de movimiento, vida y contrastes, como el que disfrutaba en aquel preciso momento.

Si bien estaba muy escondido y acechante, Eve sentía el miedo a lo que vendría después: el descenso al vientre de aquella tierra.

—No te preocupes, yo estaré contigo —le había dicho Abel, conocedor de su fobia a los espacios cerrados, mientras le apretaba suavemente un hombro para

infundirle ánimos.

Pero ese temor seguía allí, incontrolable. No obstante, la incesante actividad que se adueñó del tranquilo asentamiento bautizado como La Unión, con la llegada de todo el equipo que intervendría en la operación, consiguió que olvidara por unos minutos su malestar.

Sin saber qué hacer, viéndose rodeada de personas que trajinaban cargando cordajes y otros enseres, se sintió inútil y decidió apartarse para descansar sentada a la sombra de un gran árbol. Si no era capaz de ayudar, al menos el resto agradecería que no estorbara. Desde allí contempló como Kirup intercambiaba unas palabras con Abel antes de dirigirse a una de las cabañas, sin duda para hablar con el jefe de la federación shuara y pedir su aprobación para aquella pequeña y corta expedición, tal como dijo que haría. Abel miró hacia donde ella se encontraba y levantó un pulgar acompañando el movimiento con un gesto interrogante. Ella respondió del mismo modo, añadiendo una tímida sonrisa. Después vio que, alertado por la llamada de Kirup, también se introducía en la cabaña del jefe shuara.

Mirara hacia el rincón donde mirara, veía a indígenas y a occidentales trabajando codo con codo. Pero uno llamó particularmente su atención.

No desentonaba del resto, ya que también vestía el típico ropaje, verde oscuro o gris, que portaban los demás. Poco pudo distinguir de sus rasgos debido a la distancia, pero por el cabello negro, la forma de caminar y el porte extremadamente erguido tuvo la sensación de conocerlo, aunque le fue imposible saber dónde lo había visto antes. Siguió sus movimientos, tratando de recordar algo más, forzando a su mente, pero no lo consiguió. Pasó junto a Bill, tan cerca de él, que debió de faltar muy poco para que sus hombros chocaran. Se miraron unos instantes y pudo leer en su gesto la aceptación de una disculpa. Después, el individuo continuó su camino y se perdió de la vista de Eve.

Intrigada, abandonó su cobijo al amparo del árbol y fue en busca de Bill.

—¿Conoces de algo a ese hombre? —le preguntó.

—¿Qué hombre?

—Ese con el que casi tropiezas hace un momento.

—No, de nada.

—¿Te dijo algo?

—Se disculpó, pero ¿a qué viene tanta pregunta? ¿Acaso lo conoces tú?

—Me es extrañamente familiar, pero no logro ubicarlo. Pensé que quizá podía ser alguien que conocí cuando estábamos juntos.

—Sabes que soy bastante buen fisonomista. Si lo conociera, lo hubiera recordado, seguro.

—Sí, lo sé. Está bien. Quizá solo ha sido algo de él lo que me ha recordado a otra persona. Después de todo estamos muy lejos de casa, ¿cuántas posibilidades hay de

encontrar a alguien conocido?

—Nunca he sido muy bueno calculando probabilidades.

—Bueno, olvídalo —zanjó la conversación.

Dejó a Bill, mirándola extrañado mientras se dirigía hacia el camino que se perdía detrás de la cabaña. Cuando echaba un vistazo tras ella, Kirup los llamó a todos a reunión y tuvo que abandonar su búsqueda.

—Tenemos vía libre para comenzar. Emprendamos la marcha.

A su orden, los porteadores cargaron con los bultos y comenzaron a formar una fila que inició el recorrido y se perdió en la espesura del bosque. Ellos cuatro los siguieron.

—Mientras se encargan de montar el trípode con la polea y aseguran los anclajes, os explicaré las medidas de seguridad que debéis respetar.

—Somos todo oído.

—Es sencillo, basta con que sigáis mis indicaciones al pie de la letra y que no os confiéis. Deberéis llevar el casco provisto de linterna en todo momento, además de aseguraros del buen funcionamiento de la de mano. También os proporcionaré guantes, que prefiero que no os quitéis. No quiero investigadores por cuenta propia, es decir, si necesitáis separaros del grupo por alguna razón, lo comunicaréis antes, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintieron todos.

—¿Alguna cosa más? —preguntó Abel.

—Sí, antes de que lleguemos, creo conveniente advertiros de que si no habéis hecho esto antes o jamás os habéis encontrado con un terreno tan irregular, puede que os impresione hasta el punto de decidir que no queréis continuar. Quiero que entendáis que respetaré la decisión del que sea y podrá quedarse con el resto del equipo. No voy a obligar a nadie a hacer lo que no quiera. Eso después trae muchos problemas y hasta puede ser peligroso tanto para la persona en cuestión como para el resto de los que descendamos.

Aquel apunte caló hondo en Eve, quien sintió renovarse la inquietud que la había acompañado durante las últimas horas. Abel advirtió el momento justo en que un escalofrío recorrió la espalda de la mujer.

—¿Cree que alguien que padece síntomas de claustrofobia podrá hacerlo?

—La claustrofobia en una actividad como esta puede derivar al cabo de unos segundos en un episodio grave de ansiedad. Así que, si alguno de ustedes cree padecerla, mejor que se abstenga de bajar.

La mirada que compartieron Eve y Abel lo dijo todo.

Caminaron los cuatro al mismo ritmo, cruzando el puente colgante del río Coangos. Cuando faltaban unos metros para llegar al lugar en cuestión, Kirup se adelantó a dar las últimas instrucciones a los hombres.

—¿Crees que podrás hacerlo? —preguntó Abel, preocupado.

—No padezco claustrofobia —se defendió—. Es solo que... —Abel la miró asintiendo mientras esperaba a que continuara—. ¡Joder! Es solo que odio estar encerrada, es distinto a tener miedo.

Sin embargo, a los dos hombres no les quedó claro si los acompañaría en el descenso y siguieron mirándola atentos a cuantas emociones cruzaron el rostro de Eve.

—¡Sí! ¿Vale? ¡Lo haré! ¡Puedo hacerlo!

—¿Estas completamente segura, Eve?

—He dicho que bajaré a esa maldita cueva, ¿de acuerdo? —respondió con los dientes apretados. Agarró la camisa de Abel en un puño y tiró de él alejándolo de Bill—. Además, ¿y si también soy la única que puede tocar lo que sea que encontremos allí? ¿Lo has pensado?

Abel no respondió, pero admitió con un gesto que ella tenía razón.

—Pues asunto resuelto. Tengo que hacerlo y lo haré.

El problema radicaba en que la determinación que manifestaban sus palabras, contradecían las señales que mostraba su cuerpo.

—Solo serán unas horas, o quizá menos. Lo que tardemos en descifrar para qué nos trajo aquí mi padre.

—Yo solo espero que esa razón no implique tener que volver a pasar por esto.

Supieron dónde se encontraba el acceso rocoso a la cueva por la estructura metálica que habían montado sobre el pozo. De ella pendían ya una polea eléctrica y cuerdas. Eve prefirió no acercarse demasiado hasta el momento en que tuviera que colgarse de ellas.

—Es un descenso de unos ochenta metros en vertical por una garganta de aproximadamente dos metros de diámetro en la parte más ancha —explicó Kirup, que alzó la voz por encima del aleteo de las aves que allí habitaban—. Deben tener cuidado con el desnivel que encontrarán después de los cincuenta metros iniciales. Yo seré el primero en bajar para ayudarlos a soltar el arnés de las cuerdas. Después me seguirán Eve, Bill y, por último, Abel.

La mujer dio un involuntario paso atrás al escuchar su nombre. Bill le propinó un par de golpecitos amistosos en la espalda con la intención de infundirle valor, pero recibió una mirada venenosa a cambio.

—Vamos, Eve. Siendo la primera correrás menos peligro —dijo sin saber muy bien si estaba en lo cierto.

—Pónganse esos monos, cascos y guantes. Mis hombres les proporcionarán todo lo demás y los ayudarán a colocarse el arnés correctamente —ordenó Kirup mientras se hacía con el suyo y lo abrochaba.

Él mismo hizo los nudos apropiados y pasó el cordaje. Antes de que pudieran

darse cuenta, el experto espeleólogo descendía por el pozo con facilidad. Eve seguía sin querer acercarse demasiado a la oscuridad, prefería dejarlo para el último momento y mirar hacia abajo lo menos posible. Pero ese momento estaba más cercano de lo que ella calculaba y al cabo de pocos minutos se encontró también colgando en el centro de la estrecha abertura. Se agarró a la cuerda que la sujetaba a la vida con tal fuerza que los pliegues de los guantes le dificultaban el riego sanguíneo. La última mirada fue un barrido a toda la zona exterior que terminó en los claros ojos de Abel. Después, optó por cerrarlos hasta que se formaron pequeñas arrugas en los extremos, mientras apretaba tanto la mandíbula que pensó que se rompería alguna muela. Allí, colgada en medio de ningún sitio y a merced de otros, la vulnerabilidad arraigó en sus entrañas como un veneno que la hizo temblar.

—¡Vamos, Eve! ¡Lo está haciendo muy bien! ¡Si tiene que mirar a algún sitio, mire hacia abajo! —le dijo Kirup.

Pero no estaba en el ánimo ni el deseo de Eve mirar a ninguna parte, no hasta que sus pies tocaran tierra firme. Para ella, una cosa era bajar por una tubería exterior y otra muy diferente descender a un agujero oscuro en el interior de la tierra. Se sintió como Dante siguiendo a Virgilio a través del Infierno.

Cuando las manos de Kirup la agarraron y la obligaron a sostenerse en pie, elevó mentalmente una plegaria y solo entonces se permitió abrir los ojos. Al principio no distinguió las cercanas facciones del hombre, que evitaba mirarla de frente para no deslumbrarla con la pequeña pero potente luz del casco.

—Lo ha hecho muy bien, Eve. Ya puede soltar la cuerda. —Apenas reparó en que Kirup ya la había desasido del amarre—. Espere ahí sentada mientras llegan los demás.

Bill tardó unos pocos minutos en reunirse con ellos, muy excitado por la experiencia. Abel, sin embargo, prefirió guardar silencio y ayudarla a levantarse para emprender la marcha. Eve se estremeció al sentir una ligera ráfaga de aire. ¡Viento! ¿Cómo demonios podía haber viento allí abajo?

—Bien, ahora pasaremos por el arco al que llaman Von Däniken. Tendremos que agacharnos. Lo haremos despacio y de dos en dos. Tengan mucho cuidado de no tropezar, verán que el camino es bastante abrupto. —Kirup los observó por un instante—. Bill, venga conmigo. Abel y Eve después, a mi señal.

Frente a la gran piedra angular, Kirup se agachó y penetró en la oscuridad, únicamente rota por el haz de luz de las linternas y los reflectores, seguido de cerca por Bill. Después les tocó el turno a ellos. Avanzaron despacio, obligados a ir en cuclillas y con la cabeza gacha, como si, de algún modo, la piedra exigiera que el visitante presentara sus respetos o pidiera perdón por mancillar con su presencia aquel sagrado lugar. Abel apretó la mano de Eve para ayudarla y sintió cómo un temblor le recorría el cuerpo a medida que cruzaban bajo ese techo extrañamente liso

y vitrificado.

Luego torcieron a la derecha y pronto pudieron volver a erguirse al encontrarse de repente en un amplio recinto desde el que partían distintos túneles.

—Ese de ahí —señaló Kirup con la linterna— es el famoso séptimo pasadizo. No se emocione, Bill —dijo al notar la excitación incontenible de su compañero—, ha sido registrado muchas veces y jamás se ha encontrado biblioteca alguna. Sí podrá observar, en cambio, esculturas de piedra en cualquiera de los túneles y las salas.

—¿Podemos verlas? —preguntó Abel—. ¿Nos puede guiar hasta ellas?

Kirup se encogió de hombros y caminó el primero, esperando al resto a la entrada del túnel.

—¿Crees que encontraremos algo en esa sala? —preguntó Eve muy cerca de su oído y regulando el volumen. Allí dentro cualquier pequeño sonido se amplificaba.

—Podría ser. Es, según Kirup y Bill, la más importante y el centro del misterio de este lugar. La lógica que guía las pistas de mi padre indica que es la más probable.

Acompañados aún por el aleteo de los tayos, no fue necesario caminar demasiado hasta encontrarse en otra caverna aún más inmensa que la anterior, donde la luz de las linternas se perdía sin llegar a encontrar roca que se interpusiera en su camino.

—Tengan cuidado con las estalagmitas, podrían tropezar con las más pequeñas. Pero deléitense con la visión de las grandes y caprichosas formaciones rocosas —sugirió mientras encendía una gruesa linterna de mano que iluminó una buena porción de espacio.

Eve quedó totalmente fascinada. La grandiosidad de lo que contemplaba rebasaba largamente lo imaginado. El diseño natural de nuevo superaba las creaciones humanas de forma espectacular, pues aquel conjunto únicamente era comparable con una inmensa catedral gótica realizada por un brillante arquitecto.

Junto a las rocas de traviesas formas observaron las tallas practicadas, como Kirup había dicho. Había animales, entre ellos: monos, lobos, camellos, saurios, lagartos, cangrejos; y también pudieron ver esculturas en forma de esqueletos humanos.

—Eve, Abel, mirad esto —les llamó Bill.

De nuevo la mano de Abel buscó la suya y enseguida se vio arrastrada hacia el lugar señalado por Bill; una especie de sala más pequeña o recoveco, como una habitación con acceso a la sala central. El descubridor esperó hasta que estuvieron junto a él para alumbrar el lugar. Sintió el apretón involuntario de Abel al ver una especie de cúpula realizada íntegramente de roca, como un pétreo tipi indio, pero redondeado y cubierto de figuras en relieve. Humanoides con sombreros puntiagudos, algo semejante a una madre con un bebé junto a ella, más animales...

—Realmente es impactante.

Durante varios minutos miraron embelesados, descubriendo cada vez nuevos

dibujos tallados en las cóncavas paredes. Hasta que Abel quedó paralizado frente al hueco que hacía las veces de puerta de entrada al interior de la cúpula. Bill fue el primero en notar su ansiedad. Eve lo miró preocupada.

—¡Eh! ¿No se supone que la miedica aquí soy yo? —bromeó.

Pero pronto, la forzada sonrisa que compuso para infundirle ánimos, desapareció al seguir la mirada del hombre hasta la pequeña muesca realizada sobre dicha entrada. Eve apuntó con la luz directamente a ella, sin poder creer lo que estaba viendo.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Bill, que, tras dar un par de pasos, se situó junto a ellos.

Grabado en la piedra se hallaba el símbolo que les había guiado desde que llegara a Abel en la parte trasera de la fotografía de Eve: aquellos extraños círculos concéntricos. Pero, a diferencia de los otros, este poseía un anillo más.

—Jamás hubiera imaginado encontrar ese símbolo aquí —comentó Bill, ajeno al desconcierto de sus dos acompañantes, pero igualmente admirado al contemplarlo.

—¿Lo conoces? ¿Sabes qué significa? —preguntó Abel sin mirarlo, como si apartar los ojos de la señal significara no volver a localizarla.

—El círculo por sí solo puede interpretarse de muy diversas formas: el Sol, la Luna, la misma Tierra... Muchos son los símbolos que contienen círculos y muchos quienes los han utilizado para describir o identificar algo. Platón usó los tres círculos concéntricos para hablarnos de la Atlántida, por ejemplo. Pero también ha sido empleado por muchísimas religiones y tradiciones: la Santísima Trinidad para los cristianos, el paraíso primordial o «jardín de Bhrama» para los hindúes, el monte Meru para los tibetanos, o el centro de un mandala para los budistas, es decir, un lugar o algo sagrado. También —continuó ajeno a Abel, quien comenzaba a agacharse— es el infinito, lo interminable, lo cíclico, el todo o la nada.

Eve acompañó el gesto de Abel mientras Bill continuaba con su perorata interminable. Ambos, acucillados frente a la entrada señalada por tan evocador símbolo, examinaron el interior. Más relieves lo decoraban, pero solo una cosa llamó del todo la atención de la pareja: una especie de base redonda, como un plato grueso de piedra o un pedestal cóncavo sin aristas. Era redondo y perfecto. Abel alargó una mano para llegar hasta él, pero antes de que pudiera siquiera rozarlo Eve se lo impidió sujetándole el brazo, olvidando que su piel estaba sobradamente protegida por el guante. Abel buscó sus ojos y no necesitó pronunciar ni una sola palabra. Fue ella quien asió el objeto y lo extrajo. Usaron la linterna para enfocarlo. En el medio mismo de la pieza de piedra negra también vieron el símbolo grabado y, alrededor, peces, hombres, insectos, plantas... No cabía duda: era lo que habían ido a buscar.

Ambos se miraron dibujando una sonrisa de triunfo, mientras Abel la ayudaba a erguirse y ella sostenía el objeto. Sintieron un ligero temblor bajo los pies y un polvo

negruzco cayó sobre ellos. La expresión victoriosa desapareció de sus rostros, sustituida por un rictus de alarma.

—¿Qué ha sido eso? —preguntaron a Kirup.

—Salgamos de aquí —respondió este sin dar más explicaciones.

TERCERA PARTE

La tierra

Introducción

Solo tenía que cerrar los ojos para volver a verlas desde la Tierra, tan distantes y a la vez tan queridas. Los humanos, como si presintieran de alguna forma que allá se encontraba su verdadero origen, la habían bautizado como el Crisol de la Creación, donde nacen las estrellas. Desde tiempo inmemorial dedicaron su atención al cielo, tal como les enseñaron. Allí podían encontrar la inspiración, la respuesta a sus plegarias, la concentración para meditar... La belleza más pura. El misterio... A mil quinientos años luz se encontraba el hogar, delimitado por una forma trapezoidal, del mismo modo en el que habían construido los templos de sabiduría. Y exactamente igual que todas las razas lo habían reproducido para dar cabida a tantos y tantos rituales y oraciones.

Todo volvía a su lugar. Todo principio terminaba en el punto de partida, pensó mientras acariciaba distraídamente el sello de su estirpe, el símbolo que los había guiado siempre, aquel que simbolizaba la sagrada verdad.

—Majestad... —dijo Mahynga, solícito, antes de penetrar en sus aposentos.

—Adelante, hermano.

—Siento importunarte, pero he pensado que querrías saberlo. Mahytma acaba de recibir la noticia de que han recogido la piedra.

Adama notó gozoso que un peso desaparecía de su interior, uno con el que había cargado sin saber de su existencia hasta ese mismo momento en el que se sintió libre de él.

—¿Se encuentran bien?

—Los goros tuvieron que hacer su trabajo para satisfacer el equilibrio natural. No obstante, han superado la prueba y lograron salir sin demasiados percances. Aunque hay que reconocerle el mérito a uno de los miembros más destacados de la Hermandad.

—Hicimos bien en advertirlos de que había que esperar. Al menos saben cómo afrontar esa lucha.

—Aún no han terminado —apuntó.

—Lo sé —reconoció—. Sin embargo, la noticia es digna de mi regocijo. Aún quedan almas lo suficientemente puras.

De pronto Mahynga compuso un rictus serio y preocupado. Sus ojos volaron de un lado a otro buscando la prueba física de cuanto su espíritu presentía. Alarma.

Adama suspiró antes de tomar asiento, cansado.

—Majestad... —comenzó.

—Lo sé, hermano. No es necesario que lo menciones. Desde hace mucho sé que algunos de los Maestros no están conformes con mi decisión de dar otra oportunidad a la cuarta raza. Eso les hace comportarse de una forma que quizás en otro tiempo ellos mismos calificarían de vergonzosa. Solo espero que no afecte a su criterio a la hora de tomar la decisión final.

—Pronto terminará todo, para bien o para mal.

—Me temo, querido hermano, que tal como indica el libro del destino, mucho tendría que cambiar en el espíritu de los humanos para llegar a alcanzar la divinidad que esperamos de ellos.

—No puede ser que tú también dudes. Siempre los has defendido. Los has mimado, incluso más que a sus predecesores.

—Reconozco mi debilidad, sí. Quizás eso es lo que hace que aún mantenga la esperanza. Los he visto caer en incontables ocasiones y volver a levantarse para recuperar cuanto perdieron. Son tendenciosos, pero es probable que precisamente esa condición sea lo que permite su supervivencia.

—¿Y si no logran dominarlo como pasó en Orión?

—Para eso nos tienen a nosotros. Somos los encargados de volver a intentarlo. Ya di la orden a los Goros de que comenzaran los trabajos de reunificación, pero cada día rezo para que no tengan que llegar a finalizarlos. Esta vez, ninguno de ellos se salvaría de la destrucción.

Mahynga se despidió con una reverencia antes de marcharse. Adama suspiró y se encaminó a la cámara donde su antecesor reposaba, pero esta vez no necesitó consultarle sobre lo que debía hacer, pues en realidad no quedaba nada más que esperar. Como siempre ocurría, las llamas prendieron e iluminaron la estancia. Miró el sarcófago y sonrió.

—Pronto volverá la paz —le dijo.

—*Mânava*. —Mahytma penetró en la habitación y realizó una reverencia en su presencia.

—¿Sí? —Aquel que conocía los acontecimientos futuros, dudó a la hora de comunicar lo que fuera que lo había traído hasta allí. La sonrisa se descolgó de sus labios al ver la afectada seriedad del auxiliar—. Habla con libertad, hermano.

—Preveo grandes problemas —dijo arrugando la frente.

—Tienen que ver con el Oscuro, ¿no es cierto?

—Así es.

Adama dio la espalda a Mahytma por unos segundos mientras volvía a mirar a su predecesor, buscando la serenidad necesaria para reprimir la culpa que prendió en su estado de ánimo.

—Pero no todo está perdido.

—¿A qué te refieres? —preguntó enfrentándolo de nuevo. Si existía un solo

resquicio de esperanza, podía aprovecharlo y ofrecerles una posibilidad al Guardián y a la Elegida.

—Tenemos el sello de Orión —dijo solemne.

Adama dio un paso atrás, turbado ante tal afirmación.

Eve se revolvió en la cama del hotel de Guayaquil sin haber podido pegar ojo. El regreso desde La Unión había transcurrido sin incidentes y envuelto en silencio. Ni siquiera el paso por Yuquianza les había animado a hablar, limitándose a mirarse unos a otros con distintas cargas emocionales, mientras pasaban unas horas de descanso en la misma cabaña.

A aquellas alturas y conociéndolo, probablemente, los colmillos de Bill debían traspasarle la lengua de tanto morderla para evitar preguntar: por qué dos personas que no se conocían hasta hacía unos días, se habían desplazado a otro continente, solo para buscar una pieza que, a todas luces, debía formar parte de una colección de museo o, al menos, era digna de un estudio riguroso. Abel, en cambio, debía devanarse los sesos tratando de averiguar cuál era el fin del cristal y la piedra. Ella prefería no pensar demasiado en nada. Cada vez que trataba de desentrañar algún misterio, este suscitaba nuevas preguntas que, por mucho que lo intentara, no podía responder.

Supuso además que el hecho de haber pasado por una experiencia tan aterradora, como la vivida al salir de aquella maldita cueva, tampoco animaba a la comunicación verbal. Cada uno de ellos, a su modo, trataba de asumir y olvidar el miedo.

De una cosa sí estaba segura: alguien les había vuelto a ayudar.

Salir de las entrañas de la Tierra no fue, ni mucho menos, la sorprendente experiencia que fuera entrar. Incluso en el rostro de alguien tan veterano como Kirup se evidenció el pánico cuando al llamar, para que los sacaran rápidamente de allí, nadie contestó a su demanda. Las cuerdas, junto con el último de los arneses, reposaron inmóviles en el suelo durante largos minutos. Todos gritaron pidiendo auxilio, acurrucados unos contra otros, completamente pegados a la pared contraria a la que se abría al interior, para evitar los golpes de las aves que emergían del negro agujero alertadas por el ruido. Las linternas acopladas en los cascos iluminaron las caras descompuestas y negruzcas por la tierra desprendida debido a los temblores que aún continuaban.

De pronto el arnés comenzó a levitar, dando pequeños saltitos, como si el que tiraba del otro extremo quisiera avisarles de que sí había alguien dispuesto a sacarlos de allí. Kirup lo sujetó y miró a cada uno de ellos esperando su aprobación. Después de ceñirlo lo más rápido que pudo en torno a su cuerpo, señaló que estaba listo, tirando de las cuerdas un par de veces.

Una vez que estuvo a salvo, procedió a sacarlos a todos. La primera en volver a

gozar de un poco de aire fresco fue Eve. Boqueó una y otra vez, como si de ese modo pudiera hacer acopio de todo el aire que no había tomado durante el ascenso, ajena totalmente a las sucias magulladuras del rostro.

—¿Qué clase de equipo tiene usted? ¿Dónde están todos? —gritó histérica.

—No puedo contestarle a esa pregunta, señorita. Incluso el hombre que me ayudó a salir se ha marchado a toda prisa en cuanto he podido valerme por mí mismo —le había respondido mientras se afanaba en poner de nuevo el mecanismo en funcionamiento para sacar al resto.

Escasos minutos después, los temblores dejaron de sucederse y Kirup pudo expulsar el aliento que había estado conteniendo. Eve envolvió la piedra con los brazos, fuertemente, sin dejar de notar que las sacudidas terrestres únicamente se calmaron cuando emergió con ella.

Justo en ese instante el silencio se instaló entre ellos, para quedarse de forma indefinida. Ni siquiera fue roto cuando llegaron al hotel y el recepcionista les entregó las llaves de las habitaciones. Ni cuando Bill recibió una nota que guardó en el bolsillo sin ánimos para leerla. Se limitaron a subir, colarse cada uno por su puerta y dejarse caer sobre la cama.

Bill Schlange tampoco durmió. Se dedicó a deambular nerviosamente por la habitación: unas veces se sentaba sobre la cama, solo para volver a levantarse, y otras echaba un ansioso vistazo por la ventana que apenas duraba unos segundos. Durante todo el tiempo llevó el móvil en la mano derecha, decidiendo si marcar el número escrito en la nota que le entregaron en la recepción. No necesitaba hacerlo para saber quién estaría al otro lado de la línea telefónica. Y solo pensarlo conseguía paralizarle los dedos. Tal era la aprensión que sentía que no podía pensar en nada más.

A mediodía, cuando ya había pasado varias horas en aquella desesperante situación, el teléfono sonó. Miró aún más asustado el número que apareció en la pantalla. Después de todo, la angustia producida por la disyuntiva entre marcarlo o no se había terminado.

—He de reconocer que estoy sorprendido contigo, Schlange. Has resultado ser un tipo escurridizo. —Aquella voz que hacía que la suya temblara sonó tan socarrona y temible como siempre.

—No he intentado huir.

—Lo sé. Lo sé. Pero deberías haberme comunicado este viajecito tuyo.

—¡Lo hice! —se defendió—. Intenté hablar con usted, pero...

—Pero no lo intentaste con suficiente ahínco.

—¡Me dijeron que no estaba disponible!

—Nunca dices exactamente lo que debes, Schlange. De cualquier modo, espero que tu viaje hasta Ecuador haya sido de provecho. Esos dos a los que acompañas,

¿han obtenido lo que fueron a buscar? ¿Tienen la piedra?

Bill titubeó antes de responder, sobrecogido al comprobar que conocía el objeto.

—Vamos, sabes que me enteraré de una forma u otra. Será peor para ti si me mientes o me ocultas algún dato.

—Sí. Tienen un objeto de piedra —confirmó esperando su ira.

—Bien —respondió antes de colgar.

Sin saber cómo actuar, claudicó a la urgente y delirante necesidad de salir corriendo de la habitación hasta las de Abel y Eve para comprobar que estaban a salvo, que no les había ocurrido nada malo, como si su sola presencia bastara para protegerlos.

Oyó la voz de Eve, hablando con Abel, antes de abrir la puerta sin pararse a avisarlos de su llegada.

—... al tener ambos aquí —decía—. Pero ¿qué demonios? —gritó al ser prácticamente arrollada por la entrada de Bill—. ¿Estás loco? ¡Casi me rompes el brazo!

—Lo siento... —se disculpó rápidamente, pero sus palabras quedaron en el aire cuando su mirada recayó en los dos objetos que reposaban sobre la cajonera.

Hipnotizado por la belleza de ambas piezas, sus ojos acariciaron la piedra y alargó el brazo cerrando los dedos en torno a la esfera de cristal antes de que pudieran impedirselo.

—¿Qué es esto? —preguntó. Sin esperar respuesta, la alzó y la observó al trasluz. El cristal brilló devolviendo el rayo de sol—. Es perfecta.

Los ojos de Eve se abrieron desmesuradamente al comprobar que no se iluminaba ni quemaba la piel de Bill, como sucedió cuando Abel la tocó. Lo miró. El semblante de Abel no mostraba el asombro que cabía esperar: se limitó a bajar la mirada hasta sus pies ocultando algo semejante a la vergüenza.

—Es cuarzo —afirmó Bill—. ¿Dónde la habéis encontrado?

No contestaron. Eve solo tenía ojos para Abel, quien continuaba en aquella posición, como la que adoptaba alguien que había sido descubierto en flagrante delito.

—¿Sabéis que el cuarzo es un magnífico transductor? Se utiliza en infinidad de aparatos eléctricos. —Bill hablaba para sí mismo, pues nadie le escuchaba.

—Sabías que no se quemaría, ¿verdad? —dijo Eve plantándose frente a Abel de una zancada, esperando una respuesta.

Él reunió fuerzas para levantar el rostro y mirarla. Los ojos de Eve ya no mostraban asombro, sino que se habían convertido en dos rendijas de sospecha.

—No. No lo sabía.

—Pero lo intuías —acusó—. ¿Cómo?

—¿Qué ocurre, chicos? —Bill caminó hacia ellos portando aún la esfera entre las

manos.

Pero, de nuevo, ninguno de los dos contestó. Se limitaron a mirarse, el uno al otro, con emociones encontradas que les traspasaban las retinas. Eve puso los brazos en jarras, afianzando su posición y obligando de algún modo a que Abel le diera la explicación que exigía. Él no encontró palabras con las que expresarse y se limitó a retirar con rapidez la amarillenta venda de la mano.

—Imposible —murmuró.

Mientras Eve examinaba la intacta piel de la palma de Abel, la mirada de Bill se posó sobre los documentos que ya había examinado. Los mapas y los artículos cobraron una nueva perspectiva con la incorporación de aquella esfera y un aluvión de datos acudieron a su mente haciéndole casi perder la noción del tiempo y el espacio.

—¿Desde cuándo? —interrogó Eve, conmocionada.

—Antes de que llegáramos aquí.

—¿Pensabas mencionarlo en algún momento? ¿No consideraste que me interesaría saberlo? —preguntó enfadada.

Mientras tanto, Bill continuaba absorto en sus reflexiones y caminó por la habitación completamente ajeno a la conversación entre los otros dos. Dejó la esfera en su lugar, en aquella especie de cuna de terciopelo. No le pasó desapercibido el sello que la decoraba: dos círculos concéntricos. Tomó aire y abandonó la estancia sin despedirse.

Fue lentamente hasta su propia habitación, arrastrando los pies a cada paso. Pesaban quintales, como si toda su vida y las decisiones tomadas hubieran adquirido un carácter material acumulándose en los pies. Arrastrando el lastre de la traición cerró la puerta de un simple tirón y se dejó caer sobre el colchón.

El móvil volvió a sonar insistentemente. Miró la pantalla con una mezcla de miedo y asco hacia sí mismo.

—No lo haré —se dijo—. No lo haré.

No podía atender esa llamada. No sería capaz de afrontar lo que habría de llegar, mucho menos ahora que sabía lo equivocado que estaba. Sería inadmisibile hacerlo cuando comenzaba a vislumbrar cuánto estaba en juego. Los tonos se detuvieron de inmediato para dar paso a una nueva sucesión de ellos.

—No. ¡No lo haré! —gritó, tirando el teléfono al suelo. Se levantó de la cama y se encorvó sobre él gritando más fuerte—. ¡No lo haré!

Eve entró en la habitación sin llamar.

—¿Qué no harás? —preguntó alzando la voz para llamar su atención.

Bill miró a la mujer con ojos asustados y llenos de arrepentimiento.

—Eve...

—¿Qué no harás, Bill? —repitió caminando hacia él despacio.

Bill respiró hondo y al soltar el aire sus hombros cayeron de pronto. Giró lentamente, con el rostro hundido y los brazos laxos, derrotado, consciente del mal que había estado a punto de causar. Sintió pasar cada uno de los años dedicados con mimo al estudio e investigación del continente perdido. Casi toda una vida, pensó. Pero al recordar el pacto con aquel abominable ser, todos ellos le parecieron cubiertos de inmundicia, tirados a un pozo negro sin fondo, a un abismo de carroña purulenta que se los tragaba como si no fueran nada. Como si él mismo valiera aún menos que el río de escoria que podía ver al final del precipicio.

—Bill, ¿qué ocurre?

Reaccionó al sentir una preocupación genuina en su voz. ¿Qué había hecho? Por el amor de Dios, ¿qué había hecho?

La necesidad de ponerlos a salvo primó en su mente sobre la de ofrecer explicaciones y, rauda, agarró la mochila aún sin deshacer y comenzó a vaciar su contenido sobre la cama.

—Debemos irnos. Rápido —dijo mientras abría la maleta al lado.

—Bill —repitió Eve observando los rápidos y erráticos movimientos del hombre.

—No podemos quedarnos aquí. Debemos irnos. Rápido.

—¡Bill! —Lo agarró por los hombros y lo zarandeó—. ¿Qué demonios ocurre?

Abel entró en la habitación alertado por los gritos de Eve. Miró a la pareja y corrió junto a la mujer.

—¿Qué sucede?

—No lo sé. No reacciona. Está como enloquecido —respondió ella.

Abel tomó el rostro del hombre con una mano y lo obligó a mirarlo. Eve palmeó su mejilla repetidamente.

—Bill, por el amor del cielo, ¿qué pasa?

—Debemos irnos —repitió al fin enfocando la mirada en ambos—. Tenemos que marcharnos. No podemos darle ni una sola oportunidad de robarlos.

—¿De robar qué?

—Los objetos. El cristal y la piedra —dijo.

Eve y Abel se miraron.

—Él los quiere, estoy seguro. Debemos irnos antes de que los reclame.

—¿Quién es él?

—Kaine.

Eve sintió que le fallaban las fuerzas y su cuerpo quedó sentado de pronto sobre la cama, sin posibilidad de que las piernas la sostuvieran. Abel, igualmente sorprendido, no soltó a su presa.

—¿Kaine? ¿De Industrias Kaine?

—Sí. No lo sé. Supongo. Solo sé que se hace llamar Kaine. —La confusa respuesta podía tomarse como una afirmación.

—¿Y qué demonios tiene que ver Kaine con todo esto?

—Yo... —farfulló inquieto. La mirada huidiza de Bill y el movimiento que realizó para escapar hizo que Abel lo sujetara con más fuerza—. ¡Debemos irnos! ¡Estamos en peligro!

—¡Cálmate! —exigió Abel, que lo obligó a sentarse.

Lo hizo sobre una silla que colocó frente a la cama. Abel permaneció de pie unos segundos hasta asegurarse de que Bill no intentaría huir de nuevo.

—Explícanos qué tiene que ver Kaine en todo esto y por qué estamos en peligro. ¿Qué es eso de que quiere robar las piezas? —preguntó tomando asiento junto a Eve, quien se separó unos palmos. Aún seguía enfadada con él.

—Estaba equivocado. Pero no lo he sabido hasta hace unos minutos, cuando vi de nuevo los mapas —dijo—. Ahora sé qué quiere decir el mapa de Francia. Estaba tan equivocado... —se lamentó—. Lo siento, Eve, te he fallado en más de un sentido.

Ella guardó silencio, aún conmocionada, y prefirió escuchar lo que tenía que decir Bill.

—Relacioné Francia con Gozel debido a la cercanía de la marca y a partir de los misterios que parecíais estar investigando. No pensé en nada más. Pero al ver lo que habéis obtenido en este viaje y teniendo en cuenta que además teníais un mapa de la zona, ahora sé que cometí un error garrafal. Y lo peor es que no fue solo al interpretar el mapa, sino también al realizar el trato con Kaine.

—¿Con Kaine? ¿De qué trato estás hablando?

—Tenemos que impedir que tenga las piezas —urgió, abriendo los ojos desmesuradamente y mirando a Abel con fijeza.

—De acuerdo, pero explícate, por favor. Aún no sé de qué estás hablando.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? Quiero decir, ¿por qué decidisteis viajar hasta Ecuador y no a Francia?

—Recibimos los billetes por correo —confió Abel—. Mi padre los reservó.

—Sin embargo, también teníais un mapa de esta zona, es decir, que el mapa de Francia debía cumplir la función de informaros de algo, no se os proporcionó para que visitarais el país, en tal caso hubierais recibido también billetes de avión con ese destino. La mayoría de los mapas y artículos tienen esa función: proporcionaros información, ¿no es así? Pistas, por llamarlo de alguna forma.

—Sí.

—Me equivoqué con Francia —repitió—. La señal en el mapa no marcaba un punto exacto, sino que la desplazaron para que pudierais leer perfectamente el nombre: Vichy. Francia de Vichy —aclaró.

—¿El régimen pactado con los nazis?

—Exacto.

—¿Y qué tienen que ver los nazis con esto? ¿Kaine es...?

—Kaine es mucho peor que eso y sí tienen mucho que ver. Ellos, como tantos otros, también buscaron Atlantis, Hiperbórea y el Grial.

—Más que aclararme las cosas estás consiguiendo confundirme. No comprendo adónde quieres llegar.

—¿Recuerdas el artículo de Lanser? El que hablaba del monte Shasta —aclaró—. No encontramos mucha relación entre ese y los otros artículos que teníais.

Abel asintió.

—El Grupo Thule también estuvo en aquella zona.

—Sí, me suena ese nombre, pero no recuerdo...

—El Grupo Thule fue el germen del Partido Nazi.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con nosotros o con la piedra..., o con Kaine?

—Abel, durante los primeros años de la década de los cuarenta, los nazis también estuvieron en Francia buscando el Grial. Concretamente creían tenerlo localizado en alguna de las cuevas de Montségur. Y también visitaron Montserrat, buscando lo mismo. Y el Tíbet, más montañas. Si a eso añades el símbolo que marca ambas piezas y que hace referencia a la montaña Sagrada, ¿no te parecería normal encontrarlo en el interior de una de ellas? Una que ostentara precisamente ese calificativo: «sagrada». Por ejemplo, la cueva de los Tayos.

—¿Intentas decirme que esa piedra es el Grial? —preguntó alucinado—. Estás más loco de lo que creía.

—¿Acaso estás tan influenciado por el cristianismo que crees que el Grial tiene que ser incuestionablemente una copa? ¡Estamos tratando de civilizaciones muy anteriores a Jesucristo! —exclamó—. La Biblia es solo un conjunto de textos extraídos de otros más antiguos. Dime, por ejemplo, el nombre de la fruta que Eva ofreció a Adán, el pecado original.

—La manzana.

—¿Estás seguro? ¿Eve?

Ella asintió.

—¿Cómo lo sabéis con tanta certeza? En la Biblia no se menciona en ningún momento, solo se habla de un árbol y de un fruto, pero no especifica que sea una manzana. Los judíos creían que era un higo y los ortodoxos mantienen que era una naranja. El Génesis es una patraña que mezcla textos extraídos de poemas acadios y sumerios, entre otros. Ni siquiera el Éxodo escapa a la farsa. Es imposible que Moisés escribiera el Pentateuco, tal como se le atribuye, entre otras cosas porque el Deuteronomio describe el momento y las circunstancias exactas de su muerte. Sin embargo, existen estudios lingüísticos que relacionan la palabra Grial con el *lapis exillis*, la piedra filosofal. Las leyendas maístas hablan de una piedra negra que es enviada a los humanos cada vez que estos se enfrentan a una misión espiritual. La piedra negra de la Kaaba en la Meca y la encontrada en el templo de Cibele, la diosa

madre de Oriente, también habrían sido realizadas en ese mismo mineral. Y hay relatos sobre una piedra negra enviada al Dalai Lama.

—Vale. Supongamos que acepto eso. ¿Qué trato hiciste? ¿Qué tiene que ver con Kaine? —continuó preguntando Abel.

Bill no contestó de inmediato, sus ojos volaron hasta quedarse prendados en Eve, quien prefería no devolverle la mirada. Se restregó las manos insistentemente, como queriendo hacer desaparecer una mancha que únicamente él veía y que le resultaba repulsiva por la fuerza con que frotaba los dedos contra la piel.

—Tengo que decir que no te conocía —comenzó dirigiéndose a Eve, con tono de disculpa—. No sabía cuán maravillosa persona podías ser.

Volvió a refugiarse en el silencio durante unos instantes en los que luchó contra las emociones que amenazaban con arrasar la poca compostura que le quedaba. Su barbilla tembló. Líquidos velos transparentes cubrieron sus ojos. Los dedos se curvaron en garfios que clavó en las rodillas, buscando quizá la fuerza necesaria para confesar su pecado.

—Bill... —Abel posó una mano sobre el hombro de Schlange sabiendo lo que significaba para un hombre verse en semejante trance.

—No, Abel. No merezco esto —dijo retirándole el contacto. Su voz temblaba al borde del llanto—. Soy débil, pero sé que no tengo excusa alguna para lo que hice, para lo que acepté. Me vendí. Vendí mi alma y mi honor. Por eso ahora estáis en peligro.

—Nos has traicionado —concluyó Eve—. ¿Es eso?

Era la primera vez que hablaba desde hacía varios minutos: su voz sonó áspera en los oídos de ambos hombres.

—A ti más que a nadie. —Las manos, que todavía mantenía en las rodillas, resbalaron hasta colgar a ambos lados del cuerpo, rendido—. Jamás pude imaginar lo que supondría aceptar aquel trato. Cuando empecé a vislumbrarlo ya era demasiado tarde. Pensé que quizá no sería tan grave, que acaso fuera posible enmendarlo si permanecía a tu lado. Empecé a sentir algo por ti, no pude evitarlo y creí que romper nuestra relación o no casarme contigo sería mucho peor para ti. Pero después ocurrió lo de Albert y tu encarcelamiento. Imaginé que al tenerte allí, ellos dejarían de interesarse; por eso decidí romper el contacto contigo. Mantenerme alejado de ti quizá sirviera para que no continuaras sufriendo.

—Un momento, ¿de qué estás hablando? ¿Cuándo llevaste a cabo ese trato?

—Conocerte formaba parte de él. Yo debía... tenerte controlada e informar de cada uno de tus movimientos a Kaine.

Eve no dijo nada. Pero Bill observó cómo sus manos se cerraban en duros puños que se tornaron blanquecinos por la fuerza que ejercía. Cuando pudo relajar los dedos se levantó, colocándose frente a él y lo miró desde arriba. Bill levantó el rostro hacia

ella solo para recibir una fuerte bofetada que reverberó en toda la piel de la mejilla. Después se volvió para encararse con Abel. Bill se adelantó a los pensamientos de Eve.

—Él no sabía nada. Solo hizo su trabajo. Kaine lo orquestó todo, nos manipuló a todos como simples marionetas.

—¿Y por qué debo creerte? —preguntó mientras caminaba con rápidas zancadas hacia la puerta.

—Porque posiblemente Abel sea el único que puede ayudarte ahora. —Aquella respuesta hizo que Eve se detuviera.

—Nos vamos, Abel —dijo sin girarse hacia ellos—. Deja a ese hijo de perra ahí. Si es verdad que Kaine viene hacia aquí, que sea él quien lo reciba.

—¡Por favor, Eve! —suplicó Bill—. No sabes de lo que es capaz.

—Tampoco yo podré controlarme si te tengo cerca —respondió, y esta vez sí lo miró a la cara—. No quiero que tu camino se vuelva a cruzar con el mío, ¿me has entendido? Ni se te ocurra tomar el mismo avión que nosotros.

Abel dudó antes de seguirla y miró a Bill.

—Ve con ella —dijo con ojos suplicantes.

—Podrías denunciar esto, ¿sabes? Podemos llevar a Kaine ante la ley.

—No sabes de lo que estás hablando, Abel. Kaine no es lo que parece.

—¿A qué te refieres?

—Ese tipo tiene muy poco de humano —dijo. Abel frunció el ceño, pero antes de que pudiera preguntar más Bill añadió—: Ve con Eve y tened cuidado. Marchaos. Marchaos ya.

—¿Y tú?

—Lo haré dentro de un par de horas. Así al menos podré cumplir con lo que ella quiere. De ese modo no nos cruzaremos.

—Está bien. Suerte —le deseó antes de abandonar la habitación.

Abel encontró a Eve en su habitación, recogiendo la ropa a toda velocidad. Supo que ella había notado su presencia, aunque no hizo ademán de dirigirse a él. Esperó unos segundos mientras la miraba moverse de un lado a otro.

—¿No has sido un poco dura con él? —terminó diciendo. La mujer le lanzó una mirada incendiaria, antes de volver a dedicar la atención a la maleta—. No creo que dejarlo aquí tirado vaya a resarcirte de lo que haya podido hacer.

—No busco venganza, Abel. Eso debería bastarte para ver que no soy tan mala persona. Es solo que no quiero tenerlo cerca. Además, también estoy muy enfadada contigo. Me has mentado.

—No te he mentado —se defendió.

—Has ocultado la verdad. Para mí es lo mismo. Me pediste que confiara en ti y así me lo pagas.

—Lo siento, pero pensé que...

—Pensaste que si no seguía creyendo que yo era la única que podía tocar esa jodida bola no te acompañaría —terminó por él—. Estabas en lo cierto. —Eve lo enfrentó ya con la *trolley* en el suelo—. Es evidente que eres tú el «especial», así que nuestra colaboración termina en cuanto pongamos los pies en Londres. Vamos, prepara tu maleta. Quiero irme de aquí.

Caminó con determinación hacia él y tuvo que hacerse a un lado para dejarle el hueco de la puerta libre, estaba seguro de que, de lo contrario, lo habría arrollado.

Parker pensó que ya iba siendo hora de irse a casa. Después de tener el encontronazo con aquel tipo dos noches atrás, le había estado poniendo las cosas fáciles para que volviera a aparecer, saliendo más temprano de comisaría y dando largos paseos por la ciudad antes de retirarse a descansar. Después de todo, lo mismo daba darle vueltas a las incógnitas de los expedientes mientras caminaba, que hacerlo tumbado en la cama. Desde luego era mucho más sano y los distintos ruidos de tuberías del viejo edificio donde vivía no interrumpirían su razonamiento.

Aún no había averiguado la verdadera razón por la que Industrias Kaine se interesó en la pequeña empresa de Albert Grant. Pero debía de existir una muy distinta a la alegada por Kaine en la entrevista. Como pensaba, usar la excusa del interés común en el terreno pudo servirle en un primer momento como cebo, pero no podía ser el motivo real. Era ilógico si se tenía en cuenta que en el acuerdo dejaban fuera precisamente eso: el terreno. Según había leído en el contrato de adhesión al grupo, Industrias Kaine compraba la mitad de la empresa de Grant, pero él se reservaba la completa propiedad del suelo y solo les vendería la mitad de este cuando el proyecto estuviera concluido y se hubiera puesto en marcha. Siendo Industrias Kaine un grupo mucho más fuerte y con mejores contactos, no habría tenido problemas para forzarlo a que les vendiera el solar y dejarlo fuera. A no ser que... con la desaparición de Grant el precio del terreno se devaluara. Tendría que informarse sobre ese punto. Debía averiguar qué había pasado con el suelo después de la muerte de Grant.

Lo que sí podía extraerse de la declaración de Eve Swan era que alguien jugó con él para, una vez firmado el acuerdo, ponerlo en una situación difícil y que se viera casi obligado a cambiar el trato y añadir el cien por cien del suelo. Alguien, esa mano negra que, a su juicio, Kaine sabía manejar a la perfección, se había dedicado a lograr que los acreedores de Grant lo presionaran para que hiciera frente a una serie de deudas. Puede que Grant terminara por averiguar algo y, fuera de sí, se desplazara a ver a Kaine para exigirle explicaciones o para amenazarlo con llevarlo a los tribunales. Podía ser un buen móvil.

Solo era una especulación, pero, de todas las barajadas, era la que comenzaba a cobrar más peso.

Estaba cada vez más claro que el asesino de Albert Grant y el de Peter Simmons había sido el mismo. Incluso el informe de balística daba una respuesta positiva: en ambos casos se había usado un calibre veintidós y, por las muescas, las dos balas fueron disparadas por la misma arma. Por no hablar de las huellas encontradas en la escena del crimen de Grant y en casa de Simmons.

Pero ¿cuál era el nexo entre Peter Simmons y Eve Swan? ¿Por qué el padre del abogado que representó la defensa de Industrias Kaine llevaba la fotografía de la mujer a la que su hijo había metido en la cárcel? ¿Remordimientos quizá?

Había leído el expediente de Peter Simmons y las razones por las que fue encarcelado: el homicidio involuntario de su propia esposa, la madre de Abel. No sería extraño que un padre, sintiéndose culpable por no ofrecer a su hijo una vida normal, siguiera atento el trabajo de su primogénito. Y quizá, solo quizá, sintiera que la justicia no estaba castigando al verdadero culpable y dedicara parte de su tiempo a buscar alguna prueba de la inocencia de Eve. La indignación podía aniquilar la lógica. Era una respuesta emocional, lo mismo que la piedad, la empatía o la necesidad de socorrer al prójimo. Pero, si así fuera, ¿qué sentido tendría que al contactar Abel con Eve Swan no quisieran compartir la información con la Policía? ¿Por qué se empeñaba Abel Simmons en ocultarle que la conocía? ¿Quizá pensara que al hacerlo la podía poner en peligro? Eso daría por supuesto que creía en la versión de Eve, en su inocencia. Así pues, el descubrimiento de una prueba sobre la culpabilidad de Industrias Kaine cobraba aún más sentido e importancia. Y, además, daría respuesta al allanamiento en casa de Peter Simmons.

El problema radicaba en que si el asesino de Grant y Simmons lo sabía, tal como imaginaba, ahora eran ella y Abel quienes estaban en grave peligro.

Preocupado y molesto caminó con más resolución, relegando al olvido la verdadera razón de aquel paseo.

Solo era una hipótesis, pero era la mejor que tenía hasta el momento. Pocas veces se equivocaba en lo referente a los problemas que podían causar los civiles, si decidían meterse en una investigación policial. Ya lo intuyó cuando tuvo la primera entrevista con Abel, justo después de la muerte de su padre.

Había intentado hablar con él en un par de ocasiones durante el último día, obteniendo un repetitivo «apagado o fuera de cobertura». El agente encargado de su vigilancia dio parte de la salida de la casa y de un posterior esquinazo. Aún no había regresado y era imposible saber dónde estaba. Y el otro agente, el encargado de vigilar los pasos de Eve, informó de que ella había vuelto a casa. Sin embargo, desde entonces no había salido, ni siquiera el lunes para acudir al trabajo.

Era más que evidente que estaban juntos, pero ¿dónde? Apostaba a que no sería en casa de ninguno de los dos, después de tomarse tantas molestias para esquivar la vigilancia.

Sacó el teléfono del bolsillo: pediría una orden para entrar en ambas casas y un listado de las llamadas telefónicas. Era muy posible que hubieran recurrido a algún conocido para que les diera cobijo o que lo utilizaran para hacer una reserva en algún hotel. Marcó el número de Brian y dejó que sus ojos barrieran la noche a su alrededor, mientras esperaba. Como las anteriores veces, ni rastro del hombre de negro. El primer intento falló y el teléfono le devolvió una serie de pitidos desagradables. Maldiciendo volvió a intentarlo. Esta vez sí consiguió establecer la llamada y esperó unos tonos.

Una sombra cruzó la acera tras él, recordándole la posible presencia del malhechor; alertado, giró sobre sí mismo.

—¿Qué se le ofrece, teniente? —respondió Brian al otro lado.

El estruendo de un disparo retumbó en la quietud de la noche y Parker cayó al suelo debido a la fuerza del impacto.

—¿Teniente?

Oyó la alarmada voz de Brian, pero el teléfono había caído lejos de su alcance. El pecho le ardía y la oscuridad se cernía sobre él con rapidez, junto con un dolor tremebundo que se extendió por todo el tronco.

—¡Teniente!

El taconeo de unos zapatos se fue apagando a lo lejos, calle abajo, junto con la poca luz que ofrecían las farolas.

El sello de Orión aún estaba oculto en los templos que presidía el Padre del terror. Aquella era la noticia que Mahytma temía darle. Debió darse cuenta desde el principio que su recelo no venía producido por el resultado de lo que deparase el futuro, pues estaba por encima de cuanto su visión le revelara, sino por otras cuestiones más personales. La tenencia del sello podría suponer un sustancial cambio en la contienda contra aquella oscuridad abrumadora que perseguía a los orionitas. Por eso, no encontró la necesidad ni las ganas de reprenderlo por la falta cometida tanto tiempo atrás.

Lo dejó ir sin más. Y con su marcha, acudió el recuerdo de Eo, el maestro de Orión. Rememorar los últimos instantes del sabio le inyectó tal dosis de tristeza que necesitó encerrarse en sus aposentos para que nadie lo advirtiera. No sería bueno que estando tan cerca del desenlace, el desaliento anidara entre los habitantes de Agarti, pues toda la Tierra se haría eco involuntario de ese sentimiento derrotista. Las paredes, tan pulido estaba el cristal de roca, reflejaron su melancolía cual despiadado espejo mágico de los cuentos humanos.

Cerró los ojos y pudo contemplar de nuevo la espantosa destrucción de una de las civilizaciones más avanzadas. Las llamas se extendían hambrientas por doquier; gritos y lamentos fueron los funestos cantos que acompañaron las horas finales. Nadie podía escapar del holocausto. Todo el planeta se rendía ante la catástrofe que terminaría con cualquier resquicio de vida. Buscó a Eo entre la demente barbarie destructiva.

—¿Lo has visto? —preguntaba sujetando con fuerza los miembros de aquel que se cruzó en su camino para obligarlo a atenderle—. ¿Sabes dónde está Eo? —Aún podía ver sus rostros demudados por el pavor; la angustia fluía de sus ojos a borbotones.

Ni siquiera respondían. Era imposible extraer nada en claro de los balbuceos incoherentes de los que interrogó, a excepción de la descabellada idea de salvarse. Tuvo que continuar adelante y cerrar los ojos a cuantos decidían sacrificarse a sí mismos, a terminar como pasto de las llamas o desmembrados a causa de las explosiones.

Antes de penetrar en el templo, echó un vistazo a su espalda. Todo el conjunto de estrellas, antes conocido y amado por la blanquecina luz que desprendía, reflectaba en el cielo el rojizo sanguinolento de cuantos perecían segundo a segundo. La oscuridad avanzaba sin remisión por el terreno, exterminándolo todo a su paso. Y se

le antojó que hasta los soles más ardientes lloraban al ser testigos de semejante apocalipsis.

Corrió por los pasadizos, sorteando a heridos y luchando para no ser arrastrado por cuantos habían caído en las redes del delirio colectivo. Atravesó la primera de las salas para llegar hasta el siguiente pasillo. Allí, dos hembras sujetaban a un anciano con el rostro quemado y lo conminaban a salir al exterior. Otros, los tentados por las tinieblas, aprovechaban el momento de histeria para saquear y arremeter contra los más débiles, dando rienda suelta a la angostura de su moralidad. La confusión y el desastre campaban a sus anchas también entre las paredes del sagrado santuario, minando la serenidad que siempre anidó en los corazones de los orionitas, desestabilizando la razón en beneficio del más absoluto caos.

Continuó a la carrera, intentando fijar la mirada solo el tiempo necesario para no tropezar, hasta llegar al solitario centro del edificio, allí donde confluían las energías. En mitad de la sala se encontraba Eo, que, ajetreadamente, intentaba introducir en la cámara de transporte cada una de las vitrinas cerradas que contenían la Biblioteca de Vida.

—¿Qué haces aquí? ¡Vamos! —Lo urgió a que saliera.

Eo ni siquiera lo miró para responderle:

—No hay escapatoria posible, Adama. Orión se muere y es mi deber permanecer aquí para velar por cada una de las vidas que se lleve. Tú eres quien no deberías estar aquí.

Caminó deprisa hasta pararse junto a él. El suelo empezó a temblar y Eo trabajó con más ahínco. Viendo que no sería posible convencerlo, también él se puso manos a la obra para terminar con el traslado de las semillas.

Las llamas llegaron hasta allí y comenzaron a lamer insaciables la hermosa decoración de la estancia.

—Debemos darnos prisa; de lo contrario, será imposible salir.

—Aún queda sitio para uno de nosotros en la cámara.

—Entra en ella, hermano. Yo mismo la pondré en funcionamiento antes de irme.

—No. No hay otro lugar para mí. ¿Qué clase de Maestro sería sin discípulos a los que aleccionar o a los que custodiar? Mi tiempo ha terminado. No podría vivir sabiendo que soy el último de los míos, es una carga que no deseo. ¿Cómo podría hablar a otros de la bondad o de la necesidad del amor fraternal?

—Tu experiencia es la mejor enseñanza para evitar que esto ocurra en otras comunidades —intentó convencerlo.

—No. La experiencia de otros nunca ha sido algo bien acogido entre los vivos. Los errores vuelven a repetirse siempre, es el ciclo que se inicia y que termina en el punto de partida. Es el equilibrio de todas las cosas.

—¡Me niego a creer en esa máxima!

—Cometerías un error, Adama. El mal es un poderoso y seductor contendiente. Es necesario el doble de voluntad para hacer el bien y conseguir que la balanza se estabilice. Es algo que creía aprendido por los orionitas después de haber pasado por tantas batallas. Y, sin embargo...

—No puedo dejarte así.

—Esta es nuestra Biblioteca de Vida —dijo echando una afectuosa mirada a las vitrinas—, así nos salvarás. Búscanos un lugar para volver a nacer. Enséñanos a crecer creyendo en nosotros mismos, en nuestras posibilidades, en la luz que proyecta nuestro idealista espíritu. Y cuídanos para que ese pensamiento puro no se pierda, que no degenera, para que el mal que nos acompaña no consiga envilecernos. Solo entonces mi sucesor aparecerá de entre ellos y el Consejo volverá a ser lo que fue para propagar y cantar alabanzas a la virtud de la Verdad Primigenia.

Eo lloró. Derramó afligidas lágrimas por todas las almas que perecerían.

—Tu sacrificio no será en vano —le dijo determinado a cumplir con la última voluntad del sabio.

Eo lo abrazó, transmitiéndole con el gesto algo más que agradecimiento.

—Debes partir ya. Entra en la cámara, Adama —pidió cogiendo uno de los cubos transparentes que guardaban las esferas de cristal. Entonces pareció recordar algo importante y extrajo de su dedo el anillo con el sello de Orión—. Toma. Debes entregárselo a mi sucesor para el bien de mi gente. En su posesión podrá ofrecerle a la oscuridad aquello que anhela y de ese modo podrá controlarla. La luz le proporcionará equilibrio.

Miró el dorado anillo antes de encerrarlo en un puño.

—Adiós, hermano mío. —Eo cerró la cámara de transporte.

—Hasta pronto —murmuró, pues este ya no podía oírlo. Detrás del cristal siguió los movimientos del Maestro mientras dejaba la esfera en el compartimento que activaba el transporte molecular—. Que el cosmos te acoja con la gentileza que mereces —le deseó.

Esa fue la última vez que lo vio, pues su sucesor aún no se había presentado. Muchos fueron los momentos en los que creyó haberlo conseguido y otros tantos en los que la frustración anidó profundamente en el corazón de los treinta y dos Maestros al comprobar que las razas no mostraban la piedad y la pureza necesarias para seguir adelante sin destruirse los unos a los otros. La visión y predicciones de Mahytma fueron determinantes.

En el tiempo en que la tercera raza habitaba la Tierra, hacía más de catorce mil quinientos años, ordenó erigir un templo similar a su homólogo en Orión para albergar el sello. Allí esperaría que el indicado apareciera para portarlo y proteger así a los suyos. Piedra a piedra, se levantaron también lugares sagrados a su alrededor que se corresponderían con las estrellas del firmamento donde había estado su

anterior hogar. Así se rendiría culto a los desaparecidos.

Pero tampoco estos lograron superar la prueba de su misma existencia.

Mucho después, cuando ya la cuarta raza echaba raíces, decidió acudir él mismo al Retiro Intermedio, cercano a la región conocida como Sais tres siglos más tarde, para ilustrar a unos pocos elegidos respecto a lo ocurrido y que ellos pudieran extraer la lección pertinente. Por entonces, Egipto mantenía un comercio constante con Babilonia y ciudades importantes de Grecia entre otras. Cuidar de que no se perdiera la buena enseñanza impartida en el pasado era primordial para no tener que comenzar completamente de cero.

Gracias a ello supo de la existencia de un rey, que aun habiendo sido recientemente ungido, era ya famoso por su sabiduría y justicia. Interesado, pero sobre todo esperanzado, quiso saber más de él y en varias ocasiones abandonó Agarti para visitar el exterior envuelto en una túnica oscura.

Se llamaba Salomón y era el segundo hijo de otro rey también distinguido por el valor y entusiasmo que demostraba a la hora de impartir justicia e ingenioso guerrero que consiguió la victoria frente a un gigante, según contaban las leyendas que llegaron hasta sus oídos. De su simiente debía de haber nacido un buen vástago.

De Salomón se contaban maravillas relacionadas con su ecuanimidad y su conocimiento del espíritu humano y de cómo manejaba las situaciones más inverosímiles presentadas por sus súbditos. En uno de aquellos paseos quedó estupefacto al observar el sello del monarca, el hexagrama: dos triángulos invertidos, superpuestos. Una similitud gráfica muy significativa pues, si se tiraba de ambas bases hacia afuera hasta hacer coincidir los vértices superiores, convirtiéndolo en un reloj de arena, se correspondía con la representación en el cielo de la constelación de Orión.

¿Sería posible que hubiera encontrado al Maestro Eo reencarnado? Esa fue la pregunta que se hizo en infinidad de ocasiones. Las señales parecían indicar que así era.

Conmovido por tales revelaciones, no dejó de seguir sus movimientos y estudiar su proceder. La rectitud y la sabiduría que difundía derivaron en prosperidad y magnificencia para su pueblo. Incentivó la concordia con los reyes vecinos y ayudó a otros a bregar con los problemas.

Mientras seguía en continua vigilancia de los avances del bienaventurado rey como guía de un pueblo que crecía en riquezas y poder, supo de la desgracia que se cebaba con una tierra cercana donde la oscuridad, convertida en vicio y perversión, se había afianzado en los corazones de los hombres. Envueltos sus espíritus en la densa negrura más infame, olvidaron cualquier resquicio de divinidad que hubieran podido albergar en el pasado.

Temiendo lo peor, pues aquella plaga se extendía con la rapidez del fuego avivado

por las ráfagas del viento, corrió en busca de Mahytma para que le hiciera llegar el sello de Orión y pusiera fin a aquella maldad.

—Es necesaria la entrega del sello al regente de Israel. Estoy seguro de que es el esperado por todos. Eo ha vuelto a nosotros —le dijo.

Mahytma, como siempre, no respondió a la ligera, realizó una profunda reverencia y se marchó. Poco después, supo que la paz había vuelto a las tierras antes azotadas por la depravación.

Tomó conciencia de su error poco después de que el soberano contrajera nupcias con una de las hijas de Siamón, faraón del entonces Antiguo Egipto. Comenzó desde ese momento a rodearse de lujo e, iniciado por sus numerosas esposas extranjeras, cayó en la idolatría. Se dedicó a comerciar, atrapado por el ansia de acumular riquezas, pero sus transacciones ya no estaban definidas por la justicia. Proveyó a su guardia con carrozas y caballos de guerra, arrinconó la costumbre de asegurar la honradez de sus sacerdotes, oprimió a los pobres con tributos superiores a los que podían afrontar e, incluso, resucitó la esclavitud para los traidores.

Y aunque más tarde recuperó la fe en las virtudes olvidadas, la semilla del mal ya había sido sembrada por sus manos.

Adama recordó cuántas veces se había llamado a sí mismo estúpido por confiarle el sello. O quizá fue que tomó la decisión demasiado tarde cuando la sombra, derramada en el terreno cercano, se había extendido sinuosa hasta colarse por las más diminutas grietas del palacio.

Durante años se resignó a soportar la carga de su insensatez, sabiéndose culpable por pecar de incauto. Hasta un momento antes, cuando Mahytma le confesó su bienintencionado desacato: el sello de Orión original continuaba guardado a buen recaudo en el templo erigido para él, tras la vigilante y atenta mirada del león, o, como era conocido entre los habitantes del lugar: Abuel-Hol, *Padre del Terror*. La Esfinge.

Después de que le ordenara entregar el sello a Salomón, Mahytma, no conforme con los actos y el aura que parecía rodear al monarca, optó por consultar el futuro. Así fue testigo del desafortunado rumbo que tomarían sus decisiones y su proceder. Concluyó entonces que no podía faltar tan gravemente contra la única posibilidad que tenía la cuarta raza para combatir, llegado el momento, con la terrible oscuridad y se encargó de crear una réplica del sello para tampoco traicionar la lealtad hacia él.

Si era menester utilizarlo para salvarlos de la destrucción que se avecinaba, aun en contra de algunos Maestros del cónclave, lo haría. Tenía la conformidad de Mahytma y, después de conocer los detalles del pasado, la confianza que insufló en su espíritu la lealtad demostrada, consiguió que recuperara la esperanza perdida.

Abel volvió a tirar de la maleta para caminar junto a Eve, que no parecía dispuesta a esperarlo, a pesar de que cargaba con dos bultos más que ella.

—Tendríamos que haber pedido un taxi en el hotel —se quejó Abel.

—Haberlo pedido para ti. Harías bien en dejar de pensar en nosotros como algo indivisible —dijo Eve sin dejar de mirar hacia delante.

—Así que abandonas, ¿no? Creo que tomas la decisión equivocada, hay muchas cosas que aún no sabemos.

—Pues sea lo que sea, no quiero saberlo.

—Pero aún tenemos que averiguar...

Eve se detuvo obligando a Abel a hacer lo mismo.

—No. No tenemos que hacer nada. Yo no tengo que hacer nada —apuntó enfatizando el pronombre y el verbo en primera persona—. Llevo días dejándome llevar por toda esta locura sin sentido y aún estoy preguntándome el porqué. Lo siento, pero con lo de hoy ya he tenido bastante.

—Pero ¿y lo que ha dicho Bill? ¿Por qué Kaine quería mantenerte vigilada?

—Es evidente que por la muerte de Albert. Debe de temer que encuentre alguna prueba que demuestre su culpabilidad. ¿O es que tú no pensaste que esa demanda por malversación fue la forma que tuvo Kaine de quitarme de en medio?

—Reconozco que lo pensé, pero los documentos que aportaron y la falta de pruebas en tu defensa...

—Ya —dijo reanudando la marcha—. Dejémoslo correr, ¿quieres? No tengo ganas de volver de nuevo a lo mismo. Todo eso ya me ha costado mucho tiempo de mi vida.

—¿Y lo que dijo Bill? Según él estamos en peligro y parecía muy convencido de lo que decía.

—Lo que está claro es que si ese tío quiere esa maldita piedra, más vale que se la des o terminarás criando malas.

—No crees en la explicación de Bill, ¿verdad?

—No quiero seguir hablando de Bill. Para mí ha dejado de existir, ¿comprendes? No entiendo cómo puedes tener en consideración a un traidor confeso. No quiero saber nada más, ni de Bill ni de Kaine...

—Ni de mí —terminó Abel.

—Exacto.

—Entiendo que estés enfadada. En cierto modo, yo también te he fallado. Pero

créeme cuando te digo que el primer sorprendido fui yo al descubrir que la quemadura había sanado por completo tan rápidamente. Sentí miedo. Aún tengo miedo.

—Míralo por el lado bueno. Con ese don ahora podrás defender la ley dentro y fuera de un juzgado. —Se encogió de hombros—. Quién sabe, a lo mejor hasta hacen un cómic sobre tus aventuras y te ponen un nombre de superhéroe —ironizó.

—Vuelve la Eve desagradable.

—No suelo aceptar de buen grado a la gente que me miente y me traiciona, tengo ese defecto. Sobre todo a los que lo hacen después de pedirme confianza y colaboración.

Por mucho que quisiera, Abel no podía excusar su comportamiento. Eve tenía razón: le había ocultado eso porque sabía que perdería su ayuda en el viaje. Además, aún siendo consciente de la misteriosa curación, había preferido no pensar demasiado en ello. Tenía miedo, así que no enfrentarse directamente a aquella realidad absurda era mucho mejor para su salud mental.

Sin embargo, aún quedaban sobre el tapete algunos detalles que Eve parecía querer olvidar: que su padre la considerara la «Elegida» para algo concreto, el ataque de aquellos delincuentes y que la Policía hubiera encontrado una huella suya en casa de Peter.

—Todavía eres la Elegida —intentó.

—Creo que, dadas las circunstancias, esa palabra está sobrevalorada; al fin y al cabo, ahora sabemos que tú eres el raro.

—¿Y cómo le explicarás a Parker que había una huella tuya en casa de mi padre? —intentó de nuevo por otra vía.

La pregunta, más que captar su atención y hacerla cambiar de opinión, consiguió enfurecerla. Volvió a plantarse frente a él en medio de la acera. Casi pudo ver danzar llamas en sus pupilas.

—¿Y qué te parece si eres tú quien se lo explicas? Al fin y al cabo ese pequeño detalle te lo debo solo a ti, ¿verdad? —siseó—. O quizá puedo explicarle que el abogado que me metió en la cárcel me maniató y me raptó, encerrándome en casa de su padre. ¿Qué historia crees que le gustará más? ¿La verdadera o una que puedas inventar tú?

—Puedo negarlo —aventuró.

—¿Ah, sí? ¿Y esta vez no olvidarás limpiar ninguna de las huellas que pueda haber en tu casa y en tu coche? ¿O incluso en el coche de tu jefe?

Abel no respondió. Eve pestañeó un par de veces antes de añadir:

—Lo suponía.

La observó caminar hacia la parada de taxis que se veía al final de la calle. Si la tozudez podía considerarse como una virtud, ella era la mujer más virtuosa que

existía sobre la Tierra. Estaba decidida a abandonarlo todo y a volver a su vida normal. Y no podía reprochárselo.

Las dimensiones que había alcanzado todo ese misterio, que comenzó aquella noche en el despacho de su padre, amenazaba con tragarse a ambos. O con volverlos locos. Pero al menos ahora tenía un nombre que llevaba todas las trazas de convertirse en el culpable de cuanto había ocurrido, o al menos de la muerte de Peter: Kaine.

Era más que evidente que Peter sabía que su vida corría peligro y que dedicó mucho tiempo a preparar aquellos documentos y pistas que los ayudarían a encontrar los objetos para evitar que cayeran en manos equivocadas.

Teniendo esa certeza, mirar a Eve le resultaba casi doloroso. Pensar que él mismo había colaborado activamente para convertir su existencia en un infierno, le hacía sentir como ese gusano que ella creía que era. Mirarla y experimentar la necesidad de compensarla por ello era una misma cosa. Y lo peor es que sabía que la mejor forma de hacerlo era dejarla en paz. Pero ¿cómo hacerlo sabiendo que su vida corría peligro?

Aceleró el paso y corrió los últimos metros que lo separaban de Eve, quien ya alcanzaba el letrero de la parada de taxis. Los focos de un vehículo iluminaron la calzada al cabo de pocos minutos.

—Parece que no vamos a tener que esperar mucho —dijo intentando animarla.

Ella no contestó. Se limitó a mirar el vehículo mientras se acercaba y cambiaba el letrero de «libre» a «ocupado».

—Ya tienen el maletero abierto —los informó el conductor.

Ambos se dirigieron a la parte posterior del coche para guardar los bultos mientras el chófer esperaba paciente dentro. El volumen de la radio subió levemente con los primeros acordes de una canción. Eve hizo ademán de levantar su maleta cuando Abel abrió la puerta del maletero.

—Deja. Yo lo haré —ofreció quitándosela de las manos.

La colocó en el espacioso maletero forrado con un pulcro plástico transparente, asegurándose de que no se movería y procedió a colocar la suya junto a la primera. Cuando volvía a erguirse para tomar las otras dos maletas que contenían el cristal y la piedra su corazón casi se detuvo.

Justo tras él y lejos del alcance de la visión del conductor, dos tipos mantenían inmovilizada a Eve, tapándole la boca para evitar que gritara. Al principio los tomó por vagabundos, debido a los harapos que vestían y a la suciedad, hasta que reparó en la negrura que inundaba la totalidad de sus globos oculares y la extraña tonalidad blanquecina de sus rostros. Largas y afiladas uñas se clavaban en la fina piel del cuello de la mujer, dejando rojos surcos de los que brotaban diminutas gotas de sangre.

—Entréganos la piedra negra —dijo uno de ellos con voz profunda y grave, dejando entrever una dentadura más de depredador que humana.

Abel no podía dejar de mirar los aterrorizados ojos de Eve, que le suplicaban ayuda. Su mente trabajó a marchas forzadas, valorando las posibilidades, que descartó a medida que se presentaban. No podía fallarle de nuevo y la situación no permitía ponerse a negociar. Venciendo la parálisis momentánea se inclinó para hacerse con el maletín que contenía la piedra, sin dejar de pensar en que podría haber jugado de otra forma si el amenazado hubiera sido él.

—Si os la entrego, la soltaréis —se aseguró.

Como respuesta obtuvo una siniestra sonrisa que le congeló el pulso.

Adelantó el maletín lentamente mientras acompañaba el movimiento alzando el brazo libre hacia Eve, pero sus captores no daban señales de dejarla marchar. De pronto, uno de aquellos seres espantosos, el que mantenía silenciada a Eve, cayó al suelo con una herida abierta en la cabeza, de la que surgió una masa espesa y sanguinolenta. El grito de la mujer reverberó en los edificios circundantes mientras la empujaban hacia Abel, que se vio en la necesidad de soltar el maletín para recibir su peso.

El otro engendro huyó con el botín por un callejón cercano, perseguido, antes de girar, por un par de balas silenciosas.

—¿Se encuentran bien? —preguntó el taxista.

Abel asintió mientras trataba de obtener alguna respuesta de Eve, que sollozaba y temblaba aún contra su pecho.

—Vamos, les conseguiré otro vehículo. Yo tengo que deshacerme de esta basura.

Un montón de preguntas se agolpaban locamente en el cerebro de Abel, quien, atónito, miraba al chófer y a su víctima alternativamente.

—¿Qué? ¿Qué es... eso? —preguntó sin encontrar una palabra que definiera al monstruo derribado.

—Alguien que tomó el camino equivocado —respondió el taxista dirigiéndose al interior del coche—. Fue un hombre, hasta que vendió su alma y su cuerpo. —Bajó el volumen de la radio, tomó el micro y solicitó un nuevo taxi para ellos—. Hecho —comunicó al volver.

Extrajo de nuevo las maletas y las dejó junto a sus dueños, antes de meter el cadáver en el maletero. Solo entonces Abel entendió para qué servía aquel plástico que forraba el interior.

—No es la primera vez que hace esto —afirmó.

—Ni será la última —añadió el hombre mientras cerraba—. No se preocupe, no volverá.

—¿Por qué...?

—No haga preguntas que no puedo responder —dijo.

El hombre le guiñó un ojo y levantó la solapa de su abrigo para mostrarle un pequeño pin dorado que reproducía el símbolo circular. Sin añadir nada más, montó en el coche y se marchó.

El silencio era tan absoluto que hasta podía oír el avance del segundero de su reloj de pulsera, aún manteniendo las manos sobre las rodillas. No sabía qué hora era ni le importaba. Ya no importaba nada. Todo había terminado para él. Fue consciente desde el mismo instante en que decidió que lo único factible para enmendar sus errores era confesar su traición. Incluso desaparecido ya el dolor, todavía podía sentir el eco lejano del calor de la bofetada de Eve y el sabor amargo de su desprecio.

Se dio cuenta entonces de que no le había pedido perdón. Aunque tampoco importaba demasiado, esa palabra no podría devolver cuanto le había quitado, de cuanto se había visto privada. Ni siquiera se atrevía a orar para mostrar arrepentimiento a algún dios de aquella civilización antigua que tanto había buscado, pues sin duda no se lo otorgaría. Él mismo dio la espalda a cualquier posible salvación cuando debilitado por el dolor y el sufrimiento infligido después de su primera negación, aceptó cumplir todo lo que aquel diabólico ser le demandaba. Sí, tal vez había un dios, pues desde luego el diablo existía.

Miró la ropa tirada en la cama, la maleta abierta y los lugares donde estuvieron sentados Eve y Abel. Todo seguía igual. Ni siquiera cambió de postura desde que se habían marchado. Huir no era una posibilidad viable. No tenía dónde esconderse de él. Lo esperaría allí sentado, en la misma silla donde declaró su vileza, en el mismo lugar donde lo sentaron para que proclamara la esencia de su interior corrupto. Esperaría su llegada y la muerte que traería consigo. Pero lo haría con valor. Ese valor que le había fallado siempre. Ese valor recientemente encontrado, pensó mientras los ojos terminaban su deambular sobre el pequeño escritorio, quedaron prendidos en el plateado abrecartas.

Era curioso encontrarse tan entero y fuerte cuando sabía que en escasos minutos terminaría aquella carrera retorcida que había sido su vida. Empezó como la de cualquier otro individuo y la trunció la soberbia. Porque ese fue el pecado que se apoderó de él cuando el demonio le sugirió el trato. La fama, el poder y el reconocimiento profesional que le reportaría ser el único hombre capaz de encontrar lo que tantos otros buscaron: Atlantis.

Clavó los ojos en el suelo, entre sus zapatos, que no tuvo tiempo de lustrar. ¿Y qué más daba? No iba a pagar con ellos su entrada al Cielo. No había nada en el mundo que pudiera ofrecer para ganarlo.

Un pedazo de hoja voló para posarse justamente allí donde su mirada enfocaba; no necesitó levantar la vista para saber quién la había dejado caer. Tragó saliva y leyó, reconociendo de inmediato los versos del canto primero del «Purgatorio», de la *Divina comedia*, de Dante:

Me volví a la derecha atentamente,
y vi en el otro polo cuatro estrellas
que solo vieron las primeras gentes.
Parecía que el cielo se gozara
con sus luces: ¡oh, viudo septentrión,
ya que de su visión estás privado!
Y mi guía: «¿Qué miras, hijo en lo alto?».
Y yo le dije: «Aquellas tres antorchas
por las que el polo todo hasta aquí arde».
Y él respondió: «Las cuatro estrellas claras
que esta mañana vimos han bajado,
y estas en su lugar han ascendido».

—Las cuatro estrellas. La Cruz del Sur —susurró.

—O las cuatro virtudes que a ti te faltan: justicia, fortaleza, prudencia y templanza. El siguiente verso alude al Triángulo Austral —concluyó aquel al que había estado esperando.

—Así que es cierto —dijo cerrando los ojos y rememorando los mapas que Abel le había mostrado—. Está en la Antártida.

—Estuvo, sería más correcto.

—Cuando Platón nos habló de la Atlántida dijo que era una isla continente, con montañas, situada en medio del océano —murmuró viendo como todo encajaba.

—Y así es, el océano que rodea toda la Tierra. En realidad solo hay uno. Vosotros, los humanos, quisisteis dividirlo más tarde. Jamás entenderé esa tendencia que tenéis a delimitarlo todo, incluso lo que está fuera de vuestro alcance.

Bill se levantó maravillado ante tal revelación y orgulloso de ofrecer la información correcta a Eve y Abel. Al menos ellos terminarían el trabajo por el que tanto había luchado y por el que tanto había perdido. Respiró profundamente y el aire le supo distinto, más ligero, más dulce. Se regodeó en aquel conocimiento secreto y sonrió mientras daba la espalda a su visita.

Pero una mancha se extendió en su gozo con rapidez. Frunció el ceño y miró al recién llegado por encima del hombro.

—Has tardado más de lo que esperaba en comprenderlo —le dijo este.

Habían transcurrido muchos años desde la última vez que lo vio en persona; sin embargo y aunque evidenciaba las señales del paso del tiempo, no le había afectado como esperaba. Su pelo seguía siendo negro y la piel del rostro, pese a que acusaba arrugas donde debía tenerlas, mostraba un aspecto extrañamente luminoso. Lo miraba erguido, con la misma sonrisa sardónica que recordaba, mientras jugueteaba con un sombrero de ala ancha.

—Debí imaginar que no eres de los que hacen concesiones —respondió.

—Bueno —dijo ladeando un poco la cabeza como quitándole importancia—, eso depende de la reacción que pueda suscitar con ellas.

—No tiene sentido que cumplas con tu parte del trato.

—A no ser que tú hayas cumplido con la tuya.

—Y no lo he hecho —aseguró levantando el mentón con valentía.

—Tu misión era tenerla controlada. Vigilarla e informarme. Y lo has hecho. En ese tema estamos en paz... —dijo dejando el sombrero sobre la cama.

—Pero... —comenzó a comprender que aun así no saldría vivo de aquella habitación y el corazón se le aceleró.

—No hay peros, Schlange. Has terminado. Tu trabajo está hecho. Finalizado.

—Ella jamás te dará la piedra. Abel no lo permitirá.

—¿Abel? ¿Abel Simmons? —preguntó sin esperar respuesta—. Ese mequetrefe no me preocupa en absoluto. Adama debería elegir mejor a sus guardianes.

Bill observó cómo se deshacía de la chaqueta y la colgaba pulcramente en el armario. Después extrajo de un bolsillo un pequeño estuche aislante de un tamaño algo más grande que una pitillera.

Bill aprovechó el momento para hacerse con el afilado abrecartas.

—Solo queda una cosa por hacer —dijo dejando sobre la cama lo que sacó del estuche: un estrecho tubo de ensayo que contenía un líquido oscuro.

Cuando Kaine se giró para volver a mirarlo, su rostro había cambiado sensiblemente. Los ojos eran dos esferas negras y profundas, de un vacío turbador. La boca, más grande y de labios retraídos, mostraba dos hileras de afilados dientes que nacían de unas encías oscuras. Bill retrocedió espantado e intentando tragar el nudo que le impedía respirar.

—Puedo oler tu miedo —dijo—. Y noto la contrariedad producida por esa parte minúscula de ingenua esperanza que ha creado mi cumplimiento del pacto. Eso te hace aún más débil, asustado.

Bill apretó los dedos alrededor del frío metal.

—Dime, Schlange, ¿rogarás por tu vida?

—Eso es lo que esperas que suceda, ¿verdad? —tartamudeó—. Por eso lo has hecho. Esa es la reacción que esperabas de mí.

—Ya me alimenté de tu dolor en el pasado. Ahora quiero esa cobardía, la ansiedad que siento crecer dentro de ti.

Respiró agitadamente, tanto que le ardieron los pulmones y apenas sintió los latidos del corazón. Levantó el puño con el que sujetaba fuertemente al abrecartas metálico.

—¿Acaso piensas que puedes matarme? —rio el demonio—. Solo acabarás con este cuerpo, no conmigo. Yo no puedo morir.

—Entonces, como bien has dicho, solo queda una cosa por hacer —dijo antes de clavarse el abrecartas en el pecho con determinación.

Las diez horas que duró el vuelo no sirvieron para descansar. Tampoco para hablar ni para aplacar de ningún modo los nervios y la desazón que aún palpitaba bajo la piel de ambos. Permanecieron sentados en las butacas, incapaces de cerrar los ojos por miedo a convocar, con ello, la imagen de aquellos dos horripilantes seres.

Mientras el avión se inclinaba para realizar la maniobra de aterrizaje, Abel miró a Eve por el rabillo del ojo. Aunque lo hubiera hecho directamente, ella tampoco lo habría notado. Se encontraba vuelta hacia la ventanilla, dándole la espalda y se acariciaba distraídamente los arañosos del cuello, ocultos bajo un pañuelo beis. Él, sin embargo, no dejó de mirar a cuantos los acompañaban en cabina, viendo en cada uno de los rostros a un posible adversario de grandes ojos negros y terribles fauces. Sintió incredulidad, terror, frustración, impotencia... Pasó de achacarlo todo a la oscuridad de la noche y, por tanto, a una mala pasada de su imaginación, a pensar que únicamente podrían encontrarlos en el país que dejaban atrás a cientos de kilómetros por hora.

Además se sentía mal por haber dejado allí a Bill. Eve no había comentado nada al respecto, pero estaba seguro de que debía de sentirse tan culpable como él. Para sobrellevarlo se repitió a sí mismo que el motivo del ataque había sido robarles la piedra y, por lo tanto, que Bill no corría peligro alguno. Sin embargo, no dejaba de preguntarse si su aseveración acerca de la falta de humanidad de Kaine tendría algo que ver con la naturaleza de sus agresores. Si así era, esperaba de corazón que hubiera reaccionado con tiempo para escapar o esconderse. Esto último le hizo pensar sobre qué llevaría a un hombre como él a pactar con semejantes... demonios.

Eve no cambió de posición ni cuando el tren de aterrizaje tocó la pista y desde la cabina los informaron de las bajas temperaturas y de la tormenta que arreciaba en el exterior. Permaneció con los ojos fijos en la pequeña ventanilla, con la mirada perdida más allá del doble cristal.

Pasados escasos minutos se apagó el chivato que obligaba al pasaje a usar el cinturón de seguridad y el pasillo central se llenó de personas que peleaban con el peso de los equipajes de mano.

—Señores pasajeros, nos vemos en la obligación de pedirles que se mantengan en sus asientos hasta nueva orden. Gracias y disculpen las molestias —informó la voz de una de las azafatas.

Abel observó cómo aquellos que ya esperaban la salida resoplaban audiblemente y mostraban su enfado de distintos modos. Al prestar atención a Eve, vio que por fin lo miraba. Su rostro presentaba los signos de la falta de descanso; sin embargo, la tensión de los músculos se empeñaba en oponerse al cansancio.

—No me gusta —dijo, y su voz sonó más ronca de lo habitual.

—¿Qué?

—Esto —acompañó sus palabras con un ademán, señalando la situación—. No me gusta. No es normal.

—Tranquila. No será nada. Algún pequeño problema que solventarán con rapidez. Pronto estaremos en casa. Y podremos olvidar... —Abel siguió la mirada asustada de Eve y sus palabras de aliento murieron en la garganta, antes de que pudiera continuar.

Dos agentes vestidos de paisano intercambiaban palabras con el piloto y lanzaban cortas miradas hacia ellos. El capitán, en cambio, no ocultó su disconformidad en ningún momento, con un marcado ceño y rígida postura. Uno de los policías le entregó un documento que leyó detenidamente y con un gesto de disculpa se hizo a un lado. Eve se envaró cuando los agentes se acercaron.

—¿Eve Swan?

Ella asintió.

—Acompáñenos, por favor.

—¡Un momento! —exclamó Abel poniéndose en pie—. ¡No pueden hacer eso! ¡Ella no ha hecho nada! Yo...

—Tenemos una orden de arresto contra ella. Si desea realizar alguna declaración, le sugiero que lo haga en comisaría —le cortó uno de ellos.

—Pero...

—Déjenos realizar nuestro trabajo, si no quiere acompañarla —le advirtió de nuevo mientras tomaban a Eve de un brazo para hacerla salir al pasillo y esposarla.

—Es un malentendido —dijo—. Debe ser un error —repitió mirando a Eve—. Lo solucionaré, te lo prometo. ¡Te sacaré enseguida! ¡Esto no quedará así! —gritó mientras se la llevaban.

Abel dejó caer todo su peso sobre la butaca y golpeó el reposabrazos con frustración e impotencia.

De nuevo le había fallado, pensó mientras se pasaba las manos por el rostro buscando la respuesta a una pregunta que aún no se había formulado.

Eve no se molestó en mirar a su alrededor, conocía demasiado bien la decoración que predominaba en las salas de interrogatorio de la Policía. O la falta de ella, se dijo.

Prefirió no devanarse los sesos pensando en qué había originado esa orden de arresto, pues lo sabría en breve. Por otra parte, tampoco adelantaba nada con ello. Respiró profundamente intentando componer una imagen de tranquilidad. Sus ojos saltaron hasta el espejo frontal, desde el que debían estar calibrando sus movimientos y actitud. Colocó un mechón de pelo tras la oreja y se abrazó a sí misma buscando algo de calor, pues la obligaron a prescindir del abrigo.

Tal como calculó, no pasó mucho tiempo hasta que la puerta se abrió para dar paso a un hombre vestido con tejanos y americana y que portaba una carpeta de

cartón. La dejó sobre la blanca superficie y tomó asiento frente a ella, al otro lado. Sin dedicarle siquiera una mirada, abrió el expediente y extrajo varios documentos. Buscó entre ellos alguna clase de información, algo en concreto que necesitaba para comenzar. Solo cuando pareció encontrarlo clavó los marrones ojos en ella.

—¿De qué conoce a Bill Schlange?

Eve resopló, ¿acaso Bill pensaba vengarse de ella por haberlo dejado en Ecuador?

—¿No piensa decirme primero de qué se me acusa? —preguntó manteniendo la calma.

El hombre pareció sentirse avergonzado por su falta y carraspeó.

—Lo lamento —se disculpó—. Mi nombre es Joshep, teniente Joshep Moore. De momento no se ha presentado acusación. Es usted sospechosa en un caso de asesinato.

—¿Qué? —Sus ojos se abrieron desmesuradamente y el corazón amenazó con salirse por la boca—. ¿Asesinato de quién? —preguntó levantándose de la silla y olvidando toda intención de permanecer tranquila.

—De Bill Schlange.

El aire se le congeló en la garganta antes de que pudiera llenar sus pulmones. Las piernas le fallaron y tuvo que volver a sentarse pesadamente para no caer en redondo. A su mente acudieron las veces que Bill los advirtió sobre el peligro y el miedo que reflejaron sus ojos cuando decidió abandonarlo.

—Sabemos que voló a Ecuador en el mismo avión que usted y que Abel Simmons. Su cuerpo ha sido encontrado en el hotel de Guayaquil en el que estaban alojados —explicó el teniente—. ¿Tiene algo que declarar al respecto?

—No. —La respuesta surgió de sus labios antes incluso de que pudiera pensarla.

Moore revolvió entre los documentos y extrajo una fotografía que depositó frente a ella:

—¿Reconoce este objeto? —preguntó colocando un dedo encima.

Eve miró la foto. En ella se veía lo que parecía una especie de cuchillo alargado cubierto de sangre.

—¿Qué es?

—Un abrecartas. Se encontró clavado en el pecho de Schlange.

—Dios mío —sollozó horrorizada, llevándose las manos al rostro.

—¿Puede decirme cómo se ha hecho eso? —Le señaló las heridas del cuello.

Eve se llevó la yema de los dedos hasta los arañazos. No podía explicar la verdad, si no quería terminar el resto de sus días encerrada en un manicomio.

—Nos atacaron. A Abel y a mí —aclaró viendo que Moore no entendía—. Al salir del hotel, cuando esperábamos un taxi.

—¿Bill la atacó?

—¡No! —exclamó—. Fueron... Fueron otros.

—¿Quiénes?

—¡No lo sé!

—¿Los reconocería si los viera de nuevo?

—Sí... No... No lo sé. ¡Oh! Dios mío, no lo sé.

—Está bien, señorita Swan —carraspeó—. ¿Qué fueron a hacer a Ecuador?

—Fuimos en busca de un objeto. Una piedra.

—¿Una piedra?

—Sí. Una piedra muy rara. Negra.

—¿Sabe que el tráfico de piedras preciosas está perseguido por la ley?

—¡No era una piedra preciosa!

—¿De qué clase entonces?

—No lo sé. Una pieza antigua.

—¿Se dedican usted o Abel Simmons a las antigüedades? —preguntó sin darle tregua.

—¡No!

—¿Los acompañaba Bill Schlange en ese viaje?

—Sí, se empeñó en venir con nosotros. Pero... —Eve no pudo continuar, la explicación era demasiado compleja y estaba completamente segura de que el teniente no la creería.

—Pero... —la animó a continuar.

—Pero decidió quedarse —mintió—. Nos dijo que nos fuéramos.

—¿Provocó eso alguna clase de discusión entre ustedes?

—No —volvió a mentir.

—El encargado del hotel ha declarado haber oído gritos procedentes de sus habitaciones. Formularé de nuevo la pregunta, señorita Swan, ¿discutió usted con Bill Schlange?

—¡Discutíamos siempre!, ¿vale? —estalló.

—¿Lo odiaba? ¿Lo odiaba tanto como para matarlo?

—¡Basta! —gritó levantándose de nuevo—. ¡Yo no he matado a nadie!
¿Entiende?

—No pierda los nervios, señorita Swan —dijo el teniente sin elevar ni un ápice su tono de voz.

—¡Me está usted acusando de asesinato! ¿Cómo no voy a perder los nervios? En los últimos días han puesto mi vida del revés, he tenido que ir a un país que no conozco, meterme en una jodida cueva y encontrar una piedra que más tarde nos han robado. Me han herido, he pasado más miedo que en toda mi vida y ahora me acusan de haber matado a mi expareja —terminó descargando un puño sobre la mesa.

El rostro de Moore no transmitió absolutamente nada mientras la miraba. Eve parpadeó, consciente de que había perdido los papeles. Respiró hondo, buscando

serenarse y volvió a sentarse agotada.

—Lo siento, señorita Swan. Pero las pruebas indican que usted sí tuvo algo que ver.

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas?

—Hemos hallado rastros de su sangre en la habitación de Schlange. ¿Tiene alguna explicación para ello?

Eve se derrumbó, sin poder creer lo que acababa de oír.

—Lo suponía —añadió Moore ante su silencio—. Empezaremos de nuevo. Ha dicho que Bill se empeñó en acompañarlos. Supongo que se refiere al viaje.

—Así es —respondió, sintiendo que la firmeza le fallaba a la hora de responder.

—¿Qué lo motivó?

Eve pensó en la respuesta:

—Quería ayudarnos a buscar la piedra.

—¿Qué tiene de especial esa piedra?

—No lo sé.

—Si no lo sabe, ¿qué importancia tenía para ustedes encontrarla, tal como ha mencionado?

Eve enmudeció. Existían demasiadas cosas que no podía explicarle al teniente. Hechos importantes que a su vez estaban relacionados con otra muerte, la de Peter Simmons. ¿Cómo demonios iba a defenderse de ese modo cuando las pruebas encontradas en el escenario del crimen de Peter también la apuntaban a ella como sospechosa?

—Aún no habíamos valorado totalmente su importancia —resolvió contestar.

—¿Habíamos?

—Abel, Bill y yo.

—Entiendo. —Moore tomó varias notas en un blog y repasó de nuevo los documentos—. Ha estado usted en prisión, ¿no es cierto?

—Así es. Pero ya cumplí mi condena.

—Sí, lo veo aquí. ¿De qué se le acusó?

—De malversación de fondos.

Moore volvió a anotar algún dato.

—¿De qué conoce a Abel Simmons?

—Fue el abogado de la acusación.

—¿Y qué lleva a una mujer a relacionarse con el abogado que la metió en la cárcel?

—Esa pregunta deberían hacérsela a él.

—Pero usted lo acompañó hasta Ecuador. ¿Por qué razón?

—Decía que me necesitaba. Creí estar haciendo lo correcto.

—¿Piensa ahora que cometió un error?

—Es posible —dijo apoyando la cabeza en la mano, sintiéndose vencida.

Moore volvió a mirarla por espacio de unos segundos y le pareció ver compasión en sus ojos.

—Esto no tiene por qué durar, depende de usted y de lo que tarde en contar la verdad. Hasta el momento sus respuestas no están arrojando demasiada luz, está siendo usted muy ambigua y eso tampoco la ayuda. ¿Comprende? Volvamos a lo sucedido en el hotel —dijo dirigiendo su atención al expediente—. El encargado asegura que...

—Moore —lo interrumpió otro agente desde la puerta. Moore resopló y se volvió hacia allí, malhumorado—. El abogado de la mujer está aquí, dice que no responderá a ninguna otra pregunta si no es en su presencia.

—Está bien. Hazlo pasar.

El agente se hizo a un lado y la puerta se abrió de par en par para dejar paso a un hombre, de intensos ojos azules, que ya había visto en más de una ocasión: aquella tarde en casa de la señora Blasky y otra más reciente; era el extraño del campamento en Yuquianza.

—Hola, Eve, volvemos a encontrarnos —dijo sonriéndole con algo parecido a la ternura y guiñándole un ojo—. No te preocupes, todo irá bien. Soy Charles Redform —se presentó a Moore.

—Tome asiento, por favor —sugirió el teniente estrechando la mano que el abogado le tendía.

—Tengo entendido que no es usted quién se encarga habitualmente de los casos de homicidio, ¿no es así? —constató.

—En efecto. Es el teniente Parker.

—¿Y puedo preguntar por qué no se encuentra él en esta sala?

—Nick... —Moore carraspeó—. El teniente Parker fue abatido de un disparo la pasada noche en cumplimiento de su deber.

Hubo indicios y profecías de que la Atlántida se iba a disgregar, y Egipto fue elegido como uno de los lugares donde se debían depositar los registros de aquella actividad...

Edgar Cayce.

Lecturas

Hadmed repasó de nuevo las noticias sobre la última pieza localizada en el delta del Nilo. Recordó la anterior, un sello de escritura cuneiforme, descubierta un año antes en Tell al-Dabaa, la antigua Avaris. Aquella fue la segunda vez que encontraron una inscripción acádica, proveniente de la época del rey Hammurabi, que demostraba fehacientemente el comercio de los hyksos con los babilonios.

—Dame un beso, amor mío. He de salir ya o llegaré tarde.

Apartó a un lado la revista y atendió a su esposa, ofreciéndole los labios. Ella le sonrió. La vio marchar, tan hermosa como siempre. Únicamente cuando escuchó el sonido de la puerta dejó que su cuerpo se relajara, exhalando el aire, desinflándose. Después se levantó y giró el cartel de la puerta para anunciar que la tienda estaba cerrada.

Vivía una mentira. La estaba engañando y aunque no le gustaba hacerlo, a su parecer era lo más conveniente. Ni ella ni los niños tenían por qué soportar el peso de la preocupación. Para eso ya estaba él, que era el cabeza de familia y el encargado de proporcionarles el sustento y las comodidades.

La mala gestión realizada en los últimos meses se veía agravada con la crisis económica mundial. Sus clientes preferían invertir en otros negocios, no abundaba el dinero para blanquear ni los museos hacían grandes compras; eso derivó en una caída en picado de sus beneficios, tanto que apenas podía hacer frente a los gastos. Tendría que vender el local, ya lo había asumido.

Le costó muchísimo tomar la decisión, pero después de pasar noches en vela analizando, una tras otra, las posibles salidas a la situación, no encontró ninguna viable. La única forma de reducir los costes era deshaciéndose de aquello que los producía. Soportarlo más tiempo le impediría, llegado el momento, rebotar el barco. Así que no tenía sentido mantener algo que se iría a pique de cualquier forma. Los pocos fondos que le quedaban mantendrían su mentira mientras encontraba otra manera de ganar lo suficiente para volver a empezar.

Colocó bien la foto de sus hijos. Los gemelos sonreían saludándolo tras el cristal

protector del marco, rodeados de los regalos que recibieron en el último cumpleaños. ¿Qué futuro los esperaba a ellos?

Su mirada vagó por el interior del comercio evocando los tiempos en los que era un niño, como sus hijos ahora, y ayudaba a su padre manteniendo limpios los estantes, mientras lo escuchaba contarle cosas sobre cada uno de los lugares donde fueron encontradas las piezas o a quién se las había comprado. O cuando explicaba, ufano, los orígenes de la familia, atribuyéndole a un antepasado remoto haber estado presente para conocer al mismísimo Solón, el famoso legislador griego. Otras veces, simplemente se limitaba a mirar con fijeza las cuentas de la tienda pensando en el modo de ingeniárselas para obtener más beneficios. Él se sentaba a su lado y trataba de mantener la misma seriedad para que no pensara que no se preocupaba por el negocio que heredaría cuando fuera adulto. Ser anticuario en El Cairo no era una profesión inusual, pero, precisamente por la acumulación de aquel tipo de tiendas, se debía ser muy avisado para mantenerse, como hizo su familia, a lo largo de casi un siglo.

Y ahora él, descendiente directo de antiguos sacerdotes egipcios y heredero de un negocio que había resistido el paso de los años desde que su abuelo lo abrió, iba a ser quien acabara con ello llevado por la vanidad y, desde luego, a una mala administración.

Se maldijo, como cada día desde que empezaron los problemas. Tratando de sacudirse de encima esa nefasta sensación, dirigió sus pasos hasta la salida y, una vez fuera, cerró con llave preguntándose, apesadumbrado, si esa sería la última vez. Entrar en casa tampoco mejoró su ánimo, así que decidió encerrarse en el pequeño despacho que acondicionó, unos años antes, entre su dormitorio y el de los críos. Encendió el ordenador buscando la manera de centrar la atención en asuntos más triviales que lo distrajeran de su aflicción. El explorador de la Red abrió automáticamente la página de las noticias y al leer los titulares pensó que sus demonios no cejaban en el empeño de fustigarlo una y otra vez.

El artículo hablaba del proyecto Djedi, que se llevaría a cabo dentro de pocos días en la Gran Pirámide. Se llamaba así en nombre del mago a quien Keops consultó cuando planeó la archiconocida construcción, la única de las siete maravillas del mundo antiguo que aún se mantenía en pie.

Había estado las suficientes veces allí para saber perfectamente de qué se trataba: se proponían perforar la segunda tapia encontrada en el canal que existía en la pared sur de la llamada cámara de la Reina y que, hasta encontrar la primera de ellas en 1992, se entendían como simples conductos de ventilación. Pero ¿qué sentido tenía tapiarlos en ese caso? Y por dos veces, separadas las compuertas por escasos veinte centímetros. Era cierto que en la cámara del Rey también los había. Al parecer, estos primeros estaban pensados como vías de paso para el alma del faraón, el *ba*, en su

camino hacia el firmamento para ocupar su lugar en el cosmos. Pero, entonces, ¿a qué respondía que hubiera dos de ellos en cada estancia importante?

Como entendido conocía la verdadera utilidad de la cámara de la Reina, nombre dado por los árabes por el diseño del techo a dos aguas, pero que, en realidad, era el *serdab*, lugar donde se conservaba la estatua del faraón a la que se le daría vida, después de su muerte, mediante los ritos isíacos. En ese caso, ¿para qué crearlos? Lo más curioso es que en la pared norte, se repetía el mismo patrón, el canal se encontraba bloqueado por una piedra caliza a sesenta centímetros de su inicio.

Un equipo de especialistas llegados de la Universidad de Leeds en Gran Bretaña se encargaría de verificar qué había tras la segunda de las losas del conducto sur, pues una lectura láser anterior recogía la existencia de una cámara más pequeña al otro lado. El proyecto consistía en un robot provisto de perforador que se introduciría por el canal de veinte centímetros de lado y abriría un orificio en el bloque. Era el mismo sistema utilizado años antes apodado «Pyramid Rover».

¿Qué habría tras la piedra? ¿Otra estancia? Y si así era, ¿cuál sería la razón de su existencia? En cualquier caso, el área de Giza, tras haber pasado tantos años y manos por ella, continuaba siendo un misterio en sí misma, desde el conjunto de templos presididos por la Gran Pirámide hasta la impresionante Esfinge, pasando por la famosa pero denostada *Estela del Inventario*.

Para los arqueólogos, así como para otros especialistas que estudiaban el pasado de los hombres, admitir evidencias que no se ajustaban a las teorías oficiales suponía que todos sus conocimientos y medallas académicas quedaban en papel mojado. Era mucho mejor fingir que no existía o desacreditarlo de cualquier forma. Y, naturalmente, para los Gobiernos también resultaba más tranquilizador. Era inconcebible hablar, o siquiera pensar, que pudiera salir a la luz pública algo que hiciera replantearse las creencias del mundo entero. Ya era difícil lidiar en pleno siglo XXI con las guerras religiosas que existían como para descubrirles una religión originaria que las desmintiera.

Ese era uno de los motivos por los que Giza aún permanecía rodeada por un tupido velo de secretismo, como las conjeturas acerca de la existencia de túneles, cámaras y templos bajo las doradas arenas. Acerca de esto último existía en concreto un grabado sobre la luneta de la Esfinge, entre sus patas, donde el mismísimo faraón Tutmosis IV realizaba ofrendas ante ella; sin embargo, el gran león aparecía representado sobre una construcción.

O como el fascinante descubrimiento ocurrido durante los trabajos de conservación del descomunal monumento, llamado Sphinx Project. Durante cuatro años, a principios de los ochenta, un equipo de profesionales formado por egipcios y americanos evaluó los desperfectos sufridos por la erosión y planificó una especie de inmensa urna para cubrirla. Un par de ellos recibieron la noticia de la posible

existencia de una abertura junto a la cola, que daba acceso a su interior.

No dudaron ni un segundo en abandonar el cuidado del exterior para cambiar herramientas y buscar la entrada.

Descubrieron un pozo del que partían dos estrechas galerías, que formaban un ángulo de noventa grados, de un metro de ancho y nueve de longitud. Uno de los túneles ascendía al interior del cuerpo del león siguiendo la curvatura de los cuartos traseros. El otro descendía introduciéndose en vertical en la roca de la meseta de Giza.

La prueba de que los antiguos pudieron realizar esculturas huecas no se reflejaba únicamente en la Esfinge, bastaba con fijarse en las vasijas realizadas en diorita, rocas de extrema dureza. ¿Cómo fueron capaces de hacerlas de un solo bloque?

En cualquiera de aquellos casos, espolear a los especialistas para que realizaran su trabajo e investigar la verdad sobre ellos era adentrarse en terrenos pantanosos. Y, en cierto modo, ese había sido el motivo por el que se encontraba en la terrible situación que estaba viviendo.

No hacía demasiados meses, dos hombres, uno egipcio y otro americano que decía venir directamente del Perú, con todas las acreditaciones aparentemente en regla, le ofrecieron la posibilidad de participar en lo que denominaron «el mayor descubrimiento arqueológico del siglo»: se referían a las piedras de Ica. Solo habló uno de ellos, el extranjero; el otro prefirió quedarse prácticamente en el umbral de la puerta, quizá por eso apenas recordaba su rostro ni el tono de su voz. Conocía la controversia acerca de los grabados en las rocas, pero como estaba muy interesado en el tema decidió estudiarlo, haciéndose con distintos informes, antes de dar una respuesta. Después de asegurarse de la veracidad de todo lo que le explicaron, efectuando algunas llamadas y requiriendo documentación que recibió sin reparos, entregó una buena cantidad de dinero para financiarlo.

El problema no fueron las piedras en sí, sino que todo resultó ser un gran fraude. Eso le hacía sentir aún más estúpido. Probablemente su padre nunca hubiera caído en semejante trampa por muy bien montada que estuviera. Cada vez que recordaba el rostro del estafador, grabado a fuego en la memoria, sentía unas irrefrenables ganas de matarlo. Pero ya era tarde para lamentarse, sería mucho más productivo emplear el tiempo en buscar la fórmula que lo salvara de aquel grave descalabro económico.

Cerró los ojos para orar pidiendo perdón a la memoria de su progenitor. Al abrirlos, estos quedaron prendidos de nuevo en la Gran Pirámide y en el proyecto Djedi.

Adama carraspeó antes de dirigirse a los Maestros.

—Ante todo quiero disculparme si la convocatoria de esta reunión os ha importunado en vuestros quehaceres diarios, pero debo daros una noticia importante.
—Su voz resonó en la silenciosa estancia circular. Se tomó unos segundos para mirar

a los ojos de algunos asistentes antes de continuar—. La piedra Chintamani ha sido recogida de su emplazamiento.

El murmullo esperado se elevó por encima de los golpes que comenzó a dar Mahytma en el mármol de su asiento para llamarlos al orden. Adama asintió hacia el auxiliar y este se detuvo. El rey dejó que expresaran sus opiniones, temores y esperanzas.

—Mi enhorabuena, Adama. Parece ser que estaba equivocado —admitió Jeth cuando todos callaron.

—Aún no se han alzado con la victoria, hermano. Todavía deben llevar los objetos hasta el lugar indicado.

—¿Temes que la Elegida no tenga el espíritu o la fe necesarios para cumplir con el rito? —Tepeu entrecerró los ojos un instante al formular la pregunta.

—¡Eso es imposible! ¿Acaso dudas del poder del *mânava*? —Mahynga hizo ademán de abandonar su lugar para enfrentarse a él, pero Adama se lo impidió posando una mano sobre la suya para calmarlo.

—No es eso lo que me preocupa, sino la razón por la que todas las anteriores pruebas fracasaron —explicó Adama—. Todos conocéis la historia. Todos sabéis de la oscuridad perversa que persigue a los orionitas desde su origen.

—¿Crees que lo intentará con esos dos humanos?

—Cabe esa posibilidad, por supuesto. Y aunque dudo que lo consiga, empiezo a pensar que un poco de ayuda por nuestra parte no estaría de más. Al fin y al cabo, ellos han sido los únicos que no han gozado de nuestra sabiduría, teniendo que evolucionar y aprender por sí solos.

—Pero, majestad, después de acabar con la tercera raza acordamos que nos mantendríamos completamente al margen, pues se temió que, quizás, ese fuera el problema y lo que atraía aún más al Oscuro.

—Tienes razón. No obstante, desconocéis la última de las predicciones de Mahytma. —Alzó una mano para otorgar la palabra a su brazo derecho.

Aquel que conocía los acontecimientos futuros se levantó lentamente para dirigirse a los presentes. Su gemelo optó por colocarse al lado, para demostrar con el gesto el apoyo a cuanto revelara.

—He visto nuestro final. —Un silencio inquieto se apoderó del momento—. El Oscuro logrará entrar en nuestros dominios y provocará la caída de Agartha.

Pasados los primeros instantes de conmoción, Jeth habló:

—¿Cómo es posible? El Oscuro jamás nos ha perseguido, se ha limitado a hacer víctimas de entre nuestras creaciones. Su objetivo son los descendientes de Orión. De hecho, es imposible que tenga la inteligencia necesaria para tramar semejante plan.

—La tiene —confirmó Adama—. Por eso es necesaria la entrega del sello de Orión. Eo estaría de acuerdo.

—Ninguno de los elegidos posee la energía de un Maestro para usarlo.

—Sin embargo, tengo la seguridad de que el Guardián podría intentarlo.

—El Guardián es solo un orionita más. ¿Qué te hace estar tan seguro?

Adama dudó antes de responder a la pregunta. Su silencio hizo que el resto lo miraran expectantes.

Cerró los ojos, había llegado la hora de confesar su error ante el cónclave; si eran incapaces de comprenderlo, entregaría su cargo. Estaba decidido. Tepeu sería uno de los que estaría más que dispuesto a aceptarlo y podía entenderlo.

Su amor por la vida y el recuerdo de Eo lo habían guiado en cada una de las pruebas y había orado continuamente por el alma de aquellos que se perdieron en la brumosa oscuridad del mal. No podía soportar que también la cuarta se malograra.

Se levantó y miró a cada uno de los Maestros.

—El Guardián no es un orionita común, yo lo bendije con la energía divina de los Maestros. La mía. Hace milenios cometí un error fatal que proporcionó al Oscuro la fuerza que ahora posee, así que debía equilibrar la balanza.

Tepeu, se levantó y en su rostro vio reflejada la condenación.

—¿Te has vuelto loco? —espetó furioso—. ¿Cómo se te ha ocurrido actuar de esa forma a espaldas de este cónclave? ¿Acaso te paraste a pensar en las consecuencias? ¡Tú nos has puesto en peligro!

—Y lo asumo —dijo levantando el mentón con dignidad—. Pero ahora mismo lo importante es buscar una solución al inminente desastre. Lo más sensato es entregarles el sello.

—¡Pertenece a Eo! ¡Y es nuestra responsabilidad entregarlo únicamente a su sucesor! ¡Con tu irracional acto has convertido a ese Guardián casi en el tuyo! —añadió Jeth.

El resto de los maestros mostraron su acuerdo golpeando repetidamente el mármol.

Adama alzó las manos para pedir atención.

—Exageráis. Pero si sirve para la salvación de la cuarta raza y de Agartha, que así sea. Estoy preparado para emprender el largo viaje y reunirme gustoso con mi progenitor.

Los presentes guardaron un respetuoso silencio ante tal revelación.

—Es nuestro deber cambiar los acontecimientos futuros que mi hermano vaticina. De lo contrario, será el final de todos nosotros —dijo Mahynga.

—Nosotros dos no formamos parte del cónclave —continuó Mahytma—, únicamente debemos lealtad a Eo y a la Verdad Primigenia, por lo que creo justo advertiros de que, decida lo que decida esta cámara, entregaremos el sello.

—Está bien. Pero los goros continuarán con la reconstrucción tal como está estipulado. En caso de que la Elegida no consiga entregar la piedra y permita el

acceso del Oscuro al interior de la Tierra, se ordenará la destrucción total. Si nuestro destino es morir, ¡terminemos con ese ser de una vez por todas! —sentenció Jeth.

El repiqueteo de puños contra la roca aplaudió sus palabras.

No quería despertar. Continuó con los ojos cerrados negándose a volver a la realidad. Se encontraba demasiado bien allí acostada, entre sábanas calientes, sobre un cómodo colchón.

Cambió de posición. De lado estaba muchísimo mejor y sentía la caricia perfumada de la almohada contra la mejilla. Se arrebujó bajo la ropa de cama, agarrando una buena porción de tela con los puños para llevarla hasta el mentón. Podía oír un suave murmullo de voces en la planta baja, pero no sintió ninguna curiosidad por saber de qué hablaban. No le interesaba. Solo quería descansar, dejarse llevar por la placidez del letargo. Dormirse de nuevo como lo había hecho, sin sueños que perturbaran la tranquilidad ni trajeran recuerdos que amenazaran el reposo.

Como aquella vez en el orfanato, cuando estuvo en cama durante un par de días y fingió la enfermedad una jornada más para no tener que volver a la triste rutina diaria.

O como cuando Albert murió...

Un nuevo sonido llegó hasta ella: el insistente repiqueteo de gotas de lluvia contra el cristal. Seguía lloviendo y lo hacía con tal intensidad que parecía no ir a parar nunca. Pero tampoco importaba, no mientras pudiera refugiarse en aquella templada nube de algodón en la que se encontraba.

Un trueno apagó el murmullo de voces durante un segundo para luego llegar hasta ella con más volumen.

«Me temo que ha comenzado», dijo alguien.

¿Comenzado? ¿Qué?

No. Nada de hacerse preguntas. Apretó los párpados con decisión. Las preguntas llevaban a hacer conjeturas y estas siempre terminaban en problemas. Ya había tenido suficientes. Más de los recomendables, si es que existía un número adecuado de ellos.

Unos suaves golpes en la puerta anunciaron la llegada de alguien. Giró sobre sí misma y no respondió a la llamaba, deseando que, quien quiera que fuese, se marchara. No fue así. Mantuvo los ojos cerrados con obstinación, pero eso no le impidió escuchar que la visita dejaba una bandeja sobre una de las mesitas de noche. Después notó que el colchón acusaba un nuevo peso tras ella.

—Eve, querida —la llamó la suave voz de la señora Blasky.

Consideró las dos únicas opciones que tenía: responder o hacerse la dormida. La primera suponía volver a la realidad. Una realidad que, por otra parte, poseía tintes de la fantasía más terrorífica. La misma en la que Bill había muerto y en la que ella soportaba el peso de esa culpa, tanto emocionalmente como, por lo visto, ante la ley.

—¿Está despierta? —preguntó una voz masculina que reconoció como la de Abel.

Imaginó el gesto preocupado del hombre. Sería muy parecido al que tenía cuando la recibió a la salida de comisaría: el ceño ligeramente fruncido y la mandíbula apretada.

—Aún no —respondió la señora Blasky—. Eve, pequeña. Debes comer algo.

—Déjeme con ella, si no le importa.

—Claro —dijo.

Después de que la señora Blasky abandonó la habitación, escuchó los pasos de Abel, un ir y venir cadencioso y lento que consiguió convocar a la modorra. No abrió los ojos por miedo a que estuviera observándola y descubriera el engaño.

—Vamos, Eve, sé que está despierta. Nadie puede seguir durmiendo así en estas circunstancias. —Sí. Supuso que tenía razón, pero que ella se levantara de la cama tampoco cambiaría nada. Todo seguiría igual—. La señora Blasky y Charles tienen que hablar con nosotros. ¿No quieres saber de qué va todo esto?

No. No quería saberlo. El desconocimiento era mucho más llevadero. Si a algo podía echarle la culpa de cuanto había sucedido era precisamente a saber demasiadas cosas. Cuánta razón llevaba quien dijo aquello de «bendita ignorancia».

Abel debió detenerse, pues dejó de escuchar sus pasos. A cambio, se sentó junto a ella y le retiró un mechón de cabello de la cara.

—Estoy tan asustado como tú, Eve. Pero esto no terminará simplemente negándonos a aceptar lo que ha sucedido, lo que hemos visto. Ayer no quisiste hablar con nadie, ¿qué piensas hacer hoy? ¿Lo mismo? ¿Dejarás de comunicarte con el resto del mundo? —Sintió sus manos en el rostro, obligándola a que lo mirara. Ella, obstinada, apretó aún más los párpados y solo consiguió con ello que Abel dejara escapar una leve risa—. Abre los ojos, por el amor de Dios.

—No —dijo.

—¡Vaya! Pero si aún sabes hablar —dijo sonriendo mientras la soltaba—. Vamos, no seas niña.

—No lo soy.

—Pero te estás comportando como tal. —Eve abrió los ojos y se incorporó para sentarse—. Mira, la señora Blasky te ha traído algo de comer.

—No lo entiendes, ¿verdad? No quiero nada. De nadie —añadió con vehemencia—. Solo quiero que me dejéis en paz. Quiero continuar con mi vida, con la que tenía antes de que aparecieras. Una vida tranquila en la que había conseguido un trabajo y con el que podía ganar lo suficiente para ahorrar un poco. No necesito que nadie me explique nada, porque no tengo interés en lo que pueda decirme. Esto ya ha llegado demasiado lejos, Abel. ¡Bill ha muerto, joder! Por mi culpa.

—Olvidas a mi padre.

—Pues tú mejor que nadie deberías comprender la locura de toda esta mierda. Ya has perdido a alguien, ¿qué más quieres? ¿Que nos maten a nosotros también? Entiendo que puedas sobrellevar las sentencias que han mandado a prisión a quienes fueron contra tus clientes, pero ¿conseguirás vivir del mismo modo cuando debas lidiar con una muerte sobre tu conciencia?

—¿Y si por no querer escuchar son miles de millones los que mueren, Eve? —La pregunta llegó desde la puerta.

Charles se encontraba apoyado en el marco y los miraba con una expresión de gran tristeza en el semblante. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? Eve lo miró entre sorprendida y molesta por no haberles advertido de su presencia. En ese momento, la dueña de la casa se unió a ellos en silencio.

—Estáis todos locos —dijo Eve antes de volver a acostarse, ofuscada.

Abel miró a la pareja que estaba apostada en la puerta antes de volver a centrar la atención sobre Eve.

—Solo os pido que nos escuchéis. Después, la decisión es vuestra —dijo Charles antes de marcharse seguido por la mujer.

Brian entró en la habitación del hospital con una pequeña caja de bombones bajo el brazo. Cerró la puerta despacio para no molestar y caminó hasta la cama. Sonrió al leer un nombre tan común como «John Smith» en el letrero. Desde luego, el teniente tenía un sentido del humor muy particular. Dejó el regalo sobre la mesa y advirtió que Parker lo miraba con una ceja arqueada.

—Todos traen algo para el enfermo, señor. No hacerlo probablemente habría levantado sospechas —se defendió.

—Muy agudo, Brian —respondió Nick con ironía.

—Gracias, señor.

—¿Qué tal por la oficina?

—Pues bastante mal. Ayer fue una auténtica locura. —Parker levantó ambas cejas esta vez—. Tal como esperaba, según los últimos datos sobre los que trabajamos, Eve Swan y Abel Simmons aterrizaron en Londres.

—Al menos ahora podré entrevistarme con ellos.

—Lo dudo, señor.

—¿Qué quieres decir?

—Eve Swan fue detenida como sospechosa de asesinato.

—¿Qué? —preguntó alterado—. ¿De quién?

—De Bill Schlange.

—¿Su expareja? —Parker no podía creer lo que estaba oyendo—. ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Por lo visto los acompañó en el viaje, pero no llegó a dejar Ecuador. Lo mataron en el hotel que compartieron.

—¿Y en qué evidencias se ha basado Moore para arrestarla como sospechosa?

—Se encontraron huellas por la habitación y sangre de la mujer, concretamente bajo las uñas de la víctima.

—Sangre... —murmuró Nick pensando en ello—. ¿Se le tomó declaración?

—En efecto. Moore la estuvo interrogando hasta que llegó el abogado y se la llevó.

—¿Simmons?

—No. Charles Redform.

Brian esperó paciente la respuesta de su teniente mientras observaba el golpeteo que este ejercía con el dedo sobre el mentón.

—Quiero ver una copia de esa declaración.

—Haré lo que esté en mi mano para hacérsela llegar.

—Sí, pero no aquí. Me marcharé esta misma noche a casa. Continuaremos con esta farsa desde allí. Supongo que todo el mundo sigue creyendo que estoy al borde de la muerte...

—Sí, naturalmente —respondió Brian, ofendido por la falta de confianza de Parker—. ¿Su médico estará de acuerdo?

—Mi costilla se soldará igualmente estando sobre mi propio colchón, Brian.

—Ese chaleco le salvó la vida, ¿eh, teniente?

—Tu cabezonería lo hizo. Sin tu insistencia jamás me lo habría puesto. Pero la mortificación que me produce saber que te debo la vida solo es equiparable a las ganas de estrangularte que me entran cada vez que me lo recuerdas.

Brian enrojeció avergonzado, cosa que hizo reír a Parker hasta que tuvo que controlarse debido al dolor que le producían las sacudidas.

Abel bajaba la escalera poco a poco, esperando a Eve en cada peldaño. La mujer parecía tomarse el descenso con toda la parsimonia de la que era capaz y no podía reprochárselo. Desde el principio manifestó su reticencia a involucrarse y, en cierto modo, él era quien casi la obligó a hacerlo, echando mano de cualquier argumento posible para convencerla de que era lo mejor para ambos. Pero debía reconocer que fue demasiado egoísta. Eve tenía razón al decir que había complicado su vida, en más de un sentido. Tener la certeza de la clase de bazofia que era Kaine, le hacía sentirse como un gusano. Después de todo, lo defendió ante la ley en un caso de asesinato que, casi con total seguridad, cometió. Y no solamente eso, sino que ayudó a meter en la cárcel a la única mujer que lo señalaba como culpable.

Reprimió un escalofrío al recordar el terror con el que Bill lo nombró. El pobre Bill, estaba seguro de que no fue más que otra marioneta en sus manos. Un títere que quitó de en medio en cuando dejó de serle útil. «Ese tipo tiene muy poco de humano», le había dicho, y otro estremecimiento le recorrió el cuerpo, a la vez que un trueno resonó con fuerza, mientras la imagen de aquellos dos demonios que

retuvieron a Eve en la calle volvía más vívida que nunca.

—¿En qué piensas? Has palidecido de pronto.

Abel tardó unos segundos en contestar.

—En nada —dijo para no asustarla.

Aún recordaba el estado en que se hallaba cuando salió de comisaría. No dijo absolutamente nada, se limitó a caminar hasta él, buscando la cercanía de alguien conocido y lo abrazó.

—Mientes muy mal.

—Ya no pones tanto ingenio a la hora de intentar ofenderme. —Forzó una sonrisa.

—Deben de ser las secuelas de pasar tanto tiempo contigo. Estoy idiotizada —dijo pasando a su lado con los brazos extendidos y envarando el cuerpo al caminar, mientras le dedicaba también una sonrisa forzada.

Abel la siguió, al menos había conseguido devolverla a su estado natural de saludable agudeza verbal, aunque únicamente lo usara para fustigarlo. Se reunió con ella en el pasillo, antes de entrar en la biblioteca, donde se oía la tranquila conversación de la señora Blasky con Charles.

—¿Qué me dices de Charles? —le preguntó Eve—. Aún no te he dado las gracias por ir a buscarlo para que me sacara de comisaría.

—No tienes que dármelas. En realidad, Charles estaba allí cuando llegué. Fue él quien se me acercó para decirme que ya se estaba encargando del tema. Me extrañó, porque apenas lo he tratado, pero no estaba en posición de desaprovechar su ayuda.

—¿No es el hijo de tu jefe? —preguntó como si ese hecho fuera suficiente para conocer a alguien.

—Sí, pero no hemos tenido ningún tipo de relación.

—¿Ninguna? ¿Ni un café entre horas? ¿Una charla sobre un caso? ¿Un intercambio de opiniones? ¿Qué clase de compañero de trabajo eres?

—Charles siempre se ha mantenido a cierta distancia y yo me he limitado a respetarla.

—¡Cuanta educación! —exclamó sarcástica—. Pues a mí me pareció un hombre muy sociable la primera vez que lo vi. Me extraña que no lo fuera contigo.

—¿Cuándo fue eso?

—La tarde que viniste a recogerme en el coche de su padre. Vino a visitar a la señora. No todos los de su clase social se dignan a hablar con la sirvienta que le abre la puerta. Él lo hizo y fue muy amable.

—Entiendo —comentó Abel levantando una suspicaz ceja y asegurándose de que Eve la interpretara como él quería.

—No te pases. Solo he dicho que me pareció...

—Encantador —terminó Abel por ella.

—¿Y eso te molesta?

—En absoluto.

—Pues cualquiera diría lo contrario.

—Sí, pero tú no eres cualquiera. ¿Verdad? Estás idiotizada por mi compañía —dijo confiriendo a la frase un tono macabro y devolviéndole la pulla antes de abrir la puerta.

La estancia era como prometía el resto de la casa, un lugar elegante, cálido y repleto de cultura en forma de miles de libros y algunos cuadros de reconocidos artistas. Aunque aún entraba algo de luz por las dos altas ventanas de cuarterones, varias lámparas de pie y sobremesa iluminaban las zonas donde esta no alcanzaba, otorgando al interior un ambiente exquisito y a la vez hogareño, que contrastaba con la tempestad desatada en el exterior. Charles y la señora Blasky, acomodados en sendos sillones junto a una chimenea donde crepitaba un agradable fuego, les sonrieron al verlos.

—Acercaos.

Caminaron hasta ellos. Las bellas alfombras de tonos dorados y granates amortiguaban sus pasos.

—Sentaos, por favor. ¿Os apetece tomar alguna cosa? —preguntó solícita la dueña de la casa.

Mientras se sentaban en el sofá de dos plazas situado entre los sillones que ellos ocupaban, ambos rehusaron la invitación sin olvidar agradecerla.

—Antes de nada quiero deciros que Leonor y yo nos sentimos muy honrados de teneros aquí. —No pudieron evitar mirarse extrañados y Charles sonrió—. Entendemos perfectamente que os parezca raro, pero nuestra Hermandad ha estado esperando este momento durante siglos.

—¡Oh, querida! —exclamó la señora Blasky dirigiéndose a Eve—. Estamos realmente emocionados. El día que viniste para la entrevista de trabajo, tuve que contenerme. No sabes qué sorpresa sentí cuando te vi mirar la bandera del pasillo. Te quedaste embobada, ¿recuerdas? Y yo tuve que disimular diciéndote que no sabía exactamente qué era.

—¿Quiere decir que ya sabía quién era yo? ¿Me conocía? —Eve buscó el apoyo de Abel, acercándose un poco más a él, incómoda.

—¡Por supuesto! Toda la Hermandad sabe quiénes sois.

—Exageras, Leonor. No todos saben quiénes sois, aunque sí conocen vuestra existencia —añadió Charles sin dejar de mirarlos.

—Pero ¿de qué Hermandad estáis hablando? —Abel miraba a uno y a otro alternativamente.

—Perdonadnos —se disculpó Charles—, para nosotros es tan fascinante vivir este momento que hemos olvidado que desconocéis los detalles —dijo mirando a la

señora Blasky, quien asintió ante sus palabras—. La Hermandad de Maestros Blancos es tan antigua como la humanidad. Somos los encargados de velar por la pureza de espíritu de los seres humanos, a los que iniciamos y estimulamos en su andadura para que encuentren su luz interior. Somos los herederos de la doctrina de los verdaderos Maestros que se encuentran en los Retiros Interiores y descendientes de quienes lograron sobrevivir a la última gran hecatombe.

Del cruce de miradas con Eve, Abel dedujo que si ya antes los creía un poco locos, después de aquella explicación lo consideraba un hecho indiscutible.

—A vosotros, que habéis estado lejos de las enseñanzas y de la Hermandad, es normal que os suene extraño —dijo la señora Blasky llegando a la misma conclusión.

—Entonces, ¿cuál es el motivo de que ahora nos hablen de ella? ¿Qué tiene que ver con nosotros?

—En realidad todo, querida —respondió Leonor acercándose para darle unos golpecitos suaves en las manos.

—Una de nuestras obligaciones es protegeros y ayudaros a cumplir con vuestro destino —aclaró Charles—. Tú, Eve, como la Elegida. Y tú, Abel, como el Guardián. Para ello creemos que debéis saber la verdad sobre la odisea que habéis vivido hasta ahora y averiguar lo que os queda por hacer.

Abel trataba por todos los medios de comprender las explicaciones de Charles, pero no lo conseguía. Intentó aclarar las ideas y respiró profundamente antes de tomar la palabra.

—Un momento —dijo mientras movía las manos de un lado a otro frente a él para requerir la atención de todos—, ¿por qué no empezamos por el principio? ¿Quiénes son esos Maestros? ¿Y qué es eso de la última hecatombe?

—Si de verdad quieres empezar por el principio, creo que olvidas las preguntas primordiales. —Charles se acomodó en el sillón de forma que pudiera mirar directamente a ambos sin tener que girar el rostro—. Muchos a lo largo de la historia se las han hecho y, sin duda, han sido las precursoras de los pensamientos filosóficos más profundos. Y posiblemente de las distintas religiones y tradiciones del mundo. ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos?

—¿Y bien? —preguntó Abel al ver que Charles no continuaba con su explicación.

—Somos la cuarta raza, y, aunque nos hemos desarrollado en la Tierra, nuestros genes no son del todo terrestres.

—¡Ja! ¡Esta sí que es buena! —exclamó Eve interrumpiendo a Charles y poniéndose en pie—. Aunque, después de todo cuanto he oído, no sé de qué me extraño. ¡Claro! ¡Faltaban los extraterrestres! —continuó mientras realizaba aspavientos con los brazos.

Abel también se levantó con la intención de calmarla.

—¿Por qué no dejamos que termine de explicarse? —pidió tomándola por los

hombros.

—Porque así es como empezó todo esto, Abel —se quejó deshaciéndose del agarre—. Estoy harta de esperar a que otros se expliquen, pues esas explicaciones siempre terminan metiéndome en algún problema. He accedido a bajar porque, de todos modos, me sentía mal abusando de la hospitalidad de la señora Blasky, al fin y al cabo soy su sirvienta, no su invitada.

—Te equivocas, Eve. Contratarte solo respondía a la necesidad de protegerte. Era una forma de tenerte cerca —explicó Leonor levantándose.

—En efecto —corroboró Charles uniéndose a ellos—. Por el mismo motivo, yo empecé a trabajar en el bufete de mi padre, para poder estar cerca de Abel. —Miró a ambos antes de continuar—. Vosotros mismos habéis sido testigos de la clase de seres a los que nos enfrentamos. No podíamos correr el riesgo de perderos antes de que cumplierais con vuestro cometido. De esa forma podríamos adelantarnos a vuestras necesidades, además de velar por vuestra seguridad.

—Viendo cómo habéis reaccionado, aun con lo que ahora sabéis, debéis pensar en qué habría pasado si os hubiéramos dicho la verdad desde un principio. Por favor, muchachos. Intentamos apelar al sentido común —rogó Leonor—. Con marcharos ahora tampoco solucionaréis nada, seguiréis en peligro.

—Y no solo vosotros, también el resto de la humanidad —agregó Charles—. Por favor, sentaos, os lo ruego.

Leonor volvió a ofrecer los asientos con una mirada de súplica tan sentida que Eve no encontró fuerzas para oponerse. Cuando se sentó, Abel lo hizo a su lado.

—Entendemos que asimilar toda esta información de golpe puede resultar un tanto turbador.

—Increíble, diría yo.

—En cualquier caso, es la verdad.

Eve resopló demostrando que no creía ni una palabra de lo que estaba oyendo. Abel la miró e intentó buscar algo que le proporcionara serenidad y a la vez le suscitara el interés suficiente para seguir escuchando las explicaciones de aquella extraña pareja.

—Recuerda el rechazo que mostraste cuando leímos los artículos por primera vez. O cuando recibimos los billetes de avión. Y sin embargo, encontramos esa piedra. Estaba allí.

—Mira, Abel, entiendo que tú sí quieras saber quién eres, porque es evidente que eres bastante rarito —dijo echando una significativa mirada a la mano en la que aún debería existir una herida a medio curar.

—También tú eres especial —se apresuró a decir Leonor.

—¿Yo? Lo siento, señora, pero creo que está usted equivocada.

—Eres la Elegida, Eve. La única persona que puede abrir la puerta de Agartha. La

única a la que responderá una vez que deposite la piedra en su lugar.

—¡Pero no tenemos esa jodida piedra! ¡Nos la robaron!

—Eve, cuando te decíamos antes que aún estáis en peligro, es porque es así. Tú más que nadie. —Charles miraba intensamente a los ojos de Eve, demostrándole que no tenía nada que ocultar—. Quien os ha robado la piedra te necesita para abrir esa puerta y hará lo que sea para conseguirlo.

Eve reculó en su asiento tantos centímetros como este le permitió, pegando el cuerpo al respaldo.

—¿Qué es Agartha? —Fue Abel quien hizo la pregunta que rondaba la cabeza de ambos.

—Antes de llegar a ese punto, desearía continuar con la respuesta a la primera pregunta. Necesito que comprendáis quiénes la habitan —dijo Charles volviendo la atención a Eve para solicitar su permiso.

Esta se cruzó de brazos y bajó levemente la cabeza, hundiendo el mentón.

—Tomaré eso como una respuesta afirmativa —sonrió Charles—. Hace eones hubo una guerra allá arriba, en las estrellas, en la gran nebulosa que los astrónomos han bautizado como M42, en el cinturón de Orión. Formaban parte de un consejo, la Estirpe de los Fundadores de Vida, constituido por treinta y tres reinos; cada uno de ellos estaba regido por un Maestro. Los orionitas eran, para algunos, imperfectos, y el equilibrio para otros: la dualidad llevada al extremo más radical. Precisamente esa dualidad impedía en más de una ocasión que lograran solucionar sus problemas. Fuertes y combativos, cuando iniciaban la guerra, podían llegar hasta el exterminio. Y debido a los avances tecnológicos de los que disfrutaban, eso fue lo que ocurrió.

»Pero el Consejo de los treinta y dos Maestros restantes consiguió salvar parte de la Biblioteca de Vida, una serie de archivos y semillas que conformaban cada una de las especies que habitaban Orión. Todas, incluidas las de los propios orionitas. De ese modo, partieron en busca de un planeta virgen, un lugar donde poder recrearlos y darles una nueva oportunidad. Cuando llegaron a la Tierra, la esperanza llenó sus espíritus, pues creían que tendrían éxito y podrían alcanzar finalmente la esfera superior: recuperado el Maestro de Orión, podrían emprender el regreso.

»Prepararon el planeta para proporcionar el clima y las condiciones idóneas donde reproducirlos y vertieron los gérmenes de vida, ocultándose en el interior para observar cómo evolucionaban, realizando el pacto de adoctrinarlos en la Verdad Primigenia cuando estuviesen preparados.

»Pero el experimento falló en varias ocasiones, y se tuvo que terminar con la prueba antes de iniciar una nueva. Solo hasta que consiguieran una verdadera Comunidad de la Luz en todo el planeta podrían volver al hogar. Llegaron a alcanzar algunos objetivos, pero siempre ocurría algo y de nuevo todo terminaba en fracaso total: la raza recreada caía en desgracia. El poder del germen de vida funcionaba, la

raza iniciaba su adaptación al medio terrestre y justo en ese punto era cuando todo empezaba a degenerar; se tornaban seres envidiosos, traidores, bélicos, más dañinos que sus propios orígenes, porque iban más allá de la venganza. Provocaban dolor simplemente por placer. El mismo mal que había arraigado en Orión los perseguía también en la Tierra.

»Por tres veces lo intentaron, dando lugar a civilizaciones que tuvieron que aniquilar antes de que ellos mismos terminaran por destruirse. Y volvieron a comenzar: Lemuria, Hiperbórea, Atlantis... Nosotros los seguimos. Como os he dicho, somos la cuarta raza.

—Todo eso está muy bien —dijo Eve cuando Charles terminó su relato—, pero ¿qué demonios tenemos que ver nosotros con ese cuento? —preguntó poniendo en evidencia su incredulidad.

Abel carraspeó con la intención de llamar al orden a su compañera.

—Los Maestros idearon un método para que sus creaciones pudieran demostrar que aún guardaban dentro de sí la pureza y el espíritu imprescindibles para seguir adelante.

—¿Un ritual?

—Más bien un gesto, una muestra de que aún podían creer en ellos y darles la oportunidad de enmienda. Cada vez que estos necesitaran saber si debían seguir confiando en que podrían vencer a ese mal y albergar la bondad, depositarían en el exterior un fragmento de piedra: la piedra Chintamani. La raza debía devolverla, junto con la Esfera de Fuego, a los Maestros, como prueba de fe y de que no habían olvidado su cometido final. Nosotros nos encargamos de proteger la esfera, es la que portáis. Nos fue entregada hace varios años por su descubridor, Ray Brown, antes de que cayera en malas manos.

—Entonces, si he entendido bien, esa puerta de la que hablabas antes es la entrada al interior de la Tierra —dedujo Abel acertadamente.

—Así es.

—Es la historia más rocambolesca que he oído en mi vida. —Eve continuaba sin dar crédito.

—Eve, en distintos textos antiguos se habla de esto mismo que te he contado, por ejemplo en el Bhagavata Purana de la India, cuando nos dice: «Los dioses aparecieron en sus respectivos vehículos voladores para presenciar la batalla entre Kripakarya y Arjuna. Incluso Indra, el señor del cielo, llegó montado en un vehículo volador espacial con capacidad para treinta y tres seres divinos». Este número podemos encontrarlo en muchos aspectos de nuestra vida, desde los treinta y tres mil años luz a los que nos encontramos del Sol Central, hasta las treinta y tres vértebras de la columna de un bebé.

—¿Se podría decir entonces que ese lugar dentro de la Tierra es Agartha? —Abel

intentaba unir la información, a pesar de las reticencias de Eve.

—Agartha es el Retiro Interior. El lugar donde moran los Maestros —respondió Leonor.

—Aryavarsha para los hindúes; Hsi Tien para los chinos; Belovodye para los rusos... Cada religión o tradición le ha dado su propio nombre. Así como en distintos textos existen referencias a los cataclismos o hecatombes que asolaron el planeta y terminaron con civilizaciones anteriores.

—Bueno —dijo Eve asentando los brazos que mantenía cruzados—, vamos, ahora resulta que, después de todo, tenemos que salvar el mundo —rio—. Esto no tiene ni pies ni cabeza. De verdad que es el colmo. ¿Dónde está la cámara oculta?

—Imagino que otros antes que tú también debieron pensar que todo esto formaba parte de una broma pesada.

—¿Quiere decir que ha habido otros? No me lo puedo creer. En serio —continuó riendo sin humor—, ustedes han perdido la cabeza y esperan que nosotros también lo hagamos.

—En efecto ha habido otros Elegidos antes que tú. No es la primera vez que la cuarta raza se enfrenta a esta prueba de fe.

—Claro —dijo Eve, sardónica—, y todos lo han conseguido.

—De otro modo no estaríamos aquí.

—La Hermandad siempre ha ayudado a los Elegidos a cumplir con su misión —aclaró la señora Blasky.

—¡Y dale con el rollo de los Elegidos! ¿Elegidos por quién? ¿Cuándo?

—Igual que el Guardián, desde vuestra misma concepción sois tocados, por decirlo de algún modo, por la divinidad del Rey del Mundo, por supuesto, Adama MelkiTsedec. Desde el instante en que nacéis, los objetos, esfera y piedra, os buscan. Es como si el mismo cosmos se confabulara para que vosotros los encontréis. Incluso ha habido quienes se han sentido tan en conexión con sus verdaderos orígenes que han llegado a vislumbrar la realidad. Como Edmund Halley, quien se acercó muchísimo a la verdad de la oquedad terrestre, o John Cleves Symmes, que defendió durante toda su vida la misma idea... U otros como Leonard Euler, Marshall B. Gardner o Julio Verne... —citó Leonor.

Al escuchar aquel último nombre no pudo evitar una mirada dirigida a Abel, quien con la tristeza pintada en el rostro preguntó:

—Mi padre también tenía algo que ver con ustedes, ¿verdad? —Charles y Leonor se miraron para decidir quién de los dos respondía—. ¿Murió por esto? ¿Este es el motivo?

—Muchos han muerto, sí —terminó por responder Charles—. Entre ellos tus padres, Abel. Es hora de que sepas toda la verdad. Tus padres fueron conscientes de que habías sido designado Guardián prácticamente desde que naciste. Pero no eras

como uno de los anteriores. —Charles hizo una pausa—. Hemos llegado al límite, al borde mismo del precipicio: el Oscuro debe sentirse muy cerca de su objetivo y supongo que pensó que, de esa forma, inclinaba un poco la balanza. Tú, Abel, tu alma, posee mucha de la energía de Adama, de su esencia. Te fue otorgada como una defensa para que pudieras proteger mejor a la Elegida.

Charles hizo una pausa que Eve aprovechó para carraspear.

—¡Ja! Menuda defensa. Quizá por eso te quemaste. Tanta energía no puede ser buena —comentó sardónica cruzándose de piernas.

—¿Se quemó? —preguntó Charles sin comprender.

—No importa, es agua pasada —dijo Abel—. Continúa, por favor.

—Peter siempre fue un gran miembro de la Hermandad, que tuvo que pasar por la prueba más dura de todas. —El interrogante que se instaló en el rostro de Abel obligó a Charles a seguir con su explicación—. Roxanne, tu madre... —comenzó, y cambió de postura, incómodo—: Ella te amaba Abel, estoy seguro. No podía ser de otra forma.

—Estás intentando decirme que no fue un accidente... —dijo, y algo le impedía sentirse sorprendido. Un sentimiento de dolorosa soledad le invadió.

—Lo siento, Abel. Eras muy pequeño, tu madre había sido tentada por ese demonio, casi poseída. Tu padre hizo lo que debía al ver que intentaba sacarte de la casa. Comprende que ella ya no era dueña de sí misma. Ya no era Roxanne.

Abel volvió a ver el hogar, regresó a la infancia. El fuerte agarre de su madre. La muñeca le dolía muchísimo. Lloraba. Ellos se gritaban alterados sin mirarlo, sin prestarle atención. «¡No dejaré que lo hagas!», exclamó su padre empuñando una escopeta. «Debemos irnos», le dijo ella sin apartar la mirada de Peter. Un disparo retumbó en sus oídos y ya no oyó nada más. El olor a pólvora le saturó el olfato.

Sintió el calor de la mano de Eve sobre la suya, pero no encontró el valor para mirarla.

—Lo siento —murmuró, arrepentida por haber bromeado en un momento tan doloroso.

—Peter amaba a tu madre. Y ambos te amaban a ti. Dedicaron toda su vida y sus esfuerzos a protegerte. Pero entiende que esta lucha es dura y, precisamente ellos, lo tuvieron más difícil. Ese ser aprovecha cada debilidad, se cuela por cada brecha que consigue abrir en el muro que intentamos levantar alrededor de vosotros. Cuando eso ocurre, únicamente podemos hacer lo que esté en nuestra mano para reforzarla —explicó Charles—. Cuando el Oscuro contactó con mi padre supe que te había localizado. Mis sospechas se confirmaron cuando te vi defendiéndoles en el caso del asesinato de Albert Grant. —Charles miró a Eve significativamente—. Entonces comprendí que tenía que entrar en el bufete como fuese para estar cerca de ti y adelantarme a cualquier otro paso que tuvieran pensado dar.

—¿Kaine? ¿Ese Oscuro del que hablas es Kaine? —Abel tembló al ver confirmada aquella sospecha que había desechado por disparatada.

—Ese es el nombre que ha usado en los últimos años, pero ha tenido muchos.

—¿Por qué no me lo advertiste entonces?

—¿Y qué decirte? ¿Me hubieras creído? —Abel no respondió—. Además estoy convencido de que mi padre cayó en sus redes hace tiempo —confesó con pesar que no se molestó en ocultar—. Era más razonable esperar y dejar que todo ocurriese cuando debía. Pero la muerte de Peter fue una terrible sorpresa para todos. Aunque gracias a él habéis logrado reunir los objetos, no dejo de sentirme responsable de su pérdida.

—Vamos, Charles —lo animó Leonor—, sabes tan bien como yo que Peter no dijo absolutamente nada. No podíamos saberlo.

—No. No podíamos —aceptó.

La rabia echó raíces en la impotencia que sintió Abel al percatarse de que apenas conocía los aspectos de su propia vida. Un fuego invisible prendió dentro de él. En su mente, la imagen de Kaine bailoteaba sobre las llamas.

—¿Dónde puedo encontrarlo? —dijo entre dientes mientras apretaba fuertemente los puños. Los otros tres se miraron sin saber a qué se refería—. ¿Qué tengo que hacer para matar al que me ha robado la vida? Al que ha asesinado a mi familia. Quiero matarlo.

—No puedes hacerlo —dijo Leonor—. No puede morir.

—Pero sí podéis seguir adelante. Haced lo que debéis —añadió Charles.

—¿Cómo? ¡No tenemos esa piedra! —exclamó airado.

Las miradas de Leonor y Charles confluyeron sobre Eve. Esta se acercó de nuevo a Abel, incómoda por la forma en que la observaban y, antes de que pudieran decir nada más, comenzó a negar con la cabeza categóricamente.

—No sé exactamente qué están pensando, pero ya pueden ir olvidándolo.

—Tú eres la clave, Eve.

—No.

—Por favor, Eve —pidió Abel.

Su súplica hizo que se separara de él de inmediato, yéndose hasta el otro extremo del sofá.

—Ni hablar. Quiero irme a casa. Olvidarme de todo esto. Ya he tenido suficiente locura para el resto de mi vida.

—¿No comprendes que no tendrás vida si no lo haces? El Oscuro te necesita para abrir la puerta. Esta solo responderá ante ti. No te dejará en paz. Además, él no puede tocar la piedra —expuso Leonor.

—¿Por qué no puede hacerlo? —quiso saber Abel.

—El poder de la piedra misma se lo impide. Su contacto provoca una

transformación de la conciencia —explicó Charles antes de volver a mirar a Eve—. No se trata de lo que quieras para ti. Si no haces esto, ellos nos destruirán. Ves esa tormenta —dijo señalando hacia las ventanas—, solo es el comienzo. En las noticias ya se habla de otras catástrofes naturales, se iniciaron hace días. Desde Agartha dominan todos los aspectos terrestres. La humanidad está en tus manos, Eve. Depende de ti que les demostremos que aún existe bondad entre nosotros.

Brian, sentado en una butaca, devoraba una patata frita tras otra de las que había traído junto con el material por estudiar, mientras Parker apretaba el botón de marcha atrás del mando a distancia.

El teniente se encontraba recostado en la cama de su propio dormitorio flanqueado por dos cojines. Ya había visionado dos veces todo el interrogatorio a Eve Swan realizado por Moore. Pasó fotograma a fotograma hasta que obtuvo en pantalla la que deseaba examinar con detenimiento.

—Fíjate, Brian —pidió a su subalterno. Este dejó de masticar y miró con atención la imagen de Eve Swan—. ¿Qué ves ahí?

—Que está muy enfadada, teniente.

—Más que eso. Está ofendida —dijo—. Es el momento justo en que Moore le pide que no pierda los nervios. Ella, en cambio, se levanta del asiento, aun sabiendo que eso puede hacer que los guardias entren en la sala, y expone los motivos de su enfado mirando directamente a los ojos de Moore. Motivos genuinos, a juzgar por su expresión. —Pasó entonces los siguientes fotogramas a velocidad rápida, hasta detenerse cuando ella tomaba asiento, justo después de su discurso—. Y ahí está el agotamiento. Nadie en ese estado es capaz de mentir, imitando esos gestos a la perfección. En ningún momento puede verse rasgo alguno de suficiencia. Y tampoco miedo hasta unos minutos después —explicó volviendo a apretar el botón de avance rápido—, al hablar sobre esa piedra. Justo ahí —dijo parándolo—, cuando debe responder acerca de la importancia del objeto.

Dejó que el vídeo continuara con normalidad, contando los segundos que Eve tardó en dar una respuesta. Brian lo miraba a él.

—¿Ves? Ha tenido que pensarlo. Y al hacerlo no mira a Moore, evita el contacto visual. Siente vergüenza porque no dice la verdad. Vergüenza y miedo —explicó girando el rostro hacia Brian.

El hombre parpadeó un par de veces antes de relajarse de nuevo sobre el cabecero de la cama.

—No le sigo —dijo.

—Pues está muy claro, Brian. Es evidente que Eve no es responsable de la muerte de Bill, dice la verdad cuando alega inocencia. Sin embargo, inventa una historia para eludir la verdadera respuesta a la otra pregunta. Swan se encuentra en un grave

aprieto, Brian. Está metida en algo importante que tiene que ver con esa piedra y alguien quiere quitarla de en medio endosándole el asesinato de Schlange... —De pronto el teniente se quedó inmóvil y en silencio unos segundos, antes de abrir los ojos desmesuradamente—. ¡Por todos los diablos! ¡Brian, acércame esa carpeta de ahí! ¡La de la última denuncia que interpuso! —pidió señalando reiteradamente el informe que su subalterno había dejado sobre la cama después de ojearlo.

Brian se la entregó con rapidez, alentado por las indicaciones de Parker:

—Vamos, vamos.

—Tenga, señor.

Nick la dejó sobre su regazo, pasando algunas páginas. Buscó los informes médicos.

—¡Por supuesto! —exclamó después de unos minutos de comparar los informes con la declaración de la mujer.

—¿Qué ha encontrado?

—La prueba que necesita Swan para evitar ese cargo de asesinato. Cuando la atacaron en el aparcamiento de aquel supermercado y ella creyó que le inyectaron algo, lo que hicieron en realidad fue sustraerle... sangre.

—¡Y la han utilizado para inculparla!

—Por eso en el hospital no encontraron restos de narcóticos ni enfermedades inoculadas.

—Increíble —dijo Brian.

—Escúchame —pidió Parker tratando de erguirse un poco más y apretando los dientes ante el pinchazo que sintió en la costilla maltrecha—: necesito que vuelvas al aeropuerto y averigües si alguien de los relacionados con el caso tomó algún vuelo con el mismo destino que Abel Simmons y Eve Swan.

—Además de Schlange, claro.

—Claro.

—Delo por hecho, jefe.

—Quiero que ordenes a Hite que indague el paradero de Charles Redform y que lo siga. Él nos llevará hasta Swan y, por tanto, hasta Simmons. Nadie más que Abel pudo enviar a Redform en ayuda de Eve.

—De acuerdo.

—Cuando tengas los datos del aeropuerto, comunícamelo de inmediato.

—Desde luego.

Hadmed paseó de nuevo alrededor de las carpas que protegían al equipo inglés del sol y el viento. Gracias a que el personal contratado para el proyecto procedía de la capital, conocía a muchos de los que se movían por el lugar. Saludó a un par de ellos mientras los observaba portar focos hacia la entrada de la Gran Pirámide.

—¿Qué tal, Hadmed? ¿Captando nuevos proveedores?

—Así es —mintió.

—Que tengas suerte.

—Gracias —los despidió, alzando una mano.

Era la segunda vez que acudía allí. La primera pudo observar a los especialistas y reconocer las funciones que desempeñaría cada uno de ellos durante los trabajos. Por eso, a escasas horas de que comenzaran, le extrañó no ver por ninguna parte al operador del robot perforador, un tipo cenceño y de pelo anaranjado. Tenía la piel tan blanca que estuvo tentado de sugerirle que usara un buen protector solar. Sin duda no era de los que frecuentaba lugares como aquel, bajo los justicieros rayos del astro rey del desierto. Tenía toda la pinta de las ratas de laboratorio que conoció durante sus días en la universidad.

Continuó el recorrido pensando en pedir empleo. Un pequeño salario supondría un mes más de plazo para encontrar la solución a sus problemas. Pero dudaba de que, aquellas alturas necesitaran mano de obra, cualquier puesto estaría cubierto. Unos metros más allá reparó en que varios de los profesionales se reunían alrededor de una mesa sobre la que descansaban los planos y se concentraban en escuchar al jefe. A excepción del operario, ¿dónde se habría metido?

Intrigado, miró en todas direcciones intentando localizarlo. Ni rastro. Sin embargo, otro rostro llamó su atención y volvió a girar la cabeza hacia él. Tenía el pelo negro y ondulado, además de la piel tostada típica de su gente. Juraría que no lo había visto en su vida; pero, no podía sacudirse de encima la sensación de conocerlo. Se encontraba hablando con otros dos hombres, quienes asentían una y otra vez hasta que lo dejaron solo. Después se reunió con el resto del equipo junto a la mesa. El jefe le dio un apretón de manos y lo presentó al resto.

¿Un especialista nuevo? Le pareció extraño.

Volvió la mirada para localizar a la pareja con la que había estado hablado y los vio torcer tras la última de las lonas. Sin saber muy bien por qué los siguió, rodeando la tienda tras la que desaparecieron. No le hizo falta llegar al otro extremo para poder escuchar la conversación, a pesar de que susurraban.

—Saldrá bien. Yusuf lo tiene todo controlado.

Yusuf. Sí, había oído ese nombre anteriormente, el mismo día que conoció al estafador. Ahora recordaba dónde lo había visto antes.

—Pueden surgir problemas. La cámara de la Reina no es tan grande y estará atestada. Cualquiera podrá darse cuenta.

—Por eso quiere que provoquemos el fallo de iluminación. Aprovechará esa oportunidad.

No le hizo falta oír nada más. Se dio la vuelta despacio para evitar hacer ruido y volvió allí donde la actividad de los empleados era mayor.

¿Qué podía hacer? Alertar al equipo inglés sería una opción, pero no tenía la seguridad de que le creyeran. Probablemente ese Yusuf ya se habría cubierto las espaldas, exactamente igual que hizo con su socio cuando lo estafaron a él. Como mucho lograría frenar el proyecto por una temporada y eso derivaría en el despido de los empleados. ¿Y a quién culparían por ello? Enemistarse con los trabajadores tampoco era buena idea en los tiempos que corrían, nunca podías estar seguro de quiénes podrían tomar represalias, y no estaba en situación de poder hacer frente a desperfectos en el negocio.

Pasó junto a una de las tiendas, donde cuatro hombres descansaban unos minutos mientras bebían y comían. Una disparatada idea cruzó por su mente en aquel instante: hacerse pasar por uno de ellos. Solo necesitaría una identificación. En las próximas horas, Yusuf estaría demasiado ocupado para reparar en él y le daría tiempo de trazar un plan. No podía imaginar qué esperaban extraer de allí, ni cómo pensaban hacerlo, pero estando entre los trabajadores tendría más posibilidades de ingeniárselas para obtener esa información.

Volvió a repasar el recinto, esta vez buscando una tarjeta identificativa. La fortuna le sonrió cuando encontró el lugar donde almacenaban herramientas y ropa. Se puso manos a la obra y pronto adquirió el aspecto de cualquier empleado. Tomó además un estrecho portafolios negro y se encaminó directamente hacia la Gran Pirámide. Tuvo la precaución de girar la tarjeta que sujetó al borde del bolsillo, para que no se viera la fotografía. Con que notaran que la llevaba era suficiente.

—Vaya, Hadmed, ¿ahora eres un peón cualquiera? —La pregunta lo pilló desprevenido y se volvió para ver de quién procedía.

Los que le saludaron unas horas antes, al llegar, lo miraban sonrientes.

—No. No —se apresuró a contestar sonriéndoles también—. Me han proporcionado los planos y los resultados de la lectura láser —improvisó mientras alzaba la carpeta y daba unos golpecitos sobre ella con los dedos—. Ya sabes, para que eche un vistazo y dé mi opinión de experto.

—¿Creen que hay algo de valor tras el muro? —preguntó el otro.

—He oído comentarios acerca de una pieza pequeña. Creen que es una joya, pero

no están seguros. ¿Podemos echarle un vistazo? —El compañero se acercó a él en actitud cómplice.

—Lo siento —se disculpó—. Pero eso podría causarme problemas.

—Estos ingleses y sus *top secret*...

Hadmed sonrió de nuevo antes de despedirse con un ademán y continuar su camino.

Una pieza pequeña. Fácil de sustituir, pensó.

Naturalmente, Yusuf debió de tener acceso a esas lecturas láser que descubrieron la existencia de una cámara, de reducidas dimensiones, al final del canal. Como el resto de los profesionales debía de conocer perfectamente el tamaño y la forma que tenía la pieza que captó el lector. Si él manejaba el robot, tal como sospechaba, no le sería difícil cambiar la original por una falsa. Ese era su juego, su trampa.

¿Sería la supuesta joya la finalidad de la cámara? La lógica indicaba que sí. Los canales de ventilación, como los llamaban, no fueron excavados por el hombre después de erigir la pirámide, sino que formaban parte de los planos de construcción del gran monumento. Se había tenido en cuenta su progresivo ascenso a medida que la edificaban. Por lo tanto, ofrecer una cámara para albergar una sola pieza hablaba de la importancia del objeto en sí mismo.

Llegó hasta los pies de la espléndida Gran Pirámide. De lejos, se podía contemplar la belleza de la impresionante imagen y casi beber de ella. Sobre todo durante los equinoccios, cuando el sol incidía de manera que la sombra se iniciaba en dos de las caras y se producía el conocido «efecto relámpago», adivinándose su verdadera forma octogonal. Pero de cerca, se tomaba conciencia del vasto mausoleo: más de dos millones y medio de bloques de entre dos y sesenta toneladas cada uno. Según le contaron al historiador Herodoto, se tardó veinte años en la construcción y dedicaron otros diez a la de la calzada. Si daba credibilidad a ese dato habrían sido necesarios cien mil obreros trabajando las veinticuatro horas durante todos los días del año, colocando un bloque cada cuatro minutos.

Estremecedor, pensó como siempre que la visitaba. Tan hermosa. Tan antigua. Y tantas veces violada. No dejaría que un desalmado como Yusuf se hiciera con el tesoro que aún permanecía guardado en sus entrañas. Le había robado el negocio que heredó de su padre, pero no dejaría que le arrebatara el legado de sus antepasados.

Con los puños apretados, dejó atrás los letreros que advertían de la prohibición de escalarla. Antes de entrar, echó un vistazo hacia arriba. A diecisiete metros se encontraba la entrada original, destacada por los cuatro formidables bloques de piedra que descansaban sobre el dintel. Una inteligente trampa para los saqueadores, pues, en realidad, el túnel de pronunciada pendiente que comenzaba en aquella entrada tenía su final en un tramo horizontal, aún más estrecho, que llevaba hasta la cámara subterránea. Era imposible acceder desde allí a ninguna otra parte.

Atravesó el acceso practicado en la roca y caminó por el túnel bautizado con el nombre de Al-Mammun, en memoria del califa. Al llegar a la galería principal, no siguió por el pasaje que conducía hasta la cámara de la Reina, donde se llevaría a cabo el proyecto, sino que continuó ascendiendo hasta la cámara del Rey. Allí esperaba a que acudieran los especialistas.

Entrar cuando estuviera llena y todos los presentes atentos al trabajo de Yusuf, le permitiría pasar inadvertido.

Se levantó del suelo un par de horas más tarde, cuando escuchó las voces del equipo que se internaba en la pirámide. Esperó pacientemente hasta que calculó que todos habían entrado y empezado con la primera fase del proyecto. Solo entonces bajó.

Se asomó a la cámara y vio que Yusuf ultimaba detalles del robot con el jefe, rodeado del resto del equipo. La estancia, de unos treinta metros cuadrados aproximadamente, estaba atestada además con periodistas, representantes del Departamento de Cultura del país y algunos operarios. Pero ni rastro de los dos hombres con los que habló horas antes.

Oculto en el túnel se devanó los sesos tratando de adivinar dónde podían estar situados. Supo la respuesta en cuanto recordó la conversación. Debían provocar un corte de luz que facilitara a Yusuf realizar el cambio de la pieza, por lo que, sin duda, estarían en el exterior, junto a los generadores que proporcionaban energía a los focos. Bien, de esa forma solo tenía que preocuparse por él. Esperaría a ese fallo en la corriente y después vigilaría sus movimientos.

Se apoyó en el dintel de la entrada a la cámara, observando la labor del grupo con interés. El robot funcionaba a las mil maravillas y pronto escuchó el sonido del perforador. Los especialistas seguían el avance por medio de un ordenador portátil conectado a la pequeña cámara del autómatas, pero desde su posición era imposible ver absolutamente nada.

Supo que habían terminado de atravesar el muro cuando todos aproximaron las cabezas a la pantalla unos centímetros, expectantes ante lo que encontrarían. Observó que Yusuf retrocedía, con la excusa de dejar espacio al resto de los compañeros para que tuvieran una mejor panorámica de lo que mostraba el ordenador, e introdujo la mano en uno de sus bolsillos. Allí debía de tener el sistema de comunicación con sus compinches.

Hadmed sintió la sangre bullir en las venas. En cuestión de minutos, cuando el robot regresara con el botín, se apagarían las luces.

Ocurrió tal como esperaba. El apagón apenas duró unos segundos, pero fueron suficientes. Cuando volvió la luz, todo el mundo experimentó alivio seguido de una actividad frenética para comprobar que no se hubiera perdido ningún dato. Después, tras ver que todo estaba aparentemente en su lugar, se comportaron como si nada

hubiera ocurrido y Yusuf entregó el objeto falso al jefe del equipo. Debían de haber hecho un buen trabajo con lo que fuese que le dio, pues este pareció muy complacido. Palmeó su espalda y lo mostró al resto antes de enseñarlo a los patrocinadores y medios de comunicación presentes. Los problemas vendrían días más tarde, pensó Hadmed, cuando lo sometieran a la batería de pruebas para catalogarlo. Pero, por ahora, todo el mundo sonreía satisfecho ante el éxito de la operación.

Pasados unos minutos comenzaron la celebración y los brindis. El aire festivo impregnó el ambiente y todos se unieron en el centro para elogiar la profesionalidad del grupo, mientras el jefe del proyecto respondía las preguntas de los periodistas. Fue entonces cuando advirtió que Yusuf se apartaba disimuladamente del resto y se acercaba a la salida. Reaccionó con rapidez, escabulléndose unos metros más arriba por la gran galería, refugiándose en la penumbra. El taimado operario descendió en dirección al túnel Al-Mammun, sin duda para entregar a sus cómplices el verdadero objeto recuperado. Hadmed lo siguió, acortando con cada paso la distancia que lo separaba de Yusuf. Y antes de que alcanzara el giro para sortear la enorme mole de piedra que tapiaba el canal de la falsa entrada principal, llamó su atención con un par de golpecitos en la espalda, preparado para asestar un fuerte puñetazo en el rostro del ladrón. Lo tumbó de espaldas, dejándolo aturdido.

Le registró los bolsillos hasta que sus dedos rozaron un material duro al tacto y con la forma adecuada. Sin pararse a contemplarlo y sabiendo que si intentaba salir se encontraría con los dos gorilas, volvió raudo sobre sus pasos y entró de nuevo en la cámara, suponiendo que Yusuf no intentaría nada estando rodeado por la gente a la que acababa de estafar. Efectivamente, aunque trató de cogerlo antes de que llegara, tuvo que detenerse y volver a vestir su rostro de alegría para no suscitar preguntas. Hadmed usó el gentío como parapeto entre ellos, sin perderlo de vista. Jugaron al ratón y al gato, uno intentando zafarse de tantos como pretendían entablar conversación con él y, el otro, moviéndose en dirección contraria a sus pasos.

Quiso la providencia que uno de los pocos reporteros provisto de cámara lo enfocara en ese momento y le realizara una pregunta que no alcanzó a oír. Aprovechó entonces para mezclarse con un grupo de personas cercano a la salida, pero no pasó desapercibido a la felina mirada de Yusuf, que trataba de deshacerse del incansable cronista para ir en su busca. Hadmed volvió a salir al túnel, pero antes de abandonar la galería principal oyó los pasos del saqueador mientras se comunicaba con sus socios para que le bloquearan la salida. Solo tenía una única y peligrosa opción, descender por el estrecho y casi vertical túnel al que llamaban el Pozo y que terminaba en la cámara subterránea. Desde allí podría acceder al canal que terminaba en el exterior, a diecisiete metros del suelo.

Acomodada por cuarta vez, en pocos días, en el asiento de un avión, Eve cerró los ojos mientras realizaba el último vuelo: del aeropuerto internacional de Lima al de Juliaca. Al menos el cansancio había desaparecido. No obstante, el entumecimiento muscular, por las horas transcurridas sentada, se dejaba sentir sobre todo en las piernas. Durante los días pasados en casa de la señora Blasky, sin poder salir, debido al temporal que no había dado tregua en toda la semana, recuperó las energías, pero no encontró las ganas ni el espíritu para llevar a cabo lo que se suponía que era su deber.

Ese era el argumento con más peso que usaba Charles: el deber. Abel, en cambio, prefería apelar a los que dieron su vida para que ellos dos pudieran cumplir con su destino.

Destino...

De nuevo esa palabra. Qué miedo pensar que todos tuvieran ya uno escrito, como sugería el objetivo final de toda aquella locura en la que se encontraba inmersa y de la que, por más que lo intentaba, era imposible salir. Si todo el mundo nacía con una finalidad ya predefinida, ¿qué sentido tenía intentar cambiarla? A alguien cuyo destino fuera vivir y morir en la miseria, ¿en qué podría beneficiarle pasar años buscando una mejor posición económica? O en el caso de alguien cuyo destino marcaba el transcurrir de una vida en soledad, ¿para qué molestarse en buscar a una persona con quien compartir nada?

Ella prefería pensar que no era así, por muy «Elegida» que fuera.

Dos días antes, una tarde, había vuelto a hablar con la señora Blasky acerca de ese tema. La encontró observando de nuevo la bandera verde y dorada que adornaba la pared cerca de la entrada de la casa. Le confesó que se trataba del blasón de la Sociedad Teosófica, a la que pertenecieron muchos miembros de su familia. Desde hacía siglos sus antepasados habían estado relacionados con esos misterios, «a los que muchos, a lo largo de la historia, preferían no prestar atención, seguramente por miedo a descubrir que vivían una mentira», decía.

Durante la charla le explicó cómo tomó contacto con la Hermandad o, más bien, cómo ellos la habían localizado. También, le contó cómo recibió la Hermandad el descubrimiento de la Elegida: la esperanza y la alegría que inundó el corazón de todos. Contó detalladamente el día que Peter les mostró las primeras fotografías en las que aparecía ella, cuando pasó el informe donde explicaba el momento en que abandonó el orfanato y comenzó a trabajar con Albert Grant. Su voz se tiñó de

tristeza e ira cuando trataron el tema de su encarcelamiento. Entonces supo que unos días antes de la muerte de Albert estuvieron considerando la posibilidad de captarlo para formar parte de la Hermandad. Le aseguró que su muerte respondía al plan de Kaine, o el Oscuro como ellos lo llamaban, para tenerla controlada, por eso, una vez que cumplió la condena en prisión, reaccionaron con rapidez buscando a alguien que se encargara de su protección. Eligieron a Leonor para cumplir con esa tarea. Por eso había llegado hasta aquella casa.

Después de conocer los pormenores, no pudo dejar de preguntarse si Albert aún estaría vivo en caso de que la Hermandad hubiera reaccionado más rápido. Todo habría sido tan diferente... Pero teorizar acerca de lo que ya no tenía solución era muy doloroso. Quizá por eso prefirió no darle más vueltas y cerró la mente en banda a cualquier asunto que supusiera recordar el pasado. Era bueno tenerlo en cuenta, pero no quedarse anclado en él.

A su juicio, existían tres ingredientes en toda la historia que incitaban a que la razón se rebelara a la hora de creerla. Pero, a decir verdad, eran los mismos que la aterrorizaban solo con pensar en la posibilidad de que fueran ciertos y, por ello, también a continuar adelante con aquella locura. El primero se trataba de la esencia misma que daba lugar a esa leyenda sin sentido: el origen, según Charles, de la propia especie humana y esos Maestros intraterrestres venidos de otra galaxia. Lo seguía de cerca el exterminio a mano de estos en caso de no cumplir con ese acto de fe relacionado con la piedra. Y, por último, la existencia de esos seres demoniacos capitaneados por Kaine y la naturaleza de este.

Recordó que Charles les habló acerca de su inmortalidad; ese detalle estuvo rondándole la cabeza durante varios días. En realidad aún lo hacía. Muchas incógnitas se agolpaban en su mente durante aquellas horas y quizás ese perpetuo interrogante instalado en su rostro fue lo que animó a Abel a realizar preguntas sobre ese... Oscuro. ¿Qué perseguiría un ser que no podía morir? ¿Qué motivos tendría para querer penetrar en el mundo de ese tal Adama? Y, si tan poderoso era ese Rey del Mundo, ¿por qué no terminaba con él de una vez por todas?

Pero si la carencia de información en ese sentido suscitaba temor, aún más causaban las respuestas.

Charles contó que el Oscuro era un ser tan antiguo como los propios orígenes cósmicos del hombre. Se alimentaba del temor que infligía; del dolor, de la vergüenza, la ira, la soberbia y de todos aquellos sentimientos mezquinos de los hombres. Adama, en cambio, perseguía lo contrario. Eso los hacía rivales eternos y daba lugar a la más fundamental ley del universo: el equilibrio entre todas las cosas. Precisamente eso imposibilitaba su exterminio, ni siquiera Adama podía transgredir esa ley. La existencia del bien implicaba la del mal, y viceversa. Ellos, los humanos, seres que aún no habían alcanzado el estado perfecto de pureza espiritual que les

proporcionaría la sabiduría esencial para luchar contra esa maldad, eran, por tanto, la carnaza ideal para alimentar esa lucha. Esa contienda se veía reflejada en todos y cada uno de los textos que habían sobrevivido al paso de los siglos: el eterno conflicto entre los seres de luz y los de la oscuridad. Posesiones demoniacas y apariciones marianas o de santos eran en realidad actos realizados por ambos bandos mientras ganaban adeptos para sus causas.

Así pasó la mayor parte del tiempo, recibiendo información de Charles y atenciones de Leonor. El resto, prefirió dedicarlo al descanso, en parte porque lo necesitaba y, en parte, para matar las horas que Abel estaba en la oficina.

No dejaba de resultarle curioso cómo había cambiado su percepción acerca de él. Si al principio intentó huir del hombre al que responsabilizaba de los cinco años pasados en prisión y no le causaba más que rechazo, en ese momento significaba para ella algo así como un salvavidas, una cara conocida que podía anclar la tambaleante realidad de su vida. Quizás asegurarle en tantas ocasiones que debía velar por ella le caló hondo. O quizá, simplemente, el tomarla de la mano cuando lo necesitó, había generado alguna clase de dependencia emotiva. En cualquier caso y porque había perdido a todas aquellas personas que significaban algo para ella, prefirió pasar durmiendo el tiempo que él se ausentaba de la mansión Blasky, en lugar de preocuparse o imaginar multitud de situaciones en las que terminaba muerto a manos de aquellos diabólicos engendros, lo que no hacía más que provocarle un estado de grave ansiedad.

Aterrizaron en Juliaca sin contratiempos y pronto pudo respirar el aire de aquellas tierras, en el altiplano de Perú. Tampoco tuvieron problemas para encontrar un medio de transporte que los trasladara hasta Puno, donde, según Charles, tenían reservada la estancia en una pequeña casa rural. El clima parecía haberse aliado con el de Europa para recibirlos con una tormenta, cuyos truenos cobraron protagonismo a medida que avanzaban por la carretera.

La casa, a cuatro vientos y alejada del centro urbano, era realmente bonita: una construcción encalada de dos pisos. Las amplias ventanas se alineaban a cada lado de la entrada. Carecía de balcones, pero las flores que adornaban los alfeizares dotaban al edificio de una colorida ornamentación aún en la brumosa penumbra producida por la lluvia. La puerta era una pieza de madera tallada y estaba resguardada por un pequeño porche en arco, al que se accedía desde un camino empedrado que atravesaba el oscuro verdor del jardín.

El ajetreo de la llegada debió de alertar a la mujer que esperaba en el interior, pues salió saludando cariñosamente a Charles, quien correspondió con una franca sonrisa.

—Es maravilloso volver a verte, Margarita —le dijo antes de abrazarla—. Gracias por esperar a que llegáramos, no es lo mismo encontrar una casa vacía.

—No tiene importancia. Lo habría hecho aunque no me lo hubieras pedido. José te envía también su bienvenida y lamenta no estar presente para recibirte. Os veréis esta noche, me dijo que os esperaba. Pero pasad adentro, por favor.

—¿Cómo están los niños? —preguntó Charles ya en el interior—. Ya deben de ser hombres.

—Hace más de cinco años que no nos visitas. Cuando los veas, no podrás creerte cuánto han crecido.

—Quiero presentarte a Leonor Blasky —dijo retrasando un brazo para rodear a la mujer e incluirla en la conversación—. También es miembro de la Hermandad y una muy querida amiga.

—Los amigos de Charles son también amigos míos —respondió Margarita, que estrechó efusivamente la mano de Leonor.

—Es un placer para mí conocerla, Margarita. Charles me ha hablado mucho sobre usted y de la gran ayuda que supone para la Hermandad, además de su buen corazón.

—Lo hago con gusto. Debemos cuidar de nosotros y nuestros semejantes, es una de las primeras enseñanzas —respondió—. Pero acomódense, por favor. Tomen posesión de sus habitaciones y, mientras, les prepararé algo caliente.

—Gracias, Margarita.

Una vez que estuvieron en el piso superior, Charles les indicó qué habitaciones podían usar. La de Eve era una estancia amplia amueblada con un armario, una preciosa mecedora frente a la ventana y cortinas con pequeñas flores estampadas a juego con el cobertor de la cama de madera. Le dio las gracias a Charles, quien le hizo saber que la esperaba abajo en diez minutos, y cerró la puerta.

Abandonó la maleta en la entrada misma, se encaminó hacia el colchón y se dejó caer de espaldas sobre él. Aunque probablemente en público hubiera calificado la decoración de ñoña e infantil, una vez que estuvo sola se sintió como si hubiera entrado en uno de aquellos cuentos que de niña escuchaba en el salón comunitario del orfanato. Como entonces, se preguntó cuánto tardaría en aparecer la bruja malvada o el siniestro lobo feroz.

Unos suaves golpes en la puerta la sacaron de su ensoñación.

—Adelante.

Abel abrió, se quedó un segundo como considerando si entrar o no y al final traspasó el umbral. Fue hacia ella y se sentó a su lado.

—¿Estás bien? —Eve se limitó a encogerse de hombros y a componer una mueca como respuesta—. Has estado muy silenciosa durante todo el viaje.

—Sinceramente —dijo incorporándose para quedar sentada—, me siento superada por todo esto. No sé cómo afrontarlo ni qué pensar. Me resisto a creer todo lo que nos han contado, pero...

—Pero viste a esos demonios igual que yo —terminó Abel.

—Así es.

Él miró su cuello, observando las pequeñas marcas rosadas que habían quedado después de desprenderse la costra. Eve se llevó una mano hasta allí.

—Las heridas han curado bien, ya casi no se nota nada —dijo. Ella esbozó una tímida sonrisa—. Si te sirve de algo, confieso que yo también tengo miedo.

—¿Crees que estamos haciendo lo correcto? ¿De verdad piensas que está en juego el futuro de la humanidad, como dicen?

—Mi padre creía en ello y, por lo que hizo, me veo en la necesidad de creerlo yo también. En caso contrario, la muerte de mi madre habría sido un asesinato sin sentido. Y si ya es duro asumirlo así, imagina cómo sería de la otra forma.

—Lo sé perfectamente. Yo también pienso en las muertes de Albert y Bill. Pero me encuentro en el extremo opuesto al tuyo —confesó—. Si esto es cierto, ellos habrán muerto por mi causa.

Abel rodeó a Eve con un brazo y la atrajo hacia sí. Ella apoyó la cabeza en su hombro agradeciendo el gesto.

—En tal caso —dijo él—, debemos seguir adelante para que sus muertes no hayan sido en vano.

Minutos más tarde, en el comedor de la planta inferior, Margarita les sirvió una humeante taza de té. Después de dar algunos sorbos a la caliente infusión, se sintió algo más reconfortada.

—Si no necesitáis nada más, he de marcharme antes de que oscurezca del todo.

—Desde luego, prefiero que no conduzcas de noche con esta lluvia —dijo Charles—. Te agradezco profundamente todo lo que has hecho por nosotros.

—No hay nada que agradecer —contestó quitándole importancia con un ademán. Los ojos de Margarita se posaron sobre los de Eve—. Eres una mujer afortunada.

No supo cómo responderle: desde luego no se sentía para nada favorecida. Le sonrió, sin saber qué contestar para no defraudarla. Después de los habituales besos y abrazos de despedida, Charles y Leonor la acompañaron hasta la puerta.

—Margarita es la bondad personificada —comentó Charles al volver a la mesa—. Admiro su espíritu de sacrificio.

—¿Por qué? ¿Qué hizo? —preguntó Eve sin pensar.

—Ella y José, su esposo, son dos verdaderas almas puras. Rescataron a dos niños poniendo en peligro sus propias vidas. Los están criando como si fueran sus hijos —explicó—. Hace años, cuando supimos que la piedra había sido enviada al exterior, mandamos a varios miembros de la Hermandad a los diferentes lugares susceptibles de ser embocaduras al reino de Agartha, para asegurarnos de cuál había sido la elegida en esta ocasión. Unos fueron hasta Potala y al palacio de Kalapa en el Tíbet; otros, a los montes Vindhya en la India, también a Tiahuanaco en Bolivia o al monte Shasta en California, entre otros lugares. Margarita y José eligieron la sierra del

Roncador en Brasil. Ahora pienso que quizás ese era su destino.

—Ese lugar, en el Mato Grosso, fue el último donde se realizó el ritual, ¿no es así?

—En efecto, Leonor. Jack, el hijo del famoso explorador Percy Fawcett, fue el Elegido. Y su amigo, Raleigh Rimell, el Guardián —explicó mirando a Eve y Abel—. Lo supo cuando una estatuilla de basalto negro, procedente de esas tierras, llegó hasta ellos de manos del novelista sir H. Rider Haggard. Al tocarla, Jack sintió una inexplicable sensación de *shock* eléctrico. El coronel Fawcett hizo examinar la pieza por distintos expertos en psicometría, ya que, en una exploración anterior, los eminentes profesionales del museo Británico dictaminaron que, en caso de que no fuera falsa, estaba por completo más allá de sus conocimientos.

»Uno de aquellos expertos, que experimentó con las vibraciones psíquicas del material en el que estaba realizado, habló sobre un cataclismo que destruyó casi completamente una tierra. Mencionó la existencia de templos y un sumo sacerdote atlante entregando aquella estatuilla durante la hecatombe, para que fuera escondida en tierras altas. No pudo precisar la fecha de la catástrofe, pero dijo haber tenido lugar mucho antes del surgimiento de Egipto. Además, formuló una advertencia: «He aquí lo importante sobre esta estatuilla: su posesión es maléfica para quienes no le sean afines, y puedo decir que es peligroso burlarse de ella».

»Sea como fuere, Percy, Jack y Raleigh dejaron Inglaterra y llegaron al puerto de Bakairi el 15 de mayo de 1925. El día 30 envió el que sería el último informe desde un campamento llamado Caballero Muerto. Decía que los guías se negaban a continuar por el territorio de los indios por miedo a morir. Nunca más se supo de su paradero. Aunque suponemos que tuvieron éxito en su empresa, pues aún seguimos aquí.

»En cualquier caso, Margarita y José conocían además la historia de Udo Oscar Luckner, que llegó a aquellas tierras atraído por la desaparición del británico Fawcett y que años más tarde aseguraba haber sido testigo de las maravillas de un reino interior. Habló de salones con paredes de plata, columnas recubiertas de un material luminoso, puertas de bronce y recintos de grandes dimensiones que albergaban una biblioteca a la que llamó «Biblioteca de las Leyes del Ser». También narró un viaje por las entrañas terrestres y habló de la contemplación de una ciudad construida en círculo, con avenidas externas, ornamentos y plantas. Describió a ciudadanos increíblemente altos, de cabellos blancos y tez rosadas vestidos con túnicas de lino.

»Todo ese conjunto de hechos los llevó a investigar algunas de las cuevas que horadan aquella geografía. No encontraron entrada alguna que los condujera al interior ni la música que acompaña a los lugares sagrados. En cambio sí llegaron hasta sus oídos gritos de dolor y miedo. Guiados por ellos, hallaron una recóndita gruta custodiada por uno de los acólitos del Oscuro. Entre los dos se las ingenieron

para reducirlo e inmovilizarlo de forma que no pudiera alertar a los que hubiera dentro. Nuevos gritos les indicaron que los que sufrían eran niños. Los agudos lamentos se sucedían uno tras otro, arraigaban en sus almas y asfixiaban sus nervios. Ocultos en un recodo, observaron cómo dos chiquillos encadenados a la roca lloraban y gritaban evitando mirar al frente. Desde aquella posición no podía ver qué estaba ocurriendo, pero Margarita, torturada por el dolor de los pequeños, salió de su escondite, seguida por José, para hacer frente a lo desconocido. Lo que vieron les heló la sangre: otros dos seres, como el del exterior, seguían torturando a una mujer casi moribunda. Sacando fuerzas de flaqueza, lucharon contra ellos armados con gruesas rocas. Pelearon con la furia ciega que insuflaba en sus venas el sufrimiento de aquellos dos críos, hasta lograr terminar con sus enemigos.

»Después, sin darse la oportunidad de comprobar las heridas recibidas, José intentó ayudar a la cautiva y Margarita corrió a liberar a los niños. Del interior de la cueva emergían ruidos y gorgoteos que los alertaron de la llegada de más demonios. La mujer, entre lágrimas y jadeos, les pidió que se hicieran cargo de sus hijos, a la vez que les rogaba que se marcharan, pues su cuerpo maltrecho únicamente conseguiría retrasarlos en la huida.

A esas alturas del relato, Leonor no pudo reprimir una furtiva lágrima que surcó su mejilla. Eve continuó en silencio, en memoria de aquella pobre mujer.

—Yo mismo sé el terror que debieron sentir al ver a aquellos dos monstruos. Parecen humanos y, quizá por eso, las diferencias que los alejan de nosotros aún causen más temor. Desde luego, fueron muy valientes al enfrentarse a ellos —acordó Abel.

—En realidad antes fueron humanos. Pero se dejaron tentar por la oscura maldad de su señor; vendieron sus almas a cambio de algún insustancial deseo. Somos inconformistas por naturaleza. Aunque la mayoría de nosotros sabemos dónde está el límite, hay quien prefiere ignorarlo. Hemos llegado a tal nivel de materialismo que olvidamos disfrutar de todo aquello que proporciona un placer infinito y que nos es dado por la tierra a la que pertenecemos. Caminamos por el mundo olvidándonos de respirar pausadamente. Nos hemos vuelto engreídos y avariciosos, envidiamos las riquezas ajenas en vez de regocijarnos por nuestros propios logros. Ya no recordamos qué significan la generosidad y la confianza en el prójimo, pues pensamos que, con toda probabilidad, será tan miserable como nosotros mismos.

—Por eso vosotros dos sois tan importantes —dijo Leonor—. Representáis la esperanza para todos los que aún creemos en la bondad del espíritu. Eve, tú eres el ejemplo vivo de la superación. —Ella la miró con escepticismo—. No pongas esa cara. Has disfrutado de mucho, pero todo lo has conseguido por ti misma. Con tu perseverancia y esfuerzo.

—¿Y de qué me sirvió? —murmuró.

—Lo perdiste, sí —continuó Charles—. Pero no te hundiste, sino que te planteaste luchar con más ahínco para volver a salir adelante. Algunos te fallaron —Eve bajó la mirada reconociendo que debía hablar de Bill—, pero eso no te ha impedido perdonarlos y amar a los que te han ayudado. Y tú, Abel, elegiste una profesión que sirviera para defender la ley.

—También libré batallas en beneficio de malhechores.

—Y ambos sabemos que aún llevas esa carga sobre tus espaldas.

Abel no supo qué contestar.

—Descansad. Debéis reponer energías, esperaremos que el Oscuro dé el primer paso. Si no lo hace, mañana al anochecer nos pondremos en camino hacia Hayu Marca. Es posible que él ya nos esté aguardando.

—¿Es allí donde deben depositar los objetos? —preguntó Leonor.

—Sí. Es una de las entradas. Los aymaras la llaman puerta de Amaru Muru en memoria del primer Elegido que cumplió su cometido y que ha llegado hasta nuestros días en forma de leyenda, como tantas otras cosas.

Parker se dejó caer contra el respaldo de uno de los sillones que amueblaba la sala del hotel, donde había un televisor.

Él y Brian estaban en Puno desde aquella misma mañana. Las investigaciones que le encargó dieron sus frutos y revelaron no solo que Kaine no había vuelto a Inglaterra, sino que se desplazó hasta Perú el día siguiente al descubrimiento del cadáver de Schlange en Ecuador. Además la vigilancia impuesta a Charles Redform reveló que había planificado un nuevo viaje, también a tierras peruanas, para cuatro personas, entre las que se encontraban, tal como pensó, Eve Swan y Abel Simmons. Echando mano de los ahorros que nunca usaba, compró el pasaje de Brian y el suyo, pues reservar el vuelo con los presupuestos de la Policía habría destapado la treta de su grave estado de salud y hubiera alertado a Kaine.

Averiguar qué estaba pasando era ya una obsesión. Las preguntas se amontonaban una sobre otra sin respuestas, aunque sí estaba seguro de una cosa: Eve iba camino de su muerte. Pero ¿cómo sabía Kaine que ella iría hasta allí? El magnate había realizado el vuelo antes incluso de que Charles Redform hubiera reservado los billetes. ¿Existía una conexión entre este último y el industrial? El hecho de que uno fuera cliente del bufete del padre del otro parecía confirmarlo. Pero ¿qué información poseía Eve que pudiera considerarse tan peligrosa? Fuera la que fuese, Abel Simmons también la conocería y debía de estar relacionada con esa piedra de la que habló Eve en el interrogatorio.

Brian llegó a la sala y encendió el televisor. Las noticias no auguraban una mejoría del tiempo y añadían, además, información sobre el aumento de la actividad de volcanes como el Kliuchevskoi en Rusia, el Merapi en Indonesia o el Colima en México, entre otros. También se sucedían los terremotos, registrándose el último de

ellos, en California, hacía pocas horas, dejando graves grietas en el pavimento de los alrededores de San Francisco. También varios tsunamis arrasaban las costas en distintos puntos geográficos del planeta.

—Parece que el mundo vaya a desmoronarse de un momento a otro —comentó cuando apagó el televisor. Brian puso los ojos en blanco—. No protejas a ninguna mujer con ese paraguas, podría tomarlo como una ofensa —dijo, espantado al ver la horrible combinación de rojo y marrón.

—Es un préstamo del recepcionista.

—¿Adónde vas? —preguntó al observar que también llevaba la chaqueta puesta.

—A ningún sitio en particular. Daré una vuelta por los alrededores de la casa donde se alojan. Para asegurarnos de que no han vuelto a desplazarse.

—Espera —dijo levantándose—. Si me das unos minutos, iré contigo.

—No es necesario, jefe. Quédese y descanse.

—Llevo descansando casi dos semanas, Brian. Si no hago algo, me voy a oxidar.

—Su costilla...

—Mi costilla está perfectamente —mintió adelantándose al comentario. En realidad sentía dolor, pero no tanto que le impidiera moverse.

—Vale, de acuerdo —respondió—. Lástima que no sepamos nada sobre el paradero de Kaine, ¿eh, teniente?

Parker lo miró pensativo. Brian había planeado, simplemente, caminar alrededor de la casa para echar un vistazo aquí y allá. Muy aburrido para su gusto. Después de tantos días de inactividad le apetecía algo más interesante.

—Te propongo algo. ¿Qué te parece si nos dividimos? Tú sigues con tus planes y yo intento averiguar dónde se aloja. Este lugar tampoco es tan grande. No hay demasiados hoteles de lujo y ese tipo no es de los que optan por hostales.

—Es una buena idea —acordó Brian sonriendo.

—De esa manera matamos dos pájaros de un tiro.

—Llevaré el teléfono conectado por si le surge algún contratiempo.

—Lo daba por hecho.

Despidió a Brian y subió los escalones en dirección a la habitación. Se cambió el calzado que llevaba por uno resistente al agua y agarró gabardina y sombrero. Una vez de vuelta en la recepción pidió un taxi. Comenzaría por el centro de la ciudad.

Sintió la casa muy vacía cuando, tras marcharse Leonor y Charles para acudir a la cita con José, Abel decidió subir a tomar una ducha. Ella prefirió quedarse sentada frente a la mesa, aún con la taza vacía entre las manos. Todavía bailoteaban en su mente las imágenes producidas por el relato de cómo Margarita salvó a los dos niños. Probablemente, los pequeños padecerían terribles pesadillas durante años y vivirían con cierto temor el resto de sus días. Era imposible reponerse por completo de algo así.

Ella tampoco lo haría. Si es que salía viva.

No pudo dejar de preguntarse qué hubiera hecho en el lugar de Margarita. ¿Hubiese sido capaz de arriesgar la vida? Charles y el resto de la Hermandad debían pensar que sí. Sin embargo, se dijo a sí misma que, para saberlo con seguridad, era preciso verse en la misma situación. Allí sentada y relativamente a salvo, se le antojaba una pregunta que llevaba inherente complejos aspectos que no deseaba afrontar en ese preciso instante.

Se levantó intentando deshacerse de aquellos pensamientos y ocupó los minutos siguientes en fregar los vasos usados. Aunque ya había oscurecido, era demasiado pronto para meterse en la cama. Abrió la nevera y picoteó unos pedazos de fruta de un cuenco con macedonia, antes de decidirse a subir las escaleras y coger lo necesario para emular a Abel, en caso de que este hubiera terminado ya. Quizás un buen chorro de agua caliente lograra atenuar su desasosiego y repusiera sus emociones lo suficiente para afrontar la noche.

Con el último escalón llegó la imagen de Abel emergiendo de una nube de vapor al final del pasillo. Cubierto únicamente con una toalla en torno a las caderas, su piel húmeda brilló bajo la luz de los halógenos, destacando los músculos y oscureciendo cada depresión del cuerpo a la vista. Eve tuvo que obligarse a apartar la mirada para no parecer embobada.

—¿No te enseñaron a salir del baño vestido? —respondió en lugar de corresponder a su saludo.

—Tienes un grave problema de represión —dijo caminando hacia ella con el neceser en una mano y la ropa sucia en la otra.

—¿Qué haces? No te acerques.

—Voy a mi habitación —se explicó. Paró frente a la puerta y alzó un poco las manos, señalándola, antes de añadir—: Está junto a la tuya.

Los ojos de Eve volvieron a quedar prendidos en el movimiento de los músculos masculinos.

—Pues... Pues vístete —tartamudeó. Los nervios le impedían actuar con normalidad y ya no sabía a qué había subido.

Abel la miró extrañado y recordó, con cierta diversión, que ya en una ocasión le había pedido que se pusiera una camiseta encima.

—¿Adónde se ha marchado la hiriente lengua de Eve Swan? ¿Ahora tartamudeas? —Tiró la carga sobre la cama y se volvió para recostarse en el marco y cruzarse de brazos frente a ella.

En aquella postura, sus bíceps se hincharon y captaron su atención como un imán.

—Por favor. Cúbrete —volvió a pedir entrando en su propia habitación para perderlo de vista.

Pero Abel no estaba por la labor de ponérselo fácil y la siguió.

—¿Por qué debo hacerlo? Dímelo.

Solo entonces Eve se dio cuenta de que Abel sabía perfectamente lo que le ocurría y eso logró avergonzarla, en lugar de enfurecerla, como hubiese sido lo habitual. Tomó aire, pero no encontró el valor para girarse y mirarlo.

—Entiende que llevo demasiado tiempo sin... —Buscó otra forma de decirlo—. Más de cinco años sin... —No pudo terminar.

—¿Sin qué? —Abel procuraba no dejar escapar la sonrisa que pugnaba por asomar a sus labios.

Ahora la conocía y verla batallar contra ella misma, sin un miedo que la anulara del todo, era refrescante después de cuanto había pasado y sufrido.

—¡Mierda! ¡No seas cretino! —estalló al fin dándose la vuelta y encarándolo—. ¿Por qué me lo tienes que poner tan difícil? Solo es una necesidad, una reacción humana normal, pero si no te marchas inmediatamente, es posible que pase algo de lo que podamos arrepentirnos después, ¿entiendes?

Había hablado con tanta sinceridad que lo conmovió. Dio los dos pasos que lo separaban de ella y la abrazó.

Eve aspiró el perfumado aroma del jabón que impregnaba su piel templada y hundió el rostro en el hueco del cuello de Abel, donde dejó una suave caricia con la mejilla. Él se movió unos centímetros para mirarla y sus ojos quedaron enganchados, los unos de los otros.

—Bésame —pidió ella.

Abel se fijó en la boca entreabierta de la mujer, descendió sobre ella probándola con la punta de la lengua antes de separarse un poco para darle tiempo a que pudiera, como había dicho, arrepentirse. Sin embargo, lo buscó mordisqueándole el labio inferior y rodeándole el cuerpo con los brazos, ciñéndose a él. Ahondó el beso mientras decían adiós a toda precaución.

Sin separarse de su boca, Eve comenzó a acariciarle la espalda para terminar en el borde de la toalla e introdujo los dedos bajo ella. La prenda se soltó, quedando únicamente sujeta entre ambos. Eso pareció excitarlo y se vio conducida hasta los pies de la cama, donde la obligó a tumbarse mientras él se inclinaba sobre ella, sintiendo toda la dureza de su cuerpo.

Volvieron a mirarse, jadeantes. El ruborizado rostro de Eve reflejaba el deseo que sentía. Las manos de Abel iniciaron entonces un recorrido desesperado en pos de apartar cualquier cosa que le impidiera tocar su piel, mientras iba devorando cada centímetro que quedaba al descubierto. Una vez desnuda y jadeante, se abandonó al placer que le proporcionó el roce de sus dientes sobre los erectos pezones. El deseo la poseyó por completo, urgiéndola a necesitarlo más abajo, dentro de sí.

Abel supo lo que quería y enterró los dedos en el rizado vello púbico, buscando la oculta entrada del sexo. Estaba húmeda y caliente. Ella curvó la espalda, levantando

las caderas en la búsqueda incesante de la mano que la invadía una y otra vez. Mientras la acariciaba contempló hechizado su rostro demudado por el placer, el ceño fruncido y los labios anhelantes dejando escapar entrecortados gemidos, rindiéndose al capricho de volver a besarla.

Eve recibió la ávida lengua con pasión y lo obligó a tumbarse de espaldas para colocarse sobre él a horcajadas. Sin dejar de besarlo, buscó el duro sexo y lo llevó hasta su interior para empezar a moverse rítmicamente, separándose de él solo para alzarse y cabalgar sobre sus caderas, proporcionando a ambos oleadas de placer cada vez más intensas. Sus pechos bamboleaban y Abel cedió al impulso de rodearlos con las manos al tiempo que intentaba adaptarse a los cadenciosos movimientos. Pero no fue suficiente y también se incorporó. Arroado por las acometidas, cada vez más rápidas, la rodeó con los brazos para ayudarla, imponiendo su necesidad. Eve prendió las manos en su cabellera y encajó la lengua entre sus labios, poseyéndolo al tiempo que él lo hacía. Los jadeos se convirtieron en violentos gemidos y estos en gritos de éxtasis mientras Abel hundía el rostro entre los senos de Eve y el orgasmo convulsionaba sus cuerpos, estremeciéndolos hasta la extenuación.

Aún permanecieron abrazados durante unos segundos, hasta que la sensación se hubo esfumado por completo y la realidad volvió a golpearlos. Avergonzada, como auguró que se sentiría, intentó zafarse de los brazos de Abel para cubrirse o, mejor, marcharse. Pero este no se lo permitió. La arrastró consigo hasta quedar tumbados mientras seguía manteniéndola pegada a su cuerpo y salpicaba su frente con pequeños besos.

—Abel...

—Chis. No digas nada —la interrumpió, apretándola levemente contra él.

—Está bien.

Charles, apoyado en la puerta, no podía dejar de mirar a los dos preadolescentes que ya dormían. Según le había contado su madre adoptiva, intentaron esperarlo, pero el sueño los venció, pues madrugaban mucho para acudir a la escuela que les quedaba a unos buenos treinta minutos caminando desde la casa. Ambos habían crecido una barbaridad, pero todavía se insinuaban algunas redondeces en sus rostros, pensó, y sonrió complacido. Así lo encontró Leonor, que imitó el gesto enternecida por la imagen.

—Vamos, querido. Margarita dice que José acaba de llegar —anunció en voz baja.

La siguió hasta el salón, allí Margarita servía café a dos hombres. Reconoció enseguida a José, con las mangas cortas que siempre llevaba, a pesar de las inclemencias del tiempo.

—¡Queridísimo amigo! ¿Cuánto hacía? —exclamó al verlo, mientras se abrazaban con verdadero cariño—. Se te ve muy bien, el tiempo no te maltrata, como

al resto —añadió aún con un brazo rodeando sus hombros.

—También contigo ha sido bondadoso —dijo Charles palmeándole la espalda.

Solo entonces centró su atención en el otro hombre, quien en ese momento se giraba para mirarlos.

—Brian —lo saludó reconociéndolo al fin y estrechándole la mano—. Me alegra verte, pero no entiendo...

—¿Os conocíais? —preguntó José.

—Desde luego. Brian entró hace muy poco en la Hermandad, pero ha ayudado muchísimo en el último mes —dijo Charles—. Gracias a su trabajo nos ha evitado enormes problemas con la justicia. Por cierto —continuó mirando al policía—, aún no te he dado las gracias por informarnos de la detención de Eve. Si no llega a ser por ti, probablemente ahora estaría de nuevo entre rejas, a pesar de ser inocente. Pero no entiendo... —Los hombres tomaron asiento de nuevo y Charles hizo lo propio—. ¿Qué haces aquí?

—Cumplir con mi cometido. Aquí es donde debo estar —dijo antes de comenzar su explicación.

Eve despertó sobresaltada, debido a un fuerte golpe proveniente de la habitación contigua.

—¿Abel? —lo llamó al notar su ausencia en la cama.

Tocó las sábanas, que aún estaban templadas. Alargó el brazo y encendió la lámpara auxiliar, sobre la mesita de noche. Un nuevo golpe la apremió a levantarse y a ponerse algo de ropa.

—Abel, ¿eres tú? —repitió mientras se calzaba.

Salía de la habitación buscando a tientas el interruptor de la luz cuando se dio de bruces contra él. La obligó a volver a entrar con urgencia y cerró la puerta procurando hacer el menor ruido posible.

—Pero ¿qué...?

La mano que puso en sus labios no la dejó terminar.

Solo la soltó cuando entendió sus señas solicitando silencio.

—Escuché esos ruidos hace unos minutos —le explicó al oído antes de apagar la lamparilla y volver junto a ella—. Al principio pensé que eran Charles y Leonor, pero al no oír sus voces me levanté. —Abel la miró preocupado cuando sus ojos se acostumbraron de nuevo a la penumbra—. Son esos seres, Eve.

Un escalofrío de aprensión le recorrió el cuerpo.

—Han venido a por mí, ¿verdad? —acertó a decir después de luchar contra el nudo en la garganta que le impedía hablar.

—He conseguido un arma —dijo enseñándole el cuchillo que llevaba—. No dejaré que te pase nada. —Eve comenzó a retroceder temblando, hasta pegar la espalda a la pared. Abel intentó calmarla apretándole la mano, preocupado por ella—.

Ni se acercarán, ya verás. Tranquila. Soy tu Guardián, ¿vale?

Las palabras de Abel, aunque dichas con toda la buena intención del mundo, eran una idiotez y los dos lo sabían. En cambio, el brillo de la escasa luz que entraba por la ventana reflejado en el afilado acero que empuñaba sí la recompuso un poco.

—¿Qué podemos hacer? Aquí nos atraparán como conejitos en la madriguera.

—Lo sé. Tenemos que salir con el mayor sigilo para no alertarlos. —Los ojos de Eve viajaron hasta la puerta cerrada—. No es una buena idea. —Negó con la cabeza, interpretándola.

—Pero es la única.

El temporal hacía demasiado peligroso el descenso desde la ventana.

—No, no es la única. Existe un montaplatos en la *suite* de Charles. Entré buscando un arma y allí encontré el cuchillo. Creo que puedo descolgarte por él hasta la cocina para que huyas por la parte trasera de la casa.

—Pero...

—No hay peros. Es a ti a quien buscan y es mi deber salvarte. Para eso nací, según parece. —Compuso una sonrisa tensa con la intención de insuflarle algo de ánimo—. No me pasará nada.

—No lo veo claro, Abel. —No era una buena idea. Mil cosas podían salir mal, pensó.

—Tenemos pocas alternativas. Al menos esta es la de mayor probabilidad de éxito.

Eve dudó unos instantes. Otro golpe, esta vez en las escaleras, la sobresaltó.

—Está bien —dijo apretando los puños.

Esperaron hasta que el silencio volvió a reinar en el pasillo, pero el acelerado bombeo del corazón ensordecía sus oídos. Abel entreabrió la puerta, adelantando la hoja del cuchillo, para echar un rápido vistazo. Cuando estuvo seguro, dejó espacio suficiente para poder salir. Avanzaron lentamente, evitando hacer ruido alguno, en dirección al fondo donde estaba la habitación de Charles, junto al aseo. Apenas eran unos metros, pero bajo la presión de ser descubiertos parecieron kilómetros enteros, como si paradójicamente la meta se alejara de ellos con cada paso.

Por fin Abel alcanzó el pomo y la abrió empujando a Eve para que entrara primero. Entonces todo sucedió muy deprisa. Dos enormes sombras se cernieron sobre el hombre, lo atraparon y tiraron de él con fuerza, forzándolo a soltar el cuchillo. Eve se quedó paralizada, ni siquiera el grito que le quemaba en la garganta se atrevió a emerger de entre sus labios.

—¡Vamos, cierra! ¡Atranca la puerta! —ordenó forcejeando.

—¡Abel! —chilló aterrorizada.

—¡Cierra! —volvió a gritar él mientras lo arrastraban en dirección a las escaleras.

Eve supo que de nada serviría esconderse en otra habitación, irían a por ella en

cuanto se encargaran de Abel. Desesperada, recogió el arma del suelo y corrió tras ellos. Pero no había dado más de dos pasos cuando sintió un tremendo golpe en la cabeza y una sorda negrura lo inundó todo.

—Eve. —Oyó su nombre en la lejanía. Alguien le palmeó las mejillas y trató de incorporarla—. Eve, querida.

—¿Señora? —Reconoció la voz de la mujer—. ¿Señora Blasky?

La luz se abrió paso lentamente hasta cegarla. ¿Dónde estaba? Una sombra se interpuso entre la dolorosa claridad y ella. Se esforzó por centrar la visión. Reconoció la madera que cubría las paredes del pasillo.

—Eve, ¿qué ha pasado? —Charles se arrodilló a su lado.

Sentía la parte de atrás de la cabeza como si la tuviera abierta y llevó una mano hasta allí para comprobar que no sangraba.

—Abel —dijo—. Abel... Se lo han llevado. Esos demonios se lo han llevado.

Con las venas a punto de estallarle por la tensión, Hadmed se coló por el agujero abierto en el suelo y se sentó en el borde para introducir primero los pies. Tuvo que hacerlo rápidamente, antes de que Yusuf diera con él. Una vez que estuvo en el canal, agarrándose con manos y pies, tanto como el relieve de la piedra le permitía, descendió mucho más lentamente de lo que creyó al ocurrírsele aquella loca idea. El túnel era estrecho y su verticalidad impedía un avance apresurado, si no quería terminar rompiéndose la crisma al llegar al desnivel que existía después de los primeros veinte metros. Sabía que, una vez superado ese tramo, el siguiente resultaría menos peligroso al ser más ancho y con mayor grado de inclinación.

Cuando apenas quedaban unos tres metros para alcanzar el lugar donde el ángulo cambiaba, perdió sujeción al producirse un pequeño desprendimiento y resbaló. Empezó a caer inexorablemente golpeándose el cuerpo contra la dura roca, sintiendo que algún hueso de la mano izquierda se partía al intentar cubrirse la cabeza y las aristas de la piedra rasgaban su piel profundamente, cortando todo el tejido que encontraban a su paso. El encontronazo que sufrieron espalda y cabeza contra el suelo fue tremendo. La agitación del pecho al toser por el polvo desprendido lo hizo soltar un alarido de dolor. Sin embargo, no tenía más salida que continuar por el pozo hasta la cámara subterránea.

Y debía darse prisa. Su caída había producido una buena polvareda advirtiéndole de su situación a Yusuf.

Desesperado, emprendió la marcha del último trecho tratando de no pensar cómo conseguiría descolgarse en el siguiente desnivel. Apartó de su mente el padecimiento físico y en su lugar se instaló la imagen de su mujer y sus hijos sonriéndole, como en la fotografía que descansaba siempre sobre la mesa de su despacho. Se convenció de que todo cuanto estaba haciendo era por y para ellos, aunque en lo más profundo de su interior reconocía que lo motivaba la venganza. Se prometió que si lograba salir sano y salvo nunca volvería a dejar que la ira lo cegara tanto como para faltar al amor que les profesaba. Rezó. Oró suplicando a Alá que lo perdonara y que permitiera su regreso a casa para seguir honrándolo. Él, el Creador, el Clemente. Sobre todas las cosas, poderoso...

Poco después, el corazón le dio un vuelco al notar que sus pies tocaban el borde. Casi había llegado a la cámara. Dando las gracias repetidamente al altísimo, se dejó caer comprimiendo su maltratado cuerpo, preparándose para el impacto. Sus piernas heridas no soportaron el choque y cayó de bruces. Al partirse el labio saboreó

asqueado el gusto ferroso de la sangre mezclada con la tierra, a la vez que oía, cada vez más cercanos, los pasos en carrera que descendían por el otro acceso.

Miró a su alrededor, a las inacabadas paredes labradas en la roca viva, buscando un lugar dónde ocultarse, algún recoveco alejado de la poca iluminación, que le permitiera pasar desapercibido el tiempo suficiente para dar esquinazo a sus perseguidores. Echando mano de las últimas fuerzas que le quedaban intentó levantarse, clavando los dedos en la arena al sentir una tremenda punzada a la altura del muslo derecho. Maldiciendo al verse imposibilitado para caminar, se arrastró como pudo en dirección contraria a la entrada del pasaje descendente, por el que Yusuf avanzaba inexorablemente.

¿Cómo pudo pensar que ese loco plan de fuga podía salir bien? Por segunda vez en la vida se había dejado llevar por la cólera, desoyendo los consejos de la razón, olvidando su verdadero e insignificante lugar en el mundo. Y estaba siendo castigado, teniendo que arrastrarse hacia la oscuridad en la infructuosa búsqueda de su salvación. Se aferró a la pared rocosa con la mano sana, conteniendo los gemidos que se le acumulaban en la garganta y le oprimían el pecho, tragándolos como pudo junto al intenso dolor que torturaba su cuerpo.

Se adentró en el túnel, sin esperanzas. Conocía demasiado bien el interior, sabía que no llevaba a ninguna parte, un callejón sin salida, una ruta que únicamente retrasaría su muerte.

—Vosotros dos mirad ahí, yo registraré el túnel —oyó que ordenaba Yusuf.

Cerró los ojos. El final estaba cerca e imploró fundirse con la roca, desaparecer, evaporarse. El miedo le asediaba la mente y le impedía pensar con claridad. El crujido de la arena bajo los pasos de Yusuf le indicó que se encontraba muy cerca y su cuerpo reaccionó urgiéndolo a escapar. Deslizó la mano por la fría piedra buscando alguna grieta que le permitiera afianzar los dedos para dar el siguiente paso y, mordiéndose los labios, consiguió recorrer unos centímetros, volviendo a apoyarse en la roca mientras cerraba los ojos intentando aceptar lo absurdo de su esfuerzo. No había adónde ir.

Entonces el bloque sobre el que descansaba empezó a ceder. Una chispa de esperanza le prendió en alguna parte del pecho y empujó con las pocas fuerzas que le quedaban. La losa se hundió de un lado, como una puerta, abriendo un hueco por el que pudo colarse y volver a empujar cerrando tras de sí. Se recostó contra ella, intentando recuperar el aliento. Escuchó a Yusuf pasar de largo y, agotado, se dejó caer lentamente al suelo.

No se preguntó dónde estaba hasta pasados varios minutos, ya recuperado el aliento. Y con las dudas también tomó conciencia de su deplorable estado. Se palpó la pierna y el dolor lo traspasó con saña. Estaba rota. Intentó moverse y, al hacerlo, la estancia comenzó a iluminarse con lentitud. Contempló la belleza de cuanto se iba

revelando ante él: hermosas paredes blancas, como de cristal, prismas que irradiaban luz y compleja maquinaria elaborada en un metal que no pudo reconocer. Varios corredores se adentraban más allá y se perdían en la distancia. Miró entonces la roca por la que había entrado y que, de aquel lado, estaba recubierta por el mismo material que el resto de los muros. No encontró ningún tirador para poder abrirla.

Por su ubicación supo que los pasillos debían discurrir bajo las arenas de Giza y, uno de ellos, llevar directamente a la Esfinge. Los geólogos tenían razón, existían los túneles subterráneos, pero, desde luego, nunca los hubiera imaginado así. No obstante, calculó que, aun eligiendo el correcto, unos buenos quinientos metros lo separaban de aquella posibilidad. Recorrer medio kilómetro en su estado ya era impensable, pero imaginar el laberinto que podían resultar los corredores hizo de la idea algo irrealizable.

Nadie sabía dónde se encontraba, ni siquiera él. Después de todo, se presentaba su final sin esperanza de sobrevivir.

Lloró por su familia, por él y por el maldito momento en que se le ocurrió robarle el sello a aquel estafador para vengarse. Introdujo la mano en el bolsillo y lo miró. Era metálico, dorado y brillante, como los artefactos que se alzaban frente a él, pero no era de oro. Liso por la parte superior, mostraba un extraño grabado, semejante a un reloj de arena, que no identificó con ninguna escritura antigua. ¿Qué increíble misterio había descubierto? Jamás obtendría la respuesta, el enigma moriría allí, con él.

Impulsado por la rabia, estuvo a punto de arrojarlo lejos, pero al levantar la mirada comprobó sobresaltado que no estaba solo. Un hombre increíblemente alto y con el cabello cano lo miraba.

—Entrégame el sello y te mostraré la salida.

—Pero... Pero no puedo moverme —tartamudeó.

—Te ayudaré.

Hadmed buscó la sinceridad de sus palabras en el azul claro de los ojos del hombre. Asintió y depositó la sortija en su mano extendida. Lágrimas de felicidad inundaron sus ojos: Alá había escuchado su ruego.

—Este es de los más caros —le informó el taxista cuando, después de un viaje de quince minutos desde el centro de la ciudad, estacionó el coche ante la impresionante entrada del Hotel Casa Andina, junto al lago—. O al menos aquí es donde viene la gente adinerada.

—Está bien. ¿Cuánto le debo?

—Serán treinta soles.

Parker rebuscó en sus bolsillos y le entregó un billete de cincuenta.

—Tenga. —El hombre cogió el dinero con una sonrisa amable y le devolvió el cambio.

Accionó el mecanismo automático del paraguas antes de salir, para protegerse de la lluvia, que caía como si pretendiera inundar el mundo. Una vez que estuvo fuera del automóvil, saludó al taxista que ya enfilaba de nuevo la carretera. Nick contempló la bonita estampa del hotel iluminado, rodeado por la oscuridad de las afueras. Parecía un cálido y dorado oasis de lujosa paz. Y, lo que aún era mejor: seco.

Kaine podía ser un hijo de mala madre, pero debía reconocer que tenía un gusto exquisito. Aunque ¿quién no lo tenía cuando podía gozar de una muy holgada situación económica?, pensó mientras ascendía las escaleras que llevaban a la recepción.

Decorado en madera y piedra, el interior seguía la misma línea vanguardista pero acogedora de la fachada. Nada más cruzar la puerta de cristal, a la derecha varios conjuntos de sillones de madera con cojines tapizados a rayas, alrededor de mesas bajas frente a la chimenea, brindaban a los huéspedes un lugar para la reunión o la contemplación del lago Titicaca con las montañas de fondo. Más allá una pequeña barra de bar donde se podía tomar cualquier bebida que apeteciera, incluido el café. Echó un rápido vistazo por el ventanal: se distinguía una enorme masa de agua oscura y, al otro lado, pequeñas lucecitas que titilaban a lo largo de la costa. Imaginó que con la luz diurna el paisaje no resultaría tan amenazador.

Pasó de largo y se encaminó hasta el mostrador, donde un sonriente joven lo miraba con la fingida amabilidad que dominaban casi todos los empleados de hostelería. Aquel estaba bien entrenado, pues no movió los ojos ni un instante hacia las gotas que su paraguas iba dejando en el suelo a lo largo de todo el pasillo.

—Buenas noches, caballero. ¿En qué puedo servirle?

Nick se preguntó si dejar el paraguas en el cubo dispuesto a tal fin ayudaría a soltar la lengua del recepcionista. Decidió que las probabilidades apuntaban a que sí.

—Buenas noches —correspondió dejando el sombrero sobre la pulida superficie—. Necesito que me informe de si hay alguien registrado en el hotel bajo el nombre de Kaine. —Fue al grano.

—Lo siento, señor, pero no puedo proporcionarle esa información —respondió con un inglés perfecto.

«Bingo».

—Vale —dijo sacando la cartera—. ¿Y si le digo que soy su secretario y necesito comunicarle algo de vital importancia? —añadió enseñándole la acreditación policial—. No es necesario que le diga que siempre puedo estrechar lazos internacionales con mis compañeros. Supongo que querrá pasar la jornada nocturna sin incidentes...

El joven dio un respingo y su sonrisa cambió de fingida a tensa, estirándola hasta que se le vio la encía.

—Entonces podría decirle que no se encuentra en su habitación.

—Bien. ¿Y dónde puedo encontrarlo exactamente? —preguntó alzando las cejas y mirándolo fijamente.

—El señor Kaine solicitó un coche hace algo menos de una hora.

—Supongo que usted mismo o uno de sus compañeros realizaron la petición a la compañía de taxis.

—Así es, yo mismo lo hice.

—¡Maravilloso! —exclamó, para después limitarse a mirar alternativamente al muchacho y al teléfono.

El joven tardó un par de segundos en captar la idea y, como un resorte, saltar hacia el aparato y descolgarlo para marcar.

—Un momento, por favor —dijo el chico hacia el micrófono antes de mirarlo de nuevo—. ¿Adónde quiere ir?

—Pásemelo —pidió estirando el brazo.

Habló unos minutos con la encantadora joven que atendía la línea y de esa forma supo quién había realizado el último servicio de recogida en el hotel. Ella misma, en un alarde de perspicaz eficacia, localizó al conductor con rapidez y le ordenó una nueva recogida en el mismo lugar, sin que Nick tuviera que pedírselo.

Cuando hubo dado las gracias repetidamente a la operadora, le entregó el aparato al recepcionista.

—Ha sido de gran ayuda. Buenas noches.

Advirtió que el muchacho se relajó cuando recogió el sombrero y el paraguas para dirigirse hacia la salida. No le dio tiempo a dejar el porche cuando el teléfono móvil sonó. Miró la pantalla. Era Brian.

—Al habla, Parker.

—Tenemos un problema, jefe.

—¿Qué ocurre, Brian? —Conociéndolo, cualquier cosa podía serlo.

—Han secuestrado a Abel Simmons.

—¿Sabes cuánto tiempo hace de eso? —La mente de Parker se puso a trabajar a toda velocidad.

—Muy poco. Hará... como una hora.

—Está bien, Brian. No me cabe duda de que estoy esperando el taxi que nos llevará directamente hasta el lugar donde lo tienen.

—¿Sabe dónde está el chico? —preguntó incrédulo.

—No. Pero en breve sabré dónde está Kaine. Te recogeré en la plaza de Armas.

—Una cosa más, teniente. Acabo de recibir una llamada del departamento forense.

—Te escucho.

—Han conseguido identificar las huellas encontradas en los escenarios de los asesinatos de Albert Gran y de Peter Simmons, y la encontrada en casa de este último; les ha costado porque el sujeto no está fichado por ningún delito, es uno de esos ciudadanos modelo.

—Vamos, Brian, no te hagas de rogar y suéltalo. ¿Quién es? ¿Eh?

—Harold Redform.

Charles frenó el coche con la misma brusquedad con la que condujo durante todo el camino. El móvil, que Leonor llevaba sobre el regazo, saltó y se estrelló contra el salpicadero. Pero nadie podía tenerlo en cuenta. Solo esperaba que la llamada que realizó, a un tal Brian, fuera para pedir ayuda.

Salieron del coche y la lluvia pronto los empapó. Charles rescató, de la parte de atrás, el maletín que contenía la esfera y se lo entregó a Leonor. También sacó linternas y, tras repartirlas, empezaron a caminar. Eve se limitó a seguirlo, pues era el único que conocía exactamente adónde se dirigían. Sabía que se encontraban a treinta y cinco kilómetros al este de la ciudad, cerca del lago, en un lugar al que llamaban Hayu Marca y que era el escogido donde entregar los objetos. Para bien o para mal, todo se resolvería esa noche, antes de lo esperado.

—Ahí está. La puerta de Amaru Muru —anunció Charles al llegar frente a una zona rocosa de la que sobresalía una alta formación de piedra—. La puerta de los Dioses.

No entendió a qué se refería hasta que la alumbró con el haz de luz. Leonor lo imitó y entonces, entre las gotas de agua que emitían fugaces destellos al trasluz, pudo verla: una inmensa mole pétreo de una sola pieza, sobre la que resaltaba el relieve de una enorme puerta completamente lisa y cuadrada de alrededor de siete metros de alto. Abajo, en el centro, otra más pequeña; algo semejante a un pórtico que se ahondaba en la roca.

Se acercaron un poco más y distinguió las figuras de tres hombres junto a ella. Uno de ellos portaba un maletín. Lo reconoció: Kaine. La bilis le subió hasta la

garganta quemándola con su ácido.

—¡Abel! —gritó.

—¡Marchaos! —respondió él.

El hombre que lo retenía apuntándolo con un arma le asestó un severo puñetazo en el estómago que lo obligó a doblarse sobre sí mismo. Eve hizo ademán de correr hacia él, pero Charles la retuvo. Sin entender qué se proponía vio que se llevaba una mano al interior del abrigo y sacaba algo pesado.

—Ni se te ocurra —dijeron dos sombras que lo sujetaron desde atrás, desarmándolo y obligándolo a mantener los brazos a la espalda.

Los apuntó con la linterna y vio dos pares de ojos tan negros como la mismísima muerte que la miraban mientras esbozaban una sonrisa cruel.

—No —escapó de sus labios, aterrorizada. Buscó con la mirada a Leonor, quien corrió la misma suerte—. ¡No!

—¡Oh! Pobrecita, Eve —oyó que decía Kaine—. De nuevo desamparada.

La conocida voz le trajo penosos recuerdos en los que se vio sentada en el banquillo de los acusados, llorando aún la pérdida de Albert. El dolor la golpeó tan profundamente que se sintió desfallecer y sus ojos vertieron dos amargas lágrimas que resbalaron perdiéndose por su mojado rostro.

Albert... La única persona no manipulada en su vida. «Si para recobrar lo recobrado, debí perder primero lo perdido. Si para conseguir lo conseguido, tuve que soportar lo soportado», recordó su voz recitando el poema. Pero fue sustituida por el tono grave de Abel: «Porque después de todo he comprendido, por lo que el árbol tiene de florido, vive de lo que tiene sepultado».

De pronto notó que el pulso se le aceleraba a un ritmo enloquecedor y que el sufrimiento se veía sustituido por una furia incontrolable que sintió nacer en alguna parte del pecho. Creció, apoderándose de ella, tan rápido que le robó incluso el aliento, forzándola a respirar agitadamente. Pequeñas gotitas, del agua que se deslizaba por su cara, salieron despedidas desde sus labios.

—¡Vete al Infierno! ¡Maldito hijo de puta! —espetó imprimiendo en la voz toda la rabia que sentía.

Eliminó las lágrimas con violencia y, con ello, de cualquier debilidad. Cogió el maletín del cristal sin perder de vista su objetivo y caminó hacia la mole de piedra, resuelta a terminar con aquello. O con él.

—¡Vaya! —exclamó divertido cuando la tuvo frente a sí—. ¿Te enseñaron eso en el orfanato? ¿O fue el cariñoso y atento Grant quien lo hizo? ¿O Bill?

—¡Como les hagas daño juro que te mataré! —amenazó.

Kaine rio a carcajadas:

—No es eso lo que se espera de la Elegida, sino bondad y pureza de espíritu. ¿Me pregunto si Adama no se equivocaría en la elección?

—Pues emplea mejor el tiempo que te queda.

—En eso no puedo más que estar de acuerdo —dijo—. Abre los maletines —ordenó adoptando un tono más profundo y hosco.

—No lo hagas, Eve —dijo Abel.

Eve no movió ni un solo músculo; se limitó a fulminar a Kaine con la mirada.

—Mátalo, Redform —ordenó a su secuaz sin apartar los ojos de ella.

Harold amartilló la pistola y el miedo abrió una brecha en su coraje.

—No —dijo Eve—. Lo haré —anunció arrodillándose con renuencia junto a ellos.

—Así está mejor. Harold es un gran abogado, pero he comprobado en infinidad de ocasiones que la ambición desmedida tiene el poder de convertir a cualquier hombre en un soberbio asesino, con la tutela adecuada. ¿Y cuántos pueden alardear de haber matado al padre y después al hijo?

Eve vio que Abel apretaba los puños a los costados. Por la lividez de la piel supo que estaba fuera de sí.

—No hagas ninguna tontería, chico —advirtió Redform apretándole el cañón del arma contra el pecho.

—Cabrón —masculló Abel.

—No la hará, es el Guardián y debe velar por el bienestar de la doncella en apuros, ¿verdad? —apuntó Kaine mirándolo—. No podrías hacerlo estando muerto.

Eve volvió a erguirse cuando los maletines estuvieron abiertos. El cristal reflejó la luz de las linternas y los relieves de la piedra se mostraron extrañamente claros.

—Cógelos. Coloca la esfera sobre la piedra y cógela.

—Ya tienes lo que querías. Cógela tú mismo —respondió Eve escupiendo veneno con cada palabra.

Los labios de Kaine formaron una tirante línea que probaba su enfado, para después curvarse y emitir una risa sardónica.

—Creo que no lo has entendido aún —dijo antes de asentir a los monstruos que retenían a Leonor.

La mujer emitió un espantoso grito, que se coló en sus tímpanos acuchillándolos, cuando le partieron los brazos tirando de ellos como si se tratara de un simple muñeco de trapo. Horrorizada contempló cómo se abalanzaron después sobre su cuerpo, peleando uno contra el otro, hasta que el vencedor cerró las manos entorno al cuello y la asfixió. Leonor se convulsionó con los últimos estertores hasta la laxitud de la muerte.

—¡No! —El horror la paralizó mientras aquella aberración temblaba de placer por haber terminado con una vida. Enterró el rostro entre las manos—. No. No. No.

—Mis hijos están hambrientos, Eve. Y solo yo puedo controlarlos. ¿Con cuánto dolor los alimentarás? Tú decides. —Eve continuaba sin reaccionar—. ¡Cógelos! —

chilló.

La ira, que no había desaparecido del todo, sino que por un instante había sido vencida por el miedo, regresó con más ímpetu. Hinchó el pecho y dedicó a Kaine una mirada incendiaria.

—Charles —lo llamó sin girarse—, si entendí bien tus explicaciones, no ofrecer los objetos significará el fin de la raza humana, ¿cierto?

—¡Responde! —exigió Kaine, después de que pasaron unos segundos.

—Así es —dijo al fin, viendo que Harold volvía a amenazar con disparar a Abel.

—Pero si lo dejo entrar —continuó Eve refiriéndose a Kaine—, ¿en qué convertirá a los que ahora vivimos?

—Sé lo que estás pensando, Eve —dijo Kaine con los dientes apretados. Lanzó un brazo hacia ella con la rapidez de una víbora y la sujetó por el cuello tan fuerte que le cortó la respiración—. No serás capaz de terminar con todo el planeta —espetó a dos centímetros de su rostro antes de soltarla.

Eve se dobló, tosiendo y jadeando repetidamente hasta que pudo articular palabra.

—Lo haré. —Su voz sonó áspera. El agua caía en regueros resbalándole por el cabello e hizo una pausa para retirárselo del rostro, donde había quedado pegado—. Si eso le da otra oportunidad a los míos...

La tierra tembló, aliándose con ella, y sonrió, a pesar de que ello significaba la completa aniquilación.

Kaine rugió y volvió a abalanzarse sobre Eve, pero el atronador sonido de un disparo, desde la cima, frenó el ataque y su cuerpo cayó de bruces contra el suelo. Otros lo siguieron y acabaron con los cuatro engendros que rodeaban a Charles.

Harold arrastró a Abel hasta refugiarse en el hueco del pórtico. Eve no podía apartar los ojos de la sangre que manaba de la cabeza de Kaine. ¿Tan sencillo había sido terminar con él? ¿No dijo Charles en una ocasión que no podía morir? Millones de preguntas sin sentido se amontonaban en su mente. Como respuesta a sus pensamientos, una sombra en forma de espeso y oscuro vapor inició su ascenso emergiendo del cuerpo inerte. Era densa y negra, pero en su interior se adivinaba un chisporroteo eléctrico que la mantuvo hipnotizada durante unos segundos.

—¡Coge la piedra, Eve! —gritó una voz conocida—. ¡Rápido!

Una nueva sacudida del suelo la obligó a asentar bien los pies para no caer. El humo se dirigía hacia ella, inexorable, amenazador, y el estómago se le encogió adivinando sus intenciones.

—¡Vamos! ¡Cógela! —Era Charles quien hablaba—. ¡Debe buscar un cuerpo, si no lo hace, se debilita!

Al fin reaccionó y se tiró en su busca. Cayó de costado, pero la rodeó con las manos y se la llevó hasta el pecho. Recordó que él no podía tocarla y pensó que quizá con solo sostenerla también la protegería a ella. El Oscuro retrocedió, pero no tuvo

tiempo de respirar al verse liberada. La espesa niebla enfiló hacia Abel, su siguiente objetivo. Eve respiró agitada. Si se apoderaba de su cuerpo, ya podía darse por muerta. Pero por alguna razón se contrajo sobre sí misma antes de lanzarse directamente hacia el cuerpo de Harold, que convulsionó varias veces. Eve buscó los ojos de Abel, que seguía inmovilizado bajo el brazo de Harold. Temió por su vida cuando la pistola que sujetaba su captor se disparó con una de las sacudidas. Se le encogió el corazón y cerró los ojos con fuerza, temiendo lo peor.

Charles cayó de rodillas gritando de dolor, llevándose las manos al muslo, donde había impactado la bala perdida. Quería estar en todas partes a un tiempo, pero el primer impulso de Eve fue levantarse para correr hacia él y ayudarlo.

—¡Quieta! —El Oscuro, ya en posesión del cuerpo, volvía a ser dueño de la situación—. Hazlo y será el Guardián al próximo que tome.

¿Por eso no lo había hecho antes? ¿Para presionarla?

Charles miró hacia arriba, a la cumbre de la montaña, desde donde habían venido los disparos, cerró los ojos y asintió hacia ella, indicándole que hiciera caso. Eve volvió a mirarlo.

—Ahora coge la esfera y coloca los objetos ahí. —Eve entendió el sutil gesto de Charles y se movió con lentitud para dar tiempo a que descendieran aquellos que les habían ayudado—. ¡Vamos! —exigió colocando el cañón en la sien de Abel.

Dio un respingo e hizo lo que pedía. Los temblores de tierra eran cada vez más bruscos y pequeñas rocas se desprendieron de la cima. Las esquivó como pudo, pero no evitó que alguna la golpeará; lastimándola.

—Ponlo ahí —dijo señalando los círculos concéntricos grabados en la hendidura que formaba la puerta. Ahora lo conocía: el símbolo Meru.

Pensó en Albert, en Bill, en Leonor, incluso en los padres de Abel... En todas las personas que habían muerto por aquella loca causa perdida.

—Que el mundo me perdone —murmuró mientras dejaba la maldita piedra negra con la esfera sobre el diseño.

—¡Maldita sea! —exclamó Parker cuando al llegar junto a la puerta todos, excepto Charles Redform, habían desaparecido—. ¡Todo está saliendo como el culo!

Pateó el suelo, furioso, salpicando agua, mientras Brian atendía al herido. Echó un vistazo a los cuerpos, sobre todo a los extraños rasgos de cuatro de ellos.

—Tienes que seguirlos —oyó que decía Charles a su ayudante.

—Lo sé. —Brian tocó la herida de Charles, y este siseó dolorido.

—Déjame, viviré. Pero Adama necesita tu ayuda ahora más que nunca.

—¿Os conocéis? —interrumpió Parker, que no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Cuenta con toda mi lealtad y la de mi hermano.

—¿Lo conoces y no lo has mencionado? —volvió a interrumpir Parker.

—No hay tiempo para explicaciones —respondió su subalterno irguiéndose.

Por un momento le pareció que había crecido y que sus ojos brillaron con una extraña luz. Parker lo miró boquiabierto antes de pestañear repetidamente mientras lo observaba tocar la piedra con ambas manos y recitaba, canturreando repetidamente, algo que sonó como «Zin-Uru». El pórtico se iluminó y los cegó un instante. Cuando la luz decreció en intensidad, Nick observó que el hueco estaba abierto. Brian entró por él, esperando a que lo siguiera.

Se acercó entre desconcertado y estupefacto.

—¡Joder! —exclamó aún bajo el efecto de aquella exhibición delirante.

Miró a Charles y después a Brian. Siempre le pareció que era un poco peculiar, excéntrico. Pero aquello sobrepasaba con mucho cualquier calificativo que pudiera aplicarle.

—Vamos, teniente. —Su voz también había adquirido un tono que no había percibido con anterioridad, más profundo, más grave.

La primera pregunta que acudió a su cabeza fue la que tenía que ver con la verdadera identidad de su ayudante. Sin embargo, estaba seguro de que no recibiría una respuesta en ese momento.

—Me va a gustar leer el informe que redactes cuando todo esto termine —dijo, en cambio, para aferrarse a la realidad de lo que conocía.

Contrariamente a lo esperado, detrás de aquella roca el interior estaba iluminado, pero no pudo concretar de dónde emergía la luz. Sintió una especie de energía que penetraba en su organismo y le proporcionaba algo que nunca antes había experimentado o de lo que no había sido consciente. Se sintió poderoso e increíblemente vivo. Como si aquel sexto sentido del que tantas veces se había reído, a pesar de saberse beneficiario, adquiriera una nueva relevancia.

—Mahytma tenía razón —dijo Brian.

—¿Quién es Mahytma? ¿Y en qué tenía razón? —preguntó como un resorte—. ¿Dónde estamos?

—En Agartha. Mahytma es mi hermano —respondió Brian antes de girarse para emprender la marcha en descenso.

—Y ¿qué es Agartha? ¿Una cueva o algo así? —lo siguió.

—Algo así.

—¿En qué tenía razón tu hermano?

—Lo sabrás cuando llegue el momento —respondió enigmático sin dejar de caminar.

—¿Qué coño te pasa, Brian? —Una duda interrumpió sus pensamientos—. ¿Porque eres Brian, verdad? —Cedió a la necesidad de saberlo.

—Soy el que has conocido con ese nombre, sí.

—Esa respuesta no me tranquiliza.

—Mi verdadero nombre es Mahynga y soy aquel que dirige las causas de los acontecimientos.

Parker intentó comprender sus palabras: «dirige las causas de los acontecimientos»... Acción y efecto, se dijo a sí mismo.

—Me has manipulado —adivinó levantando el arma para encañonarlo.

—Te he guiado —rectificó alzando una mano, reconociendo que se sentía amenazado— por el camino correcto. Yo expuse las situaciones, tú las interpretaste y tomaste las decisiones. No existe manipulación en ello. —Parker repasó en su memoria la información que le había proporcionado durante la investigación. Tuvo que reconocer que decía la verdad—. Me conoces. Además, te salvé la vida, por mucho que te moleste reconocerlo.

Parker compuso un mohín que manifestaba su acuerdo y se encogió de hombros. Tenía razón, no tenía sentido que lo hubiera hecho para matarlo ahora, pensó bajando la pistola. Por otro lado, también era cierto que lo había ayudado, o guiado, hasta dar con el culpable de cuanto estaba pasando. Un culpable con unos secuaces muy extraños, a juzgar por lo que pudo ver. Su instinto le decía que podía confiar en él.

—¿Qué eres? ¿De qué va en realidad todo esto?

No contestó, pero se detuvo para girarse hacia él.

—Hemos llegado —anunció.

Nick miró en derredor, pero no vio más que roca. Brian, o Mahynga —como decía llamarse—, pasó la palma de la mano sobre la pared que tenían delante y trazó con ella algún tipo de símbolo. Retrocedió unos pasos y se llevó a Parker consigo. El ambiente vibró un segundo frente a ellos y, como salida de la nada, apareció una especie de cabina de cristal. Los ojos de Nick amenazaron con salirse de las órbitas.

—Toma —dijo entregándole un anillo dorado. En la superficie plana llevaba grabado un extravagante dibujo, como los lados de un reloj de arena o los símbolos matemáticos de mayor y menor—. Debes ponértelo.

—¿Qué es? ¿Alguna especie de identificador? —preguntó guardando el arma en el bolsillo y colocándose en el dedo anular. Se ajustaba perfectamente, como hecho para él.

—Es el sello de Orión. —Parker reaccionó como si hubiera dicho cualquier otro nombre salido de *Star Trek*—. Entra ahí. Todos te necesitan.

—¿Tú no vienes? —Prefirió no preguntar acerca de la cámara. No sabía si le iba a gustar la respuesta. Si es que la había...

—Sin la esfera, la cámara solo posee energía para transportar a uno. Además, ya he cumplido con mi cometido. Mi trabajo termina aquí.

—¿Eso quiere decir que no te encargarás del papeleo?

Mahynga sonrió y el gesto le recordó al Brian que conocía.

Abel trastabilló cuando recibió el empujón desde atrás y tuvo que usar las manos

para no golpearse la cabeza contra la pared. Eve lo siguió, tratada del mismo modo. La acomodó junto a él, rodeándola con los brazos y observó cómo Harold, sin dejar de apuntarle, salía de aquella especie de aparato transportador con la satisfacción instalada en el rostro. Se encontraban en una gran estancia de paredes blancas donde más de dos docenas de sitaliales, del mismo immaculado material, formaban un enorme círculo.

—¿Te encuentras bien?

Eve no lo miró a los ojos, pero agradeció su cercanía apretándole levemente una mano.

—Estoy un poco mareada, pero, sobre todo, asustada.

—¡Silencio! —exclamó su captor, que parecía concentrado en oír algo.

Abel también lo percibió, como una turbulencia sutil en la atmósfera.

—Ya estás donde querías. Déjanos marchar —exigió cabeceando hacia la única salida visible.

—¿No deseas quedarte y conocer a tu creador? ¿Al gran Adama, el arquitecto de tu raza, aquel que a lo largo de los siglos ha sido tomado por un dios por los tuyos, que le han otorgado miles de nombres? —ironizó—. ¿Sobre el que habéis escrito miles de historias para dar absurdas respuestas a vuestra existencia? —Harold caminó hacia ellos acercando el cañón de la pistola a la sien de Abel—. ¿Dónde está ahora? ¿Dónde está para salvaros? —chilló.

Unos pasos resonaron acercándose. Harold se separó de la pareja, sin dejar de tenerlos a tiro, para poder echar un vistazo a la entrada.

—Suelta el arma y aléjate de ellos —se oyó.

Abel reconoció enseguida la voz de Parker, pero ¿cómo había llegado hasta allí?

—¡Teniente! —exclamó Harold sin mover ni un solo músculo—. Qué agradable sorpresa. Supongo que esa vibración que sentí hace un instante debía de ser su llegada. Venga, únase a la fiesta.

Nick Parker apareció en el hueco sujetando con ambas manos una Glock que apuntaba directamente a la cabeza de Harold.

—Harold Redform, queda detenido por los asesinatos de Albert Grant y de Peter Simmons, además de por el allanamiento de morada en la propiedad de este último.

—Es cierto —respondió el aludido con una sonrisa de autosuficiencia—. Harold mató a los dos, pero diré en su defensa que la muerte de Peter no fue un asesinato.

—¿Y entonces qué fue, hijo de puta? —gritó Abel, furioso.

—¡Vaya! Peter hizo un buen trabajo. Tu dolor es auténtico —comentó divertido para su consternación.

—Vamos, explíquese —exigió Parker. No comprendía por qué el tipo hablaba sobre sí mismo en tercera persona.

—La muerte de Peter fue más bien un suicidio.

—¡Yo lo vi morir! ¡Le dispararon! —Abel estaba fuera de sí.

—Fue un disparo pactado. Mordiste el anzuelo, muchacho. Peter jamás fue leal a esa jodida Hermandad de Maestros Blancos, en la que tu madre lo obligó a entrar con la esperanza de que la bondad hiciera algún tipo de cambio en su retorcido interior. Su cometido fue criarte hasta que llegara el momento de cumplir con tu destino.

—¡Mientes!

—¿Por qué habría de hacerlo? —Harold hizo un mohín curvando los labios hacia abajo por un instante—. Tu padre fue un gran aliado. Su alma era tan oscura como la mía. Un psicópata desde su nacimiento. Supongo que Adama eligió a su vástago como Guardián precisamente por eso... Su maldito equilibrio. Pero Peter fue tan fácil de tentar... No dudó en matar a su esposa en cuanto descubrió el engaño. —Abel retrocedió cuando la confirmación de lo que él mismo siempre había sabido, pero se negaba a aceptar, lo golpeó duramente—. Lo sabes, ¿verdad? No fue un accidente, ni la patraña que te hayan contado. Roxanne descubrió esa habitación secreta en los bajos de tu casa y ató cabos con la información que encontró. Una mujer muy inteligente, he de reconocer. Años más tarde y aún fingiendo que pertenecía a ese atajo de lameculos de Adama, él mismo diseñó el plan que se debía seguir. Eras el Guardián, así que solo fue necesario conseguir que os conocierais —dijo refiriéndose a Eve—, y dejar las pistas adecuadas para que recogierais los objetos que me permitirían entrar en Agartha. ¡Y nada menos que con la colaboración de la Hermandad! Solo cometió un error, olvidó enviar los pasajes de avión antes de morir. Por eso Harold tuvo que ir a su casa a buscarlos.

A esas alturas, Abel se encontraba destrozado emocionalmente. En ese momento, comprendió cómo debió sentirse Eve la tarde en que Bill le reveló las circunstancias de su relación y su posterior encarcelamiento. Toda su vida había sido una farsa orquestada y ejecutada por su propio padre. No pudo imaginar una traición peor. Abatido, su cuerpo se desplomó contra la pared buscando un apoyo para no derrumbarse.

—En cualquier caso, Peter Simmons está muerto; usted le disparó —sentenció Parker—. Suelte el arma y aléjese de ellos —repitió.

—Vamos, teniente. Sabe que no voy a hacer eso y usted tampoco se moverá mientras mantenga encañonados a estos dos salvadores de la humanidad. Si me dispara o se acerca más, los mataré.

—No lo hará —dijo Eve a Parker—. Nos necesita. Si le ocurre algo a su cuerpo físico, se verá obligado a abandonarlo para tomar otro.

Abel comprobó, por las arrugas que se acentuaron en su ceño, que Parker no sabía de qué estaba hablando Eve.

—Basta. —Otra voz irrumpió en la estancia y un hombre tan alto como Parker, pero con una larga melena blanca y un porte majestuoso, aun yendo únicamente

vestido con una nívea túnica, entró por el mismo acceso que usó el policía—. Es suficiente. Aquí me tienes, deja que los humanos se marchen en paz.

—Por fin el padre de la cuarta raza se digna a visitarnos. Qué gran honor. Pero no puedo dejarlos ir, al menos no a la mujer y tú tienes la culpa.

—La mujer ya no te hará falta.

Eve se quedó paralizada al ver los brillantes ojos claros y el anillo de círculos concéntricos que vio aquella noche en su sueño.

—¡Ni hablar! ¡No mientas! ¡No puedes mentir! ¡Estarías faltando a tus propias leyes! Ella es la única que puede albergarme.

Eve se encogió sobre sí misma, aún más asustada que antes, pues ya no tenía la piedra para que la protegiera.

—¿Qué coño le hiciste al chico?

Abel recordó cómo el Oscuro había intentado entrar en él antes que en Harold. Las palabras de Charles sobre la defensa que le habían proporcionado al nacer, acudieron al instante para arrojar luz sobre lo ocurrido.

—¿Qué somos? ¿Una gran familia feliz? —añadió el Oscuro.

—Le otorgué lo mismo que a ti. La misma energía que te proporcionó el don de adquirir un cuerpo físico corre por las venas del Guardián.

—El equilibrio... —masculló Harold. Adama asintió—. ¡Tu jodido equilibrio otra vez!

Aquello no iba bien, pensó Abel. En lugar de aplacarlo, ahora temblaba de ira. Incluso el aire a su alrededor se percibía agitado. Miró a Eve. ¿Qué haría si aquel cabrón decidía poseerla? ¿Sería Parker capaz de matarla? Volvió la atención a los otros. El teniente continuaba apuntando a Harold, sujetando la pistola con ambas manos, una sobre la otra, mientras el Oscuro despotricaba contra Adama.

El rey del mundo...

La energía de Adama...

Lo observó. No les había dedicado ni una sola mirada. Únicamente Harold y Parker copaban su atención. De hecho desde que entró en la sala adoptó una posición en la que les daba la espalda, situado a medio camino entre ellos y los otros dos.

Volvió a recordar aquella tarde, buscando algo útil. «Quizá por eso te quemaste», recordó las jocosas palabras de Eve. «Es un transductor... Se utiliza en muchísimos aparatos eléctricos», había explicado Bill con su inagotable verborrea. Echó un vistazo a la cabina de cristal que les había llevado hasta allí y cómo había obligado a Eve a colocar la esfera de cristal en un compartimento. La piedra era la llave. ¿Qué era entonces la esfera?

—Eh —susurró llamando la atención de Eve—, ¿crees que podrías coger la esfera de la cabina?

—¿Para qué demonios la quieres? —respondió ella manteniendo el mismo tono

confidencial.

—Es solo una teoría, pero pienso que provocaría en ese hijo de puta lo mismo que me pasó. Quizá no estuviste tan desacertada al pensar que mi quemadura podía ser resultado de esa energía que me hace distinto. Tú misma viste que no pudo entrar en mí cuando lo intentó.

—No creo que sea momento para poner en práctica teorías peligrosas.

—Te equivocas. Es el mejor momento. No tenemos nada que perder. Ha dicho que tú eres la única que puede servirle como receptora.

Eve no respondió enseguida, sino que sus ojos se posaron distraídos en el teniente Parker.

—¿Y el poli? ¿Por qué lo descarta?

Se miraron. Hasta entonces Abel no había pensado en ello, pero Eve tenía razón. ¿Por qué no incluía a Parker entre los potencialmente aptos para albergarlo?

—¿Por el arma? —postuló.

—Harold también empuñaba una cuando lo tomó —respondió Eve—. Además, estando en su forma original es imposible de matar. Es humo. Humo con el núcleo como de... —Eve buscaba una palabra para definirlo.

—Electricidad —terminó Abel.

—Sí. Es como si allí fuera donde se condensa su energía.

—No es suya. —Abel alzó las cejas—. Es la de él —dijo cabeceando ligeramente hacia Adama, quien seguía enfrascado en una batalla dialéctica con el Oscuro.

—Reconócelo, reyezuelo. Te he ganado jugando con tus propias cartas. Ni tu Elegida ni tu Guardián especial, han podido impedirme entrar.

—¡Ya es suficiente! —exclamó Parker con voz severa, captando la atención de todos—. No pienso oír más estupideces. Aquí todo el mundo está loco. Este hombre está acusado de dos crímenes y un allanamiento, además de ser cómplice en el secuestro de Abel Simmons y sabe Dios en qué más —dijo mirando al recién llegado para, al instante, volver a prestar atención a Harold. Alargó una mano hacia él y añadió—: Entrégame el arma. Ahora.

—Eve, prepárate —la alentó, pero la mujer lo miró dubitativa—. Confía en mí, prometo no fallarte.

Harold clavó los ojos en algo que brilló en los dedos del policía y comenzó a reír con carcajadas mordaces, que reverberaron en sus oídos como salidas del Averno, mientras apuntaba a Abel dispuesto a matarlo. Con cada una de ellas, se acentuó la determinación en el rostro de Parker, quien estiró un poco más el brazo y apretó el gatillo. Harold recibió un disparo limpio en la parte derecha de la cabeza, su cuerpo se tensó instantáneamente y el arma que sostenía descargó un tiro. El proyectil impactó en la pared, a escasos centímetros del lugar donde habría estado Eve de no ser porque había salido corriendo hacia la cámara de cristal con el primer disparo.

Pronto, el vapor oscuro emergió del cuerpo muerto.

—¿Qué coño es eso? —espetó el teniente apuntándolo, desconcertado.

Parker disparó repetidamente, pero era imposible que las balas pudieran hacer daño a algo incorpóreo. Abel alternaba la atención entre el policía y Eve, quien se afanaba por abrir el compartimento intentando colar los dedos en el estrecho espacio para hacerse con la esfera.

—¡Vamos, rápido! —urgió a la mujer—. ¿Acaso no piensa hacer nada? —gritó a Adama.

El supuesto monarca no dejaba de mirar a Parker, como si esperara que sucediera algo que no llegaba a comprender. Mientras tanto, el humo negro crecía extendiéndose y ya podía distinguirse el núcleo.

—¡Deprisa, Eve!

Al fin el cristal brilló en sus manos, pero la siniestra nube ya se había formado del todo y se lanzaba directamente hacia ella. Eve arrojó la esfera con fuerza. Sin pararse a pensar si estaba haciendo lo correcto. Abel recogió el objeto y se impulsó directo al centro de aquella tenebrosa bruma.

El cristal se calentó en el momento que conectó con el núcleo del Oscuro. Sintió un lacerante dolor que comenzaba en la palma de la mano con la que lo sostenía y se propagaba por el brazo con rapidez. Lo estaba quemando, como la vez anterior, pero más deprisa. Las energías de ambos confluían en la esfera e impedían que aquella sombra densa avanzara, quedando a escasos centímetros de Eve, que jadeaba agitadamente con la espalda completamente pegada a la parte posterior de la cabina, atrapada. Abel gritaba sintiendo como todo su brazo se abrasaba. Miró suplicante hacia Adama y solicitó de nuevo su ayuda. Él podía hacer algo. Tenía que hacer algo. No podría sujetar el cristal mucho más tiempo.

—No puedo intervenir, la balanza se desequilibraría —dijo apesadumbrado—. Solo él puede hacerlo —añadió mirando a Parker—. El sucesor de Eo.

El teniente bajó la mirada hasta su inservible arma y solo entonces sus ojos descansaron sobre el anillo. El sello de Orión, como lo había llamado Brian. Siguiendo su instinto, levantó la mano formando un puño y lo dirigió hacia aquella maldita neblina, tras mirar a Adama, quien asintió solemnemente.

El vapor comenzó a retorcerse, encogiéndose sobre sí mismo. Abel abrió la mano y la esfera cayó, liberándolo. No sabía qué efecto causaba aquel objeto sobre el Oscuro, pero, fuera el que fuese, lo mantenía a raya.

Al fin Eve pudo salir de la acristalada jaula y corrió para reunirse con él, arrancándose un pedazo de tela de la camisa e improvisando un precario vendaje para la maltrecha mano del hombre.

Parker seguía con el brazo extendido, mostrando el anillo, presentándolo desafiante al ver que conseguía controlarlo. Pero sabía que no podía seguir así, debía

existir algún medio para terminar con él y miró a Adama buscando la respuesta.

—No puede morir.

—No puedo estar así eternamente.

—Eres el maestro de Orión. Abre la mano. Deja que entre en ti. —Parker le lanzó una mirada que decía a las claras que estaba loco—. No temas. No te hará daño. Eres el único al que no puede corromper.

Miró entonces a la pareja, que estaba aún en el suelo. La mano herida de Abel goteaba sangre, a pesar del vendaje que le había aplicado Eve. Sin pensar en el dolor que soportaría, se había lanzado para salvarla, para salvarlos a todos. Un cuarto individuo entró en la sala y captó su atención. Tenía los rasgos casi idénticos a Brian. Su hermano, pensó. Él también asintió.

Sin saber exactamente qué esperar, extendió los dedos, mostrando la palma abierta.

Epílogo

Eve apagó el fuego y se enfundó la mano en un guante protector para coger la tetera. Vertió el agua en la taza y metió la bolsita de té sujetándola en el fondo con una cucharilla.

—¿Prefieres leche o limón? —Alzó la voz para que pudiera oírla.

—Limón, gracias —respondió Charles desde el salón.

Añadió a la bandeja un plato con un par de rodajas, la llevó sobre una mano y se reunió con él.

—Si quieres podemos tomarlo en la biblioteca —sugirió el hombre—. A Leonor le encantaba ese rincón de la casa.

—De acuerdo.

Dejó que Charles caminara delante de ella. Se había recuperado muy bien de la herida de bala, pero aún renqueaba un poco al dar los primeros pasos. Decía que después, cuando se calentaba el músculo, apenas notaba nada.

Se acomodaron en el sofá. Eve se puso la bandeja sobre el regazo y pasó la infusión a Charles. Ella bebió un sorbo de su refresco de cola preferido directamente de la lata.

—Aún no te he dado las gracias por permitir que me quede en la mansión.

—No es necesario. Leonor fue muy generosa al donarla a la Hermandad y todos nosotros estamos en deuda contigo y con Abel. Nos salvasteis, así que cuidar de vosotros es lo menos que podemos hacer.

—De todos modos, es exagerado. Esta casa es demasiado grande para mí sola.

—Vendré a verte siempre que quieras. Estoy a tu entera disposición —dijo sonriendo antes de adoptar un rictus más serio—. Has sufrido mucho, es hora de que empieces a disfrutar, de que puedas tener la oportunidad de llevar una vida normal.

—¿A esto lo llamas normal? —preguntó señalando el lujo que la rodeaba y a la vez intentando quitarle peso a lo que significaban las palabras de Charles.

—Te lo mereces. Esto y mucho más —dijo soplando su té antes de dar un sorbo.

Eve dejó que sus ojos descansaran sobre el fuego que crepitaba en la chimenea, mientras pensaba en las palabras de su amigo: «Una vida normal». El mes que había pasado desde que salieron de las entrañas de la tierra no podía calificarse de corriente. La primera semana, después de incinerar el cuerpo de Leonor, transcurrió prácticamente en el hospital, turnándose con Abel en el cuidado de Charles. Ninguno de los dos quería que estuviera solo. Después, una vez que recibió el alta, lo instaló en la mansión Blasky para continuar allí con las curas. Cuando consideró que podía valerse por sí mismo, Charles regresó a su apartamento en el centro. Y no volvió a ver a Abel. Ya habían pasado casi veinte días desde entonces, tiempo que empleó en empacar las pocas pertenencias que guardaba en su antiguo apartamento para

llevarlas hasta allí.

Durante las horas diurnas trataba de mantenerse ocupada en los quehaceres domésticos y la revisión de las cuentas de la Hermandad, como Charles le pidió, suponía que para darle algo que hacer e impedir que los malos recuerdos invadieran su mente, además de sentirse un poco más cómoda sabiendo que correrían con sus gastos. Alternaba el trabajo con sus asiduas visitas, las cuales agradecía profundamente. Pero las noches eran otro cantar. Cuando el sol se ocultaba y la oscuridad reinaba en el exterior, deambulaba por cada habitación cerrando a cal y canto puertas y ventanas antes de refugiarse en la que había elegido para dormir.

Quien lo hubiera dicho: Eve Swan encerrándose por voluntad propia. Probablemente Abel se habría reído de ella.

—¿Cómo lo lleva Abel? —preguntó por primera vez desde que se despidieron. No había preguntado hasta entonces, esperando que él apareciera un día.

—Bien, supongo —respondió dejando la taza sobre la mesita—. Procuramos no hablar del tema. Nuestras conversaciones se limitan a los asuntos del bufete. Ahora que mi padre no... —Charles no pudo continuar, embargado por la tristeza.

Eve dejó la bandeja y la lata en el suelo, para cogerle la mano con afecto.

—Déjalo. Es igual. Discúlpame —se excusó intentando reconfortarlo.

—No tienes de qué disculparte. Suyas fueron las decisiones que tomó, nadie le obligó a hacer nada que no quisiera —dijo recuperándose—. ¿Aún no ha venido Abel a verte? —preguntó cambiando de tercio.

—No.

—Supongo que necesita tiempo, como todos. Él también ha perdido mucho.

Asintió conmovida. Ambos permanecieron unos momentos en silencio, absortos, hasta que, esta vez Charles, tomó la mano de Eve entre las suyas.

—Entiendo cómo te sientes, pero no debes pensar en ello como algo completamente triste. Habéis dado otra oportunidad a la humanidad. —Eve puso los ojos en blanco, gesto que hizo sonreír a Charles—. Se me ocurre que podías ir tú. Puedes verlo en el despacho, si no deseas hacerlo en su casa.

—No sabría qué decirle —admitió—. No me porté demasiado bien con él al principio.

—Supongo que te refieres a lo relacionado con el juicio que te llevó a la cárcel. —Eve asintió—. Cualquiera en tu situación habría actuado del mismo modo —concedió Charles—. Pero ahora sabéis la verdad. Sois conscientes de la manipulación a la que fuisteis sometidos.

—¿De verdad crees que, si no hubiera sido así, aquel juicio no habría terminado como lo hizo? ¿Piensas que Abel no habría recurrido a cualquier artimaña legal para conseguir beneficiar a su cliente?

—No —admitió Charles—. Hacía su trabajo y esa cuestión está por encima de

cualquier otra cosa. Era su deber, Eve, y ellos sabían que Abel lo cumpliría apartando a un lado cualquier opinión personal. Aprovecharon su integridad profesional, pero no debes juzgarle.

—No lo hago. Me salvó la vida. Por eso me siento mal conmigo misma al pensar en que él crea que aún le guardo rencor.

—Estoy seguro de que lo sabe. Dudo de que sea el motivo por el que todavía no ha venido —dijo poniéndose en pie, no sin cierta dificultad.

—¿Te marchas ya? —preguntó imitándolo y sin poder ocultar cierto disgusto.

—Siento no poder quedarme un poco más, pero debo revisar algunos documentos en la oficina antes de que termine el día. Vendré mañana otra vez, para compensarte.

—¿Me lo prometes?

—Desde luego.

Acompañó a Charles hasta la puerta.

—A cambio tú me prometerás otra cosa —dijo el hombre antes de abrirla—: salir. No quiero que conviertas esta casa en tu único universo. Necesitas que te dé el aire, disfrutar de las posibilidades que ofrece el exterior. Si no quieres hacerlo sola, dímelo y te llevaré a donde sea.

—De acuerdo —dijo besándolo en la mejilla mientras Charles abría la puerta.

Así los encontró Abel, que observaba la escena con expresión seria y el dedo rozando el timbre.

—Abel —dijo Eve.

—Hola, Abel.

—Charles... —Cabeceó él respondiendo al saludo—. Eve. —Acompañó su nombre con una sonrisa.

—Adelante, por favor —le invitó ella.

Abel dio un par de pasos para entrar en la casa. Charles los miró.

—Me marchó.

—No te sientas obligado a hacerlo porque haya llegado yo. Se os veía muy cómodos juntos —añadió.

—Abel... —murmuró Eve, abochornada.

Charles también estaba evidentemente incómodo.

—En realidad ya me iba. Eve, recuerda lo que has prometido.

—Sí. Lo haré.

—Cuidaos —se despidió Charles antes de tomar el camino empedrado que atravesaba el jardín.

La mujer cerró la puerta. Abel se había arrellanado en el sofá del salón y fue a buscarlo hasta allí sin ocultar su enfado.

—¿Cómo te atreves a hablarle a Charles de ese modo?

—Se os veía muy... encariñados.

—¡Por supuesto que sí! Al menos él se ha preocupado por mí y ha tenido el detalle de visitarme.

—He estado ocupado —señaló, y solo entonces Eve advirtió que tenía una carpeta entre las manos.

—Eso no es una excusa, después de veinte días sin saber nada de ti. En este siglo tenemos teléfono.

—Quería darte la noticia en persona. —Sus palabras la desconcertaron—. Ahora que Parker ha logrado desvincularte del asesinato de Bill, he estado trabajando en tu caso y he conseguido que un juez se avenga a revisarlo. Presentaré las pruebas que hagan falta en tu favor para que revoquen la sentencia. Después podrás pedir una indemnización por daños.

Eve se sentó a su lado sin creer lo que estaba oyendo.

—Pero... ¿y tu reputación profesional? En el procedimiento aparecerá tu nombre como el abogado de Industrias Kaine.

—No me importa. De nada sirve la ley si no se puede hacer justicia.

Eve lo miró antes de abrazarlo por la cintura, dejando descansar la cabeza sobre su pecho. Abel sonrió y rodeó los hombros de la mujer atrayéndola hacia sí.

—¿Te has propuesto arruinar lo único que te queda del pasado? ¿Tu trabajo? —preguntó ella sin mirarlo.

—Me he propuesto ser feliz.

Nick Parker cogió el libro y se reclinó sobre el respaldo de la silla de su oficina, levantando los pies hasta dejarlos, uno encima del otro, sobre el borde del escritorio. Echó un vistazo a la portada donde el título «Bestias, hombres y Dioses» resaltaba en negro sobre una cubierta de tonos rojizos. La obra, escrita por Ferdinand Ossendowski, narraba, entre otros, un viaje del autor a Mongolia, donde decía haber encontrado una profecía hecha por el Rey del Mundo en 1890. Abrió el libro por la página marcada y leyó:

Cada día más se olvidarán los hombres de sus almas y se ocuparán de sus cuerpos. La corrupción más grande reinará en la Tierra. Los hombres se asemejarán a animales feroces, sedientos de la sangre de sus hermanos. La Media Luna se borrarán y sus adeptos se sumirán en la mendicidad y en la guerra perpetua. Sus conquistadores serán heridos por el sol, pero no subirán dos veces; les sucederá la peor de las desgracias y acabarán entre insultos a los ojos de los demás pueblos. Las coronas de los reyes, grandes y pequeños, caerán. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho... Habrá una guerra terrible entre todos los pueblos. Los océanos enrojecerán... La tierra y el fondo de los mares se cubrirán de esqueletos, se fraccionarán los reinos, morirán naciones enteras... El hambre, la enfermedad, los crímenes desconocidos de las leyes..., cuanto el mundo no habrá contemplado aún. Entonces vendrán los enemigos de Dios y del Espíritu Divino que residen en el

hombre. Quienes cojan la mano de otro perecerán también. Los olvidados, los perseguidos, se sublevarán y llamarán la atención del mundo entero. Habrá nieblas y tempestades, las montañas peladas se cubrirán de bosques. Temblará la tierra...

Millones de hombres cambiarán las cadenas de la esclavitud y las humillaciones por el hambre, las enfermedades y la muerte. Los antiguos caminos se llenarán de multitudes que irán de un sitio a otro. Las ciudades mejores y más hermosas perecerán por el fuego... Una, dos, tres... El padre luchará con el hijo, el hermano con el hermano, la madre con la hija. El vicio, el crimen, la destrucción de los cuerpos y de las almas imperarán sin frenos... Se dispersarán las familias... Desaparecerán la fidelidad y el amor... De diez mil hombres, uno solo sobrevivirá..., un loco, desnudo, hambriento y sin fuerzas, que no sabrá construirse una casa ni proporcionarse alimento... Aullará como un lobo rabioso, devorará cadáveres, morderá su propia carne y desafiará airado a Dios... Se despoblará la Tierra. Dios la dejará de su mano. Sobre ella esparcirán tan solo sus frutos la noche y la muerte. Entonces surgirá un pueblo hasta ahora desconocido que, con puño fuerte, arrancará las malas hierbas de la locura y del vicio, y conducirá a los que hayan permanecido fieles al espíritu del hombre, a la batalla contra el mal. Fundarán una nueva vida en la tierra purificada por la muerte de naciones.

Dentro de cincuenta años no habrá más que tres grandes reinos nuevos que vivirán felices durante setenta y un años. Enseguida vendrán dieciocho años de guerras y cataclismos... Luego, los pueblos de Agharti saldrán de sus cavernas subterráneas y aparecerán en la superficie de la Tierra.

Parker hizo sus cálculos. Si la profecía databa de 1890, esa tremenda guerra que se daría cincuenta años después, en 1940, no podía ser otra que la Segunda Guerra Mundial, y los tres grandes pueblos: Europa, Rusia y Estados Unidos. Más tarde hablaba de un periodo de paz de setenta y un años, lo cual nos dejaba en 2011. Ese era el año al que añadir dieciocho más de guerras y cataclismos para, posteriormente, realizar una regeneración, un ciclo o comienzo.

Un nuevo círculo.

Cerró el libro y echó la cabeza hacia atrás un instante, cerrando los ojos. Al hacerlo volvieron los recuerdos.

Después de terminar con aquel humo, acogiéndolo en su cuerpo, cayó inconsciente durante varias horas. Al despertar todos habían desaparecido, excepto el hombre al que llamaban Adama. Lo miraba con interés y con algo parecido a una sonrisa en los labios.

—Bienvenido de nuevo, Maestro Eo —le dijo.

Nick no sabía de qué estaba hablando. Levantó un segundo la mano derecha y el sello brilló al captar la luz. A simple vista parecía normal; sin embargo, la sentía vibrar y a una temperatura muy superior a la que tenía el resto de su cuerpo.

—¿Qué me ha pasado? —quiso saber.

Adama le explicó cada uno de los pormenores de su intervención. Dijo que ese era su destino, junto con el de guiar a la cuarta raza. Según él, librándolos del Oscuro le sería mucho más fácil enseñarles a vivir en paz y con concordia. Parker lo escuchó con atención mientras se erguía para sentarse. Se le antojaba irreverente permanecer tumbado frente al Rey del Mundo, si eso era cierto.

Después habló sobre cuánto lo habían esperado y mencionó algo de una promesa hecha a su antecesor antes de la destrucción del planeta.

—He cumplido, Maestro, por lo que es necesario que el resto parta hacia su hogar. Solo a ti te corresponde cuidar de los orionitas, ahora que estás entre nosotros.

¿Guiar? ¿Enseñar? ¿De qué estaba hablando? Él no estaba hecho para servir de guía de nadie. Suficiente tenía con cuidar de sí mismo.

—No. —Se levantó ante la consternación de Adama—. No quiero esto.

—Pero es tu destino. Tú eres el sucesor de Eo.

—¿Por qué debo creer en sus palabras?

—Porque ningún otro sería capaz de dar cobijo al Oscuro sin que su alma corra peligro.

—Tampoco quiero eso. Lo hice para salvar a esos dos muchachos. Me dejé llevar por la situación. Mire —dijo—, siendo sincero, no puedo negar lo que he visto y lo que hice. Tampoco que lo que usted asegura no sea cierto, al fin y al cabo aquí estoy, pero tengo los pies demasiado asentados en el suelo como para permitir que semejantes locuras invadan mi vida de ese modo. Nunca he creído demasiado en estas cosas, ¿entiende? Así que saque lo que sea que hay dentro de mí —dijo haciendo ademán de quitarse el anillo.

—¡No! —gritó Adama, que lo sujetó para que no lo hiciera—. No puedes retirarlo o volverás a dejarlo libre.

—Quiero volver a mi antigua vida. Olvidarme de todo lo que ha pasado y continuar metiendo a los malos entre rejas.

Adama lo miró entristecido, incluso con abatimiento, al ver que las cosas no marchaban como sin duda había esperado.

—No puedo obligarte —dijo al fin—. Pero nos condenas a continuar en un lugar al que no pertenecemos.

—Márchense. —Parker se encogió de hombros—. Nada los retiene aquí.

Después de la conversación con Adama, Mahytma y Mahynga realizaron una especie de ritual para extraerle aquella entidad, que encerraron en una pequeña botella cristalina marcada con el sello de Orión, para asegurarse que no podría escapar, a menos que esta se rompiera. Observó todo el procedimiento con una mezcla de sorpresa e incredulidad, aderezadas con dolor cuando el vapor denso y negro comenzó a salir de él y se condesó un segundo, antes de colarse con rapidez

por la boquilla de la redoma.

Sin embargo, no permitieron que devolviera el anillo.

—Es tuyo. Te pertenece —dijeron.

De vuelta al presente, Parker apagó el cigarrillo en un cenicero relleno de arena perfumada. Sonrió a pesar de sí mismo. Cogió el libro y el expediente de Bill Schlange, al que ya había dado carpetazo, y salió.

—Archiva esto —dijo soltando el expediente sobre la mesa del subalterno. La carpeta cayó sobre la de Peter Simmons.

La imagen del padre de Abel, muerto, volvió a su mente. La próxima vez quizá no debería apresurarse a otorgar la etiqueta de inocente al fiambre.

—Sí, jefe. ¿Alguna cosa más?

—Ahora que lo mencionas... —dijo girándose hacia él antes de abandonar la comisaría—. Sí, Brian, cuando decidas amenizarme la tarde con algo de lectura, elige mejor. De momento, no has conseguido convencerme para que acepte ese... cargo de Maestro.

—Lo tendré en cuenta, teniente —respondió Mahynga con una sonrisa inocente.

Parker le mostró el sello en su dedo anular de la mano derecha, se recolocó el sombrero y salió al exterior.

Raquel Barco

Noviembre de 2010

Agradecimientos

Cuando ideé esta novela, allá por el año 2007, nunca pensé que llegaría a publicarse y mucho menos que levantaría tantas expectativas, pero así ha sido. Y no solo porque mis editores pronto mostraron su interés por ella, sino además porque Sandra, mi agente, creyó en sus posibilidades desde el principio. Por eso quiero darles las gracias a los tres de un modo especial.

Una dedicatoria directamente nacida del corazón para mi marido y mi hijo, quienes han soportado cada hora que he dedicado al libro con paciencia y todo el amor del mundo, animándome siempre.

Y una más para Tony y Cristina, mi bombero preferido y su pareja, la magnífica autora conocida por el nombre de Ebony Clark, por su inestimable ayuda y, cómo no, por su amistad incondicional. Os mando desde aquí un beso directo a esa «isla bonita» que también os hace hermosos de corazón.

También quiero enviar un cariñoso beso desde aquí a esas mujeres que siempre me apoyan en cada nuevo proyecto que emprendo: Sofía, Mari, Eva, Nieves, Isa, Mariajo, Lucía, Sonia, Álex, Mar, Inma, Esther y Dolors.

¡Gracias a todos!

Notas

[1] Rey en sánscrito. <<